

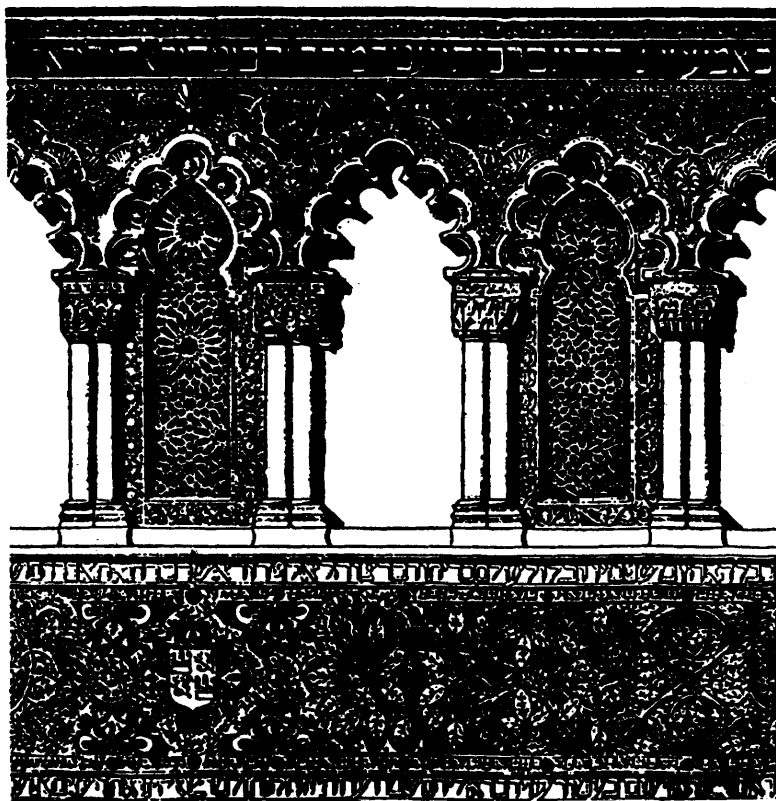
EL RAMBAM RABI MOSHE BEN MAIMON

LA HISTORIA DE SU VIDA

Yacob Even-Hen

Traducido por Shoshana Praj

הוצאת והדפוס לאינטרנט
www.hebrewbooks.org
ע"י ה"מ תשס"ט



הוצאת

מכון התורה וההלכה
מכון התורה וההלכה

Jerusalem, 5755 - 1995

EL RAMBAM
RABI MOSHE BEN MAIMON

Yacob Even-Hen
Traducido por Shoshana Praj



כל הזכויות שמורות

©

יוצא לאור בסיוע המשרד לעניני דתות,
אגף ארגונים ומוסדות תורה, המחלקה לשייכות.

המכון לחקר

for Torah research and the publication
of manuscripts and printed works
p.o.b. 6040, Jerusalem, Israel



מכון הכתב

לחקר וטוב וחיפוש סגב יד וספרים
ז.ד. 6040, ירושלים, ישראל



ספר זה יצא לאור

בתרומת
ה"ה יוסף מנג'ד יצ"ו

לעלוי נשמת
האם שרה בת פרידה

נלב"ע ה' שבט תש"ן
ת.ג.צ.ב.ה



זכות התורה וזכות הרב
תגן על התורם
ועל כל משפחתו היקרה אמן.



índice

Capítulo 1:	Infancia en Córdoba	1
Capítulo 2:	En medio de los judíos secretos de Marruecos	16
Capítulo 3:	Aliyá a la Tierra de Israel	31
Capítulo 4:	Una nueva luz en Egipto	44
Capítulo 5:	Médico en el palacio real	58
Capítulo 6:	Líder espiritual	72
Capítulo 7:	El libro legislativo	84
Capítulo 8:	El Rabino y el estudiante	111
Capítulo 9:	La batalla de los acusadores	120
Capítulo 10:	Sabio y médico	131
Capítulo 11:	En el palacio	142
Capítulo 12:	Libros médicos	155
Capítulo 13:	Intrigas en el palacio real	164
Capítulo 14:	Interrogador y demandado	173
Capítulo 15:	Guía para los perplejos	184
Capítulo 16:	Cartas al estudiante	195
Capítulo 17:	Las razones de los preceptos	205
Capítulo 18:	El estudio sobre el rezo	218
Capítulo 19:	Estudios del Moré	231
Capítulo 20:	Secretos de la Torá	244
Capítulo 21:	Autor y traductor	258
Capítulo 22:	La epístola sobre ética	271
Capítulo 23:	Correcciones a sus escritos	284
Capítulo 24:	La carta a los sabios de Lunel	297
Capítulo 25:	Su tumba en Tiberíades	311
Capítulo 26:	La quema de los libros del Rambam	320



El Rambam

Capitulo Uno Infancia En Cordoba

Sabios, eruditos, altos oficiales del gobierno y filósofos andaban por las calles de Córdoba y fijaron la vista a los hermosos edificios de la ciudad. Lentamente caminaban, conversando sobre Torá y filosofía. La capital de Andalucía, al sur de España estaba envuelta en su acostumbrado sueño de medio día de colores y escenarios. Familias de distinguido linaje habitaban el barrio judío. La tradición fué mantenida ampliamente entre los judíos de Córdoba, cuyos antepasados habían llegado a España después de la destrucción del primer Templo, cuando el rey Aspian - por cuyo nombre se llamó a España - se unió a Nebucodonozor en la conquista de Jerusalem. Los vencedores dividieron entre ellos los barrios de la ciudad. El rey Aspian recibió el barrio de Jerusalem en la cual vivía la nobleza judía y los descendientes del rey David. Tomó cautivos a los judíos y los llevó en barcos al exilio en España, arribando a la ciudad de Córdoba. Los descendientes de ellos fueron los líderes de las familias judías de la ciudad.

Rastros de realeza eran visibles en ellos. Su apariencia hablaba del honor, sus vestimentas eran escogidas con cuidado. Se ocuparon en los negocios y tuvieron lazos comerciales con países del otro lado del mar. Algunos tuvieron contacto con la corte real y otros sirvieron a los príncipes de la nación como ministros. Los eruditos de la ciudad eran famosos en todas partes. Córdoba fué el centro judío español.

Las voces de estudio de Torá se podían oír através de las paredes de la Yeshivá dentro del barrio judío. Los jóvenes judíos investigaban profundamente en las páginas de la Guemará y en los

comentarios. La Yeshivá que había sido fundada en el siglo décimo, dió a luz estudiantes que se convirtieron en líderes de sus comunidades. Rabí Yehudá Haleví fué uno de los estudiantes de ésta Yeshivá.

El rabino de Córdoba, Rabí Maimón también venía de una distinguida familia, la cual ubicaba sus orígenes en la casa del rey David. Los hijos de ésta familia habían servido como rabinos y jueces (dayanim) en Córdoba, por ocho generaciones.

Rabí Maimón era conocido como sabio de Torá y como maestro de ciencias. Escribió libros sobre la Torá y astronomía; en su personalidad se combinaba la Torá y la sabiduría secular, la nobleza, el amor y la devoción a su pueblo y a la Torá.

Era la época antes de Pesaj y mucha gente fué a su casa a hacerle preguntas relativas a la festividad. Estaba ocupado con los preparativos de la fiesta para él mismo y para su comunidad. Su esposa estaba a punto de dar a luz, así que tuvo que ayudar en la casa con los preparativos para la fiesta.

Un día antes de Pesaj, siendo un Shabat, en el año 4895 (1135 EC), a la 1:15 p.m. se le dijo que había sido padre de un hijo. El niño fué llamado Moshé en la circuncisión.

Córdoba estaba especialmente bella ese día. La ciudad estaba rodeada con hermosos escenarios de montañas de la Sierra Morena; los barcos estaban anclados a las orillas del río que corre por la ciudad; los palacios y las casas de los ricos convertían a la ciudad en la capital del reino; verdes plantaciones y parques habían por toda la ciudad.

Cuando se supo que el rabino de la ciudad era padre de un hijo, los judíos le enviaron regalos a su casa. Las mujeres le enviaron al rabino alimentos que prepararon para Pesaj, para ayudar a la familia a prepararse para la fiesta, ahora con la ausencia de la dueña de la casa: la esposa de Rabí Maimón murió durante el parto.

Un acorde de tristeza corrió por la casa de la familia Maimón. Necesitó ayuda en el manejo doméstico de la casa y en el cuidado del recién nacido.

Muchos acudieron al funeral de su esposa; elogios fueron dichos y su muerte fué muy lamentada.

... Rabí Maimón había dedicado su vida entera al estudio de la Torá. Entraba al Beit Midrash (salón de estudio) y se absorbía en el Talmud. Pasó año tras año y no se casó; sus años aumentaron y temió no encontrar una mujer que aceptara casarse con él, pues estaba completamente absorto por sus estudios y no había pensado en cómo ganarse la vida. Su alma estaba sedienta de Torá, la cual consideraba como la mejor mercancía. Temía las distracciones que causaría una familia, y así se mantuvo posponiendo el matrimonio para que sus estudios no fueran interrumpidos.

Una noche, al terminar sus estudios del día, se quedó dormido y tuvo un sueño. Un hombre con una barba se acercaba y le ordenaba: - “La mujer destinada para usted habita en el pueblo cercano; es la hija del carnicero tal y tal. Vé a éste pueblo y cástate con la hija de éste carnicero.”

A la mañana siguiente se despertó y recordó su raro sueño, pero no le prestó atención diciéndose que un sueño era algo pasajero y sin trascendencia.

Regresó al Beit Midrash y se sumergió en sus estudios.

Esa noche, cuando se durmió, otra vez el hombre con barba se le apareció y repitió las palabras: - “Vé al pueblo cercano y toma por esposa a la hija del carnicero, aunque ella provenga de una familia humilde.”

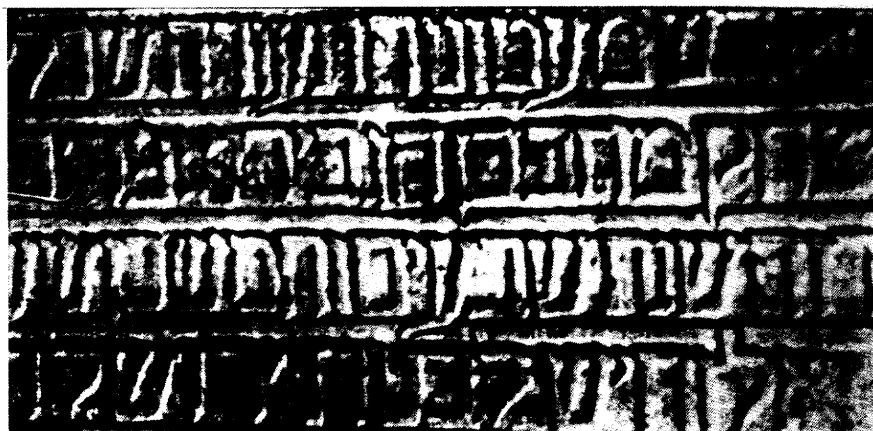
Este sueño tampoco influyó sobre él y pensó que los sueños son mentiras.

Pero éste sueño regresó noche tras noche, hasta que decidió ir a ese pueblo y comprobar por sí mismo si había un carnicero con ese nombre y que tuviera una hija merecedora de casarse con él. Cuando llegó al pueblo encontró al carnicero y a su hija con el nombre que el anciano le había dicho en su sueño.

Entró a la casa de éste, y parado frente al carnicero y su esposa les dijo: - “He venido para pedir la mano de su hija; soñé que ella era la destinada para mí.”

- “Nosotros no le conocemos; somos gente sencilla y no nos casamos con eruditos en Torá. Ellos no vienen hacia nosotros ni nosotros hacia ellos.”

- “Yo tampoco hubiera venido si no hubiera sido por el sueño que tuve.”



Una pintoresca calle en el antiguo barrio judío de Córdoba.

Se sentó con ellos y les contó sobre él mismo y sobre su familia, una familia de rabinos de Córdoba. Ellos le dijeron: - "Le damos nuestra hija por esposa; pero no podemos ayudarle porque somos gente pobre."

- "Continuaré estudiando Torá y confiaré en que el D-s de Israel me sostendrá."

Una modesta ceremonia de matrimonio se efectuó y la pareja se fué a Córdoba, donde Rabí Maimón regresó al Beit Midrash - hasta que la gente de la ciudad le nombró dayán de la ciudad.

La esposa adoraba a su marido; le preparaba sus comidas y se las llevaba al Beit Midrash para que no perdiera tiempo de sus estudios. Era obediente y había aprendido a cocinar bien en su hogar paterno. Cuando quedó embarazada, Rabí Maimón rezó para que le naciera un hijo; un hijo que se convirtiera en gran erudito en Torá.

La circuncisión se efectuó con la participación de la nobleza de la ciudad y los rabinos. Una nube de tristeza se mantuvo en la ceremonia, debido a la muerte de la madre que no vivió para ver a su hijo. La gente lloró sinceramente durante la ceremonia.

Todos los miembros de la familia le ayudaron en la crianza del niño, para que no perdiera tiempo de sus estudios. Sin embargo andaba de un lado a otro cuando el niño lloraba. Entendió que el chico necesita una madre; en ausencia de ésta, otras mujeres habían alimentado y cuidado al recién nacido envolviéndolo con su cariño y amor.

Y así creció el niño, próximo a su padre.

Rabí Maimón fué discípulo de Rabí Iosef Halevi Ibn Migash, quien fué discípulo de Rabí Isaac Alfasi (el Rif).

Rabí Maimón esperaba que su hijo también viajaría a estudiar al mismo Beit Midrash que él había estudiado, pero los hechos no resultaron como deseó.

El niño creció y cuando tuvo la edad adecuada, su padre lo metió al Talmud Torá (escuela primaria), y le pidió al profesor que le prestara atención pues era huérfano. Rápidamente se aclaró que el niño tenía capacidades pero no deseos de estudiar. Mientras el tiempo pasaba, el niño circulaba por los campos cazando animales y aves, en lugar de estar en las sesiones de Talmud Torá. El padre estaba entristecido. Su mundo se derrumbó a su

alrededor con gran estrépito porque su hijo no era capaz de estudiar adecuadamente como todos los otros niños.

La tristeza condujo al padre a gritarle a su hijo en un arranque de cólera: - "¡Hijo de carnicero!"

El padre reprendía a su hijo y se sentaba a estudiar con él, pero era en vano. Ningún medio que utilizó para mejorar la comprensión del muchacho y cambiarle sus hábitos fué útil. El padre se desesperó con la visión de su hijo que no asimilaba lo que estudiaba.

Quiso explicarle a su hijo la obligación del estudio de Torá; le contó historias sobre grandes eruditos en Torá, que pasaron sus enteros días y noches ocupados en los estudios, esperanzando que ésto, condujera al niño a estudiar y escuchar sus palabras. Le dibujó figuras de lo que estudiaba, casas, bestias y aves, pero todo fué inútil. Le gritó una vez más: - "¡Hijo de carnicero! Nada te sirve, no quieres entender tus estudios."

El chico se sintió herido con éste apodo y huyó de su casa.

El muchacho estuvo vagabundeando solo y abandonado; no quería regresar a su casa pues temía la presión y ofensas de su padre; quería valerse por sí mismo. Por la noche se refugió en una pequeña sinagoga. Profundamente amargado vertió sus angustias ante el Creador. Lloró intensamente hasta que se quedó dormido.

El chico durmió sobre una banca en la sinagoga, y al despertarse, en la mañana, sintió que un cambio se había realizado en él. Un manantial de sabiduría se había abierto en su mente; rezó, y luego abrió un libro y comenzó a estudiar. Sintió que por primera vez entendía el significado completo de lo que ahí estaba escrito. Un nuevo espíritu había descendido sobre él.

Este espíritu le motivó más adelante a seguir estudiando. Sin que su padre supiera, se fue para Alisona, donde había una famosa Yeshivá fundada por Rabí Isaac Alfasi, y estaba dirigida por su discípulo Rabí Iosef Halevi Ibn Migash.

El discípulo Moshé de Córdoba se presentó a éste, y cuando mencionó su nombre, le hizo recordar a Ibn Migash, que su padre había estudiado con él en esa Yeshivá, y ahora su hijo estudiaría en ella.

Por el mérito de su padre fué admitido en la Yeshivá sin requerir nada más.

Se sentó en un banco de la Yeshivá y tomó parte de los estudios. Ahora que su mente se había abierto y vió los manantiales de sabiduría abiertos frente a él, quiso beber ilimitadamente de éstos. Lo que su mente había rehusado asimilar antes, repentinamente se le clarificó. El tiempo se detuvo para él.

Nunca se le vió por las calles de Alisona y no interrumpió nunca sus estudios, hasta cuando se aproximaban las festividades, en que los estudiantes iban a sus casas donde sus familias.

El jefe de la Yeshivá dijo de él: - “Merece ser hijo de su padre, Rabí Maimón, quien también estudió con gran diligencia en ésta Yeshivá.”

Moshé todavía no había llegado a la edad del Bar Mitzvá.

La diligencia del muchacho no tenía límite. Se sentaba en su lugar desde el amanecer hasta la media noche y asimilaba la Torá, manajo por manajo. Tenía un feroz deseo de estudiar y de aprender más y más.

Alisona era una ciudad tranquila. Los judíos de allí estaban conectados con la Yeshivá y habían constantes visitantes. Un bosque de bajos árboles rodeaba la Yeshivá, y por las noches era posible salir a tomar aire fresco. Pero Moshé lo hacía solo en muy raras ocasiones, cuando se sentía extremadamente cansado.

El jefe de la Yeshivá iba muy a menudo a examinar al discípulo Moshé. Platicaba con él lo que había aprendido en la Yeshivá y lo que había aprendido por su cuenta. Rabí Iosef quiso alabar de frente a Moshé pero se resistió, por temor a que ésto hiciera sufrir al joven de orgullo. Cuando se apartó de Moshé le dijo: - “Haz hablado bien, pero éste tema requiere más aclaración.”

Le indicó otras fuentes que aclararían el tema, y Moshé apremiadamente se dirigió a los estantes, sacó los libros que Rabí Iosef le había recomendado y los estudió, para encontrar apoyo en sus nuevas interpretaciones.

Encontró una riqueza de nuevas fuentes que ignoraba: libros que habían sido editados pero de difícil acceso y que tenían que buscarse; ocultos manuscritos que poca gente conocía su localización.

Rabí Iosef Ibn Migash estaba anciano y enfermo y podía solo supervisar a sus discípulos por cortos períodos de tiempo. Pero las

pocas conversaciones que tuvieron sobre temas de la Torá, le abrieron nuevos caminos de entendimiento. Rabí Iosef vió los frutos de su labor en su nuevo discípulo, y le dijo a sus colegas: - "Deben saber que éste chico se convertirá en alguien muy grande, y los judíos de todo el mundo, desde el este hasta el oeste, comprenderán sus interpretaciones."

Rabí Iosef no se mejoró de salud; y en los últimos días del maestro, su discípulo permaneció al lado de su lecho. En ocasiones, permanecía días y noches al pie de su cama, observando a su maestro, escuchando sus enseñanzas, sosteniendo en sus manos, todo el tiempo, un libro y leyéndolo. Cuando el discípulo vió que su maestro estaba cercano a la muerte, se paró y le besó la mano. A su lado, lloró. En ése momento Rabí Iosef cobró consciencia y miró al muchacho; levantó sus manos, las colocó sobre la cabeza de su discípulo y lo bendijo. Después de pronunciar la bendición, el alma de Rabí Iosef se separó. Este beso y la bendición que le dió el erudito de Torá, levantaron el espíritu del muchacho permitiéndole alcanzar niveles más altos en sus estudios.

Moshé regresó a Córdoba, su ciudad natal; observó que la ciudad estaba como antes, y muy poco había cambiado en ella. Cuando se había ido, estaba llena de eruditos y escritores y él no era nadie ante sus ojos. Y ahora sintió que habiendo regresado después de haber estudiado, podría mantener una conversación sobre temas de Torá. Pero no reveló su identidad a la gente de Córdoba.

Entró al Beit Midrash para rezar, y los jefes de la comunidad le conocieron solamente como uno de los principales discípulos de la Yeshivá de Alisona.

El gabai (funcionario de la sinagoga) vió que en medio de ellos estaba un visitante de la Yeshivá, y fué entonces invitado a dar un discurso sobre Torá, como era la costumbre.

El estudiante aceptó la petición, y entre el rezo de Shajrit y Musaf ascendió a la bimá (plataforma del lector) de la sinagoga y habló con voz clara y de memoria. Citó libros y fuentes ocultas; expresó sus nuevas interpretaciones y mencionó a sus maestros. La comunidad notó que un verdadero erudito estaba ante ellos.

Entre los oyentes estaba su padre, quien se dijo para sí: “Cómo desearía que mi hijo Moshé fuera como aquellos estudiantes de la Yeshivá de Alisona.” Mientras escuchó al conferenciante, sospechó que fuera su hijo, pues la voz del discursante se asemejaba a la de éste, que había partido de su casa a estudiar en Alisona, y a quien no había visto desde ese entonces.

Estaba acercándose a él después del rezo, para preguntarle por su hijo, pero en cuanto se aproximó más, lo observó nuevamente, y exclamó: - “¡Moshé, mi hijo! ¿Eres mi hijo Moshé?”

El joven admitió que era realmente su hijo Moshé y que había partido de la casa varios años antes, sin dejar ningún aviso hacia donde iba.

El padre se deshizo en lágrimas y besó a su hijo mientras salían de la sinagoga. Caminaron hacia la casa, abrazados, y cuando entraron a ésta, el padre anunció: - “¡Nuestro hijo Moshé ha regresado! ¡Miren todos, vean quien ha venido conmigo!”



Una inscripción en hebreo de 1315, encontrada en Córdoba.

Pared occidental de la sinagoga de Córdoba en la cual el Rambam rezaba.

Todos los empleados domésticos se reunieron a su alrededor; no podían dar crédito a sus ojos. El niño se había ido de la casa y ahora un muchacho joven estaba frente a ellos: caminaba con paso medido, su mirada era profunda y penetrante; y su lenguaje claro, era el lenguaje de los eruditos de Torá. En pocas palabras, un adulto.

- “¿Dónde estabas todos estos años?, le preguntaron los empleados domésticos.

“En la Yeshivá de Alisona,” contestó.

El muchacho fué recibido en el hogar paterno como un ave que regresa a su nido después de años de vagabundeo. Trajo consigo de la Yeshivá los gestos característicos de un erudito de Torá. No era más el travieso chico que no tenía cabeza para los estudios.

Los eruditos de Córdoba y de las ciudades vecinas venían a la casa de su padre, la cual estaba llena de palabras de Torá. La figura del jefe de la Yeshivá de Alisona, Rabí Iosef Halevi Ibn Migash rondaba dentro de la casa. Entre los visitantes de la casa estaba Rabí Iosef Ibn Zadik, autor de la obra “Olam Katán”; erudito, filósofo y poeta quien formaba parte de la corte rabínica de Córdoba, junto con Rabí Maimón. Los eruditos que llenaban la casa, discutían las obras y personalidades de Rabí Yitzhak Alfasi, --Rabí Yehudá Haleví, Rabeinu Baya y Rabí Avraham Ibn Ezra.

Estos eruditos argumentaban las opiniones de filósofos judíos y gentiles. Los argumentos giraban alrededor de las opiniones de Rabí Shlomo Ibn Gvirol, de la España musulmana, y de las del historiador e investigador Rabí Avraham Ibn Daud, de la España cristiana quien basó sus investigaciones en el método de Aristóteles; mientras que Ibn Gvirol basó su trabajo en las enseñanzas de Platón.

Ahora, después de regresar de la Yeshivá de Alisona, Moshé entendió mejor las argumentaciones que se presentaron en su casa. Los nombres de filósofos griegos y árabes surgieron también en éstas discusiones que giraban alrededor de asuntos filosóficos.

Unos apoyaban las opiniones de un filósofo, mientras otros estaban de acuerdo con otra escuela filosófica diferente. El escuchar éstas argumentaciones incrementó solamente el deseo de Moshé de entender la Torá y la sabiduría en general.

El chico se preparó para recibir el yugo de los preceptos. Su padre estudiaba con él todos los días, pero antes de su Bar-Mitzvá, a comienzos del año 4.911 (1148 EC), Córdoba, su ciudad natal, fué conquistada por las tropas de los Almohades, dirigidas por Abd el-Mumin, quien invadió Andalucía, viniendo desde el norte de Africa. Estos manifestaron a los judíos de Córdoba, ciudad llena de eruditos y escritores, las siguientes alternativas: la aceptación del Islam, el exilio o la muerte. Los judíos escogieron el exilio. Las sinagogas y Yeshivot de la ciudad fueron destruidas. Sus miles de habitantes judíos partieron de la ciudad en la cual habían vivido junto con sus antepasados por cientos de años. Partieron en carruajes tirados por caballos, o a pie. Ancianos, mujeres y niños se unieron a las largas filas del exilio. Solamente unos pocos se quedaron y aceptaron el Islam, aunque solo aparentemente. La comunidad judía de Córdoba llegó a su fin; el sol de la Torá y de la sabiduría se ocultó.

La familia Maimón partió de Córdoba junto con otros judíos del sector cristiano. Su vida errante duró 12 años.

En cada parada de sus viajes, el joven Moshé repasaba sus libros, estudiaba el Talmud y no desperdiciaba un solo momento. Todas las posesiones de la familia se quedaron en Córdoba.

Rabí Maimón y su familia llegaron a la primera estación de su largo viaje, al Puerto de Santa María, ciudad de la costa andaluza e importante centro comercial. Descansaron de su viaje y trataron de quedarse allí.

Después de tres años, también las tropas de los Almohades se acercaron a ésta ciudad. Se repitió nuevamente la pesadilla de Córdoba: los judíos abandonaron sus hogares y propiedades y comenzaron a vagar de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo.

Moshé no abandonó sus estudios durante éstos años de errante. En el camino conoció otros eruditos y aprendió de ellos. Su padre dedicó bastante atención a la educación de su hijo. El chico tenía buena memoria y no olvidaba lo que aprendía.

En sus viajes conoció a un discípulo del filósofo Avempace, y obtuvo conocimientos de las enseñanzas de medicina de Hipócrates y Galeno, los principales médicos de su época. De los filósofos que conoció aprendió las enseñanzas de Aristóteles, y de otros aprendió astronomía y ciencias naturales. Investigó sobre las costumbres idolátricas con el propósito de entender sus maneras de pensar, y así descubrir cómo habían llegado a ésto.

Cuando llegó a la edad de 23 años, y por pedido de cierto erudito, escribió un libro titulado "Jeshbón" o "Maamar ha- Ibur", con los cálculos necesarios de todas las festividades, las lunas nuevas, y los años intercalados (en los que el mes adicional de Adar se agrega). Enseguida escribió su segundo libro "Biur Milot ha-Higayón" el cual contenía una explicación de los términos lógicos. En éste trabajo redescubrió el significado original de las palabras que cambiaron con el uso. Al explicar claramente sus significados, introdujo el orden en los conceptos y las opiniones filosóficas. En éste trabajo demostró su claridad y pensamiento metódico que caracterizarían todas sus otras obras.

Estos libros fueron escritos como respuestas a preguntas de gente que buscaba una explicación a éstos conceptos; sin embargo fueron escritos de paso, pues su principal interés estaba en la Torá. En sus viajes errantes observó la triste condición de los judíos en los países de exilio, y vió como las ciudadelas de Torá desaparecieron y fueron destruídas por el más leve viento. Vió a los eruditos de Torá errando de un lado para otro, en busca de refugio temporario hasta que las condiciones mejoraran. Recordó cómo Córdoba, el centro de Torá, se había evacuado repentinamente de sus rabinos y eruditos. Temió que éstos vagabundeos causaran que Israel olvidara su Torá.

Entendió que tenía una misión en la vida: elevar el judaísmo a su antigua gloria, levantándola de su humillada condición, facilitando el conocimiento y la comprensión de la Torá; y ayudando al pueblo judío a que entendiera porque su destino era

diferente del de otros pueblos, y porque se sufría tanto estando bajo su dominio. Los Batei Midrash habían sido destruidos, los maestros del pueblo estaban dispersos y la Torá Oral quedó como libro cerrado para el pueblo de Israel. No había texto que explicara el Talmud. Era su trabajo comenzar a explicarla para que fuera entendida por todos.

Escribió los comentarios sobre tres Ordenes del Talmud: Moed, Nashim y Nezikim. Escribió también un comprensivo libro titulado "Hiljot Yerushalmi", que contiene las decisiones legales basadas en las discusiones del Talmud de Jerusalem. Escribió una gran parte de éstos libros de memoria, pues no tenía libros consigo. Escribió además un comentario sobre el tratado de Hulín.

Estuvo escribiendo éstos libros durante su vida errante y ello le produjo alivio. Pero todos estos trabajos se perdieron debido a sus viajes, ya que a veces era necesario huir rápidamente de un lugar a otro; y cuando regresaban a la primera ciudad, los manuscritos habían desaparecido.

Después de haber trabajado arduamente en los comentarios sobre los Tratados del Talmud, se dió cuenta que era más importante escribir un comentario sobre la Mishná, ya que un número mayor de judíos la estudiaba y necesitaban de un comentario. Y así, comenzó a escribir su comprensivo comentario sobre la Mishná, en el cual trabajó por veinte años. Lo escribió mientras erraban y no paró ni siquiera cuando viajaban por carretera o por mar. Recordó todas las mishnayot de memoria. Hizo todo ésto con la intención de acercar más al pueblo judío a la Mishná y al Talmud.

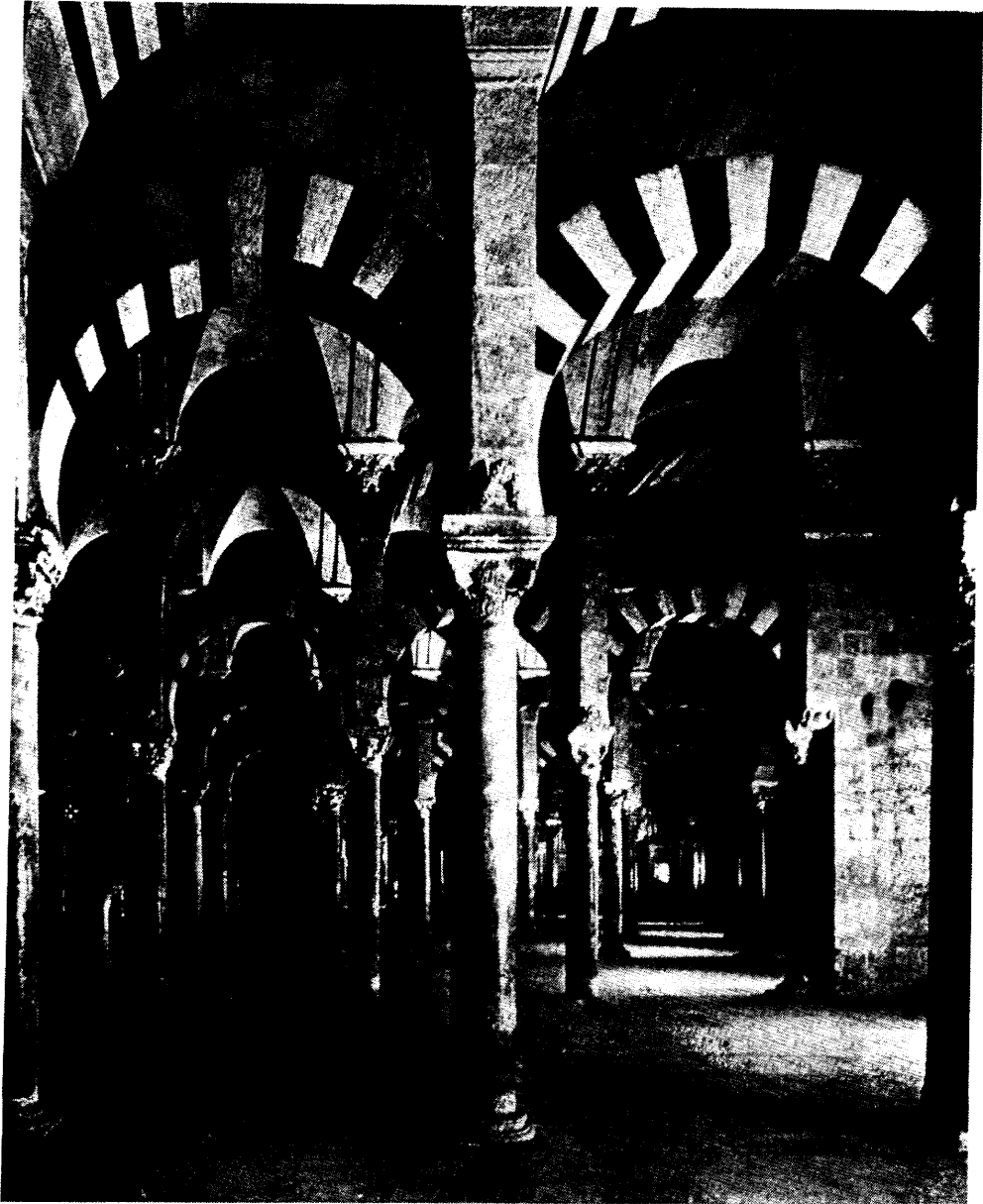
Durante éstos veinte años de vida errante pasaron de un lugar a otro en España, sin encontrar descanso. Rabí Maimón recibió una invitación de Rabí Yehudá Hacohen de la ciudad de Fez en Marruecos para que él y su hijo fueran allá, donde Moshé podía unirse a los estudiantes de la Yeshivá. Rabí Yehudá enseñaba a sus discípulos en secreto, en escondites, arriesgando sus vidas. Los judíos de Fez vivían bajo el dominio del terror de los Almohades. Aparentemente se comportaban como musulmanes, pero en secreto seguían sus vidas como judíos, e incluso tenían una Yeshivá.

A la familia Maimón, siendo una respetable y educada familia que había venido de España, no se le exigió que adoptara la religión del Islam; aun cuando muchas familias judías de la ciudad se habían visto forzadas a adoptar la apariencia musulmana, por temor a los fanáticos musulmanes. Secretamente, el joven Rabí Moshé les enseñó los fundamentos básicos del Judaísmo, reforzándoles con enseñanzas éticas. Construyó una relación íntima con Rabí Yehudá Hacoheh Ibn Shushán, y estudió bajo su dirección.

Rabí Moshé subió a un alto cuarto de un edificio en la sección vieja de la ciudad de Fez, de estrechos callejones, para continuar escribiendo su comentario sobre la Mishná. Trece palanganas de cobre estaban colocadas en el piso alto de la casa que le hablaban a Moshé del tiempo.

A pesar de que se encerró en el salón de arriba para escribir su libro, ésto no le impidió el involucrarse en los hechos públicos con el propósito de motivar la decisión de los judíos que se encontraban en medio de una tormenta, enfrentando la conversión.

Los Almohades prohibieron a los judíos practicar solo abiertamente los ritos de la religión, pero no hicieron ningún esfuerzo en asegurarse que realmente observaban la religión del Islam. No prestaron atención a lo que los judíos hacían en sus hogares, ni los investigaron, ni determinaron si ellos creían en el Islam o permanecían siendo judíos secretamente. Todo lo que exigían era que en público se comportaran como musulmanes.



La Gran Mezquita de Córdoba, construída con un estilo moro, dominante en la época del Rambam (de la exhibición de "Maimónides" en el Museo de la Diáspora Beit Hatfutsot, 1988)

Capítulo Dos

En Medio De Los Judíos Secretos De Marruecos

La secta mística religiosa del norte de Africa fundada por Ibn Tomrat, llamada los "Almohades" (los solitarios), se extendió rápidamente y adoptó una naturaleza claramente marcial. Estaba dirigida por el fanático, soñador Abd el Mumin, quien fue conocido por su cruel comportamiento con aquellos que no aceptaban sus ideas. Declaró una guerra santa contra los reyes gobernantes de la dinastía Almohades. Vió a los judíos como heréticos que debían ser eliminados. En 1147 los Almohades conquistaron todo el norte de Africa y los judíos de las ciudades conquistadas tuvieron que escoger una de tres alternativas: la conversión al Islam, el exilio o la muerte. Muchos escogieron morir como mártires, mientras otros salieron hacia un nuevo exilio por la España cristiana o por los países de Europa. Sin embargo la decisiva mayoría que no pudo dejar sus casas, adoptó en apariencias la religión de Mahoma, mientras continuaban secretamente observando la religión de sus padres. Los Almohades no se satisficieron destituyendo a los gobernadores de los países del norte de Africa y tomando sus puestos, sino que también invadieron el sur de España y conquistaron rápidamente toda la Andalucía musulmana. La suerte de los judíos de la comunidad española fue peor que la de sus hermanos judíos del norte de Africa. Muchas comunidades fueron destruídas, y la vida de muchas generaciones fue extinguida de la faz de la tierra.

La familia Maimón vivió cinco años en Fez; tiempo durante el cual Moshé, estando aún joven, escribió su comentario sobre la Mishná. Nadie se dirigía a él, ni le interrumpía; se escondió en su rincón. Los judíos de Fez sabían que un joven erudito pasaba sus

días en el ático, escribiendo su libro. En muy raras ocasiones caminaba por las calles y la gente le saludaba. Los judíos andaban por las calles con atuendos musulmanes, pero se reconocían secretamente unos a otros; estudiaban Torá en los áticos o en los sótanos y cuando nadie los veía observaban los preceptos del judaísmo. Fueron conocidos como los "secretos judíos". Esperaban el día en que pudieran quitarse de encima los lazos del Islam y retornar al judaísmo. Rabí Maimón envió el "Igueret ha-Nejamá (La Carta de Consolación) a los secretos judíos oprimidos, en la cual escribió: "No es por el odio que D-s les tiene o por un deseo de vengarse contra ustedes que mandó estos males; sino por Su amor y compasión hacia ustedes, para que corrijan sus caminos y les vaya bien, por siempre. Así como un amoroso padre hace que su hijo sufra y lo castiga para enseñarle el camino adecuado a seguir, así el Señor que los ama, les manda sufrimientos para que entiendan que deben corregir sus caminos."

Rabí Maimón fervientemente hizo un llamamiento a todos los judíos: "Estamos obligados a obedecer la voz de D-s, a caminar por el sendero de la Torá y los preceptos y a hacer todo lo que se nos ha comandado. La Torá es el salvavidas del mar de la vida; quien se agarra del cordón de la Torá no se hundirá en el abismo del mar de angustias. Pobre de nosotros si nos soltamos del cordón de la Torá, porque entonces nos hundiremos como plomo en las profundidades del agua mala."

En su carta Rabí Maimón explicó que la obligación de rezar incumbe a cada persona de Israel, y que es un acto sublime. Todo judío debe levantarse para rezar al Señor del Universo, por la noche, por la mañana y por la tarde. Si una persona no puede rezar apropiadamente porque los enemigos le oprimen, debe por lo menos pronunciar un corto rezo en hebreo, y Quien escucha los rezos se complacerá, aceptándolo con compasión.

El "Igueret ha-Nejamá" se divulgó entre los judíos de Marruecos y les infundió un nuevo espíritu. Algunos se dedicaron en secreto al estudio de la Torá; otros se arrepintieron con la esperanza de que el Creador los rescataría de sus angustias, y que los decretos de conversión desaparecerían.

Sin embargo, mientras tanto la presión de los fanáticos musulmanes se incrementó. Muchos judíos huyeron. Los fanáticos musulmanes sintieron que la fé de los judíos se había fortalecido, y entonces intensificaron su represión. Vieron a los líderes espirituales de los judíos como los que avivaban las llamas del judaísmo, y entendieron que tendrían que detener a aquellos líderes con el propósito de destruir la fé de los judíos.

En el año de 4924 (1164) uno de éstos secretos judíos le preguntó a un famoso sabio cómo veía el judaísmo a los judíos secretos, que eran forzados a profesar abiertamente el Islam. ¿Estaban obligados a morir por su fé en la religión de Moisés? ¿o era preferible que ellos aceptaran esos decretos externamente, mientras mantenían en secreto la chispa del judaísmo, hasta que pasaran las persecuciones?

Este sabio, quien vivía fuera del sector perseguido por los Almohades, dió el fallo que creer en el Islam era como creer en idolatría, a lo cual a los judíos se les había comandado “dejarse matar y no trasguedir.” En su opinión cualquier judío que afirmaba, aunque fuera solamente por apariencias, que Mahoma era el profeta de D-s, y aunque secretamente observara los preceptos, debía ser apartado de la congregación de Israel. Este mismo sabio reglamentó que si un judío entraba a una mezquita, aunque fuera solamente por apariencias, y luego rezara a su D-s en la sinagoga - no solamente que no cumplía con obligación religiosa, sino que su rezo era considerado como una abominación y un pecado. Sobre ésta clase de rezo el profeta Jeremías escribió: “Porque Mi pueblo ha cometido dos pecados” (Jeremías 2:13), porque se inclinaron a un ídolo y se inclinaron en el Templo.

Este fallo difundió confusión y desespero en los corazones de los judíos secretos. Algunos comenzaron a convertirse al Islam, al no encontrar otro remedio, porque pensaron que no eran considerados como judíos y que no tenían necesidad de observar los preceptos, puesto que eran segregados de la congregación de Israel; éstos no encontraron otro remedio. Se temió que éste fallo condujera al rompimiento de lazos entre los judíos secretos y el pueblo judío y su religión. La respuesta de éste sabio conseguía exactamente lo opuesto a lo que él buscaba: en lugar de acercarlos

al judaismo, los alejaba aún más, debido a su naturaleza extremista.

Una interna voz le anunció a Rabí Moshé que se opusiera a las opiniones de éste sabio, que ponía en peligro el futuro de los judíos secretos. Por esa época Moshé tenía solamente 27 años de edad, y el sabio al que se oponía era un individuo piadoso, entusiasta y famoso ¿Cómo se atrevería a oponérsele públicamente y probarle su error? ¿Le escucharía el pueblo frente a la decisiva opinión de éste sabio?

Se paseó de un lado a otro en el ático, llendo de una esquina a la otra sin encontrar descanso.

Un impulso interno no le permitió continuar su trabajo en el comentario sobre la Mishná. Estos no eran momentos de normalidad en que el fuego se enfurecía afuera, mientras él se sentaba apartado en su casa. Tenía que salir a defender a los judíos secretos en momentos como éstos, en que se enfrentaban al peligro de la aniquilación tanto de dentro como de afuera. Este sabio no entendió la importancia de la época y la situación de los judíos secretos. Era una persona cerrada, de mente estrecha y muy distante de amar a sus compañeros judíos.

Estaba furioso con éste sabio quien en su opinión, trataba muy a la ligera la cuestión y no investigaba lo suficientemente profundo. Después de todo se refería a la suerte del pueblo y no era una cuestión abstracta. Era un punto de vista superficial en términos de la halajá. Rabí Moshé reflexionó sobre si sería visto como suficientemente autorizado por el pueblo para oponerse a éste sabio, y convencerlos de la rectitud de su opinión y su habilidad para emitir decisiones.

Se sentó en su mesa en el ático y escribió una respuesta a la opinión del sabio. Trabajó muchas horas en ésta. La enunció bien pero no tuvo control contra el sabio, a quien se oponía. Generalmente Moshé era tolerante con sus opositores y los trataba con respeto, aun cuando sus opiniones eran completamente faltas de lógica. Pero esta vez no pudo refrenarse. Por primera y única vez trató a su oponente, irónica y denigrantemente. Lo llamó "pobre en conocimiento". Este suceso afectó el futuro del pueblo, cuyos hijos vivieron como judíos secretos debido a los decretos

anti-judíos. El joven Rabí Moshé declaró que éste sabio no tenía ningún derecho de dar el fallo de que los judíos secretos deberían morir como mártires, santificando el Nombre Divino, ya que él mismo vivía una vida pacífica y no había experimentado la demanda de la conversión forzosa. Escribió que éste sabio merecía la muerte por lo que su boca y su lengua habían hecho.

Mientras estuvo formulando su epístola, se preguntó si no era ésta demasiado fuerte o extremista; pero no pudo calmar su rabia contra el sabio que estaba cómodamente lejos de los hechos. La epístola que escribió con respecto a la conversión forzada, el "Igueret ha-Shmad", fué su primer trabajo literario y contenía lo mejor de su conocimiento, sabiduría y entendimiento. No mostró ninguna parcialidad en ésta.

Rabí Moshé reprochó al sabio por no haber tenido el suficiente cuidado al escribir su fallo. "Porque una persona no debe hablar o dar un discurso en público hasta que no ensaya lo que desea decir - dos, tres, o cuatro veces. Debe revisarlo bien y solo después hablar. Esto se aplica a la persona que va a hablar, pero con respecto a lo que la persona inscribe con su mano, o escribe en un libro - debe revisarlo mil veces, si es posible."

El principal mensaje del "Iguered ha-Shmad" era que debe hacerse una distinción entre los diversos grados de Santificación del Nombre Divino: La conversión forzada durante la época del dominio griego y romano, o en los países cristianos no se compara con la de ésta generación. Los decretos islámicos de los Almohades estaban en contra de la práctica en público de los preceptos. Los fanáticos islámicos exigían el reconocimiento de la misión de Mahoma. Este decreto era relativo solamente al campo de la palabra en público, "pero si una persona deseaba observar los 613 preceptos en secreto, podía hacerlo." Los fanáticos musulmanes sabían muy bien, (haciendo caso omiso a los hechos) que los judíos lo aceptaban solo externamente, mientras que en secreto seguían creyendo en su judaísmo. No podía considerarse ésto como una conversión o un cambio en la vida de los judíos.

Explicó el concepto de los "preceptos" y demostró que el judaísmo no se refiere a todos los preceptos con la misma severidad. Se debe hacer una distinción entre los preceptos serios

y los menos serios. A la primera categoría pertenecen las tres prohibiciones siguientes: idolatría, incesto y derramamiento de sangre. Estos preceptos deben ser cumplidos bajo cualquier circunstancia, incluso bajo la obligación de violarlas por la fuerza, privadamente o en público; mientras que respecto a los otros preceptos, la obligación de renunciar a la vida se aplica solamente bajo ciertas circunstancias. De acuerdo con ésto, se debe examinar el tipo del precepto, cuando se trata del mandato de “morir pero no trasgredir.” Analiza también el concepto de la profanación del Nombre Divino; también aquí se debe examinar la seriedad del precepto. Distinguió entre la profanación en común del Nombre Divino y la privada. Es posible que dos personas realicen la misma acción que conduce a la profanación del Nombre Divino, pero en un caso D-s es deshonrado, mientras que en el otro no. Todo depende del grado de importancia de la persona que realiza la acción. Una persona de alto rango cuyas acciones sirven como ejemplo para otros, debe ser especialmente cuidadoso con sus acciones, para que sean intachables pues influyen a otros. Si un erudito de Torá no conduce las discusiones legales apropiadamente, ¿qué dirá la gente de él? Dirán: - “¡Pobre fulano que estudió Torá! Vean cuán ruines son sus actos!”

En el “Igueret” diferenció y definió los grados de Kidush ha-Shem - la santificación del Nombre Divino-. Analizó el concepto de la “conversión” y clasificó los distintos tipos de conversión forzosa durante las diferentes épocas. Las conversiones forzadas durante las épocas antiguas en la cual los judíos estaban obligados a rechazar el judaísmo y asimilarse completamente a los gentiles, es diferente de la conversión de nuestro tiempo. Los decretos de islamización de los Almohades se refieren solamente a la observancia en público y en el campo de la palabra.

Rabí Moshé opinaba que una persona está obligada a dar su vida, solamente si se le ordena ejecutar un acto prohibido o por no realizar un acto que es comandado a hacer. No es éste el caso en que no se le ordena realizar una acción, sino meramente hablar. Sin embargo, si una persona entrega su vida en lugar de admitir

públicamente que Mahoma es el profeta de D-s, "recibirá una gran recompensa...y esto es de unacalidad suprema." Pero "si una persona viene a preguntar si debe morir o reconocer (a Mahoma como profeta), le decimos, reconocerlo y no morir."

A pesar de todo, aconseja a todo el que pregunta, que abandone los lugares en los que los judíos son forzados a reconocer públicamente a Mahoma como profeta, y se traslade a un lugar donde esté libre de practicar su religión. Una persona no se debe preocupar por el abandono de sus propiedades o la pérdida de sus riquezas, ni por el amor de sus hijos o su familia, porque ésto tiene solamente valor momentaneo. A diferencia del "temor a D-s, que es lo que perdura." Todo judío que mantiene su judaismo en secreto "debe irse y dejar todo lo que tiene; andar día y noche hasta que encuentre un lugar donde pueda practicar su religión - el mundo es grande y ancho. Irá en exilio al lugar apropiado; y bajo ninguna circunstancia debe permanecer en el lugar de conversión forzada."

Rechazó la opinión de los que aconsejaban permanecer en sus sitios hasta la llegada del Mesías, cuando irían a Jerusalem. Enfatizó: "Esta es mi opinión; el Señor conoce la verdad." Los judíos secretos que son forzados a permanecer en sus sitios, reciben una doble recompensa por cada precepto que observan en secreto. El no quiso rechazar o alejar ni siquiera a los judíos que intencionalmente violaron el Shabat. La necesidad de ocultar su judaismo los lleva a la alienación y a cortar sus vínculos con su religión. Por lo tanto es necesario acercarlos e incrementar su amor por los preceptos. "Y nuestros rabinos, de bendita memoria, ya han comentado que el pecador, (aun) si pecó voluntariamente y si va a rezar a la sinagoga - será aceptado y no será tratado despreciativamente. Se apoyaron en las palabras de Salomón, q.e.p.d. dijo: "Los hombres no desprecian a un ladrón si roba..."(Proverbios 6:30) - no desprecies a los pecadores de Israel cuando vienen en secreto a robar la ejecución de un precepto."

Concluyó el Igueret con palabras de estímulo a los judíos secretos para esperar mejores épocas con total confianza, en "que D-s anulará (las conversiones)," y que el odio se acabará en el mundo.

El Igueret pasó de mano en mano. La gente analizó y discutió lo que estaba escrito. El Igueret difundió consuelo y un nuevo

despertar de devoción por el pueblo judío y la Torá. Muchos hicieron preparativos para huir y buscar un refugio en otras tierras. Familias salieron de Marruecos en secreto, abordaron barcos y huyeron a otras tierras.

La vida clandestina de los judíos de Fez cobró sus derechos. Les era difícil pasar como musulmanes y como judíos secretos al mismo tiempo. Querían vivir abiertamente una vida de Torá y de buenos actos. Grandes segmentos de la comunidad de Fez y de otras comunidades tomaron parte en ésta lucha. Las autoridades sintieron que algo estaba sucediendo. Grandes almacenes fueron cerrados. Los delatores murmuraron que los judíos estaban rezando en secreto en los sótanos de sus casas. Antes de que los delatores llegaran, las autoridades hacían caso omiso a todo ésto.

Los líderes de los Almohades convinieron discutir su actitud hacia los judíos que públicamente reconocían a Mahoma pero mantenían su judaísmo en secreto. Los delatores dijeron que Rabí Moshé había escrito una epístola en la cual invitaba a los judíos a abandonar el país y buscar tierras libres.

Los fanáticos se dijeron entre ellos: -“El rabino de los judíos, Rabí Yehudá, hijo de Shushán debe ser arrestado y ejecutado.”

Otros agregaron: - “El joven Rabí Moshé, autor de la epístola, también debe ser arrestado. Debe ser ejecutado públicamente para que todos lo vean. Nosotros emitimos aquí los preceptos, no él.”

Fueron enviados inmediatamente agentes para buscar a Rabí Yehudá ben Shushán, un hombre justo que dedicó sus días al estudio y al rezo. Le encontraron en su casa estudiando y rodeado por sus jóvenes estudiantes que escuchaban sus palabras. Los agentes cayeron sobre él y lo llevaron ante el consejo de los fanáticos musulmanes. Le humillaron y le dijeron: - “Está sentenciado a morir por negar la fé de Mahoma.”

Rabí Yehudá murmuró entre dientes un rezo; estaba hundido en sus pensamientos y no respondió.

- “Está condenado a morir,” ordenaron los fanáticos. Rabí Yehudá cerró sus ojos evitando del todo la presencia de ellos. Inmediatamente fué detenido y llevado al patio de la prisión. Lo pusieron en una celda y colocaron guardas en la puerta. Ejecutaron la sentencia y su alma pura retornó a su Creador. Más

tarde su cuerpo yació en el patio hasta que le permitieron a varios judíos llevarse lo. Antes de su muerte, los fanáticos le habían ordenado que reconociera la religión de Mahoma, pero él permaneció en silencio. El rumor se divulgó entre los judíos de Fez: Rabí Yehudá había muerto la muerte del mártir. Que el nombre de D-s sea bendecido siempre y por siempre.

Los delatores circularon por los hogares judíos y buscaron eruditos que estudiaban secretamente la Torá, o judíos que rezaban secretamente en las sinagogas abajo de sus casas.

Tan pronto como supo de la ejecución de Rabí Yehudá ben Shushán, Rabí Moshé entendió que Fez no era más un lugar seguro y que tenía que partir del país antes de que fuera demasiado tarde. Comenzó a hacer los preparativos para el viaje: preguntó por las rutas de escape, los barcos y los organizadores. Supo que los delatores habían dicho que él estuvo incitando a los judíos a huír del país.

Temió que los agentes de los Almohades vinieran y encontraran su escondite donde se sentaba rodeado por sus libros.

Durante la festividad de Sucot, Rabí Moshé salió a la calle cargando su lulab y etrog. Un ministro del gobierno se encontró con él y le preguntó burlonamente: - "¿Por-qué anda como lo hacen los tontos o un loco?"

- "Una persona loca es la que tira piedras y no quien cumple con el precepto de su Creador" contestó refiriéndose a la costumbre de los musulmanes, de lanzar piedras a su sagrado monte en la Meca. El ministro no entendió la respuesta de Rabí Moshé y pensó que realmente estaba loco al no hablar coherentemente. Por lo tanto se alejó de Rabí Moshé y no continuó la conversación. Un tiempo después, los delatores le dijeron al ministro que Rabí Moshé, en su respuesta, se había burlado de las costumbres de los musulmanes en la Meca. Cuando el ministro escuchó ésto, ordenó que se le diera muerte a Rabí Moshé. Rumores le llegaron a Rabí Moshé en su escondrijo, y se pasó a otro escondite del barrio judío, donde los agentes del gobierno no pudieron encontrarlo.

Los fanáticos musulmanes habían emitido una sentencia a muerte contra él. Lo buscaron por todas parte pero no supieron

donde estaba escondido. Los rumores de ésto llegaron al erudito musulmán Abu el-Arab Ibn Misha, quien valoraba altamente a Rabí Moshé como filósofo, y había tenido largas conversaciones con su colega judío sobre creencias, opiniones filosóficas y otros elevados temas, y además era amigo suyo. Este erudito le dijo a los fanáticos: - “Esa persona a quien ustedes desean matar es un profundo pensador en materia de ética. ¡No le hagan daño!”

- “Pero escribió una epístola a los judíos secretos invitándoles a creer en el D-s de los hebreos,” contestaron.

- “La actitud hacia un filósofo como él debe ser diferente. Es difícil encontrar pensadores como él en nuestro mundo. El no debería ser matado por sus opiniones.”

Su intervención salvó a Rabí Moshé de la ejecución en manos de los fanáticos musulmanes. Pero Rabí Moshé temía aún, de que nuevos delatores reemplazaran a los que habían sido ordenados apartarse de él. Los fanáticos también podían ser reemplazados; mañana podría aparecer un nuevo fanático musulmán que renovara la sentencia a muerte contra él. La única salida era huir de Marruecos. No podía permanecer más tiempo en el país.

Se buscaron rutas de rescate y escondrijos. La persecución contra los judíos se empeoró: los fanáticos amenazaron a los judíos con que si no se convertían al Islam se les daría la muerte. Rabí Moshé y su familia habían pasado cinco años en Fez. Todo éste tiempo se habían ocupado del estudio de Torá hasta que los decretos anti-judíos se volvieron más severos, y no fué posible vivir más como judíos en ésta ciudad.

Los agentes secretos circulaban por las casas de los judíos informándoles el horario de partida de los barcos que los llevaría a las costas de otros países. Grandes sumas de dinero había que pagar a los dueños y a la tripulación de esos barcos. La familia Maimón vendió todas sus posesiones para pagar el viaje. La vida secreta en el barrio judío incluía ahora, además del estudio de la Torá, los preparativos para el escape. Cada semana, desaparecían familias del sector judío, dejando las casas vacías. Las autoridades musulmanas lo sintieron y fueron a éstas casas del barrio judío y confiscaron la propiedad de los judíos que escaparon.



El hogar del Rambam en Fez, Marruecos; según la tradición el Rambam y su familia se escondieron de los fanáticos musulmanes en el ático de ésta casa (fotógrafo: Dr. Teodoro Cohen, 1982)

De los archivos fotográficos del Museo de la Diáspora del Beit Hatfutsot, cortesía del Dr. Teodoro Cohen.

Los días eran soleados en Marruecos. Las olas golpeaban contra las costas como siempre. Los judíos andaban vestidos con el turbante y el tarbush, como era la costumbre musulmana, mientras guardaban todavía su judaísmo. Algunos aceptaron el Islam completamente, no pudiendo resistir la presión de los fanáticos musulmanes. Se quedaron en Marruecos y se asimilaron a la sociedad musulmana; algunos incluso llegaron a ser líderes de los fanáticos. Sin embargo su número era muy poco.

Un agente secreto llegó a la casa de Rabí Maimón trayendo una carta de los organizadores de la fuga de los judíos. El barco había llegado, y zarparía ésa misma noche. Los marineros ya habían recibido parte del pago del viaje. Los últimos preparativos debían hacerse. Solamente un pequeño maletín podía llevarse consigo. Comenzaron a moverse en seguida; destruyeron cartas y otros documentos por temor a que cayeran en manos de los fanáticos.

Distribuyeron las prendas de vestir entre sus vecinos. A la media noche salieron de la casa y se montaron en el carruaje que los llevó al puerto, donde el barco los esperaba en un sitio distante y retirado.

Rabí Moshé llenó su maletín con los manuscritos. Había trabajado árdamente y por mucho tiempo en ellos y no partiría sin éstos. Quiso despedirse del erudito musulmán que había intervenido en su favor, pero temió que se llegaría a saber por los fanáticos musulmanes; por lo tanto se despidió con una carta que sería enviada al erudito.

Partieron al puerto en la media noche cuando todos los vecinos estaban dormidos profundamente. Temieron encontrarse con alguna persona que se diera cuenta que estaban huyendo; pero la ciudad se había calmado en la noche, y no había nadie en las calles.

Solamente la silueta del barco podía verse en la oscuridad; era un barco pequeño. ¿Cómo podría resistir las olas del océano? El capitán les dijo que cada mes, él zarpaba atravesando mares y llegando a puertos distantes. No tenían nada que temer del mar. Contemplaron la ciudad de Fez desde el barco y se despidieron de

ella. Habían vivido en ésta por unos pocos años y habían buscado la paz, pero solamente encontraron males. Había sido un error haber ido allá. Ahora se estaban alejando de ella para nunca regresar. Pero, ¿cuál sería el destino de los judíos que se quedaron?

El barco era lanzado de una ola a la siguiente en el tormentoso mar. Las gigantescas olas amenazaron con hundir el barco. Los marineros estaban impotentes; estaban acostumbrados a las tormentas del mar, pero no recordaban ninguna tormenta como esa. Rabí Moshé trajo a su memoria las personas que había dejado en la comunidad de Fez; temió por su suerte. Pero ahora temía por su propia vida, no fuera que las olas descuartizaran el barco. Rabí Moshé describió éste viaje al final de su comentario, en el Tratado de Rosh Hashaná:

“El sábado en la noche, del cuarto día de Iyar penetramos al mar; y el día sábado, el décimo del mes de Iyar, del año 4925 (1165), una enorme ola del mar amenazó con hundirnos; el mar estaba extremadamente tempestuoso. Yo hice un voto: en aquellos dos días (el día en que embarqué, y el día de la tormenta) ayunaría, guardando un completo ayuno público; yo, los miembros de mi casa, y todos los que me acompañaban; y ordenaré a mis descendientes que lo hagan así, siempre, dando caridad de acuerdo a sus medios. Mi voto incluyó: que el 10 de Iyar (el día de la tormenta) estuviera solo, sin ver a ninguna persona, y solamente rezaría y leería el día entero (como memorial); igualmente, ya que no encontré en el mar abierto a nadie, salvo a D-s bendito sea, así también no veré a nadie ni me sentaré con nadie a menos que esté obligado a hacerlo...El sábado en la noche, del tercer día del mes de Siván salí del barco a salvo y llegué a Aco. Me salvé de la conversión forzada y llegué a la Tierra de Israel. Este día prometí que sería un día de alegría y regocijo, de banquete y regalos a los pobres, para mí y mi familia, por siempre.”

Y así Rabí Moshé se sentó en el barco rodeado por sus libros, pero el movimiento le impedía concentrarse. Parecía como si el barco fuera a hundirse bajo las olas, en cualquier momento. Pronunció de memoria los rezos que sabía; aun cuando sus

sentidos estaban aturridos por el azote de las olas, pronunció los rezos cuidadosamente, palabra por palabra.

Estaba horrorizado por la tormenta. Se preguntó ¿si debió quizás haber pospuesto la salida? ¿Escondiéndose en Fez o fuera de la ciudad de los que le buscaban para perjudicarlo? ¿Esperar hasta que éstos problemas hubieran pasado? Sin embargo, en los momentos de peligro como ese, su confianza en D-s se fortaleció y su fé se incrementó. Se hundió dentro del mundo de pensamientos donde solamente encontró a D-s, bendito sea. Estaba con El y era a El a Quien le rezaba.

El mar le llamaba con cada ola. Estaba sorprendido por los milagros de la creación. Su mente estaba llena de los pasajes relativos a las maravillas del Creador, especialmente sobre el mar y el agua. Un pensamiento estaba conectado a otro. Vió a una persona, sola, situada en medio de las olas; así está el hombre en el mundo: luchando contra las olas que amenazan vencerlo y cambiarle su forma de vida. En ese momento ansiaba ver la Tierra de Israel. Esperaba el día en que pudiera ver la punta de su tierra, o la costa. Sería un gran día, después de las privaciones que había soportado.

Rabí Moshé sufrió horriblemente en el mar. Vomitaba la comida debido a los mareos; sentía que sus intestinos estaban transtornados y que no podía seguir así por más tiempo. El mar y los cielos estaban a su alrededor; de vez en cuando, subía a la cubierta para observar el horizonte, pero todo lo que veía era agua y más agua. Algunas veces vió una pequeña mancha de tierra a distancia, y quiso decirle al capitán que cambiara el rumbo hacia una de esas costas, para poder descansar de los mareos. Pero el capitán anunciaba que mantendría su rumbo hasta llegar al destino original. Este no se sentía acobardado por las olas, pues estaba acostumbrado a ellas; sin embargo admitió que no recordaba una tormenta como ésa en el mar.

- “¿En honor de quien se presentó esta tormenta?” chisteó el capitán.

- “Indudablemente en honor del sabio judío,” le contestó alguien.

Las olas no se calmaban. Los marineros sacaban el agua del barco para equilibrarlo después de que éste se inclinaba hacia un

lado; pero nuevas oladas bañaban el barco. Las olas rodeaban al barco cual altas murallas. Hasta que finalmente, vieron en el horizonte una costa dorada.

- "¡Nos estamos acercando a la costa!" anunció el capitán.

- "¡Esa es la costa de Aco!" uno de los marineros les dijo.

Rabí Moshé miró a la costa y vio arena dorada y pequeñísimas casas. Pensó para sí: ésta es la tierra de Israel; soy feliz por haber llegado aquí.

Resolvió cumplir todos los votos que había hecho, y contarle a su familia para que los guardaran por siempre. El barco se acercó lentamente a la costa. Desde lejos se podía ver gente que esperaba al barco. Sin duda, eran parientes que habían venido a recibir a sus invitados. El no había informado a nadie de su llegada, porque había salido de Fez en secreto. Cuando saliera del barco, buscaría a los miembros de la comunidad judía y les pediría vivir entre ellos. Los habitantes de Aco debían saber donde vivían los judíos.

El barco se ató al muelle y los pasajeros desembarcaron. Rabí Moshé fué uno de los últimos en salir porque tuvo dificultades al caminar. Ahora se sentía un poco mejor.

El día que pisó la Tierra de Israel fué un día festivo. Se inclinó y besó la tierra. El sol brillaba ardientemente.

Se dijo para sí: "¡Estoy caminando en la Tierra de Israel!" queriendo despertar así, a su imaginación. Se lo amerita, pero no se siente la grandeza en el momento. A veces se necesita despertarse para ver que el sueño se ha transformado en realidad. Esto fué lo que le pasó a Rabí Moshé.

Capítulo Tercero

Aliya A La Tierra De Israel

El país estaba gobernado por los Cruzados. Sus desoladas carreteras tenían todavía las huellas de sangre y fuego de los “Redimidores del Mesías,” que vinieron a la Tierra de Israel y la conquistaron. Habían pocos judíos en el país, y los que habían se escondían en sus casas. Aproximadamente mil judíos vivían en toda la Tierra de Israel, y cerca de doscientos en Jerusalem. La mayoría vivía de la caridad que recibían de los judíos de la diáspora. Aco se había convertido en el centro espiritual judío. La comunidad estaba guiada por el sabio, Rabí Yefet ben Rabí Eliahu. Los miembros de la comunidad estaban preocupados por su sustento. Se habían empobrecido y muy pocos eran conocedores de Torá. Pero eran libres de servir al Creador y no estaban afligidos por los fanáticos musulmanes o cristianos, a condición de que lo hicieran sin llamar la atención.

Rabí Moshé sintió que el miedo le abandonaba. No necesitaba preocuparse más de que los fanáticos musulmanes o cristianos le estuvieran observando cada movimiento. Era libre de servir a D-s, abiertamente. Era como si una pesada carga de ansiedad le hubiera sido levantada de su corazón. Se paseó por las callejuelas de Aco tranquilamente, sin temer a los gentiles. Sintió que a su espíritu le habían crecido alas para volar a las alturas y redescubrir su camino.

Los judíos de Aco tenían en gran estima a la familia Maimón. Honraron a Rabí Maimón y a sus dos hijos. Les propusieron: “Habiten con nosotros y compartan nuestro pan. Enséñenos Torá y satisfaga nuestras almas.”

Pero Rabí Maimón y sus hijos buscaban perspectivas mayores. Aco era un lugar demasiado modesto para ellos; era un refugio temporario y un lugar de descanso para el abatido después del largo período de persecuciones y amenazas.

Rabí Yefet pasó mucho tiempo con Rabí Moshé, y con él discutió sobre Torá. Rabí Moshé le mostró sus nuevas interpretaciones, y Rabí Yafet se involucró en discusiones instructivas. Le mostró los manuscritos que había encontrado y las cosas antiguas que arrojaban luz a los temas de la ley. Los dos rabinos trabaron amistad. Pasaban horas en el ático, absortos en la Torá y en las enseñanzas éticas. Esta amistad perdurará por muchos años, aún después de que ambos partieron de Aco a lugares distantes.

A veces, los dos iban a visitar sitios sagrados por toda la Tierra de Israel. Rabí Yefet hacía revivir el pasado de las lápidas de Galilea, subían lomas y entraban en cuevas, y descubrían antigüedades de épocas pasadas. Las carreteras eran peligrosas. Los bandidos estaban a la espera; los libertinos vagabundeaban por las colinas. No había gobierno por esas zonas. Cada colina o valle era apreciado por los dos amigos, mientras imaginaban como habían vivido los judíos allí en épocas pasadas.

La familia Maimón vivió en Aco por cinco meses, descansando de los rigores del viaje y de los temores de los fanáticos. Rabí Maimón y sus hijos, acompañados por Rabí Yefet, fueron a Jerusalem a pesar de los peligros del viaje.

Viajaron en burro en una caravana. Durante todo el camino hablaron sobre temas de Torá, mientras Rabí Yefet señalaba los lugares conocidos. Ciudades, pueblos, picos de montañas. Algunos habían sido destruidos, mientras que en otros todavía vivía gente en medio de los edificios destrozados por la guerra.

Todos los peligros de la carretera estaban a sus alrededores. No se atrevieron a abandonar a los líderes de la caravana, que conocían el camino de los bandidos. Fué en la tarde cuando llegaron a Jerusalem. Estuvieron cerca del lugar donde estaba el Templo. No descansaron de la rigurosidad del viaje. Rezaron y se vieron a sí mismos viajando por el tiempo, de regreso al Templo que estaba en toda su majestuosidad, porque los cohanim (sacerdotes) realizaban su servicio.

Rabí Moshé estaba asombrado mientras estaba parado frente al lugar del Templo. Prometió que el día que llegó a Jerusalem sería siempre un día festivo para él; y al igual que mereció rezar en

Jerusalem en su desolación, así también él y todo Israel meritaban verla en su gloria. “Cumpliré mi voto,” escribió para él mismo.

Rabí Moshé estaba totalmente absorto en sus pensamientos y no observó a su alrededor. En Jerusalem se encontró con judíos necesitados que vivían en las callejuelas de la Ciudad Vieja o en casas en ruinas. Vivían de las donaciones que recibían de lejos. Habían entre ellos pocos eruditos de Torá. Algunos eran hombres y mujeres viejos que habían venido a pasar sus últimos días en Jerusalem. Los dos rabinos fueron invitados a los hogares de los judíos a comer y a rezar. Pasaron unos cuantos días con los judíos de Jerusalem antes de partir para visitar Hebrón, la ciudad de los patriarcas. La carretera de Jerusalem a Hebrón atravesaba montañas, viveros de vid, antiguos árboles y pueblos en ruinas. Cuando llegaron a Hebrón fueron a la Cueva de Macpelá.

Rabí Moshé pasó un día entero en la Cueva de Macpelá, rezando. Allí se aisló y no salió hasta que no cayó la noche. Su padre y su hermano le estaban esperando, pero él no se movió, envuelto en sus pensamientos. Estos no le molestaron. Rabí Yefet también estaba con él; les acompañó en todos sus viajes porque ellos le dieron solaz en el desierto espiritual en que vivía.

La familia de Maimón paseaba por la ciudad buscando señales de los patriarcas. Estaban emocionados de caminar por los mismos lugares que habían andado los patriarcas. Caminaron por aquí y por allá, y se pasó el día. Miraron a la Cueva de Macpelá una y otra vez, y no podían alejarse. Permanecieron a una distancia de ésta y rezaron con lágrimas en los ojos. Besaron las piedras de la Cueva.

Hebrón, la ciudad de los patriarcas, estaba adormecida. Los ismaelitas andaban por ella: algunos eran de ojos legañosos y otros tenían piel curtida. Los rebaños de ovejas copaban los callejones. Rabí Moshé caminó por la ciudad e imaginó como los padres del pueblo judío habían caminado por allí. Regresó a la Cueva de Macpelá y comenzó nuevamente a rezar. Las colinas estaban situadas frente a él, desnudas, sin ningún árbol o vegetación; éstos habían sido cortados por los ismaelitas para calentarse y cocinar. Las imágenes de los patriarcas le acompañaron mientras caminó alrededor de la cueva y rezó. Aquí

fué donde vivieron. Estaba saturado por un sentimiento de gratitud por haber merecido llegar a la Cueva y haber rezado allí. Solamente cinco meses antes había estado en una grave situación. Las olas habían inundado el barco que pensó que se partiría. Su vida había estado en peligro. Antes de ésto, había sido perseguido por los fanáticos musulmanes en Marruecos. Le habían mantenido bajo vigilancia, y su vida estuvo llena de miedo. Y ahora estaba libre y podía rezar en la Cueva de Macpelá. En su imaginación vió el regateo entre Abraham y Efrón el hitita por la compra de la Cueva: como se reunieron y discutieron el contrato de dinero. ¿Qué podía aprenderse de éste acuerdo?, pensó para sus adentros. ¿Qué méritos tenía? ¿Porqué mereció que las privaciones que había soportado, le abandonaran y había venido aquí? ¿Porqué él lo había meritado y no otros?. La imagen de nuestro padre Abraham le acompañó. Toda su vida andó con ésta imagen en su mente, y ahora estaba frente a la tumba de Abraham y la tumba de Isaac, Jacob, Sarah, Rebeca y Lea.

Su padre estaba a su lado; se dió cuenta que su hijo estaba absorto en sus pensamientos. Le dijo: - “Despiértate de tus pensamientos; tenemos que irnos al hospedaje.”

- “Deseo permanecer aquí todos los días y meditar sobre los padres del pueblo; siento una gran cercanía hacia cada uno de ellos. Pero, ¿cómo es posible vivir dentro de ésta desolación?”

- “Llegará el día en que los judíos regresen aquí.”

- “¿Regresarán para vivir aquí?”

- “Sí. El gobierno judío regresará aquí.”

Nuevamente estuvo absorto en sus pensamientos. No podía abandonar éste lugar. Nuevamente caminó, en su mundo propio por las calles de Hebrón que estaban llenas de ismaelitas. Estaba conectado a los patriarcas. Se dió cuenta que los ismaelitas no pertenecían allí. Y entonces una nueva visión se le presentó: vió edificios judíos, casas, barrios, Batei Midrash. Se detuvo para probarse que lo estaba viendo en el mundo real y no en un sueño.

Rabí Yefet estaba parado junto a él. Le palmoteó en el hombro, y le dijo: - “¡Rabí Moshé despiértese, tenemos que irnos!”

Se despertó de su ensueño pero todos sus sentidos estaban todavía nublados. Flotaba en otros mundos.

El tiempo que pasó solo en la Cueva le dejó su señal. Más adelante en su vida, consideraría a ésto como un hito. Los

momentos que estuvo con los Patriarcas en la Cueva fueron para él preciosos, y le acompañarían toda su vida.

Sostuvo la mano de Rabí Yafet y charlaron acerca de la santidad del lugar.

Miró a las desoladas colinas que le rodeaban e imaginó a los judíos regresando a la ciudad de los patriarcas, plantando viñedos y árboles frutales.

Mientras estaba allí, vió una caravana de judíos que se aproximaba a la Cueva. Estos se desmontaron de sus corceles y caminaron hacia la Cueva, llorando y rezando.

Cuando terminaron de rezar, comenzó una conversación con uno de ellos: - “¿De donde son ustedes?, preguntó

- ”Hemos venido de Egipto.“

- ”¿Hay una gran comunidad judía en Egipto?“

- ”Sí, hay mil judíos allá. Tienen rabinos y dayanim; con un Naguid que los rige.“

- ”Y en qué se ganan la vida los judíos de Egipto?“

- “Se ocupan del comercio y de las artesanías.”

Este judío de Egipto vestía ropas de príncipe o de persona rica. Despreocupadamente dió dinero a los guardas de la Cueva para entrar. Los guardas le rodearon y se preocuparon por cada deseo suyo. Era el jefe de la comunidad de Egipto y tenía conecciones con la propia corte real.

Rabí Maimón, sus dos hijos y Rabí Yefet escucharon lo que el jefe de la comunidad les dijo: - “Veo que ustedes son eruditos de Torá. En Egipto hacen falta eruditos y dayanim. Si vienen con nosotros habrá en nuestra comunidad un lugar para ustedes como Maestros.”

Rabí Moshé y su hermano decidieron unirse a la caravana e ir a Egipto. Su padre Rabí Maimón, decidió pasar el resto de sus días en Jerusalem. El dayán Rabí Yefet regresaría a Aco a servir a su comunidad. Se separaron cariñosamente. Rabí Moshé y su hermano marcharon con la caravana que regresaba a Egipto, mientras los otros regresaron a Jerusalem y Aco.

La separación fué difícil; Rabí Moshé tenía una relación muy estrecha con su padre y con Rabí Yefet, pero debido a las condiciones desoladas de la Tierra de Israel, no veía cómo podría vivir allí. Necesitaba un gran centro judío en el cual pudiera

divulgar sus enseñanzas. Había una grande y bien organizada comunidad judía en Egipto. Allí los judíos traficaban con países lejanos.

Durante el viaje a Egipto en caravana, junto con la caravana de ismaelitas, Rabí Moshé pensó sobre ésta pregunta: ¿No estaba trasgrediendo tres prohibiciones de la Torá al bajar a Egipto? Las tres prohibiciones eran: "...Pues los egipcios que habréis visto hoy no los volveréis a ver más. (Exodo 14:13); ."...No sea que haga retornar con ellos al pueblo a Egipto"(Deuteronomio 17:16); y "Y D-s te llevará de nuevo a Egipto...por el camino del cual te había dicho: 'No volverás más por él'" (Deuteronomio 28:68).

Puesto que no llevaba consigo libros se vió forzado a buscar los orígenes de ésto en su memoria. En su mente revisó versículos y citas de los Rabinos, pero no pudo encontrar la respuesta a ésta pregunta. Se dijo para sus adentros, 'Cuando llegue a una comunidad judía, buscaré en los libros apropiados para encontrar una respuesta. Sin embargo esas prohibiciones no le permitieron descanso. Sus dudas le acompañaron por el largo viaje, meneándose sobre la giba del camello: si ése camino, el que lo llevaba a Egipto, era realmente el camino correcto para él. En su imaginación se vió a sí mismo en Egipto, en sesión con un grupo de eruditos y exponiendo la Torá, rezando, escribiendo nuevas interpretaciones, resolviendo dificultades, mientras éstos eruditos le interrumpían y le discutían, no dejándole terminar su discurso ante el público.

La caravana realizó su trayecto atravesando el desierto del Sinaí, entre peñascos y colinas y entre las interminables dunas de arena. El camino era largo y duró muchos días. Por las noches estiraban la piel de ovejo y dormían en los toldos de los nómadas del desierto. Las tormentas de polvo cubrieron el cielo. Su rostro estaba tan lleno de arena que cambió de color.

En su imaginación vió a los judíos vagando por el desierto, con sus banderas ondeando sobre las tribus. Iban hacia la Tierra de Israel, mientras él estaba regresando de la Tierra de Israel a Egipto, llendo en dirección opuesta. La ruta era la misma, por medio del desierto del Sinaí. A una cierta distancia los líderes de la caravana le mostraron el lugar que comúnmente se conocía como el Monte Sinaí, donde fué dada la Torá. Un día entero

mantuvo su mirada fija en ésta colina, sin ser capaz de apartar sus ojos. Su estancia en el desierto le permitió entender los caminos de Israel por éste, cuando salieron de Egipto. Pasó por senderos y pistas. Vió nubes de arena viniendo hacia él y cubriendo la superficie de la tierra. Vio espejismos a lo lejos, através de las arenas desérticas: oasis, cambios de colores, agua y vegetación. Todo era exactamente un espejismo. Hacia el atardecer el horizonte se vestía de rojo y los cielos se llenaban de centelleantes estrellas. Miró las altísimas montañas, y vió a los hijos de Israel parados en el desierto, recibiendo la Torá en el Monte Sinaí. Solamente en el desierto del Sinaí era posible recibir la Torá con truenos y relámpagos, como fué en la creación, en espera de milagros y asombrosos hechos.

Rabí Moshé sintió que alguien estaba llamándole desde la tormenta de arena, pero cuando volvió a mirar no vió a nadie. Entonces recordó el terrible día en el barco sobre el tempestuoso mar, cuando pensó que éste se hundiría. Después de lo que experimentó durante éste viaje por mar, no se sintió más sorprendido por las privaciones del viaje.

Los dirigentes de la caravana ismaelita conocían el camino, porque cada mes pasaban por él. No temieron que las grandes tormentas de arena les causaran perderse del camino.

Durante todo el recorrido meditó sobre la Torá. Páginas, temas, mishnayot, pasaron por sus ojos. Conocía Tratados enteros de memoria. Los estudió como si los propios libros estuvieran frente a él. Pensó en nuevas interpretaciones y explicaciones.

Pensó en el pasado mientras se balanceaba en la espalda del camello. No podía liberarse del temor de aquellos días en Fez. No sabía cómo sobreponerse a ese miedo. A veces se despertaba en la mitad de la noche. En su sueño vió a los fanáticos musulmanes persiguiéndolo; estaban tratando de agarrarlo por sus ropas y llevarlo ante los jueces musulmanes, vestidos todos de negro, quienes estaban sentenciando a muerte por traicionar su religión.

Fué también perseguido por las escenas de la Tierra de Israel - Jerusalem en su destrucción, el lugar del Templo, el escenario de Hebrón y la Cueva de Macpelá, y su relación con los patriarcas en la Cueva. En su corazón lamentó la destrucción. La tierra estaba desolada y los caminos eran peligrosos. ¿Por cuánto tiempo?

¿Cuándo aparecerían los signos de la redención? ¿Cuándo sería redimida la tierra, volviendo a ser un jardín florido nuevamente? Los judíos andarían libremente por ella, y ararían sus tierras guardando la shmitá (el año sabático), peregrinando a Jerusalem. ¿Cuándo retornarán las magníficas épocas del reinado de Israel?

Se dijo para sí, que puesto que no podía habitar en la tierra de Israel y ganarse su sustento allí, dedicaría su vida a escribir una obra halájica que fuera como pilar de luz para todo el pueblo de Israel y que reforzaría los lazos entre el pueblo y su Torá. Las leyes estaban dispersadas. Tenían que ser recogidas en un solo libro, en el cual todo el que quisiera conocer la ley podía estudiarla, con cada tema en su lugar apropiado.

Se desmontó del camello y quiso caminar tras éste. La tormenta se había calmado un poco. Era posible ver la ruta sin extraviarse. Una vez más, sintió que alguien le estaba llamando por su nombre. Pero cuando se giró no vió a nadie. Otra ilusión del desierto. Sintió que se estaba hundiendo en la fantasía del desierto y no podía distinguir más entre el espejismo y la realidad. Los espejismos le habían tomado control.

Una vez más el líder de la caravana señaló a una de las altas colinas como el Monte Sinaí. Rabí Moshé miró a la colina, y también ahí, pudo ver al pueblo parado al pie de la montaña, mirando y escuchando los truenos y relámpagos. A Moisés descendiendo del Monte Sinaí con la Torá en sus brazos y al pueblo, permaneciendo cerca de la montaña. Estas visiones de la entrega de la Torá no le abandonarían.

Vió un gran fuego levantándose en el horizonte. Temió que fuera otro espejismo. Por consiguiente, le preguntó al líder de la caravana si también él veía el fuego a distancia. El ismaelita contestó: - "En el desierto la gente siempre vé centelleantes visiones a distancia. Algunos incluso ven lenguetas de fuego que se acercan hacia ellos. Eso no es nada raro. No tenga miedo. Yo tengo esas visiones cada vez que la caravana pasa a través del desierto."

Entre ellos, los judíos se detenían para rezar, mientras los musulmanes se inclinaban en el rezo a su profeta en la mitad del desierto.

Algunos dijeron que escucharon el sonido de unas campanas a distancia. El líder de la caravana dijo que era posible que otra

caravana estuviera pasando a lo lejos, y las campanas eran de los camellos de esa otra caravana.

Rabí Moshé discutió sobre asuntos de Egipto con los judíos de la caravana. No sabía a donde iría ni donde viviría. Egipto era una tierra extraña para él. Temió no poder encontrar su lugar allí. Los judíos que vinieron de allá le dijeron que habían grandes comunidades en Egipto y que muchos de los judíos eran ricos y daban grandes sumas de dinero para caridad y para los eruditos de Torá que dedicaban todo su tiempo a estudiar.

Quiso involucrarse en los negocios, pero solamente si le quedaba tiempo suficiente para estudiar Torá. Interrogó acerca de los tipos de comercio en Egipto. Le contaron que Egipto era un importante centro comercial y que habían muchas oportunidades de negocios en el país. Egipto tenía lazos comerciales en lejanos países, y los negociantes viajaban por todo el mundo y ganaban grandes sumas de dinero.

El futuro comenzó a tener forma para él. Se vió a sí mismo en Egipto ocupado en Torá. Para asegurar su sustento abriría un modesto negocio junto con su hermano. Los dos serían socios. Su hermano tenía experiencia en los negocios, y él le ayudaría.

La caravana continuó su camino através del desierto, con la arena cubriendo a los viajeros.

Finalmente vieron filas de casas levantándose una encima de la otra, pueblos formados por chozas de barro y palacios edificados en la arena. Vió masas de gente que fluían de los pueblos a la ciudad, a sus trabajos. Quiso reconocerlos para ver quien era judío y quien no, pero no pudo identificar a ningún judío entre ellos.

Las carreteras estaban atestadas de gente a pie o montando en camellos y burros. No había visto nunca una escena como ésa. El camino a Alejandría era largo. Esa era la carretera principal, la ruta de la caravana. En el camino conoció unos judíos que viajaban por esta carretera. Eran los primeros judíos que encontraba en Egipto, y quiso conocer sus características. Les hizo preguntas sobre su vida y sus medios de sustento. La mayoría de ellos se sostenía por medio del comercio, y algunos de artesanías. Les preguntó sobre la Torá y la ley judía y se dió cuenta que eran ignorantes. No leían ni estudiaban Torá, y en verdad no había

nadie quien les enseñara. Quiso saber acerca de su forma de vida, costumbres, y sobre asuntos de la comunidad. Le contaron que la comunidad estaba dirigida por un poderoso individuo, el "Naguid", quien supervisaba todos los asuntos comunitarios y designaba a los jefes de la comunidad, a los rabinos y a los dayanim de cada una de las comunidades. Hacía justicia entre los judíos que tenían polémicas. Sus decisiones eran confirmadas por el gobierno, pero tenía la autoridad de imponer multas, sentencias a prisión o palizas. Rabí Moshé quiso saber si ese Naguid se regía de acuerdo con la ley de la Torá. Le contaron que éste no consultaba con los eruditos en Torá. Preguntó si habían eruditos en Egipto, y si enseñaban la Torá y la ética a la gente. Le contaron que habían unos pocos en cada ciudad, pero que estaban enterrados en sus libros y no trataban con el público. Cada uno vivía para él mismo y ninguno ayudaba a su compañero.

La educación religiosa de los judíos de la caravana no tenía de qué enorgullecerse. Rabí Moshé estaba disgustado por esto, y vió ante sí un gran desafío al enseñar Torá y eliminar la común ignorancia en Egipto. ¿Era capaz de cumplir ésta misión? ¿No estaba más allá de sus capacidades? Habló más con esos judíos y vió que eran buena gente. Ellos verdaderamente creían, pero sus conocimientos eran escasos. Conocían unos cuantos rezos, un poco de leyes y algunas costumbres, pero estaban muy alejados de tener un conocimiento real sobre la Torá.

También se encontró con una caravana de los Caraítas, quienes creían en la Torá Escrita, pero negaban la santidad y continuidad de la Torá Oral. Constantemente estaban enredados en disputas. Algunos de ellos eran bastante ricos, y su número excedía al de los judíos de Egipto. Tenían contactos con la corte real y disfrutaban de un estatus especial en el país. Les preguntó sobre su forma de vida, sus costumbres, sus líderes y su medio de sustento. Debido a la pobre condición de las carreteras, los viajeros de la caravana tenían bastante tiempo para charlar unos con otros. La caravana se detenía frecuentemente para alimentar y dar de beber a los camellos en las estaciones del camino. Se sorprendió de la vida comunal de los Caraítas. Supo que tenían un centro literario donde difundían sus libros a los miembros de su secta en Egipto y a todo el mundo. Inmediatamente vió el peligro

que planteaban a los judíos. Su riqueza les ayudó a ganar reputación en el país. No fueron capaces de contestar muchas de las preguntas que les hizo con respecto a su fé, porque no habían aprendido las enseñanzas de su propia secta, sino solamente las tradiciones que habían sido transmitidas. Finalmente la caravana se aproximó a Alejandría y se detuvo en la última estación. Se cambiaron de ropa y se sacudieron el polvo de la carretera. No querían entrar a la ciudad como nómadas, sino como gente respetable. Estaban cansados del largo viaje.

Su hermano David estuvo con él todo el viaje y había estado a su lado en todas las privaciones que tuvieron que soportar. David tenía inclinaciones hacia la carrera de negocios y comercio. Su esposa y sus hijos también estaban con él. Los dos hermanos estaban unidos por lazos irrompibles de afecto. Se preocupaban uno por el otro, sin importar que angustias afrontaban. Estudiaban juntos Biblia y Talmud, y cada uno podía recitar versículos de los textos rabínicos de memoria.

Los niños se despertaron del adormecimiento y miraron con asombro el escenario de Egipto.

Los dos hermanos discutieron a donde irían, ahora que habían llegado a Egipto. Tenían unos pocos amigos en éste país. Rabí Moshé tenía 31 años por esa época.

- "Viviremos en Alejandría que es un gran centro comercial, y allí podremos organizarnos económicamente," le dijo su hermano.

- "Yo te seguiré y viviremos juntos," le dijo Moshé. - "Tú circularás por los lugares del mercado, mientras yo me ocupo en la Torá." Según los rumores que les habían llegado desde lejos, en Alejandría había una academia para estudiar filosofía aristotélica, la cual atraía gente de todas partes del mundo. Moshé quería conocer a los eruditos de la academia y discutir con ellos filosofía.

La caravana del desierto entró al corazón de Egipto. Estaban cansados del viaje y los niños estaban sedientos y débiles.

Los jefes de la caravana recibieron su pago, y se alejaron de los viajeros para formar una nueva caravana. Ahora ellos encontraron otra caravana que guiaba a la gente por la ciudad misma; se unieron a ésta caravana, pero todavía no conocían judíos en el Egipto mismo.

Los miembros de la comunidad judía de Egipto se enteraron rápidamente del arribo de Rabí Moshé y su hermano Rabí David. Se habían vuelto famosos aún mientras estuvieron en el Norte de Africa. Cuando llegaron a Alejandría los jefes de la comunidad fueron a la casa de Rabí Moshé a pedirle que fuera su jefe espiritual.

En la academia de filosofía aristotélica también se había oído sobre él, y los eruditos vinieron a conocerle y discutir temas filosóficos. Rápidamente supieron que su reputación era completamente justificada, y le invitaron a dar clases en la academia.

Cuando estaba en Alejandría también se hizo conocer como sobresaliente médico y los enfermos venían en busca de su consejo.

Su casa atrajo masas de judíos rápidamente. Los judíos de Alejandría se paraban en fila, fuera de la puerta de su casa para recibir su bendición; algunos iban a estudiar con él Torá.

Era una época tranquila. El largo viaje había llegado a término. Pero mientras el tiempo pasaba, Rabí Moshé vió más y más claro que la condición espiritual de los judíos en Egipto estaba declinando. Grandes comunidades vivían en éste país y gozaban de prosperidad material y libertad, pero no había líder espiritual que le enseñara a la gente los caminos de la Torá. Aproximadamente 30.000 judíos vivían en Alejandría. Su situación económica era satisfactoria, y sus derechos civiles excedían a los de los judíos de los otros países musulmanes; y sin lugar a dudas a la de los judíos de los países cristianos. Pero el pueblo estaba sumido en la ignorancia. Muchos adoptaron costumbres que no tenían ninguna base en el Judaísmo. Siguieron costumbres supersticiosas de sus vecinos egipcios, y tomaron con ligereza el cumplimiento de los preceptos. Habían muy pocos eruditos de Torá, que no daban una guía espiritual a la gente. Los Caraítas influenciaron a los judíos; algunos siguieron las costumbres de ésta secta y minimizaron los preceptos. La vida comunitaria de los judíos estaba falta de contenido espiritual.

Rápidamente se dió cuenta que tenía que llenar su papel. No podía permanecer en su casa y estudiar Torá, mientras ignoraba a su alrededor que sufría por esa horrible ignorancia. La comunidad

judía de Egipto era muy antigua. Los judíos ya habitaban en Egipto durante la época del Primer Templo. La comunidad de Alejandría había construido la más magnífica Sinagoga del mundo entero, que reunía a miles.

Los Caraítas también tuvieron influencia en el palacio real. Divulgaron sus enseñanzas entre los judíos y atrajeron a muchos a su secta. Rav Saadia Gaón había luchado contra ellos y les había disminuído, pero aún eran poderosos. Rabí Moshé vió la necesidad de renovar la lucha contra éstos para proteger la vida espiritual de los judíos.

El Naguid, debido a su personalidad, ejerció también una influencia negativa sobre los judíos de Egipto. El primer Naguid de los judíos egipcios fué designado bajo la influencia de la esposa del califa, quien había llegado de Babilonia y tuvo interés por la vida de los judíos en el reino de su esposo. Ella le aconsejó a su esposo designar un oficial para los judíos que guiara a la comunidad, como era la costumbre en su nativa Babilonia, donde la comunidad judía estaba dirigida por el "Reish Galuta", el jefe del exilio. El califa aprobó ésta idea. El primer Naguid designado fué Rabí Paltiel, quien actuó en favor de sus compañeros judíos y levantó su estatus en el palacio. El segundo Naguid fué Rabí Shmuel ben Hanania, quien era un hombre correcto que ayudó a los desafortunados y necesitados. En su contra había una persona corrupta que estaba envidiosa de él y que lo acusó falsamente de ser desleal al gobierno. El nombre de ésta persona era Zuta, quien prometió que introduciría mucho dinero en el tesoro real, si sería designado Naguid. Rabí Shmuel ben Hanania fué destituido por las calumnias de Zuta, pero después el rey supo que éste era un mentiroso, y reintegró a Rabí Shmuel como Naguid. Después de que Rabí Shmuel ben Hanania murió, Zuta logró nuevamente hacer que el rey le nombrara Naguid. Fué dicho que el día en que Zuta fué designado Naguid fué, tan difícil para el pueblo judío, como el día en que el becerro de oro fué hecho. Zuta y los Caraítas amargaron la vida de los judíos.

Capítulo Cuarto

Una Nueva Luz En Egipto

Zuta recibió el cargo de Naguid después que Saladín tomó el poder, puesto que el predecesor de Saladín le había destituido, cuando supo que Zuta le había mentado, al declarar que tenía 20,000 piezas de plata en su casa. Esta vez, sin embargo sucedió que él sí tenía los medios para pagar al rey, de los impuestos que recogía de los judíos. Prometió entregarle una enorme suma de dinero cada año; al rey le agradó su propuesta de imponer altos impuestos a los judíos, y designó a Zuta como Naguid. Zuta trató a los judíos despóticamente. Recolectó excesivos impuestos de éstos e impuso multas al que se tardaba en pagar. Zuta tenía influencia en la corte del Sultán y cumplía los decretos con respecto a los judíos. Los eruditos en Torá de Egipto no se le opusieron, porque temían de lo que fuera capaz de hacer. Zuta fué un duro jefe con los judíos y ellos sufrieron enormemente.

Fué éste un período triste para los judíos de Egipto, en el que uno de sus hermanos se dió humos para actuar como su rey, ya que ante todo era un sobornador que se preocupó por él mismo y no por sus compañeros judíos. Nadie se atrevió a oponérsele por temor a su vida y a la de su familia, ya que Zuta era omnipotente. Era malo, y su maldad ocasionó solamente sufrimiento a los judíos y beneficios materiales para él mismo.

Cuando Rabí Moshé y su hermano David llegaron a Alejandría, los miembros de la comunidad sintieron que habían encontrado un líder espiritual. Por muchos años los judíos de Egipto anhelaron un líder así, aunque inútilmente. A él se dirigieron de todas partes de la ciudad, para preguntarle interrogantes en temas de la ley y acoger sus desiciones. Los grupos de eruditos que se sentaban en el Beit Midrash hasta el anochecer o que estudiaban en sus casas,

iban a escuchar sus enseñanzas a su casa. Una nueva luz brilló sobre los judíos de Alejandría.

Los filósofos de la academia aristotélica de la ciudad iban donde él para discutir interrogantes filosóficos. Fué invitado a dar clases en la academia sobre investigación y filosofía.

Rabí Moshé descubrió que el principal peligro de los judíos de Egipto era ocasionado por la comunidad Caraíta del Cairo, la capital, donde ejercieron una gran influencia sobre el público. Los actos de Zuta tornaron la sangre fría a Rabí Moshé. El Naguid se había rodeado de sirvientes agresivos que codiciaban el dinero y el poder como él, y aterrorizaban a toda la comunidad. Nadie fué capaz de destituirlo. Zuta delató secretamente a tres judíos, declarando que eran espías en favor de los cristianos (en la época en que los Cruzados y los musulmanes estaban peleando por el control de Eretz Israel). Fueron arrestados y aprisionados. Dos de ellos murieron como resultado de las torturas que sufrieron allí. Los judíos estaban perplejos.

Rabí Moshé estaba ocupado escribiendo su comentario sobre la Mishná, en el cual había trabajado por muchos años. No había podido terminarlo debido a sus vagabundeos. Ahora que había llegado a un refugio seguro, se dedicaría a su obra. Pensó que las masas podrían estudiar Torá por medio de su comentario. Su hermano David se involucró en el comercio de las piedras preciosas y viajó a países lejanos para mantener a su familia. Era socio con Rabí Moshé: éste se ocupaba del estudio de Torá, mientras que él del comercio. Todos los días se sentaban y estudiaban juntos. Después de que terminaban su estudio diario, David le informaba las transacciones que había hecho en ese día. Sus asuntos públicos y su compromiso en el manejo de los negocios de su hermano requirieron que se trasladara de Alejandría a el Cairo. Quiso combatir la influencia de los Caraítas, promulgar reglamentos para la vida en público y hacer una firme mella entre judíos y Caraítas.

La familia Maimón - Rabí Moshé y su familia, y David y su familia - se fué a vivir a al-Fustat, cerca al Cairo. David circulaba en el mercado de las piedras preciosas, compraba y vendía, mientras Rabí Moshé se sentaba en su ático y continuaba su comentario. Al-Fustat fué la última estación de su viaje, pero las

privaciones no cesaron allí. Seis meses después de que llegaron a la capital, su padre Rabí Maimón, a quien veneró y de quien aprendió la mayoría de su Torá, murió. Esta fué para él una gran pérdida. Estaba muy unido a su padre, y ahora sintió como si parte de su cuerpo hubiera sido desgarrado. Le llegaron cartas de condolencia de los países cristianos y del norte de Africa. La muerte de su padre le afectó mucho y esas cartas no pudieron consolarle. Sintió como si el mundo entero a su alrededor se hubiera derrumbado.

No tuvo tiempo de recobrase de la gran pérdida de su padre y maestro, cuando una nueva tragedia le envolvió: el mismo día, el primer día de Rosh Hashaná sus dos hijos murieron.

La tristeza llenó sus días. No sabía lo que pasaba a su alrededor. Las imagenes de sus dos hijos y de su padre estaban ante sus ojos constantemente. Su única consolación era el estudio de Torá. Estudiaba día y noche. Ahora echó de menos a su padre con quien había estudiado. Notó la falta de sus hijos a quienes había educado y querido. Se vió a sí mismo al borde del precipicio. Tenía que investigar profundamente en la Torá, estudiarla concienzudamente, pero éstos tristes hechos no le dieron descanso, y el estudio de la Torá requería una cabeza clara y pensamientos tranquilos. Su hermano David estuvo a su lado y le estimuló. Discutía con él temas de Torá, y le manifestaba las nuevas interpretaciones que había escrito. El entendía la Biblia y el Talmud, mientras su hermano entendía asuntos de éste mundo, el mundo de los negocios. Las ganancias que tuvo David fueron suficientes para mantener a ambas familias.

Estando sentado en su ático y estudiando Torá, un mensajero vino y le dijo que se fuera a su casa. Su familia requería que regresara urgentemente. Ese mensajero no le dió razones de la citación. Tan pronto como atravesó la puerta fue rodeado por la gente. Le dijeron: - "¡Su esposa ha fallecido!"

Se halló como en una pesadilla. Su padre recién había muerto, al igual que sus dos hijos. La muerte no cesó de rondar en su hogar.

Los miembros de la familia permanecieron al frente de él, vencidos por el dolor. - "Ella murió con el corazón partido por la muerte de los hijos," dijo él. Iba y venía por su casa y vió cómo

todo su mundo viviente se había destruído. Su padre había muerto, sus dos hijos habían muerto, y ahora su esposa. ¿Cómo podría continuar una vida espiritual, una vida creativa, cuando todo a su alrededor se había destruído? Solamente su trabajo sobre el comentario de la Mishná le mantuvo de no sufrir un colapso. Navegaba en el mar de la Mishná y descubría nuevas explicaciones. Pero desde la muerte de su esposa la casa estaba vacía. Toda su alegría de vida le había sido arrebatada.

Las nubes flotaron de nuevo sobre su vida, pero ésta vez no fué dentro de su familia, sino afuera. Se encontró con una gran angustia. Su propia vida estaba en peligro debido a las calumnias que divulgaron los delatores. Era famoso por todo Egipto y mucha gente acudía a él. Pero hubo fanáticos musulmanes que le delataron al rey, diciendo que cuando aún estaba en Marruecos había convencido a judíos, que habían ya aceptado la religión del Islam, a retornar al Judaísmo; ésto estaba prohibido por la ley islámica. Todas esas angustias se unieron y quebrantaron su espíritu. Sin embargo, la amenaza de ejecución desapareció pronto, cuando los delatores fracasaron en convencer al rey con sus declaraciones.

Los días que pasó con el temor de los delatores dejaron su marca en él. Fué como si la época de Fez en Marruecos hubiera retornado, cuando estuvo bajo la vigilancia de los fanáticos musulmanes. Había pensado que esos temores no regresarían en Egipto, pero sin embargo habían retornado. Se reunió con egipcios que le apreciaban, y les pidió que refutaran aquellas calumnias ante el rey. Los delatores temieron la personalidad de Rabí Moshé y el poder de su liderazgo, y quisieron deshacer el estatus que había adquirido entre la gente, debido a la fuerza de su pensamiento y a su erudición en Torá. Puesto que no pudieron perjudicarlo entre los judíos del país, intentaron perjudicarlo delatándolo, lo cual era una costumbre muy común en la época. Sin embargo, esta vez se encontraron con una fuerte personalidad que tenía relaciones con gente influyente del país, con quienes discutía filosofía; éstos amigos expulsaron a los calumniadores del palacio y anularon sus planes.

Cuando todas éstas intrigas fracasaron, los nombres del calumniador y sus cómplices se llegaron a conocer. Esa persona

circulaba entre los jefes de la comunidad de Egipto, buscando posición de honor. Pero de pronto éste sintió que la gente se mantenía distante; cuando la gente veía que él se acercaba pasaban la voz de unos a otros, diciendo: - “¡Shhh, el delator viene!”

Esta persona vió que de repente, todos a su alrededor se callaban, y entendió que sospechaban que él era el delator, pero nadie se lo decía en su cara pues temían que también a ellos los delatara. Y así la gente se mantuvo distante de él. En la sinagoga no fué honrado con la lectura de la Torá. Este declaró que era sospechado injustamente, y que él no era el delator sino otra persona a quien indicó. Pero no pudo apartar la sospecha que cayó sobre él. Completamente apartado por aquellos que le rodeaban, se vió obligado finalmente a trasladarse a otro país, donde no era conocido. Pero a pesar de que las acusaciones en su contra fueron silenciadas, Rabí Moshé temía todavía que el hecho cobrara vida otra vez en la corte real, como resultado de su actividad pública. Había imaginado que le pasarían muchas cosas en Egipto, pero no había pensado que sería el blanco de los delatores, puesto que se ocupaba de asuntos públicos solo cuando era absolutamente necesario, y no buscaba el poder. Estaba ocupado terminando su comentario sobre la Mishná. Había trabajado en él durante tantos años y ahora tenía la esperanza de terminarlo con paz y tranquilidad. Página tras página se apilaba enfrente suyo. Su mente estaba constantemente pensando en su comentario. Estaba siempre mejorándolo y corrigiéndolo. Cuando estudió antiguos manuscritos que encontró en Egipto, descubrió versiones de la Mishná y comentarios que ignoraba. Estos cambiaron el significado de la Mishná y consecuentemente tuvo que cambiar su comentario. Obtuvo nuevos libros que contenían también aclaraciones que no había visto antes. Corrigió una vez más. Su estudio constante de Torá en el Beit Midrash condujo a la gente a aglomerarse alrededor de su casa y a interrumpirle con preguntas halájicas.

No se había todavía recobrado de la muerte de su padre, su esposa y sus dos hijos. Mientras estaba sentado estudiando, las imágenes de sus seres queridos pasaban por sus ojos. Por ésta época los líderes de la comunidad del Cairo le pidieron que

aceptara el cargo de jefe de los dayanim en la comunidad. Tuvo muchas dudas si aceptar los sinsabores de una posición pública, porque el comentario sobre la Mishná no lo había terminado y requería muchas más horas de trabajo. Pero no pudo resistir a la solicitud y finalmente lo aceptó. Los líderes de la comunidad dijeron: - “Solamente usted es capaz de restaurarnos nuestra gloria perdida.”

- “Estoy totalmente dedicado al estudio de la Torá,” contestó.

- “Esto es precisamente lo que hace falta. Lo necesitamos para que dirija la congregación.”

- “Lucharé contra los Caraítas y su mala influencia y ustedes me apoyarán,” le dijo a los líderes.

- “Sí, sí. ¡Haremos lo que usted diga!”

- “Por eso vine al Cairo. A luchar contra la influencia de los Caraítas que distorsionan la Torá.”

Continuó escribiendo su comentario en árabe, la lengua que hablaban los judíos en Egipto, Irak, España, Norte del Africa y Yemen. Muchos judíos no entendían nada de hebreo. Quería que la gente le dedicara tiempo al estudio de Torá, y sabía que solamente con el comentario en su idioma estudiarían Mishná. Iba a cumplir 7 años de trabajo en su comentario. Y ahora tenía que dedicar tiempo a las sesiones de la jefatura de la corte rabínica y escuchar casos entre un judío y otro.

Necesitó decisiones actualizadas de la ley, y le ayudó en ésto su gran pericia en Torá. Los otros jueces acataban sus decisiones.

Entre Minjá y Maariv enseñaba mishnayot en el Beit Midrash, dándose la oportunidad de ver como sería aceptado por el público su comentario. Enseñó mishnayot a gente simple y no a eruditos quienes de cualquier forma eran pocos. Si veía que las personas no entendían su explicación, la repetía en un lenguaje más simple. Aclaraba y explicaba hasta que ellos entendían, después de lo cual corregía y mejoraba su comentario para que fuera comprensible por personas sencillas, quienes entonces pudieron estudiar un capítulo de la Mishná por sí mismos.

Fué firme en no aceptar ningún pago por el estudio o la enseñanza de Torá. Su sustento provenía de su sociedad con su hermano David.

Su hermano David fué su más fiel alumno y juntos se sentaban a estudiar. Se absorbían profundamente en los temas, ya que David era inteligente y rápidamente asimilaba lo que se le enseñaba. Siempre que



Entrada a la plaza del Cairo, que Saladín comenzó a construir. Dibujo de D. Roberts del siglo XIX.

(de la exhibición "Maimónides" en el Museo de la Diáspora del Beit Hatfusot, 1988).

David llegaba a su casa, Rabí Moshé se alegraba como si se encontrara con él por primera vez. David traía alegría a la casa por su amor a la vida. Le contaba lo que le había sucedido en el mundo de los negocios en el cual andaba, sobre la gente que había conocido, sobre las nuevas tierras que había descubierto, sobre las costumbres que veía, y sobre los judíos que había conocido por todo el mundo. Los niños le querían y corrían a saludarlo, porque siempre les traía regalos y los abrazaba y besaba.

Después de la muerte de su padre Rabí Maimón, Rabí Moshé se apegó a su hermano David. Cada momento libre lo pasaban juntos ocupándose del estudio, descubriendo nuevos temas que encontraban en manuscritos y libros, nuevas formulaciones del Talmud, ideas y opiniones. Se contaban uno al otro sus experiencias y sus problemas.

David le contó que estaba presto a partir en un largo viaje por mar a la India, para traer piedras preciosas para su negocio. Había un buen mercado de estas piedras en Egipto. Llevaría consigo piedras preciosas de Egipto que no se encontraban en la India y las vendería allá por un buen precio, ganando buena utilidad en cada parte del viaje. Por lo tanto llevó consigo grandes sumas de dinero por las muchas piedras preciosas que compraría en la India.

Se abrazaron cuando llegó el momento de despedirse. El éxito de David en el negocio de las piedras, le llevó a tener contacto con el mundo del comercio: tuvo relaciones comerciales con los principales comerciantes de piedras preciosas. En los negocios del Cairo era conocido como comerciante respetable y confiable, que sabía como comprar y vender mercancía. Algunas de las personas con quienes se relacionó eran artesanos, mientras otros representaban grandes firmas. Acordó encontrarse con algunos de ellos a su regreso a Egipto. En el barco, fijó un tiempo para el estudio de Torá y leyó los manuscritos de su hermano sobre el comentario de la Mishná, que llevó consigo. Mientras estudiaba el comentario apuntó las preguntas que discutiría con su hermano a su regreso. Muchas de las preguntas que él había hecho, conducían a su hermano a cambiar el comentario para que fuera más fácilmente entendido. A veces había encontrado algo que contradecía lo que había escrito en otras partes. Este diálogo entre

los hermanos nunca cesó. Ahora continuó desde lejos. Ese estudio le sonó como melodía que lo llevaba a otro mundo, del mundo del comercio al mundo de la Torá.

El barco tropezó con tormentas en el viaje. A veces las olas eran tan fuertes que el barco se sacudía como cascarita de huevo. David se ató a su cuerpo los paquetes de dinero y de piedras, ya que ésto era todo lo que poseía en el mundo. De vez en cuando el agua entraba al barco y cubría los pisos.

Desde el segundo día de viaje esa alta mar acompañó al barco. De vez en cuando la proa se hundía bajo las olas para emerger de nuevo.

Los marineros andaban aturridos. Algunos estaban mareados y constantemente vomitaban. Las olas chocaban contra las paredes del barco e inundaban las cabinas y los cuartos de la tripulación. Todo estaba empapado hasta los huesos. Los pasajeros se sentían tan mareados que lloraban. David logró evadir el mareo del barco durante todo el viaje. Su intenso estudio en la Mishná ocasionó que estuviera inconsciente de todo a su alrededor. Pero cuando veía que la gente a su alrededor se caía, incapaz de levantarse por los mareos, corría a ayudarles.

Una tormentosa noche se preguntó si no había sido un error haber salido en éste viaje. Tal vez hubiera sido mejor llevar a cabo sus negocios en el mercado del Cairo, a pesar de que sus ganancias hubieran sido menores, pero sin exponerse a ese peligro. ¿De qué le servía el oro y la plata si su propia vida estaba en peligro? Pensó en su hermano, sentado y estudiando Torá, escribiendo su comentario. David tenía la esperanza que el mérito de su sociedad, como la sociedad de Isajar y Zebulún, le salvaría del tormentoso mar.

Los hechos se tornaron peor. El mar no se calmaba. En la lejanía se veían las costas de la India, pero el barco parecía como si fuera a deshacerse en pedazos. El capitán decidió tirar el ánora en el puerto más cercano y esperar hasta que pasara la tormenta. Temió por el barco y sus pasajeros. Anunció a todos los pasajeros que se prepararan para desembarcar. Los pasajeros permanecieron en el piso de la cubierta y gritaban pidiendo ayuda. Pero nadie oía sus gritos. Los marineros eran arrebatados por las ráfagas de viento; se sentían impotentes ante las olas que balanceaban el barco de un lado a otro.

De repente una gigantesca ola se levantó y se estrelló contra el barco. El buque se hundió bajo las aguas. Todo quedó oscuro. El agua estaba por todas partes y en todas las cabinas. Los pasajeros gritaron pidiendo ayuda. Algunos saltaron fuera del barco, pero desaparecieron en el mar. David permaneció en su cabina; ésta estaba llena de agua que le llegaba hasta su cabeza. El barco, incapaz de abrirse paso por entre las olas, se hundió debajo del agua. Todos los pasajeros a bordo se ahogaron, incluyendo a David. Todas las pertenencias de su familia y la de otros se perdieron.

Por mucho tiempo nadie supo lo que había pasado con los pasajeros del barco que se hundió, porque no hubo ningún sobreviviente que contara los últimos momentos del barco y de sus pasajeros. Cuando los cuerpos fueron arrojados a la orilla por el mar, la gravedad de la tragedia llegó a conocerse.

Como no había llegado ninguna noticia de su hermano David y no había regresado a casa, su familia en el Cairo comenzó a preocuparse. Fué una época de crisis en la familia Maimón. La esposa de David y sus hijos iban a la casa de Rabí Moshé y lloraban por la desaparición de su esposo y padre. Rabí Moshé les animaba pero su corazón estaba lleno de preocupación por su hermano; preocupación de la cual no se pudo liberar. Y entonces llegaron las noticias de la India sobre el hundimiento del barco. Esta información fué traída por comerciantes egipcios que habían estado en la India. Cuando la noticia llegó a Rabí Moshé este sufrió un colapso y gritó: - “¡Mi hermano! ¡Mi querido hermano! ¡Mi discípulo! ¿Cómo podré seguir sin tí?”

Se dió vuelta contra la pared y lloró por la muerte de su hermano, con toda la familia reunida a su alrededor y llorando amargamente.

Lleno de pesar Rabí Moshé andaba aturdido. Guardó cama por un año, y rehusó a ser consolado. De vez en cuando se levantaba y enfurecido con el mundo decía: - “¡Mi hermano! ¿Dónde estás ahora? ¡Te necesito!” Después permanecía en silencio por muchos días. Sus amigos vinieron y trataron de convencerlo de que tenía que consolarse y regresar a su vida diaria.

Su hermano era la fuente de sustento para toda la familia. Todo lo que poseyó la familia se lo llevó David consigo cuando partió

en su viaje de negocios. Ahora todo estaba perdido y tenían que comenzar nuevamente.

Le pidió a sus amigos que escribieran a la India, pues tal vez David había sobrevivido y estuviera vagando por el desierto y los bosques. Pero todas las búsquedas demostraron ser fútiles. El barco se había hundido con todos a bordo durante la tremenda tormenta.

Hundido en su depresión, Rabí Moshé solo encontró solaz en su estudio de Torá. Esto lo despertaba de su estupor. Sus amigos trataron de convencerlo de que se recobraría y rehabilitaría, él y su familia, pero eso era demasiado para él. Su dolor y angustia le inmovilizaron. Las huellas de la tragedia le siguieron como su sombra. Estas se grabaron en lo profundo de su alma y no le abandonaron durante toda su vida. Ahora tendría que cambiar su vida. Tendría que ser responsable por el mantenimiento de su familia y la de David, la viuda y su pequeña hija. Ya no podía pasar más el día entero inclinado sobre sus libros. Lo poco que poseyó en éste mundo se hundió al fondo del mar, junto con su hermano. Se quedó sin un centavo y sin ninguna forma de sufragar los gastos de su casa.

El año de duelo por su hermano fué un año de oscuridad. Las lágrimas llenaban sus ojos cuando observaba los manuscritos que su hermano había dejado o cualquiera de sus libros. Los tristes sucesos y las privaciones que había soportado oprimieron su alma. Buscó tranquilidad y en su lugar encontró pesar. “Si no hubiera sido por la Torá que es la delicia de mi alma, y las palabras de los Sabios con las cuales me olvido de mi pena, hubiera estado perdido con mi dolor,” escribió a su amigo Rabí Yefet de Aco quien vivía en Alejandría.

Rabí Moshé pensó, en cómo podría ganarse la vida. Le habían ofrecido cargos como rabino, pero se había rehusado a aceptarlos. Permaneció fiel a su principio de no convertir a la Torá en un medio para ganarse el sustento. Se mantuvo firme en no recibir ningún sueldo por la enseñanza de Torá. En su juventud había estudiado medicina pero no la había practicado. Ahora, pensó utilizar sus conocimientos médicos para su sustento. Estaba triste porque el tiempo que antes dedicaba al comentario sobre la Mishná ahora sería perdido en función de proporcionar los medios de vida a su familia y a la de su hermano.

Estudió con libros de medicina y aprendió todo lo que estos contenían. Se reunió con médicos del Cairo y aprendió de ellos sus métodos de diagnosis. También aprendió los nombres de las medicinas para cada enfermedad. Habían pasado muchos años desde que estudió medicina y entretanto habían ocurrido cambios en el tratamiento de los pacientes. Nuevas drogas que ignoraba habían aparecido. Ahora aprendió todo de nuevo. Llegó a ser conocido como médico rápidamente. Los pacientes que vinieron donde él contaron sus habilidades.

Diagnosticaba la enfermedad de sus pacientes rápidamente y su consejo fué siempre correcto; las medicinas que recetaba eran efectivas. Multitud de enfermos se reunían al frente de su casa por la tarde, horas en que recibía a sus pacientes. Su reputación se divulgó de paciente a paciente. La gente hablara de un nuevo doctor que conocía el alma y que estaba familiarizado con todo tipo de enfermedades. Los pacientes que había curado le contaron a los otros. Cobraba pequeñas sumas de dinero de acuerdo con las capacidades económicas de los pacientes, y únicamente lo que necesitaba para mantener a su familia. La mayoría de las horas del día y la noche las dedicaba a sus estudios. Durante veinte años trató a aquellos que necesitaron sus servicios, siendo solamente conocido por el limitado círculo de sus pacientes. Por último llegó a ser conocido como experto y muchos vinieron a buscar su consejo. Su casa era demasiado pequeña para albergar a todos los pacientes. Entre ellos habían judíos y gentiles. Su paternal preocupación por sus pacientes fué reconocida. Pacientes de todo Egipto acudieron a él.

Se recobró de la depresión que le golpeó por la muerte de su hermano. Pero ahora su vida había cambiado, y no dedicaba todo su tiempo al estudio de la Torá. La medicina le interesó más que cualquier otra ciencia y estaba dispuesto a dedicarle tiempo a ésta. Sus pacientes estuvieron apegados a él; se dieron cuenta que podían fiarse en él. Cada año su conocimiento médico incrementaba. Aprendió nuevas medicinas que se habían descubierto y nuevos tratamientos que se hubieron utilizado. Los miembros de la familia permanecían por la clínica e informaban a los pacientes el horario de visitas de Rabí Moshé. El resto de su tiempo lo dedicó a la Torá y entonces, a los pacientes no les estaba permitido interrumpirle.

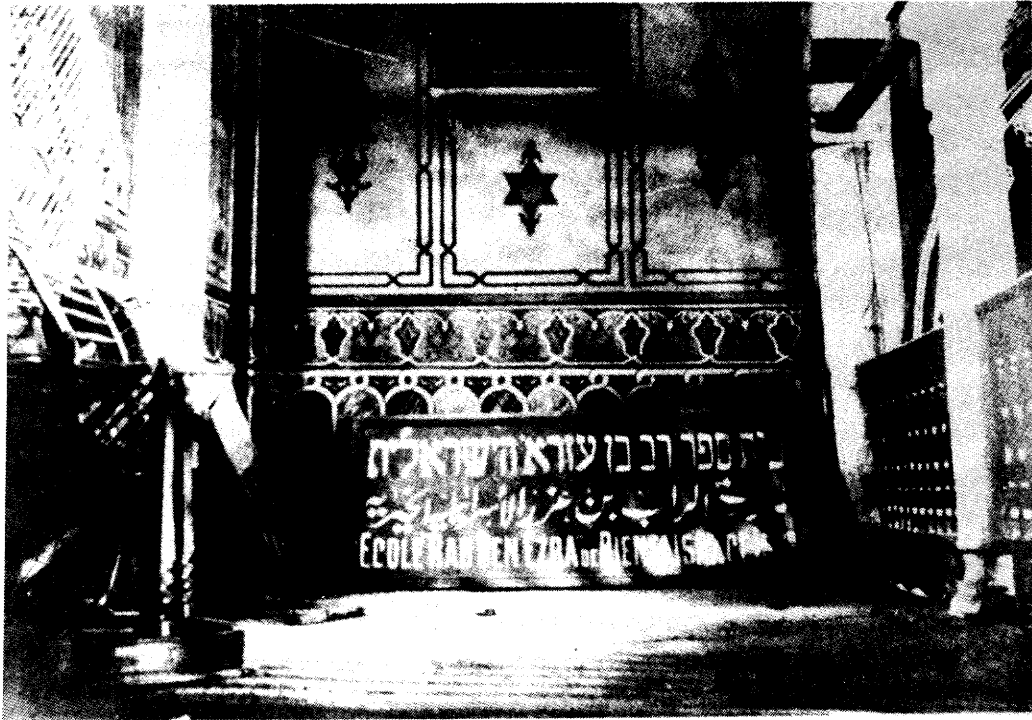
Sucedió que venían pacientes que requerían un tratamiento urgente, pues sus vidas peligraban; entonces en dichos casos él dejaba sus estudios para atenderlos. Los pobres no pagaban nada, mientras los ricos pagaban según sus medios.

Su trabajo como médico escasamente proveyó los ingresos suficientes para las dos familias. Mientras el tiempo pasaba y su reputación se divulgaba, otros médicos comenzaron a enviarle sus pacientes para conocer su diagnóstico.

El gobernador de Egipto era Saladín quien vino de Kurdistán. Había tomado el poder de Egipto y destituido a los califas de la dinastía de los Fátima. Se unió con muchas tribus árabes bajo su bandera en la guerra contra los Cruzados, de quienes conquistó Jerusalem y otras ciudades. Muchas regiones fueron anexadas a su reinado y su gobierno se extendió hasta Siria. Sus actos de valor y coraje fueron famosos entre los musulmanes quienes le dieron el título de la "Espada del Islam".

Llegaron noticias a la corte de Saladín sobre el conocimiento de medicina de un médico judío que vivía en el Cairo. El gobernador ordenó que Rabí Moshé fuera llevado al palacio. Mensajeros reales llegaron a la casa de Rabí Moshé y le entregaron la invitación real de ir al palacio. Cuando éste llegó, fué llevado ante el virrey, el califa el-Fazal quien le informó que había sido designado médico del palacio.

- "Es un decreto real y no puede ser apelado," le dijo el-Fazal, - "usted es ahora el médico del palacio." Rabí Moshé vió que no tenía otra alternativa sino aceptar el decreto real y estuvo de acuerdo. Así llegó a conocer a todos los altos oficiales del reino que vinieron a pedir su consejo médico. Algunos reconocieron su eminencia y discutieron también con él temas sobre fé y filosofía. Fué famoso en la corte, hasta que finalmente fué nombrado médico personal del rey. Rápidamente se ganó la admiración de todo el séquito real y el rey no aceptaba desembarazarlo de su posición. Consideraba a Rabí Moshé como uno de sus fieles seguidores en quien podía confiar no solamente en temas médicos sino también en asuntos de estado.



Entrada a la Sinagoga Ezra del Cairo, donde se encuentra la Guenizá del Cairo que contenía los escritos del Rambam.

Capítulo Quinto

Medico En El Palacio Real

Nubes de polvo se levantaron sobre las calles del Cairo y del vecino al-Fustat. El verano había llegado y con éste el sofocante calor. En las mañanas las masas iban a su trabajo; llenábanse las calles y los mercados. El médico del palacio, Rabí Moshé, viajó en su burro a la corte para cumplir con la orden real de ir todos los días, a examinar al sultán y a los otros miembros de su séquito: los ministros, los oficiales y los miembros de la familia del rey.

En el camino se encontró con gente enferma que lo detuvo y le pidió su ayuda. El les dijo que fueran a su casa por la tarde, a su regreso de la corte.

Un hombre enfermo y estremecido por el dolor, se paró frente a él y horribles gritos salieron de su boca: - “¡Sálveme honorable doctor!;Sufro terriblemente!”

Rabí Moshé se desmontó de su burro y examinó al hombre. Después de concluir el examen le dijo:- “Le daré una droga para calmarle, y venga a mi casa por la tarde.”

El hombre le hizo la reverencia y le agradeció. Las lágrimas llenaron sus ojos.

Por todo lo largo del camino la gente esperó a Rabí Moshé, pero éste se apresuró a ir a la corte a cumplir con sus obligaciones.

Debido a las privaciones que había soportado y a las tragedias que le habían pasado, se sintió enfermo y débil. Su trabajo en la corte requirió un gran conocimiento y debió penetrar hasta el más mínimo detalle de la enfermedad.

Cuando llegó en su burro a la corte, los oficiales y sirvientes lo reverenciaron: - “¡Salud a nuestro señor médico!”

- “¡Salud a todos ustedes!”

Todos los oficiales solicitaron su consejo. Le mostraron gran honor e inmediatamente le llevaron ante el rey.

El rey estaba indispuerto; Rabí Moshé lo examinó. Había traído consigo una gran cantidad de medicamentos, algunos de los cuales él mismo había preparado.

A veces, el rey le pedía que examinara a sus invitados; las capacidades de Rabí Moshé como médico eran bien conocidas, y los honorables invitados le pedían al rey si podrían ser examinados por el médico real.

Adquirió gran influencia en el palacio. El rey le honró por encima de todos sus ministros.

Todos los días al regresar a su casa, se encontraba con muchos hombres y mujeres que le estaban esperando desde temprano en la mañana, a fin de encontrar la curación a sus enfermedades. A pesar de que regresaba a su casa cansado y con hambre, tenía que tratar a los pacientes que habían venido y que no le daban descanso. Pero no podía ignorar su cansancio. Hacia el atardecer era obligado a yacer y descansar, y luego regresaba a sus pacientes quienes no le daban tregua.

Sus empleados domésticos les pedían a los pacientes que le permitieran a Rabí Moshé descansar un poco o comer algo, después de su regreso de la corte.

Algunos días no tenía fuerzas para tratar tantos pacientes y cuando regresaba de la corte, caía derecho en su cama, agotado. Pero los pacientes no se iban y esperaban su turno en el patio para ser examinados, aunque esto significara esperar hasta el próximo día.

Su ocupación como médico no le dejó tiempo para estudiar Torá, lo cual era el principal deber en su vida. Solamente en Shabat le era posible estudiar con un grupo de estudiantes en el Beit Midrash.

Estaba profundamente afligido por esto. A veces, en la mitad de la noche era despertado cuando un paciente venía con grandes dolores. Sus parientes golpeaban la puerta de Rabí Moshé, pidiendo ayuda por el hombre enfermo. En estas ocasiones Rabí Moshé se levantaba de la cama y lo examinaba. Tenía medicinas listas para cualquier enfermedad posible. Pero su agotamiento cobraba sus derechos. Cuando viajaba en su burro a la corte real, tenía que poner cuidado para no quedarse dormido en el camino. El burro conocía el trayecto, e iría todos los días hacia allá sin que Rabí Moshé tuviera que dirigirlo.

Su pensamiento estaba ocupado en Torá todas las horas del día, y en lo que estuviera haciendo: repasaba argumentos de difícil lógica del Talmud, pensaba en nuevas interpretaciones de la Torá, y formulaba conceptos filosóficos.

El trayecto hacia la corte estaba lleno de obstáculos, pero el burro que conocía el camino, también estaba familiarizado con estos obstáculos. Mientras viajaba, Rabí Moshé estaba ocupado con sus estudios, continuando lo que había estudiado en los días anteriores.

Se despertaba de sus pensamientos solamente cuando llegaba a la entrada del palacio. Entonces el burro se detuvo y esperó a que los guardias abrieran las puertas. En ese momento Rabí Moshé terminó el comentario sobre una mishná que había comenzado la noche anterior. Todo lo que había estado vago la noche anterior, ahora estaba claro. Sabía ahora como formular el comentario para que fuera entendido adecuadamente por todos.

Cuando los ministros de la corte le vieron llegar, le saludaron y le hablaron sobre sus negocios y preocupaciones, tanto de asuntos del estado como de sus problemas personales de salud o de sus familiares. Confiaban en él incondicionalmente, y hacían lo que les aconsejaba. Era considerado en tan alta estima por ellos, que Rabí Moshé decidió aprovecharlo para el bien de su pueblo, cuya situación social dependía completamente del rey.

Cuando Rabí Moshé regresó a su casa del palacio, fué saludado por destacados judíos que habían venido a hablarle. El Naguid, Zuta, estaba oprimiendo a los judíos y recogiendo exorbitantes impuestos que entregaba al tesoro real. Incluso se dió a él mismo un nuevo nombre: Sar ha-Shalom, el Ministro de la Paz - a pesar de que era un hombre de conflictos y discusiones. Conspiró en contra de su propio pueblo y saqueó sus dineros y posesiones. Designó a dayanim, solamente si éstos le daban altos sobornos; algunas de las personas que designó no decidían juicios verídicos, e incluso recogían dinero de los litigantes y luego lo pasaban a Zuta.

- "¿Tal vez, usted pueda utilizar su influencia en el palacio para conseguir la destitución de Zuta?" le pidieron.

- "Yo soy un médico y no un ministro o gobernador, y no interfiere en los asuntos de la corona," les contestó.

- “Pero, éste es un momento de angustia para Jacob, y se debe actuar. El honor del pueblo de Israel ha sido pisoteado a la vista de los gentiles. Zuta no es el adecuado para ser Naguid. El hace que el pueblo de Israel sea despreciado. Por él, muchos judíos han aprendido las costumbres de los egipcios y los caraitas. Se preocupa solamente por el oro y la plata; no es un erudito ni una persona de buen caracter; es un ignorante, y no es apropiado que una persona como esa sea el Naguid sobre nosotros.”

- “Me temo que si fuera a denunciarlo en el palacio, pensarán que busco su oro y plata y que quiero ser el Naguid.”

- “Sin embargo debe arriesgarse para actuar en su contra, porque cada día que pasa él nos deshonra más. D-s le ayudará. Usted es la única persona que tiene influencia en la corte, y ellos conocen su valor.”

- “Yo no puedo prometer que mi solicitud sea aceptada. Pero voy a envalentonarme e intentar hablar con los ministros y con los íntimos del rey.”

Ese día, cuando fué a la corte, el ministro a cargo de la comunidad judía se le acercó. Su cara y su cuerpo entero estaba cubierto de heridas y buscaba un remedio. Rabí Moshé le examinó y encontró la cura para su enfermedad. Pero le dijo que volviera al día siguiente para ver si la medicina había sido efectiva.

Cuando el ministro regresó le agradeció por curarlo. Entonces Rabí Moshé le dijo:- “Tengo algo que deseo decirle.”

- “Qué es, erudito doctor, lo que diga haré.”

- “Quiero hablarle sobre el Naguid, Zuta. Es una persona corrupta y no es el apropiado para ser Naguid. Es odiado por los judíos y exige con amenazas sus dineros. No es la persona en quien el rey debiera poner su confianza. A pesar de las sumas de dinero que transfiere al tesoro real, no es la persona conveniente para el cargo. Se enriquece a expensas del pobre y débil. El Naguid debe ser alguien de noble compostura, y no quien meramente promete meter dinero en los cofres reales. Una persona que no es aceptada por sus hermanos no puede ser designada Naguid. Mis compañeros judíos tienen miedo de quejarse de él, por eso me pidieron que yo lo haga.”

El ministro escuchó a Rabí Moshé y le creyó lo que dijo, por la reputación del médico en la corte. - “¡Mi señor médico! He

escuchado lo que dijo, y voy a consultar con mis consejeros con respecto al tema. Sin embargo esa persona Zuta entrega mucho dinero al tesoro real y no podemos renunciar a ésas sumas.”

- “Ese es el dinero que él recoge de los pobres y de los sobornos que recibe. El tesoro real no necesita ese dinero. Ello no le añade honor real. Por él, la comunidad judía sufre; él no es el apropiado para dirigirla.”

- “Sus palabras merecen tenerse en consideración,” dijo el ministro,- “le daré mi respuesta prontamente.”

La respuesta llegó después de unos pocos días. El ministro envió oficiales a investigar lo que había oído de Rabí Moshé, y los agentes volvieron y confirmaron las acusaciones del médico. Zuta recogía excesivos impuestos de los judíos, e incluso de los dayanim que había designado. El era despreciado por los miembros de su propia comunidad. El ministro se reunió con Rabí Moshé y le preguntó:- “¡Mi señor médico! ¿Esta dispuesto a aceptar la posición de Naguid de los judíos?”

- “Usted indiscutiblemente sabe que yo estoy ocupado todo el día en el palacio, y que no tengo tiempo para eso. Le recomendaré a uno de los jefes de la comunidad que es el adecuado para ésa posición.”

- “No necesito su recomendación; conozco a todos los jefes de la comunidad judía. El rey confía en usted. Si acepta servir de Naguid, el rey firmará el contrato.”

Rabí Moshé se encontró con un serio dilema con ésta proposición. Si aceptaba ésta labor, no tendría tiempo para estudiar Torá, y la Torá era el goce de su vida, y sin ésta su vida no tenía propósito. ¿Cómo podía comprometerse solamente en asuntos públicos y renunciar a lo que consideraba apreciado?

Por otro lado, quiso prevenir la deshonra y la corrupción de justicia causada por Zuta. Si él no aceptaba, otra persona indigna sería designada en su lugar, o Zuta conservaría su posición. Por lo tanto le informó al ministro que aceptaba el nombramiento, con la condición de que se le permitiera escoger sus ayudantes.

El fin del despótico gobierno de Zuta fué causa de regocijo de los judíos de Egipto. Durante 4 años había impuesto su pesada mano sobre la comunidad; se había rodeado de ayudantes corruptos y agresivos. Sin embargo, el puesto de Naguid permaneció vacante. Rabí Moshé vaciló en aceptar la posición. La

corte real y los ministros anduvieron cautelosamente, y no nombraron otra persona después de haber fallado con Zuta, quien se descubrió que era un pícaro. Por muchos años la posición de Naguid permaneció vacante. A través de los años, ésta había sido ocupada por médicos que se ganaban la vida en el ejercicio de la medicina, y algunos de los cuales eran descendientes de la Casa de David.

La destitución de Zuta dió nuevos ánimos a los judíos de Egipto. No fueron más objeto de los caprichos de un déspota en busca de poder; los oficiales y sus lacayos no los gobernaron más. Se dirigieron a la casa de Rabí Moshé a agradecerle su intervención en favor de ellos.

- "Le estamos agradecidos por librarnos de ésta malvada persona," le dijeron.

- "Fuí solamente un emisario del público," contestó.

- "Pero si no hubiera sido por su intervención, nadie hubiera logrado hacerlo desalojar de su posición de Naguid."

- "Yo solamente cumplí con mi obligación. Ese era el deseo del público. El honor de Israel fué salvado."

- "Pero usted debe aceptar la posición de Naguid."

- "No merezco esa posición."

- "Es su deber levantar el honor de la Torá."

- "No tengo necesidad de títulos."

Por esa época Rabí Moshé servía como consejero de los ministros del rey, pero no buscaba ningún título u honor. Los ministros le ofrecieron eminentes posiciones, pero él las rechazó todas.

- "El prestigio del cargo de Naguid deber restaurarse", le dijeron los líderes de la comunidad.

- "Indiscutiblemente ustedes encontrarán la persona apropiada para la posición," respondió.- "Yo no me ocupo de cargos y huyo del honor. Estoy ocupado con el estudio de Torá día y noche, y no tengo tiempo para asuntos públicos."

Los líderes de la comunidad, los sabios, los escribas y los líderes láicos no pudieron convercerlo para que aceptara la posición. Pensó que el cargo debería permanecer vacante por varios años hasta que las memorias amargas de la época de Zuta hubieran disminuído.

Su casa estaba llena de personas que buscaban remedio a sus males. Algunos iban a pedirle que utilizara su influencia en la corte real en su beneficio: los déspotas regionales habían hecho miserables sus vidas; solamente la intervención en la corte real podría librarlos de éstos ruines déspotas.

Pensó en la necesidad de equipar los elementos necesarios para el estudio de Torá, de acuerdo con las épocas. Muchos de los jóvenes no eran capaces de penetrar hasta las profundidades del Talmud y sus comentarios, y necesitaban algo que les ayudara a entenderlo. Buscó medios para elaborar éstos elementos para todo el pueblo. El Talmud, fruto de una labor de más de mil años, por dos mil Tanaim, Amoraim, y Savoraim, se había convertido en un libro cerrado para la mayoría del pueblo judío. Temió que el pueblo olvidara la Torá, si no creaba los elementos necesarios para que la juventud la entendiera.

La base del Talmud es la Mishná, y por lo tanto se impuso el trabajo de escribir un comentario sobre la Mishná, que ayudaría al judío promedio a entenderla. Estableció una regla para él mismo: "Es apropiado hablarle a cada clase de acuerdo con sus capacidades." Después de trabajar sobre su comentario durante todos los años de sus viajes, ahora estaba próximo a terminarlo en Egipto. Le habían hecho falta libros, durante sus viajes y tuvo que confiar en su memoria. Utilizó los antiguos comentarios de: Rabeinu Hananel, Rabeinu Guershom, la "Luz de la Diáspora," y sobretodo, a Rashi (Rabí Shlomo Yitzhaki). Encontró que ellos explicaban palabras o frases, pero no proveían un comentario general que ayudara al entendimiento de la Mishná entera. Era necesario unir todos éstos elementos y dar una base para los temas de la Mishná. Una introducción debía ser dada para cada tema de discusión de la Mishná, y proveer la ley definitiva que emergía de la discusión talmúdica del tema. Quiso que el lector de su explicación, entendiera el ámbito del tema, y como parte de éste, el significado de las palabras. Puesto que quiso que las masas leyeran su comentario, lo escribió en árabe.

En su trabajo también decidió hablar sobre creencias y filosofía, escribir sus opiniones respecto al Creador y a la creación, su método intelectual respecto a la profecía y a la ética, y su opinión respecto al significado de los preceptos. Su

conocimiento en ciencias le permitió interpretar temas que otros comentadores no habían interpretado, debido a su falta de conocimiento.

Terminó sus prólogos e introducciones a las seis Ordenes de la Mishná; las cuatro introducciones que escribió para cada Orden, constituyen una obra completa por sí mismas. Estas introducciones proveen al lector una preparación intelectual a la Torá y una perspectiva del autor: la introducción al Orden de Zeraim la cual es la introducción a toda la Mishná; la introducción al Tratado de Avot en el Orden Nezikim; la introducción al capítulo 10 del Tratado Sanedrín; y la introducción al Orden de Taharot. Estas introducciones contienen en forma concisa sus enseñanzas intelectuales y religiosas. Cuando terminó su comentario sobre la Mishná, lo consideró como solamente el comienzo y fundamento de trabajos adicionales.

Se esmeró mucho en escribir su comentario en un lenguaje conciso y claro, porque buscó ser el maestro de un pueblo de pobre condición espiritual. Vivió en las altas esferas pero no descuidó las necesidades de la gente común. Sintió que los pilares del judaísmo habían sido minados y necesitaban ser reforzados de una manera entendible a su generación. Era necesario enfatizar la naturaleza teórica y espiritual del Judaísmo, e impartir la práctica de los preceptos a todos los estratos del pueblo. Sintió la necesidad de encender la luz a las masas para que pudieran entrar a las profundidades de la Torá y a la vez, intensificar el conocimiento del erudito.

Los años en los cuales escribió su comentario, fueron años de aislamiento. Pensaba en su comentario a donde quiera que iba. La Mishná era su compañero constante. La Mishná fué el contenido que llenó su vida. Sus escritos e ideas le surgieron facilmente, pero temió que éstos tuvieran errores o que se hubiera olvidado de las fuentes. Se preguntaba cómo sería aceptado el comentario por los eruditos de Torá, y cómo lo recibirían las masas. ¿No surgirían objeciones? ¿No se había impuesto un trabajo por encima de sus capacidades? El escribir el comentario le produjo placer espiritual, porque mientras lo escribía se sentía en el mundo celestial. Lo consideró como una compensación a las muchas

privaciones que había soportado. Su estudio en la Mishná y el Talmud le protegió de las tormentas que desgastaron su vida.

La gente iba a su casa a pedirle consejo sobre asuntos médicos y religiosos. Sus miembros domésticos contestaban que él estaba aislado en su ático y que no podía ser molestado. Solo por unas pocas horas al día, recibía personas con cuestiones médicas o contestaba preguntas sobre aspectos legales. Respetaban su soledad porque sabían que estaba ocupado escribiendo un importante libro sobre la Torá. Los miembros domésticos también trataban de no interrumpirle con asuntos diarios.

Muchas cosas sucedieron en el Cairo. Habían muy pocos eruditos de Torá en la ciudad, que estaban dispersos entre las diferentes comunidades y no salían de ellos mismos. La comunidad judía no tenía líder religioso que lo guiara. Las varias divisiones luchaban una contra otra. Costumbres invalederas prevalecían entre la gente: algunas estaban basadas en las costumbres de sus vecinos musulmanes, mientras otras eran influenciadas por los Caraitas.

Rabí Moshé citó a los eruditos de Torá en el Cairo para una reunión de consulta. Les dijo:- “La anarquía reina en la vida de la comunidad. Cada erudito permanece en su lugar, guardándose su propio consejo para sus adentros. No hay líder espiritual. Es necesario organizar una corte suprema de diez que se encargue de los asuntos religiosos y civiles. Todos los asuntos o temas legales difíciles serán llevados ante ésta. Los eruditos deben guiar al pueblo y no mantenerse callados. La vida comunal debe reorganizarse y establecerse en base a la Torá y la fé. Cualquiera que lo desee no puede emitir reglas.”

Rabí Moshé propuso una corte de diez miembros, la cual él dirigiría. Esta institución constituiría el liderazgo espiritual de la comunidad. La persona sin instrucción no gobernaría. Muchos de los presentes le dijeron:- “¿La gente aceptará éste liderazgo espiritual? Cada comunidad designará su propio dayán.”

- “Tengo la certeza de que ninguno se atreverá a oponerse a los principales eruditos de Torá. El que no aceptará la autoridad de la Corte, no podrá ejercer una posición de liderazgo. Esto depende de nosotros, si nos mostramos unidos frente al pueblo, en nombre de la Torá.”

- “¿Qué haremos para mejorar la vida de la comunidad cuyos miembros han venido de países diferentes?”, preguntó uno de los participantes.

- “Intentaremos promulgar reglamentos que eliminen las barreras entre los judíos que vinieron de otros países; que se imponga la uniformidad en todas las comunidades; que se restaure la observancia de la ley familiar judía; que se eliminen desacuerdos; y que se unifiquen todas las diferentes comunidades.”

Después de una discusión, los eruditos estuvieron de acuerdo con Rabí Moshé. Se designó a algunos de ellos para la Gran Corte de Egipto.

Esta Corte comenzó a promulgar reglamentos para levantar el nivel de vida de la familia judía, especialmente en lo referente al estatus de la mujer en la familia. Un nuevo espíritu comenzó a infundirse entre los judíos en Egipto.

La posición de Rabí Moshé se estableció firmemente entre los judíos de Egipto, quienes lo consideraron como su líder espiritual. Los rabinos de distantes localidades le enviaron cartas con preguntas legales. Fué honrado por judíos y gentiles.

El día que terminó el comentario sobre la Mishná fué un día festivo en su casa. Especialmente estuvo satisfecho por las introducciones que escribió, las cuales contenían un detallado resumen y explicación de la composición de la Mishná, haciendo uso de su enorme conocimiento y habilidad para ordenar la halajá.

Sintió que había terminado un gran trabajo y que había hecho una importante contribución al entendimiento de la Mishná. Se paseó de un cuarto a otro de su casa, pensando en cómo debería imprimir su trabajo, y cómo se debería difundir entre las masas judías. La impresión no estaba bien desarrollada en Egipto, y tendría que enviar los manuscritos lejos para que fueran publicados. Tendría que ser revisado, pues los errores tipográficos podrían cambiar el significado del comentario. Sabía que el escribir libros, no era suficiente para impartir conocimiento a las masas. Había necesidad también, de escuelas para sacar a la gente de la ignorancia.

Reunió a los jefes de la comunidad de Egipto para consultarles. Les mostró su trabajo sobre la Mishná y dijo: - “Es necesario erigir escuelas de Judaísmo, en las cuales se enseñe Torá, a todo

el que quiera aprender. El pueblo está involucrado en su trabajo, y no tienen tiempo para estudiar Torá. Han de ser designados un lugar y una hora para el estudio de Torá de adultos.

- “¿Quién sostendrá esas escuelas? ¿Quién proveerá las necesidades de los estudiantes?”, preguntaron.

- “Si no se encuentra un filántropo que done el dinero para ésta causa, yo lo proveeré con mi dinero. Pediré a todo el que viene a mi consulta médica que pague mis honorarios a la escuela. Ellos indudablemente estarán contentos de entregar su dinero a ésta causa.”

Algunos de los presentes también declararon que ayudarían a las nuevas escuelas, pero fueron pocos. La generosidad de éstos no fué suficiente para mantener a los discípulos, a pesar de que en Egipto habían judíos involucrados en el comercio con todo el mundo, y cuyos bolsillos estaban llenos de dinero. La carga cayó sobre Rabí Moshé, con los ingresos de su trabajo como médico.

Rabí Moshé fundó cinco escuelas y Batei Midrash en el Cairo; y él mismo enseñó en ellas. Vinieron estudiantes desde lejos para estudiar en ellas. Las clases de Rabí Moshé atrajeron muchos alumnos.

Era necesario promulgar reglamentos para la comunidad de Egipto. Ahora que él instituyó una Corte de eruditos de Torá, esa institución era capaz de promulgar reglamentos para la comunidad que serían escuchados por el pueblo. Habían costumbres difundidas entre los judíos que se oponían al espíritu del Judaísmo.

Era costumbre dominante entre los judíos egipcios que en el día de la boda, el novio se vistiera con ropas de mujer y se adornara con joyas de ésta, mientras que la novia usara un sombrero de hombre y un traje de armadura. Ella salía adelante con una espada en la mano y danzaba ante los invitados de la fiesta. Esta costumbre estaba basada en la creencia supersticiosa de que el demonio y los espíritus malos consideraban desfavorablemente la alegría de la joven pareja el día de su matrimonio y estaban en espera de secuestrarlos y causarles daño. Por eso, la pareja se disfrazaba para confundir al demonio y desalojar a los malos espíritus quienes no podrían distinguir entre el hombre y la mujer.

- “Esta costumbre debe ser abolida”, dijo el Rambam a los miembros de la Corte. - “Está en contradicción con el espíritu de

Israel y estimula a la gente a creer en supersticiones. Eso no conviene al pueblo de Israel; e incluso tiene algunos elementos de idolatría.”

Los miembros de la Corte aceptaron. No encontraron el origen de ésta costumbre, excepto en las costumbres de los gentiles. Inmediatamente la Corte estableció la reglamentación para los judíos egipcios de abolir dicha costumbre. Los rabinos de cada ciudad y pueblo fueron instruidos para advertir a las parejas próximas a casarse, no realizar ésta costumbre, pues estaba en contradicción con el Judaísmo tradicional. Gracias a la acción de ellos, ésta costumbre cesó.

La Corte también descubrió otras costumbres que eran extrañas al espíritu del Judaísmo. Estaban acostumbrados los judíos egipcios a colgar del cuello de sus pequeños hijos una placa de plata, que contenía el texto del Salmo 91, como hechizo contra los espíritus destructivos. - “Esta costumbre contiene huellas de idolatría,” declaró el Rambam. Era difícil poner término a una costumbre que tantos judíos creían, pero cuando escucharon que el Rambam se oponía a ésta, cesó también esa costumbre.

Las reglamentaciones relativas a las costumbres en la sinagoga fueron promulgadas. Costumbres tradicionales fueron suprimidas, cuando se vió claro que esa suspensión incrementaría el respeto y honor al Cielo, o educaría en el camino de Torá.

Era costumbre en las sinagogas rezar silenciosamente el Shmoné Esré y después escuchar la repetición en voz alta por el lector del rezo. El Rambam vió que durante la repetición del lector del rezo, la gente hablaba sobre temas mundanos o hacía burla; algunos incluso salían de la sinagoga antes que terminara el lector el rezo. Esto provocaba un hilul ha- Shem, o una profanación del Nombre de D-s.

- “Los vecinos gentiles pensarán que nuestros rezos son una fuente de diversión,” dijo. - “Cada costumbre ha de ser revisada, para determinar si está conforme con la fé judía. Un comportamiento como el de los judíos en la sinagoga, degrada al rezo y a la gente, ante nuestros propios ojos y ante los ojos de nuestros vecinos.”

- “¿Cómo puede ser corregida ésta mala costumbre?” preguntaron los miembros de la Corte. - “Tal vez deberíamos

suprimir completamente el rezo leído silenciosamente, y dejar solamente la lectura del Shmoné Esré por el lector. La congregación rezará junto con el lector, y de ésta manera se rezará todo el tiempo, sin que haya lugar para conversaciones mundanas durante el servicio.”

Los miembros de la Corte vacilaron en suprimir el rezo silencioso. Decían que esa era una tradición de generaciones pasadas, y que no podían imponer la suspensión de tal costumbre.

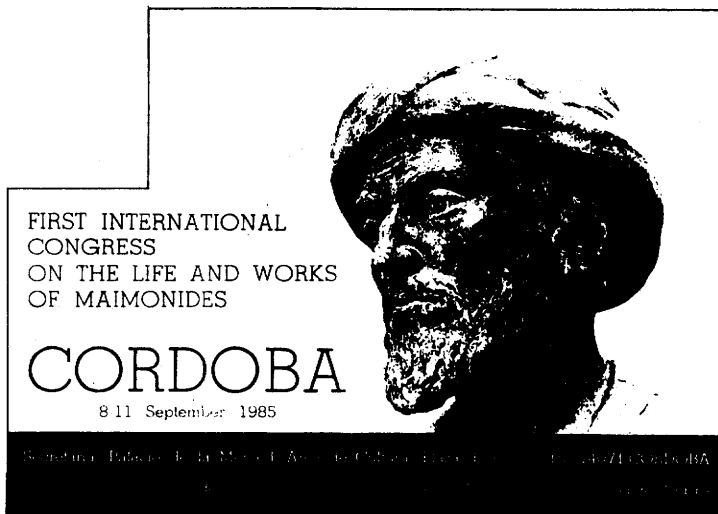
- “Pero todo el servicio es perjudicado, como resultado de ésa costumbre. ¿Cuál es el sentido del rezo silencioso, si después de éste, se hace de todo el servicio una burla? Esa no es la razón por la cual el rezo se instituyó.”

El Rambam impuso suprimir ésta costumbre y estableció el reglamento que la congregación rezara junto con el lector y cumpliera su obligación escuchando el rezo pronunciado por el lector. Dijo que la institución de ese reglamento “eliminaba la profanación del Nombre de D-s, que se había divulgado entre los gentiles por el escupir, por los golpes y por la charla de los judíos durante sus rezos.” Ninguno de los eruditos sentados en la Corte quiso aceptar bajo sí la responsabilidad del establecimiento de una reglamentación como esa, porque ésta anulaba el orden establecido del rezo, aunque eran bien concientes de los problemas que causaba.

Este reglamento se divulgó por todo Egipto, Eretz Israel y Damasco y se conservó vigente por cerca de trescientos años. Por la misma época el Rambam también promulgó reglamentos relacionados a la actitud de los judíos con los Caraítas. Eliminó a los Caraítas de la comunidad judía, y prohibió su inclusión en el “minyán” (quorum). Los consideró como la causa del deterioro del Judaísmo y la distorsión de los conceptos de la religión judía. Sin embargo no les guardó rencor sino que los consideró como hermanos errados. Ordenó que se les tratara justa y amigablemente. En una respuesta a una pregunta de unos rabinos, sobre cómo tratar a los Caraítas en la vida privada, respondió: “Los Caraítas que habitan aquí (en el Cairo), en Alejandría o en el país de Egipto, en Damasco o en otros lugares, merecen ser tratados con respeto. Las personas deben acercarse a ellos actuando justamente y comportándose de una manera humilde,

por el camino de la verdad y la paz - siempre y cuando ellos se comporten con nosotros de una manera apropiada, y cuiden sus lenguas de no burlarse de nuestros sagrados Rabinos, que sea su memoria una bendición. Por lo tanto es propio que nosotros los honremos y los recibamos, incluso en sus casas, para circuncidar a sus hijos, incluso en Shabat, para enterrar a sus muertos, o para consolar a sus dolientes.”

La influencia de los Caraítas menguó y su número decreció. Algunos retornaron a sus raíces y a la religión judía. Habían sentido miedo al Rambam.



El Ministerio de Educación española publicó este afiche, por el Año de Maimónides, celebrado en España.

Capítulo Sexto

Lider Espiritual

El sol del Rambam brilló sobre todos los judíos egipcios. Fué reconocido como autoridad capaz de emitir reglamentos legales. Fué famoso a lo ancho y a lo lejos, por su actividad pública y por sus reglamentaciones que se proponían elevar el nivel de la sociedad judía. Fué el líder indisputable de su generación. Las dudas de las comunidades judías de toda la diáspora, eran dirigidas a él. Los líderes comunitarios buscaban su consejo. No dejó pregunta, simple o complicada, sobre asunto legal o filosófico sin una respuesta clara.

En el Yemen, al final de la península arábiga, vivía una antigua tribu judía, íntegra en su fé, que de repente tuvo que enfrentar el peligro de la conversión. Los gobernadores musulmanes obligaron a los judíos a abandonar su fé, y los enfrentaron ante la agonizante elección: la conversión o la muerte. Como en los otros países, los judíos adoptaron la religión del Islam sólo por apariencia, guardando la verdadera fé en sus corazones y ocultándose de los ojos fisgoneros. A pesar de todo, éstos hechos causaron profundas heridas en la vida de los judíos.

Un judío converso llamado Shmuel Abu Abus escribió unos folletos llenos de veneno contra los judíos yemenitas y su religión. Declaraba que había encontrado alusiones en la Torá, que probaban la veracidad de la misión profética de Mahoma; y que el pacto de Moisés había sido reemplazado por el pacto de Mahoma. Utilizando éstos folletos, los fanáticos musulmanes trataron de convencer a los judíos de la verdad de la fé de Mahoma.

La angustia de los judíos yemenitas condujo a la aparición de falsos e imaginarios Mesías. Uno de ellos andaba por las comunidades judías, proclamando que el día de la redención había llegado. Que D-s se le había revelado en una visión, manifestándole las nuevas del redimidor. El visionario profeta fué a ciudades y pueblos diciéndole a la gente que se preparara para recibir el Mesías. Pregonaba el arrepentimiento y el rezo, y ordenaba dar excesivas sumas de dinero como caridad.

Muchos creyeron que este profeta poseía poderes divinos y que era capaz de resucitar al muerto y realizar milagros. El hombre andaba enterrado en sus pensamientos. A veces murmuraba y otras veces gritaba, excitando a las masas. Algunos le siguieron por todos sus viajes errantes.

Aquel judío yemenita converso, encontró en los argumentos de los eruditos islámicos antiguos, alusiones que en la promesa de D-s a Abraham había anunciado el arribo del profeta Mahoma; así como está escrito: "Y en cuanto a Ismael, te escuché. He aquí que le he bendecido, y le haré fecundo y le multiplicaré sobremanera (be-meod meod)" (Genesis 17:20); y el valor numérico de "be-meod meod" es el mismo que el de Mahoma. Por lo tanto, en la época en que Mahoma apareció con sus enseñanzas- el Corán, -la época de la Torá de Moisés había pasado, para ser reemplazada por las enseñanzas de Mahoma y la religión del Islam.

Los judíos secretos que habían adoptado el Islam en apariencia se quedaron pasmados. Había el peligro de que éstos se adaptaran a su nueva situación y con el pasar del tiempo despreciaran la religión de sus padres.

El falso visionario que se llamaba a sí mismo Mesías, andaba y "profetizaba" que la opresión y los angustias sufridas por los judíos eran los dolores del nacimiento del Mesías. Muchos cayeron dentro de la trampa y creyeron que él era el Mesías. Algunos árabes también creyeron que redimiría al mundo de su sufrimiento. En su visión el "Mesías" llamaba a ambos, judíos y árabes: "¡Vengan conmigo a recibir al Mesías!"

Por esa época la agitación mesiánica se había incrementado por todos los países de la región, debido a las violentas guerras entre Edom (Cristianismo) e Ishmael (Islam). Según las palabras de los rabinos, de bendita memoria: "Si ven que los reinados guerrean unos contra otros, aguarden el arribo del Mesías."

El hermano pecador que dió falso testimonio contra la Torá de Moisés, y el profeta anunciando el Fin de los Días, llevaron a la confusión a los pocos eruditos del país y a de agitación en las masas. Muchos no pudieron decidirse. Los judíos secretos estaban necesitados de valor; y los seguidores del "Mesías" necesitaban ser aplacados.

Por ésa época Rabí Shlomo Cohen, un discípulo del Rambam, estaba casualmente en el Yemen y les contó a los judíos yemenitas sobre la grandeza del Rambam en Torá y filosofía; y cuán grande era su fama entre el pueblo de Israel y las naciones gentiles.

- “Diríjense a él con una carta y él les contestará todas sus preguntas,” les propuso a los líderes de los judíos yemenitas.

- “¡El es quien nos libraré de nuestras dudas y confusión!” se dijeron unos a otros. La voz sobre la grandeza del Rambam se divulgó entre los judíos del Yemen y repelió el fervor mesiánico y el falso testimonio del “profeta”.

- “¡El más grande de los sabios nos dará una respuesta y nos sacará de nuestra confusión!” declaró el jefe de la comunidad.

Los jefes de la comunidad se consultaron, y escribieron una carta al Rambam. Le preguntaron ¿si se debía creer en las declaraciones del Fin de los Días basadas en los cálculos de los grandes sabios de Israel, tal como Rabí Saadia Gaón u otros; que en tal y tal año, el Mesías vendrá y redimirá a Israel de todas sus angustias? ¿O si anticipar la Redención con base a los signos astronómicos? ¿o si había alguna verdad en las palabras del profeta que había surgido entre ellos, para anunciar el arribo del Mesías? El Rambam se sentó a escribir su respuesta. Le tomó días hacerlo, porque tenía que estudiar las fuentes de muchos libros, reflexionar sobre éstos temas, y luego formular su respuesta. Cuando terminó de escribir la carta, sintió que una pesada carga le habían quitado de encima, y que eso daría el solaz malamente necesitado a los judíos del Yemen, y así no perderían su camino. Era un experto en todas las preguntas que le hicieron, puesto que eran preguntas que él constantemente tuvo que enfrentar.

Se imaginó a los judíos del Yemen andando por entre las montañas y los pueblos a la misericordia de sus vecinos, oprimidos, con sus “peyot” (mechón de pelo de la oreja) colgando de sus cabezas, flacos y delgados, temiendo los inquisitivos ojos de los gentiles, mientras estudiaban en sus Batei Midrash o sinagogas. Sintió la necesidad de reforzarles su espíritu, temiendo que se perdieran en su distante y dificultoso exilio, donde los gobernantes les amenazaban y confiscaban sus propiedades. Vió cómo los gobernadores les decretaron el exilio, enviándoles al estéril desierto, en caravanas de exilados nómadas.

Quiso compartir con ellos su sufrimiento. Su corazón estaba lleno de amor por aquellos distantes judíos de las colinas del Yemen. Supo por la carta que recibió del jefe de la comunidad, Rabí Yaacov ben Netanel al-Fiomi, cuánto les angustiaba estar tan alejados de cualquier centro judío. Cuando se sentó a escribir su respuesta, pensó también en los otros exilios, en que los judíos necesitaban una respuesta a preguntas como esas; pero, especialmente sintió el dolor de la desesperación y la confusión que invadió a los judíos del Yemen cuando mandaron sus preguntas y sus dudas. El destino de sus hermanos del Yemen afectó su propia alma.

Al comienzo de su carta tocó el tema del decreto de conversión, y los orígenes del interminable odio del mundo al Pueblo eterno. Explicó: el incomparable odio que muestran los gentiles hacia Israel, es consecuencia de su envidia por nuestra ventaja espiritual, o sea la Torá de D-s, que poseemos y que nos distingue de todos los demás pueblos. Este odio es revelado en diferentes épocas y de diferentes maneras, de acuerdo con el espíritu y cultura de las diferentes naciones. Unos se alzan contra Israel con la espada, mientras otros lo hacen con su lengua o con escritos fraudulentos.

Los cambios de gobierno que ocurrieron tuvieron su efecto sobre los judíos. Estallaron guerras. Nuevos gobernadores ascendieron y bajaron. La tierra de Egipto que había estado sujeta al califato de Bagdad se separó de ésta, al final del siglo noveno o principios del décimo de la E.C. Un califato egipcio independiente apareció, dirigido por los descendientes de Alí Ibn Abi Talib, quien estaba casado con Fátima, la hija de Mahoma, y así fué conocida la dinastía como Los Fátima. Esta dinastía gobernó Egipto aproximadamente 300 años. Durante el reinado del último rey Fátima, el-Abid, o el-Hadir, que gobernó durante los años de 1160-1170, el califato egipcio pasó por una severa crisis: se enfrentó con revueltas internas y ataques de enemigos externos. El Sultán sirio, Nuri-el-Din y el Cruzado rey francés en Jerusalem, Amalric, intervinieron en los asuntos de Egipto, y durante unos cuantos años Egipto fué el campo de batalla entre soldados sirios y franceses. Los sirios, dirigidos por Saladín salieron victoriosos, y el califato de Los Fátima llegó a su fin. El

rey el-Abid murió o fué secretamente asesinado en 1171; entonces Saladín tomó el poder, primero como gobernador en nombre del régimen de Nur-el-Din de Damasco; después de la muerte de éste último, Saladín se convirtió en rey y fué el principal poder de su época. Gobernó a Egipto, Siria y gran parte de Eretz Israel. El califato de Bagdad también le fué subordinado. Durante su reinado, las condiciones de los judíos se mejoraron en los países que estaban bajo su dominio. Estos países se convirtieron en refugio para los judíos que escapaban de la opresión de otras naciones, y eran protegidos por Saladín. El no permitió que los judíos fueran perjudicados. Fué un gobernador justo que no guardo hostilidad con sus enemigos. Durante su reinado los judíos egipcios obtuvieron riquezas y honores, y su estatus político también se favoreció.

Sin embargo, la caída del califato de Los Fátima, que pertenecía a la secta Shiita del Islam (quienes creían solo en el Corán, las enseñanzas escritas de Mahoma) y el ascenso al poder de Saladín en Egipto y los países vecinos, trayéndoles así, bajo el dominio del califato de Bagdad, que pertenecía a la secta Suni y que protegió a sus miembros (los cuales creían en la enseñanza oral de Mahoma), produjo severos choques y la persecución de los judíos del Yemen. Estos cambios estimularon al fanatismo dentro de las diferentes sectas islámicas. Los Shiitas se rebelaron para vengarse de sus nuevos gobernadores Suni; puesto que no podían atacar directamente a los nuevos gobernadores, desahogaron su cólera contra los judíos, acusándolos de negar la fé islámica.

Dos fanáticos shiitas se tomaron el poder en el Yemen, y trataron de imponer su religión sobre los judíos, ofreciéndoles la elección de: conversión o muerte.

El Rambam se paseaba de un lado a otro en el ático, antes de formular su carta a los judíos del Yemen. Temía que el movimiento mesiánico del Yemen incrementara la opresión contra los judíos, que habían sido declarados rebeldes contra el gobierno. Por otro lado, cuando éste Mesianismo se descubriera ser falso, el desespero de los judíos se incrementaría y algunos se convertirían.

El Rambam sabía que para tal época, él tenía que hacer mella. Supo por su discípulo Rabí Shlomo Cohen, quien había regresado del Yemen con la carta para el Rambam, que la mirada de los

judíos yemenitas estaba dirigida hacia él, mientras aguardaban su respuesta. Le consideraron como su cuerda de salvamento en momentos de angustia. Consecuentemente, él tembló ante la responsabilidad que cargaba mientras escribía su respuesta. Tenía que dar una respuesta detallada a sus preguntas. Pero también era posible que algunas de sus respuestas dieran a los líderes musulmanes del Yemen, municiones frescas contra los judíos. Los judíos malos estaban propensos a delatar al gobierno el contenido de la carta, y harían de ésta una hoja acusatoria en su contra.

Temió escribir la carta en un estilo incoherente. No podía escribir todo lo que tenía que ser dicho, especialmente no lo que quería escribir contra el judío converso. Pasó muchos días escribiendo la carta. Escribía y luego cambiaba lo que había escrito. Trató de expresar lo que quería con insinuaciones. Una vez más cambió lo que había escrito. ¿Qué pasaría si no le entenderían apropiadamente? Finalmente, concluyó que tenía que escribir las cosas claramente y no temería que ésta cayera en manos equivocadas. Decidió incluir en la carta una advertencia a los eruditos en Torá para que tuvieran cuidado en la divulgación del contenido de la carta y para que no atrajera la atención de los ismaelitas.

Escribió al final de la carta: “Por favor, les solicito que envíen una copia de ésta carta a cada comunidad, a los eruditos y demás para reforzar la fé y darles apoyo para que no caigan. Léanla a la comunidad y a los individuos, ya que ustedes cuidan del bienestar de muchos - con tal de que tengan el máximo cuidado para que ninguna persona mala revele el contenido de ésta a los ismaelitas.”

El Rambam comenzó su carta con palabras de elogio a los judíos yemenitas, cuyas casas estaban abiertas al rico y al pobre, y observaban la Torá. Discutió el tema de las conversiones del Yemen, y las conversiones por los Almohades en el norte de Africa y España: persecuciones al este y al oeste, y los judíos atrapados en el medio. El profeta Amós anticipó ésto, y pidió misericordia por nosotros. Estas angustias eran los dolores del nacimiento del Mesías. Después de ésto, discutió sobre las sectas que trataban de parecerse al Judaísmo, reemplazando lo viejo por lo nuevo. Las opresiones y las conversiones serían abolidas; así

fué en la época de Nebucodonosor; así fué en la época del malvado reinado helenístico, y así será siempre. Les invitó a que siempre recuerden la Entrega de la Torá en el Monte Sinaí, a guardar la fé de sus padres, y a hacer todo el esfuerzo por huir de los países de conversión forzada. Ninguno puede evadir ésta Torá; ni él ni sus descendientes.

En su carta, el Rambam discutió los argumentos del converso judío de que habían alusiones a Mahoma en la Torá, diciendo que éstas pruebas eran objeto de burla aún por las masas. Los pecadores no creen, ni ellos mismos lo que están diciendo. Intentan engrandecerse ante los gentiles y demostrarles que son piadosos adherentes a su nueva fé. Estos declaraban que habían muchas alusiones de Mahoma en la Torá, que nosotros cambiamos o quitamos. Pero las traducciones que se hicieron en épocas antiguas, al griego, arameo u otras lenguas, muchos años antes que Mahoma, prueban su falsedad y refutan sus declaraciones. El versículo: "Y también del hijo de la sierva haré un pueblo grande, porque también es tu simiente" (Génesis 21:13), prueba que Isaac era el principal heredero, y que el otro estaba en un lugar secundario. Se cree o se refuta a un profeta con base en su profecía, y no por su linaje.

En la parte sobre el conocimiento del Fin de los Días, el Rambam declaró que éste conocimiento no es dado a ningún hombre. El fin de la esclavitud egipcia apareció cuatrocientos años después, y ésta verdad no se supo hasta que no fuimos redimidos; éste es realmente el caso de la redención final de las naciones gentiles; o sea, que no podemos tener previo conocimiento de ésto. El cálculo del Fin de los Días constituye un serio bloqueo para el pueblo judío, y está prohibido ocuparse de ésto. Los Sabios dijeron: "Que los calculadores del Fin mueran." Las masas ven que la época del Fin ha llegado, pero que el Mesías no ha venido, y entonces caen en el error. Rabí Saadia Gaón calculó el Fin, en beneficio divino, porque la gente de su generación tenía opiniones falsas, y quiso reforzarles e incrementar sus esperanzas. Los cálculos del Fin basados en la astrología no los creen ni siquiera los eruditos que no creen en la Torá y verdaderamente tampoco, por los que aceptan la Torá. Es una básica e importante creencia de la fé de Israel, que existirá un

descendiente de Salomón que reunirá los exilios. “Lo veo, pero no ahora. Lo percibo, pero no está cercano...y (con ello) prosperará Israel” (Números 24:17-18). El Rambam les proporcionó el cálculo del Fin de los Días que había adoptado la familia del linaje de su padre, desde el exilio de Jerusalem. El retorno de la profecía precidirá al arribo del Mesías; y la guerra de Gog y Magog vendrá después de la aparición del Mesías.

Además escribió que el Mesías que apareció en el Yemen no estaba cuerdo. El Mesías será un profeta, más grande que todos los otros profetas con excepción de Moisés. Cualquiera que declare ser profeta y cuya declaración se prueba falsa, está propenso a la pena de muerte. Cuanto más, es el caso de quien declara ser el Mesías. El “Mesías” del Yemen es un ignorante. “Está establecida la regla de que la persona que dá caridad, no debe dar más de un quinto de su dinero,” pero él dice que se debería dar todo el dinero para caridad. La aparición del Mesías será repentina, sin que nadie sepa su origen. Sus milagros probarán ser verdad, y primero aparecerá en Eretz Israel y de allí, a todo el mundo. El miedo y el terror caerán sobre todas las naciones. La espada de guerra no pasará por el mundo sino hasta después de la guerra de Gog y Magog. La persona del Yemen que se presenta como el Mesías, no es el Mesías que los profetas esperan, aunque muestre milagros según sus seguidores. Muchos Mesías han aparecido al pueblo de Israel por todo el exilio, y al final ocasionaron una desilusión. El hombre del Yemen que se proclama como el Mesías está loco. Aconsejó que ésa persona que hace burla de sí misma, sea arrestada, salvándole así de ser sentenciada a muerte por los gentiles. El Rambam entonces, hizo una lista de los Mesías que le precedieron a éste y que se proclamaban serlo, algunos de los cuales mostraron milagros pero llegaron a un mal fin. “Y ustedes, mis queridos hermanos, acepten sobre sí el juramento, y no inciten el amor hasta que complazca; aludiendo al juramento tomado por Israel de no apresurar el Fín.”

En la conclusión de la carta, el Rambam expresa su fé de que los representantes que cumplen una mitzvá (precepto) no serán perjudicados, refiriéndose a los que llevarán la carta a todas las partes del Yemen, “y no hay mitzvá más grande que esa.”

Ese falso Mesías que provocó tales desordenes, aún entre los buenos judíos del Yemen, fué muerto un año más tarde por uno de los gobernadores del país.

El "Mesías" fué donde uno de los gobernadores del Yemen y le contó que él era un Mesías y que realizaba milagros. El gobernador le pidió: - "Cuénteme qué maravillas es capaz de realizar." Y él contestó: - "Corten mi cabeza y verán que no obstante después, sigo viviendo."

- "Ningún milagro es superior a éste," dijo el gobernador.

Ordenó a su sirviente: - "Tráiganme una espada." Cuando le fué traída la espada, la osciló sobre la cabeza del "Mesías" y la cortó. Inmediatamente cayó y no se levantó de nuevo. Aquellos que le siguieron se consolaron con la creencia de que aún después de su muerte, volvería a la vida. Pero muchos otros que creyeron en él, huyeron a donde quiera que sus pies los llevó.

Los gobernadores del Yemen castigaron a los judíos por los pecados de éste "Mesías", y les impusieron pesados impuestos.

Algunos de los judíos que habían creído en éste "Mesías" se lamentaban y mencionaban su nombre en toda oportunidad. Las masas que estuvieron cautivadas por la fantasía Mesiánica, no pudieron fácilmente librarse de ésta visión. Finalmente solo se olvidó cuando ésa generación se acabó. En su carta, el Rambam les advirtió a los judíos del Yemen no exaltarse por cada falso visionario, y no ser arrastrados por los movimientos que solamente traen maldiciones y no bendiciones; ellos deberían recordar el juramento hecho por Israel: no apresurar el Fín; no exaltarse; y no incitar el amor hasta que complazca.

Después de que la carta llegó al Yemen, pasó de casa en casa. La leyeron y se consolaron. Los judíos del Yemen se apoyaron en el Rambam como el hombre que se ahoga y se agarra de una cuerda de salvavidas. El Rambam fué venerado en el Yemen, y pusieron en alta estima cada palabra que emitió de su boca. Le consideraron como el líder de su generación, y maestro de todas las generaciones. Cuando sus obras llegaron al Yemen se estudiaron en los Batei Midrash de cada ciudad y pueblo. El judío converso que amargó sus vidas, y el Mesias que les condujo por mal camino fueron rechazados y olvidados.

La carta trajo un fresco aliento de vida a los judíos yemenitas. Estos judíos guardaron su fé, y adquirieron coraje para estudiar

Torá y observar los preceptos. El Rambam utilizó su influencia en la corte real de Egipto, en favor de sus hermanos del Yemen. Gracias a su intervención, las autoridades redujeron el peso que les habían impuesto a los judíos. Tan pronto como éstas noticias llegaron al Yemen, los ojos de los judíos se iluminaron, y se dijeron unos a otros: - “En Egipto el Rambam intervino en nuestro favor, y nuestra situación ha mejorado.”

- “El es un importante ministro en Egipto, y tiene una gran influencia sobre todos los ministros.”

Se pasó la voz de uno a otro de que el Naguid de los judíos en Egipto había actuado en su favor, y ahora sus gobernadores temían hacerles daño. La carga de los nuevos impuestos también fué quitada. Vieron que el jefe del exilio no había olvidado a sus hermanos del Yemen.

Los judíos del Yemen mencionarían el nombre del Rambam cada vez que recitaban el kadish: “En su vida y en sus días, y en la vida de nuestro maestro Moshé ben Maimón,” por haberles iluminado con su Torá y por haber cancelado los decretos en su contra y el peso de los impuestos. Los judíos del Yemen retornaban al Rambam en cada asunto, grande o pequeño, y le pedían su respuesta. El les enviaba cartas y les daba un buen consejo.

Dos años más tarde, el Rambam terminó el comentario sobre la Mishná, y comenzó a escribir una obra legislativa, para enseñar la ley práctica de todo tema. Se comprometió en una gran búsqueda interna, antes de comenzar a escribir éste libro. Había llegado a la decisión de que el pueblo necesitaba un libro que contenera toda la Torá Oral, todas las leyes de la Torá, las leyes rabínicas, las costumbres que se habían instituido desde la época de Moisés hasta la composición de la Guemará, y las interpretaciones de las leyes por los Gaonim en sus escritos; en un lenguaje claro y conciso, para que toda la Torá Oral se organizara perfectamente y fuera accesible a todos.

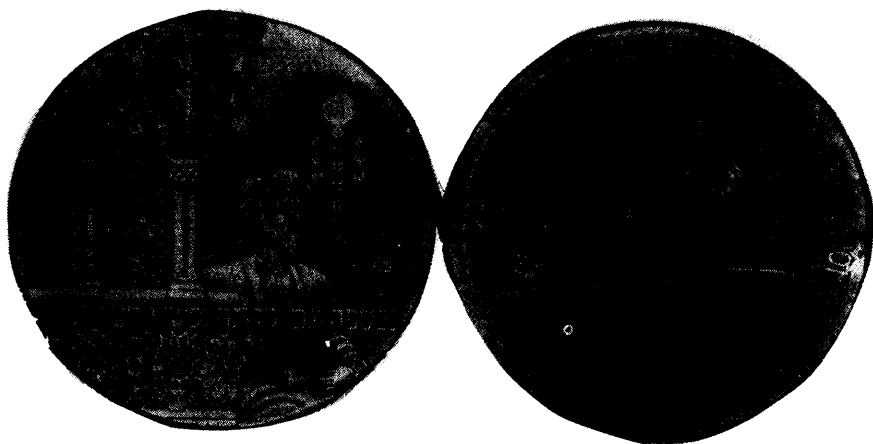
Antes de escribir su gran obra, la Mishné Torá, escribió el Sefer ha-Mitzvot (El Libro de los Preceptos), el cual sirve de introducción a la Mishné Torá y en él se enlistan todos los 613 preceptos requeridos por la Torá. Este libro lo escribió en árabe, para que las masas pudieran leerlo. Lo escribió en dos partes. Una

parte, contiene todos los preceptos positivos, 248 en total; y la segunda parte contiene todos los preceptos negativos, 365 en total.

El Rambam quiso resumir la creatividad espiritual del pueblo judío durante los miles de años de su existencia, hasta su época. A la vez, sin embargo, aspiró proveer al pueblo con una ley clara, sin las largas discusiones que lo acompañan, las cuales no todo lector podría seguir.

Por lo tanto tuvo que escribir un nuevo libro, con un nuevo estilo y estructura, apropiado al pensamiento de su generación, y que no agotara al lector con detalles, los cuales no eran de decisiva importancia para el entendimiento de la ley. Esta meta, le obligaría abandonar el método de todos los autores que le habían precedido. Se enfrentó con la siguiente pregunta: ¿citar junto a cada ley las fuentes en las cuales ésta se basaba la ley, o por el interés de la brevedad, omitir las fuentes y así no malgastar el tiempo del lector? Pero por otro lado, indudablemente aparecerían los críticos que declararían que las fuentes para esas leyes no estaban. Se enfrentó con otra pregunta: ¿cambiar el lenguaje de la ley original, o dejarlo con ese lenguaje? Esta era una difícil pregunta. Se enfrentó con una enorme cantidad de trabajo agotante. A pesar de que la Torá estaba abierta frente a él, necesitaba para escribir tal obra, investigar profundamente dentro del mar de la ley judía para quitar el grano de la paja y ser preciso respecto a cada una y todas las leyes.

Se decidió por un lenguaje conciso, pero sin desviarse de la regla. Daría la desición de la Mishná sin mencionar los nombres de los Tanaim, Amoraim u otros sabios que participaron en la formulación, para así no complicar los temas al lector. Si el lenguaje tenía que ser cambiado para que el lector pudiera leer fluídamente y entenderlo, no temería en hacer ésos cambios, siempre que la ley básica estuviera clara. Sabía que atraería críticas porque habrían personas que buscarían las fuentes y no entenderían porqué él escogió ésta forma concisa de escribir.



Medallón israelí emitido para el quinientosavo aniversario del exilio de España.

Capítulo Siete El Libro Legislativo

El Rambam vió ante él una larga línea de críticos que buscarían las fuentes de sus decisiones y no las encontrarían. U otros, que daban interpretaciones contrarias a la suya. Además, cuando se dispuso escribir el Sefer ha-Mitzvot, descubrió que aquellos que habían listado los preceptos previos a él, habían errado en su cuenta y su número. Habían incluido en la lista, preceptos que en su opinión, no pertenecían a los 613 preceptos de la Torá: incluyeron preceptos generales, o preceptos que habían sido dado a Moisés como reglas temporarias y no como preceptos eternos. Estableció un nuevo método para la división de los preceptos y para la determinación de su origen y número, de acuerdo a cuatro principios u orígenes.

Decidió escribir éste libro en hebreo, para facilitar el conocimiento del Talmud, facilitarlo a los eruditos de la Torá y que pudieran leerlo los judíos de toda la diáspora.

Al principio, pensó escribir éste libro exclusivamente para su propio uso, para ayudarse al escribir sus respuestas, a tanta gente que se dirigía a él con preguntas legales. Pero durante su trabajo de acumulación y ordenamiento del material, se dió cuenta que éste serviría como obra legislativa de la cual todo el pueblo sacaría provecho, puesto que no existía un libro específico de leyes. Así escribió a su discípulo Rabí Iosef Ibn Aknin: "Vé que el pueblo no tiene un libro legislativo e hice lo que hice por el honor a D-s, bendito sea Su nombre." Formuló reglas para sí al escribir las leyes. Una antigua ley que tenía su origen en el texto talmúdico, antes del período de los gaonim, sería escrita sin mencionar su fuente. Pero si una ley era sacada del texto gaónico, se hacía una mención especial, añadiendo al párrafo: "los Gaonim

enseñaron,” o “ésta es una reglamentación de los Gaonim.” Con respecto a una ley que el mismo Rambam formulaba, añadía: “ésto me parece a mí,” o “de ésto se aprende.” Indicó las costumbres que se difundieron por toda la diáspora, con la frase, “Así está acostumbrado todo Israel.” Las costumbres que estaban en práctica solamente en algunos países eran especificadas, como por ejemplo: “Y todo Israel en Shinar (Irak), en España, y en las ciudades del occidente todavía se conduce de ésta manera.”

Antes de comenzar a escribir la gran obra de la Mishné Torá, examinó la Mishná, el gran proyecto del Rabí Yehudá ha-Nasí, quien resturó la gloria de la Torá en su época. Se preguntó a sí mismo - “¿Porqué Rabí Yehudá actuó como lo hizo?” Y se contestó, - “Porque vió que los estudiantes disminuían, mientras habían nuevos problemas; el gobierno de Roma estaba incrementando su poderío en el mundo, mientras Israel era arrojada a todos los rincones del mundo. Escribió una obra que sería posesión de todos, para que la estudiaran y no la olvidaran fácilmente.” Rabí Yehudá ha-Nasí había rescatado la Torá del olvido; si no hubiera sido por la Mishná, la Torá hubiera sido olvidada. El Rambam consideró a la generación de Rabí Yehudá ha-Nasí como la imagen de su propia época. El pueblo judío estaba en una condición espiritual baja. Estaba amenazado por todos lados: por la espada de las naciones islámicas al este y por la cruz en las naciones cristianas de Europa. El peligro de que la Torá fuera olvidada existía en su generación como existió en la época de Yehudá ha-Nasí.

La omisión de los nombres de los autores de las leyes en la Mishné Torá, fué también con el propósito de mostrar la armonía entre la Torá Escrita y la Torá Oral. Esto fué dirigido contra los caraítas, para poner fin a sus reclamos contra la tradición. Con ésto, quiso decir que no eran individuos los que determinaron la ley que pasó de un individuo a otro y de generación tras generación, sino que fué pasada de miles y centenas de miles a

miles y centenas de miles. Si la ley hubiera sido citada en nombre de un sabio, los caraitas hubieran dicho que esa era la opinión de un solo individuo, y que no la aceptaban. Puesto que escribió las leyes en una forma general, esa era entonces la opinión de muchos, del pueblo entero. Tuvo que decidir muchos asuntos antes de iniciar y durante el proceso de escritura de la Mishné Torá. ¿Cómo comenzaría cada nuevo tema? ¿Cuál sería el primer tomo? ¿Cómo unificaría las ideas y la halajá?

Supo que tendría sus manos ocupadas con el ordenamiento de las leyes, con la construcción de éste magnífico edificio, basado en fundamentos de estructuras existentes. Quiso escribir leyes que perduraran, basadas en la filosofía del judaísmo. Consecuentemente con ésto, el primer libro que escribió fué el Sefer ha-Madá, el Libro del Conocimiento que trata sobre creencias y conceptos filosóficos. Comenzó el libro con las leyes prácticas pertenecientes a la fé y al pensamiento.

La base de todo fundamento y el pilar de toda sabiduría escribió, es saber que hay un solo D-s.

Se sentaba en su escritorio en el ático, apartado de las masas, dentro de la bulliciosa ciudad, teniendo sus libros y manuscritos al frente. Este aislamiento le proporcionó la claridad de pensamiento que necesitó para escribir su libro. Estudiaba sus libros, buscaba a veces en su memoria detalles adicionales, y luego escribía, borraba, y reformulaba. Solamente cuando sentía que había una sólida base para la ley, escribía la formulación final. Estaba infundido por un sentimiento de responsabilidad al determinar la ley, pero cuando concluía que esa era la ley, se sentía aliviado. Su rostro brillaba. La luz de la verdad y la luz de la Torá le habían sido reveladas. Rodeado por éstas luces se sentaba todos los días y escribía sus leyes, las explicaba, señalaba los puntos sutiles de la ley, acortaba la formulación; a veces se extendía en la ley, y en seguida acortaba la formulación. Un lenguaje conciso fué un principio importante que se fijó para él. Trabajó arduamente para que sus escritos fueran claramente entendidos, y pulió éstas piedras hasta que brillaron a la perfección. Se tuvo que enfrentar

con el problema de la formulación. Todos los días luchaba con éste problema. A veces estaba forzado a volver a escribir páginas enteras, porque sentía que lo que había escrito no sería claro al lector.

Una de las reglas que estableció para él mismo era que cada ley estuviera conectada con la siguiente, y con la Torá Escrita, como una rama de un árbol. Comenzó cada nuevo tema con las palabras siguientes: "Este es un precepto positivo de la Torá..." y continuaba con las leyes detalladas de los Sabios del Talmud, como si fueran un comentario natural de lo que estaba mencionado en la Torá Escrita. Invirtió bastante trabajo en mostrar que la Torá Escrita y la Torá Oral crecían de la misma raíz.

A veces las dudas le asaltaban fuera del ático, mientras estaba caminando, mientras estaba comiendo, o cuando estaba fuera de su casa. Estaba totalmente involucrado en las leyes, en la formulación del texto, en la búsqueda de detalles en su memoria. A veces se despertaba en la mitad de la noche temblando, cuando se daba cuenta que podía haber errado en la formulación de una ley. Nunca estuvo libre del sentido de responsabilidad que sintió por lo que escribió; si algún error sería encontrado en su libro, él solo tendría que responder por éste.

Dividió su obra en catorce tomos, y los tituló "Yad ha- Jazaká", basado en el versículo: "Y con poderosa mano, ha-yad ha-jazaká,...que Moisés mostró ante todo Israel" (Deuteronomio 34:12). La palabra yad, que tiene el valor numérico de catorce, indica el número de los libros - 14.

El Rambam se dedicó doce años a escribir su poderosa Yad. Pasó cada día y cada noche en el mundo de la ley y la filosofía.

Por la noche se paseaba por la ciudad para refrescarse, después de haber pasado el día entero encerrado en su cuarto. Mientras estaba caminando, se le aclaraban entonces nuevas ideas, en las cuales había estado pensando durante el día y que no había entendido completamente. Comenzaba el día siguiente corrigiendo

esos párrafos, buscando las fuentes, o puliendo una vez más esos párrafos.

La pila de libros sobre su escritorio crecía más y más, junto con los manuscritos en su ático. Nadie se atrevió a entrar a su cuarto. Los miembros de su familia se mantenían en silencio durante las horas en que él se sentaba y escribía.

Buscó la claridad en el contenido y en la forma. No escribía ni una sola palabra innecesariamente. Y así escribió en su carta, "Sobre la Resurrección": "Todos nuestros escritos son cortos pero buenos. No es nuestra intención incrementar el cuerpo de los libros, ni malgastar tiempo en lo que no tendría beneficio; correspondientemente, cuando interpretamos, interpretamos solo lo requerido y a un nivel que se entienda por sí mismo. Cuando escribimos, escribimos solamente de una manera concisa." En otro lugar, el Rambam escribió: "Como ya se sabe, yo me inclino siempre a despreciar argumentos y polémicas, y si me fuera posible poner todo el Talmud entero en un solo capítulo, no lo colocaría en dos." Pesó cada palabra y contó cada letra. En la construcción de su obra "abandonó el estilo de los autores que le precedieron." Introdujo los conceptos del Judaísmo, dentro del templo de la ley, para todos los campos: en el campo de la profecía; en el campo de la ciencia e investigación e incluso en el campo mesiánico. Para dar un valor eterno al entendimiento de la esencia real de D-s, añadió una ley especial: "El conocimiento de D-s es un precepto positivo; como está escrito: 'El Señor nuestro D-s, el Señor es Uno'(Deuteronomio 6:4)."

Quiso verter la investigación abstracta de la Divinidad dentro de un firme molde halájico. También incluyó reglas de conducta en el mundo halájico: "Estamos comandados a andar por los caminos intermedios; éste es el camino bueno y correcto, como está escrito: 'Y andarás por Sus caminos'(Deuteronomio 28:9)."

Pensó incluir las reglas de la salud en ésta obra. ¿Cómo debe conducirse una persona para mantener su salud? ¿Se incluye ésto en el campo de la ley? Concluyó que sí. Su conocimiento de

salud le fué muy útil cuando formuló el precepto de mantener la salud física: “Puesto que un cuerpo íntegro y saludable es parte de los senderos hacia D-s y es imposible que alguien entienda o conozca algo respecto a D-s si está enfermo, por eso, la persona debe apartarse de cualquier cosa que sea peligrosa para su cuerpo, y actuar de una manera que sea saludable y que restaure al cuerpo.”

La obligación de saber y la obligación de actuar van unidas. La obligación de fé está unida a la obligación del conocimiento. El conocimiento de D-s conduce al amor a El.

El amor a D-s está revelado en una vida de santidad. No la santidad del ascetismo, del odio al cuerpo y la extinción de los placeres físicos, sino más bien la elevación del hombre, doblegar sus poderes físicos y dirigirlos por el canal de la pureza. La vida pura de un individuo es el bloque de construcción de la familia pura. La familia pura es el bloque de construcción de la sociedad correcta, y una sociedad correcta conduce a la época mesiánica.

El Rambam precedió cada grupo de leyes con un versículo de la Biblia que sirvió como resumen del tema entero.

El trayecto a la redacción definitiva era largo y fatigoso. Incluía la agrupación de todas las leyes, basándolas en sólidos fundamentos, explicándolas y definiendo con exactitud los conceptos básicos de los temas de las leyes antes de entrar en detalles. Necesitó silencio, tranquilidad y aislamiento para terminar la gran empresa que se había impuesto sobre él. Su familia conocía sus necesidades y las respetaban. A veces irían a interrumpirlo, pero solamente por asuntos urgentes, cuando un miembro de la familia se sentía gravemente enfermo.

Solamente unos pocos individuos sabían lo que el Rambam estaba haciendo en su cuarto del ático. Incluso los miembros de su familia no sabían exactamente en que se ocupaba. Cuando salía afuera para respirar aire fresco, algunas veces caminaba durante horas. Iba a las granjas donde se olía la fragancia de la tierra. Se

paseaba alegremente y entonces se topaba con una idea mejor de la que había formulado antes en su cuarto del ático. Párrafos y versículos fluían por su mente. A veces se encontraba con algún desconocido y continuaba su camino. Esta persona se preguntaba lo que estuviera haciendo alguien a esas horas y en ese lugar. Algunas veces era interrogado por algún transeúnte: - “¿Está perdido? ¿Hacia dónde se dirige?”

- “No, no estoy perdido,” le contestaba, - “solamente estoy caminando por placer.”

La otra persona seguía su camino, y éste era el fin de su encuentro casual. Por la noche oía el sonido de las campanas y la llamada de los torreones a las mezquitas. Estos sonidos molestaban su tren de pensamientos. Las vanidades del mundo le molestaban y quería apartarse de ellas. Se dirigía completamente hacia una sola meta: terminar su libro. Sabía que los años estaban pasando y solamente en sus años de juventud podía terminar su proyecto.

En las horas de la noche cuando la ciudad estaba adormecida, regresaba a su casa para aprovechar unas pocas horas de sueño, cargando con el peso de las nuevas ideas que tenía que formular por la mañana cuando subiría nuevamente a su cuarto del ático.

El Rambam vió ante él, un pueblo falto tanto de libros como de una perspectiva correcta y precisa del mundo, y entonces se dispuso a escribir una comprensiva obra de leyes, en la cual incluiría toda pregunta que surgiera, e incluyendo todo lo que se encuentra en el Talmud, en el Sifra, el Sifrei y el Tosefta. Incluyó los principios básicos de los cuales es posible deducir toda pregunta fácilmente, “sin un intensivo estudio.” En otras palabras, el lector podría aprender del libro casos y hechos que ocurrieron a través de todas las generaciones y dar una decisión sin vacilar, basándose en las reglas escritas en el libro. Vió a un pueblo cuyas leyes y enseñanzas estaban dispersas en muchos libros, absorbidas e insertadas en las polémicas y en los profundos trabajos teóricos,

sin haberse marcado una clara distinción entre lo que había sido decidido como la ley y lo que había sido rechazado. Quiso incluir en la Mishné Torá todas las leyes.

Iba a comenzar su segundo capítulo del Sefer ha-Madá. Tenía que formular el tema del amor a D-s. Después de mucho pensar comenzó éste capítulo así: “El honroso y temido D-s ordena que Le amemos y Le temamos, como está escrito: ‘Y amarás al Señor tu D-s’(Deuteronomio 6:5) y: ‘Temerás al Señor tu D-s’(Deuteronomio 6:13) ¿De qué manera se Le ama y se Le teme?. Cuando la persona contempla Su magnificencia, Sus grandes obras y creaciones, temerá Su sabiduría que no tiene límites ni fin, e inmediatamente Le amará, Le alabará, Le ensalzará y estará poseído por un gran deseo de conocer el Gran Nombre, como dijo David: ‘Mi alma tiene sed de D-s, del D-s vivo’(Salmos 42:3). Cuando una persona piensa en éstas palabras, inmediatamente se retrae, teme y está miedoso. Sabrá que es un ser pequeño, solitario y oculto, que con su insignificante conocimiento está frente al Perfectamente Sabio, como David escribió: ‘Cuando contemplo Tus cielos...¿qué es el hombre, para que Tú te acuerdes de él?’ (Salmos 8:4-5). Según ésto, explicaré importantes principios con respecto a los actos del Señor del Universo, y así habrá una puerta para el entendimiento del amor al Señor; como dijeron los Sabios con respecto al amor, que a través de éste se llegará a obtener consciencia de Quien habló y el mundo tuvo existencia.”

Paró en éste punto. ¿Quizá debería formular ésto con un estilo más claro, para despertar en el lector el amor a D- s? Pensó en otras formulaciones más motivantes que despertarían las semillas del amor en el lector, pero decidió que cualquier cosa adicional, posiblemente decepcionaría al lector. La brevedad y la precisión eran preferibles; quien entendiera eso, despertaría.

Después de ésto, comenzó a escribir como el Santo, bendito sea comenzó a crear Su mundo y lo dividió en tres partes. Luego discutió sobre los ángeles “quienes no poseen cuerpo sino que son

figuras distintas unas de otras... Cuando dicen los profetas que vieron un feroz ángel con alas, se refieren a una visión profética o a una metáfora, para decir que son incorpóreos y que no tienen peso como los objetos corporales.”

Cuando estaba escribiendo sobre los ángeles, se vió estando frente a ellos y contemplándoles con asombro.

Por ésa época el pueblo judío se encontraba entre el terror de la cruz cristiana y la media luna islámica. Cada uno de éstos, quiso obligar a las distintas diásporas a asimilarse por medio de decretos y amenazas. La oscuridad cayó sobre los habitantes judíos de todo el exilio. La época del oscurantismo de la Edad Media comenzó. Por ésta época, el Rambam se sentó y escribió sobre el reinado judío, con el anhelo al “redentor quien vendrá cualquier día.” En su visión vió a campesinos en la tierra de Israel, plantando los campos, recogiendo la cosecha y formando gavillas. Escribió las leyes de leket, shikjá y peá (las porciones de la cosecha que son dejadas para el pobre); cómo ser prudente con las leyes de kelayim (uniones prohibidas de animales o plantas); cómo organizar la relación entre empleados y dueño; y las leyes relacionadas con el intercambio y el comercio. Escribió las leyes de la guerra detallando lo que está permitido y prohibido al guerrero judío. Vió a los gobernantes gentiles sentados en sus tronos, y visualizó al Sanedrín en una sesión de juicio. Imaginó al estado judío y escribió cómo debería organizarse su sociedad. Estableció un grupo de leyes para el gobierno del reinado judío, que revivirá nuevamente. Cuando escribió estas leyes vió al reinado judío como algo ya existente, en su época presente. Consideró la escalofriante realidad de su época como algo breve y transitorio.

Estaba completamente atrapado por la escritura de la legislación necesitada por el reinado, según su visión de redención. Escribió estas leyes de acuerdo con la Torá. No las escribió para un reinado imaginario sino para un reinado judío

presente, cuyos habitantes adquirirían la perfección moral, observando las leyes de la Torá de Israel.

Mientras escribió éstas leyes del reinado y gobierno, el bullicio de los comerciantes en el mercado llegó a sus oídos. Escuchó los argumentos de disputa relacionados con la pérdida y la ganancia, al igual que los sonidos de una guerra durante la batalla. Vió en su visión a los reyes de Israel entrando a Jerusalem y al Sanedrín en una sesión de juicio. Para ellos fué que escribió sus leyes. Preparó una constitución completa para el futuro reinado de Israel.

Era de la opinión que el futuro reinado israelita necesitaría de sus libros para gobernar conforme a la Torá. No quiso solamente escribir las leyes pertinentes a las relaciones entre hombre y hombre, o entre hombre y D-s, dejando las leyes que gobiernan al estado hasta la época del Mesías. De los 14 libros de la Mishné Torá, cinco - Zeraím, Avodá, Korbanot, Tahará y Shoftim - están relacionados con la visión mesiánica del reinado israelita.

“Sepas que no escribí ésta obra con el propósito de engrandecerme entre los judíos, ni de poder enorgullecerme como resultado. El Señor, bendito sea, sabe que laboré en ello, inicialmente solo para mí mismo y mi propia alma, con el fin de descansar de la investigación y discusión y encontrar lo que necesitaba. En mi vejez, gracias al Señor y bendito sea que vivo, fuí celoso del Señor de las Huestes y ví a la nación sin un libro legislativo, que conteniera solamente la teoría sin polémicas y distorsiones, e hice lo que hice, por la gloria del Señor, bendito sea” - así escribió el Rambam a su importante discípulo Rabí Iosef Ibn Aknin.

A Rabí Pinjás Dayán le escribió: “Ya he sido precedido por los Gaonim y por los grandes, quienes escribieron libros y decidieron leyes en hebreo y en árabe sobre temas conocidos; sin embargo el decidir las leyes de todo el Talmud y de la Torá entera, ninguno

לו ידוע ונמאד בנמאד שישאר ידוע עליו ויש לו אחי שרכה ומכירתו למסור ונמאד
 לבגלוהו כלי אונסין וכו' קודם וכו' ידוע שיש לו אח שרכה למסור קדשה
 חללה ואסורה ואפילו לבית בדיוט וכחו כחן אסורה לה לאסור
 אסורה וכו' ואלו כחן וכו' שישאר אחר בחן שיהיה לו אח סבך וכו' או בת
 קדיוט סבך שישאר חללה יש לו אח כסדר שרכה שישאר סמורה ויש לו אח
 שרכה וממזר שישאר שדא וכו' יש לו אח ממזר אסורות לחלו ולסלו ושאר כל
 הנשים ומכרות ולבעלת והבתין שנות מדברי סופרים שניה לבעל ולבעל שנת
 להם אסורה לבעל ומותרת להם שניה להם שניה לבעל אסורה להם
 ומותרת לבעל שניה להם ואלו אסורה לה ונהיה אין לה כפורה ולא פריכה
 ולא בלתי נאה ולא מזונות והוא שסדר וכופין אהרן וכו' ואלו אהרן וכו' ואלו
 ערובה וחלוצה לבגל כדיוט ומותרת וערובה לשלם בגדלה לממזר ולגדל
 יש לה כערבב: יודיע בקודם פה שעה אין לה כערבב עיקר כערבב עלי
 נא מעה לבעלה ומאפיס לבתולה ואחיה הנמאד יש לה ואפילו לא רכיה כדי
 ולב ממזונה בו אעפא אדאת אכלרדין ואכלרבה במזונה וכו' וזאת עיני
 פלא ילמוד אדאת פה אין יבטעך לדיי כמות ילמוד פה - וזאת אכלרבה
 כן שפסדו וכלומר פה מה אסורה וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו'
 ולמה ואחרת פאנה למי שכתבו מעה וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו' וכו'
 וכו'
 וכו'
 וכו'
 וכו'
 וכו'
 וכו'

בזה הענין
 קודם לזה

ואלו אהרן
 ואלו אהרן
 ואלו אהרן
 ואלו אהרן

Un manuscrito del "Comentario sobre la Mishná", Orden de Nashim, con correcciones y cambios del puño y letra del Rambam. De la colección de la Biblioteca Nacional y Universitaria, Jerusalem.

me ha precedido a excepción del bendito Rabí (Yehudá ha-Nasi) y sus compañeros."

En la introducción al Mishné Torá escribió: “En mi época, hubo grandes problemas y fué difícil reflexionar sobre la Torá y extraer las leyes necesarias y decretos. Por lo tanto yo, Moisés ben Maimón, el Sefaradí (el español), me envalentoné y fuí respaldado por la Roca, bendito sea - y construí todas esas obras; ví que era apropiado escribir ideas que aclararan esos escritos, con respecto a lo que está prohibido y a lo que está permitido, a lo impuro y a lo puro, junto con todas las demás leyes de la Torá. Esto fué escrito de una manera clara y concisa, hasta que toda la Torá Oral estuvo organizada sin ninguna pregunta, y sin ninguna respuesta a esas preguntas; ni que éste dijo así y éste otro dijo así, sino ideas claras, confiables y correctas de acuerdo con la ley, que aclaraban todas las obras y comentarios existentes desde la época de Moshé Rabeinu hasta el presente; y así todas las leyes son reveladas al pequeño y al grande, con respecto a cada precepto y con respecto a todo lo establecido por los Sabios y los profetas.”

Estuvo aterrorizado por la idea de que el pueblo judío, o una porción de éste, olvidara la Torá, “porque en estos tiempos las angustias nos han atacado. La angustia actual ha empujado todo hacia un lado, y la sabiduría de nuestros Sabios se ha perdido y el entendimiento del sabio se ha ocultado. Consecuentemente, los comentarios y las leyes importantes escritas por los Gaonim se han vuelto difíciles en nuestra época, y son solamente entendidas apropiadamente por unos pocos. Sobra decir que éste es el caso también con la Guemará misma, la babilónica y la de Jerusalem, el Tosefta, Sifra y Sifre que requieren un amplio conocimiento y un corazón sabio para conocer el camino de las cosas prohibidas y permitidas y de las demás leyes de la Torá.”

Refiriéndose al ámbito de su obra, escribió: “En general, un hombre de Israel no necesitará ningún otro libro en el mundo para cualquiera de las leyes de Israel, sino éste que contiene toda la Torá Oral.”

Necesitó toda la capacidad analítica con la que fué bendecido para separar las partes que necesitaba, al componer su obra desde

el complejo cuerpo de la ley judía, y rechazar lo que no necesitaba. El trabajo de aclaración tenía que ser terminado antes que el trabajo mismo de la composición empezara. Su sentido de juicio le permitió seleccionar la correcta opinión de entre las muchas presentes en el texto talmúdico.

“Es más precioso para mi, enseñar uno de los principios básicos de la religión que enseñar cualquier otra cosa,” escribió en su comentario sobre la Mishná; puesto que el final de su comentario sobre la Mishná marcó el comienzo de su obra la Mishné Torá, libro que escribió para todos los estratos de la sociedad y no solo para los eruditos en Torá. Se enfrentó con el difícil interrogante de la forma, o la manera en que escribiría sus decisiones. ¿Seguiría el método de los autores de libros de decisiones legales, o el método de los antiguos agrupadores de leyes? Intensamente los analizó, pero no pudo encontrar en ellos el método necesario. El autor de “Halajot Guedolot” y Alfasi siguieron el orden del Talmud y organizaron las leyes por Tratados. Otros, tales como Rav Ajai Gaón, el autor de “Sheiltot”, y Rabí Hafetz ben Matzlíaj, el autor de “Sefer ha-Mitzvot”, siguieron el orden de los preceptos como aparecen en la Torá. El Rambam consideró ambos métodos como faltos de lógica. Pensó seguir el orden de la Mishná pero luego lo rechazó, porque ésta había sido escrita como un texto de estudio y no como un libro de leyes. Utilizó el orden de la Mishná, pero inventó su propio método: ordenar grupos de leyes de acuerdo con la división de los preceptos, en los cuales se basaban. Este método le pareció lógico, ordenado y conectaba estrechamente la Torá Oral con la Torá Escrita.

Ahora que hubo determinado el orden, surgieron nuevos interrogantes, tales como el número de los preceptos indicados en la Torá. El Talmud menciona la declaración de Rav Simlai, que “Siescientos trece preceptos fueron dados a Moisés en Sinaí; 365 preceptos positivos y 248 preceptos negativos,” pero no están listados en detalle en todo el texto talmúdico. El primero en enumerarlos fué el autor de “Halajot Guedolot”, quien fué

seguido por los autores de los "piyutim" - (poemas) para Shavuot, conocidos como "azharot"- tanto como por quienes escribieron grupos de leyes. No estuvo de acuerdo con aquellas listas porque no seguían ningún orden lógico, además de que encontró preceptos que habían sido erróneamente incluidos en la cuenta, mientras otros que debían haber sido incluidos, fueron omitidos. Por lo tanto, escribió su propio "Sefer ha-Mitzvot".

Esta obra, como el comentario sobre la Mishná, fué escrita en árabe, con una extensa introducción que contiene la explicación de los catorce principios en los cuales basó su cuenta. Estos principios fueron necesitados para definir los preceptos y para determinar su número. La Torá Oral contiene no solamente el número de preceptos dados por Rav Simlai, sino también reglamentos rabínicos y decretos; algunos de los cuales fueron objeto de polémicas y eran dependientes de la interpretación de la Biblia. Solamente después de que hubo establecido sus principios y reglas, pudo enumerar los preceptos mismos.

Discutió la división de los preceptos, además de la división mencionada en el Talmud de preceptos positivos y negativos; añadió una segunda división en preceptos entre hombre y D- s, y preceptos entre hombre y hombre. Extendió la serie de los preceptos entre el hombre y D-s incluyendo todos los preceptos, positivos o negativos, que tienen como meta corregir el alma del hombre o acercarlo a la perfección.

El proceso del primer libro, Sefer ha-Mada, iba del Creador al individuo, del individuo a la familia, de la familia a la sociedad, hasta llegar a su meta: la revelación de la visión Mesiánica.

El Rambam dividió las leyes en libros. El Sefer ha-Madá (el Libro del Conocimiento) incluye todos los fundamentos del Judaísmo y los principios básicos de la fé, sin los cuales la observancia de los preceptos es imposible. El Sefer Ahavá (el Libro del Amor) incluye todos los preceptos referentes a nuestro amor al Señor, tales como la lectura del Shemá, Tefilín y la

Bendición Sacerdotal. El Sefer Zemanim (el Libro de las Estaciones) contiene todos los preceptos relativos a las festividades y al Shabat. El Sefer Nashim (el Libro de las Mujeres) incluye las leyes de matrimonio y asuntos familiares. El Sefer Kedushá (el Libro de Santidad) incluye todas las prohibiciones que distinguen a Israel de las naciones gentiles: las relaciones de pureza entre marido y mujer, kashrut (leyes de los alimentos). El Sefer Haflaá (el libro de las Maravillas), es una continuación del Sefer Kedushá e incluye los preceptos que una persona se impone a sí mismo para alcanzar el nivel de santidad (por ejemplo, votos o promesas). El Sefer Zerayim (el Libro de las Plantaciones) incluye todos los preceptos pertenecientes a la agricultura, la mayoría de los cuales dependen de la santidad de la tierra de Israel y son observados solamente en la tierra de Israel: trumot (ofrendas), ma'asrot (diezmo), Shmitá (el año sabático) y Yobel (el año de jubileo). El Sefer ha-Avodá (el Libro del Servicio Divino) contiene los preceptos relativos a la pureza del cuerpo y del alma; protegerse de las enfermedades de la piel y distanciarse de cualquier cosa propensa a ocasionarle impureza. El Sefer Nezikim (el Libro de los Daños) contiene leyes civiles, respecto a cualquier cosa con la que una persona puede estar propensa a causarle daño a otra. El Sefer Kinyán (el Libro de la Adquisición) trata de las leyes monetarias relativas al comercio e intercambio, compra y venta y relaciones sociables.

Cuando terminó el Sefer Kinyán inició el Sefer Mishpatim (el libro de las Leyes), el cual incluye todos los preceptos entre el hombre y su compañero sin involucrar inicialmente los daños así como las leyes de custodio y de los deudores. Completó el Mishné Torá con el Sefer Shoftim (el Libro de Jueces) el cual contiene los preceptos aplicables al Sanedrín. Estos son los preceptos relativos a la vida pública y de sociedad: la manera en que las cortes han de ser organizadas, la autoridad en cada tipo de corte, tomar juramento y las leyes relativas al rey.

Cuando escribió la Mishné Torá utilizó la Mishná como fundamento, pero cambió la formulación basándose en lo que se desarrolló después de la Mishná, en la Guemará y los comentarios. Cada cambio de formulación de la Mishná fué intencional, y cada palabra fué significativa, reflejando el espíritu de las discusiones sobre la ley y su conclusión.

Cuando llegó a la Agadá (las partes de la Torá Oral que no están relacionadas con la ley), la reformó infundiéndole una explicación lógica.

Buscó darle a su libro un contenido educativo y no solo legal, para infundirle alma judía - diciendo lo que el Judaísmo demanda del hombre. Juntó el "musar" (enseñanzas éticas) con la ley. Cuando escribió las leyes de los esclavos, anotó: "está permitido obligar a un esclavo a que haga una ardua labor; aunque ésta sea la ley, es una actitud de piedad y de sabiduría ser compasivo y buscar la justicia: que no le haga su carga pesada, ni le haga sufrir; y que le alimente y dé de beber de toda clase de alimentos o bebidas." Y añadió: "Los antiguos sabios daban al esclavo de todo plato que comían, y alimentaban a los animales y a los esclavos antes que ellos...por la misma razón no lo humillaban, ni física ni verbalmente. Las Escrituras, los dieron para la servidumbre (trabajo), y no para la humillación; no se debe gritarle excesivamente ni enojarse exageradamente con él, sino hablarle moderadamente y escuchar sus quejas. Esto se estudia de las buenas maneras con las que Job fué bendecido: 'Si yo despreciara la causa de mi siervo o de mi sierva, cuando ellos contendiesen conmigo...El que me hizo en el seno materno, ¿no engendró (también) a él (mi siervo)? ¿No nos formó (a ambos) en la matriz?'(Job 31:13-15).

Se preocupó constantemente por los errores que la gente comete al comprender la esencia de los preceptos como un asunto rutinario, sin tener en cuenta la profunda naturaleza de los preceptos. Mientras escribía, descubrió que muchas personas

celosamente cumplían todos los detalles de un precepto, realizando todo rito y costumbre, pero erraban en la comprensión de la raíz de ese precepto. Este error era común no solamente entre las masas, sino aún entre aquellos que conocían los caminos de la Torá. Por lo tanto, cambió la estructura de su libro e incluyó explicaciones sobre la apropiada concepción del mundo espiritual del Judaísmo y sus preceptos.

Cuando comenzó a escribir las leyes, se preguntó: ¿Qué propósito tiene que escriba los más mínimos detalles de cada precepto, si la esencia misma del precepto no es entendida apropiadamente? Es inconcebible que una persona aprenda los detallados puntos de un precepto, sin entender su naturaleza esencial. Sería necesario conectar los detalles con el principio básico, como las ramas de un árbol están conectadas al tronco. En las leyes de la Mezuzá escribió cómo se debe escribir ésta, que espacio se deja entre los distintos versículos, cómo debe ser escrita cada letra, cómo debe ser colocada en la puerta. Pero se dió cuenta que la masa erraba en el entendimiento de la esencia del precepto de la Mezuzá. Se creía que la Mezuzá estaba pegada a la puerta de sus casas con el propósito de protegerlos del peligro o de los demonios y espíritus. Se la veía como un amuleto o hechizo. El Rambam vió en ésto, los restos de creencias supersticiosas, o aún de idolatría. Si una persona no entendía la razón verdadera de ese precepto, aunque lo observara con todos los detalles, no cumplía su obligación. Aquellos que veían a la Mezuzá como un amuleto, "están entre aquellos que no tienen parte en el Mundo Venidero."

La razón del precepto de la Mezuzá está basada en la fé en el Creador del Universo, y en Su supervisión sobre los actos del hombre. Cuando los pies de una persona pasan el umbral, si es saliendo o entrando, mirará a la Mezuzá y reflexionará sobre la eterna existencia del Creador, en comparación con la existencia limitada del hombre; "e inmediatamente recobrará sus sentidos y

andaré por los senderos correctos.” Quiso incluir toda la Torá en la Mishné Torá, y por lo tanto fué prudente de no omitir ni una sola ley ni enseñanza rabínica. Sus decisiones relativas a los actos están basadas en las fuentes antiguas. Pero las leyes de la Mishné Torá relativas al pensamiento, son fruto del propio intelecto del Rambam. En la determinación de las leyes confió en su poder decisorio, con que fué bendecido; mientras que en temas filosóficos había obtenido un nivel de pensamiento independiente y utilizó su capacidad de explicación, basada en su perspectiva del mundo.

No trató los temas relativos a los demonios, hechicería, sueños, seres destructivos, o creencia en astrología, a pesar de que varios sabios del Talmud se expresaron sobre esas creencias. Muy simplemente decidió: “Estas cosas (adivinación y hechicería) son falsedad y mentira.”

Por ésa época dominaba la creencia en el poderío de las estrellas y su influencia sobre el hombre. El Rambam abrió un nuevo camino que llevaba a la purificación de la fé, eliminando todo lo que se oponía al espíritu y principios básicos del Judaismo. Luchó contra las masas que tenían esas creencias erróneas.

Cada día cuando el Rambam se sentaba a escribir las leyes, se sumergía profundamente en el mar de leyes, para descubrir los fundamentos en los cuales estaba basada cada ley. Bajo éste mar, descubrió tesoros ocultos a todos.

A veces, los miembros de su familia iban y le insistían que descansara porque veían la búsqueda en la que se encontraba su alma y su sufrimiento. Pero él era inflexible. Tenía que formular las leyes tan claramente como le fuera posible, y no podía dejar el lápiz sin haber escrito lo que quería decir, sobre el tema que estaba tratando.

Y así, se encontraba entre las olas, en las profundidades de ese mar, día y noche. Se sumergía en las aguas y emergía con finas

perlas; las limpiaba de las distorsiones y las purificaba, hasta que estuvieran limpias y brillantes, listas para ser escritas.

La gente, con base en su fama como destacado talmudista, le enviaba preguntas que estimularon su pensamiento. Gente común y sin educación le hacía también preguntas sobre detalles de la ley o de filosofía. A veces ellos le preguntaban sobre temas que estaban más allá de su entendimiento, tales como la continuación de la existencia del alma y el Mundo Venidero. El Rambam sentía que el nivel intelectual del que hacía la pregunta no era el adecuado para entender éstas sutiles cuestiones de filosofía, y le aconsejaba no preocuparse por ésas preguntas. A algunos les aconsejó leer ciertos libros que no tendrían dificultad de entender. Escribió su obra para todos, tanto para el hombre común como para el erudito, aunque cada uno encontrará cosas diferentes en la Mishné Torá de acuerdo a su entendimiento.

El camino hacia la terminación de la Mishné Torá era largo y difícil. Mientras se sentaba por las noches a escribir, sentía que Rabí Yehudá ha-Nasí y sus sagrados colegas eruditos estaban con él, estimulándole en su difícil trabajo y viendo su libro como una continuación de la Mishná.

Escuchaba sus voces mientras ellos estudiaban la Mishná, y vio sus imágenes andando por su cuarto del ático. A veces escuchaba una voz hablándole desde la oscuridad: - "Su obra será aceptada por todas las comunidades judías, desde el extremo occidental y la tierra de Egipto, hasta la tierra de Aram-Naharayim, desde Alepo, hasta Persia y el Yemen."

Otras veces escuchaba una voz adicional que se dirigía a él: - "Su obra será también aceptada en los países ezquenazí de Europa. Continúe escribiendo. Ha dado en el blanco y sus leyes son correctas." Aislado de todo, en el cuarto del ático, necesitaba de éste estímulo. Al principio pensó no publicar su obra, sino resumir para él las discusiones legales, y ayudarse con su estudio. Pero, mientras más largo se volvía el trabajo, se dió cuenta que no

era un libro para una sola persona, sino una obra para un pueblo entero.

Para juntar los 14 tomos en una sola y unificada obra, terminaría cada libro con una ley relativa al siguiente libro. La última ley del Sefer ha-Madá trata del amor a D-s, introduciendo de ésa forma al siguiente libro, el Sefer ha- Ahavá. La última ley al final de Sefer Zemanim le dice a la persona judía que prenda las velas de Shabat, en lugar de las velas de Janucá, si no le alcanza el dinero para ambos, por la paz familiar; aludiendo de ésta forma al siguiente libro, el Sefer Nashim que trata sobre el hogar judío y la familia. Quiso darle a su obra una naturaleza uniforme; los temas estaban conectados unos a otros, con un estilo lógico. Su habilidad para ordenar le guió en la organización del libro. Sabía que en el futuro la gente aprendería del orden mismo de las leyes, para resolver las contradicciones.

El Rambam utilizó toda la riqueza de su lenguaje y su habilidad literaria para escribir el Mishné Torá. Corrigió y pulió el lenguaje del libro a la perfección. Borraba o corregía mientras escribía; o aún después de haber terminado un tema, siempre que el lenguaje del libro lo requería. Como escribió en su introducción al capítulo 10 de Sanedrín: “Medita bien sobre ellos...no te apresures al leerlo, ya que yo no escribí lo que primero que se me ocurría, sino solo después de mucho estudio y meditación.”

Su gran capacidad lingüística y su conocimiento del hebreo, desde los comienzos hasta el lenguaje de los Gaonim, le fueron muy útiles cuando comenzó a escribir la Mishné Torá, después de haber escrito sus previos libros en árabe.

Tuvo que combinar un alto grado de erudición y profunda sabiduría, con un lenguaje popular entendible a todos. No quiso utilizar un imponente lenguaje por su propio bien, y se mantuvo alejado de la retórica. Quiso escribir “con un lenguaje conciso y de una manera concisa, para que así toda la Torá Oral estuviera estructurada para todos.”

En su introducción al “Sefer ha-Mitzvot”, escribió lo siguiente sobre la Mishné Torá: “Considero que no debería ser escrita en el lenguaje de los profetas, porque éste, nos es insuficiente para dar un tratamiento íntegro sobre los temas legales que contiene. Igualmente, no lo escribiré en el lenguaje de los libros del Talmud, porque entonces solamente ciertos individuos de nuestro pueblo lo entenderían; y sus palabras son extrañas y difíciles incluso para aquellos que son diestros en el Talmud. Más bien, la escribiré en el lenguaje de la Mishná para facilitarla a la mayoría.”

Utilizó el lenguaje de la Mishná como modelo, pero lo enriqueció con otros estratos lingüísticos. Los fundamentos lingüísticos presentes en la Biblia que estaban ausentes en la Mishná, fueron revividos por el Rambam, cuando incluyó versículos y párrafos bíblicos en la Mishné Torá. Su lenguaje es unificado, fácil y fluído, y no muestra signos de ser una mezcla de diferentes trabajos. De ésta forma se convirtió en una obra maestra lingüística, como no se ha visto desde la Mishná de Rabí Yehudá ha-Nasí.

Pensó que con ésta obra había cumplido la obligación con su pueblo y su religión, obteniendo la meta que se había impuesto, o sea, escribir un comprensivo libro sobre Judaismo, sin omitir un solo principio importante de la sabiduría de Israel.

Así como la Mishná estaba dividida en Ordenes, Tratados Capítulos, y Mishnayot, dividió la Mishné Torá en 14 libros. Cuando se dispuso a escribirla, recordó su primera idea de escribir un comentario sobre el Talmud. Pensó sobre ésto por algún tiempo, y se sintió capaz de escribir un comentario sobre el Talmud para las masas, que fuera claro, bien formulado, y entendible rápidamente.

Comenzó a escribir éste comentario, y las páginas del primer folio estaban listas; pero mientras trabajaba en éste comentario, se dió cuenta que no existía una presión necesaria por éste trabajo.

Lo que se necesitaba era un libro de leyes. Los ejércitos cristianos y musulmanes se peleaban en el suelo de la Santa Tierra. Los reyes de España y Africa se peleaban por el poder. Malas noticias llegaban de todas las dispersas comunidades judías. Comunidades judías enteras habían sido destruídas por la lucha. En Egipto, la monarquía había sucumbido para ser reemplazada por el gobierno de Nur- ed-Din, rey de Siria.

¿Estas eran las guerras que anunciaban la llegada del Mesías? se preguntó a sí mismo.

Consideró que había llegado el momento de escribir un libro de leyes para Israel, para el pueblo habitante de su tierra, viviendo una vida íntegra de acuerdo con la Torá de sus padres. Fué como si la Torá hubiera sido dada nuevamente en el Monte Sinaí, como si la Casa del Señor estuviera sobre el Monte Moriá. Cuando escribió las leyes pertenecientes a la monarquía israelita sintió las angustias del nacimiento del Mesías.

Incluyó leyes que no estaban en la Mishná de Rabí Yehudá ha-Nasí, tales como las leyes del Tzitzit, Tefilim, Mezuzá y Janucá; y por otro lado, omitió algunos temas que los antiguos halajistas habían discutido, tales como los malos espíritus, los seres destructivos, los demonios, los sueños, y demás temas parecidos. Estos temas no concordaban con su filosofía.

Incluyó las costumbres que eran adoptadas en Israel y las que practicaban específicas comunidades judías. Escribía: "Esta es la costumbre de todo Israel," "Una simple costumbre de todo Israel," "El pueblo actúa así en la mayoría de nuestras ciudades," "Y ésta es todavía, la costumbre de todo Israel en Shinar, en la bella tierra de Eretz Israel, y en las ciudades del noreste de Africa."

El Rambam tenía solamente 45 años de edad cuando terminó la Mishné Torá. Nunca olvidó nada en su juventud; cuando leía un libro, su contenido se grababa en su memoria. Pero sus viajes errantes y las dificultades que tuvo que soportar le debilitaron y envejeció antes de tiempo.

Al poco tiempo después de la muerte de su padre, sus dos hijos murieron; y el dolor se llevó también a su esposa, brevemente después de la muerte de sus hijos. Estas pérdidas destrozaron su corazón. Lloró enormemente la muerte de ellos sin consolarse. Esta depresión también fué responsable del debilitamiento de su cuerpo y memoria. Esto se complicó con la tragedia del mar, cuando el barco que llevaba a su hermano a la India se hundió sin dejar sobrevivientes, llevándose consigo a las profundidades todas las posesiones de la familia.

El único solaz que encontró fué en el estudio. Pero antes de haberse recobrado de éstas desgracias, un nuevo problema le apareció. Un mensajero que estaba al tanto de los secretos de la corte real, llegó en la adormecida noche y le susurró, - "Los delatores lo han acusado ante el rey. Su vida está en peligro. ¡Debe huír para salvar su vida!"

- "¿Cuál es la acusación, y quién es el delator?"

Las acusaciones llegaron a la corte real durante la guerra del rey de Egipto contra Almaric, el rey Cruzado de Jerusalem.

- "El delator dijo que usted está ayudando a los cristianos en contra de nuestro rey."

- "¿Y el rey lo creyó? ¡ Pero, si él me conoce!"

- "En época de guerra, todas las acusaciones son creíbles. Ven a un espía en cualquiera, especialmente cuando las acusaciones son en contra suya. Los consejeros del rey buscan espías para probar su propia fidelidad. Esperan a los delatores para justificar sus propias cargos."

- "¿Quién es el delator?"

- "Zuta y su hijo, quienes utilizaron a un tercer delator mientras sus identidades se mantenían en secreto."

- "No hay límites para su odio."

- "Vístase rápidamente y escaparemos porque los oficiales del rey vendrán al amanecer."

El hombre que fué donde el Rambam, era uno de los consejeros del rey quien quiso salvarle la vida al Rambam. El mismo no

creyó esas acusaciones, pero sabía que la vida del Rambam estaba en peligro por la envidia de los otros consejeros en el palacio real. Por ésto, se había apresurado a la casa del Rambam a salvarle de la prisión y las torturas.

En la mitad de la noche, el Rambam salió de su casa y desapareció por las callejuelas oscuras. Solamente unos pocos confiables, discípulos importantes del Rambam sabían donde estaba escondido. Pasó de un lugar de escondite a otro. Primero estuvo con gente, y luego en una cueva escondida donde se sentó a escribir sus libros. Los amigos le llevaban comida y libros. El mismo consejero del rey iba de vez en cuando, llevándole las últimas noticias. Aquellos que buscaban perjudicarlo habían ido a su casa ese día y no le habían encontrado; lo buscaron en las casas de sus vecinos y amigos, sin saber adonde buscar. Los consejeros del rey se dieron cuenta que alguien de la corte había revelado las acusaciones secretas contra el Rambam, y que se les había escapado de las manos.

Fué despertado por el ruido de susurros alrededor de la cueva. Temió que los oficiales del rey hubieran venido a arrestarlo. Las personas que estudiaban sus libros querían encontrarse con él, pero no sabían donde estaba. Uno de sus admiradores, de la ciudad de Toledo en España, prometió que no descansaría hasta encontrarse con el Rambam frente a frente. Durante nueve meses viajó, soportando toda clase de privaciones en el camino, hasta que llegó a Egipto. Quiso preguntarle al Rambam los interrogantes que le habían surgido mientras estuvo leyendo sus libros. Fué a su casa pero no le encontró allí. Preguntó donde se había ido, pero nadie le respondía. Durante muchos días anduvo por todas partes, sin encontrar el escondite. Al final, la gente vió su angustia y él se ganó la confianza de las personas íntimas al Rambam, y le revelaron el lugar del escondite: una aislada cueva en las afueras de la ciudad.

El judío de Toledo llegó a la cueva en compañía de una de las personas que le llevaban la comida al Rambam todos los días. Este hombre era conocido por el Rambam desde antes. Sus cartas le habían llegado, y contenían preguntas sobre los temas de sus libros. El Rambam le abrazó afectuosamente, y sus palabras levantaron el espíritu del aislado erudito, porque supo que sus libros habían llegado a comunidades lejanas y habían concientizado a muchos.

El judío de Toledo le dijo: - “Mi señor y maestro, estoy a su servicio hasta que el Señor tenga misericordia de usted.”

- “No es necesario; hay gente que provee mis necesidades y me trae alimento.”

El encuentro fué emotivo. El hombre le hizo preguntas y el Rambam le contestó sin mirar en ningún libro. Todo estaba en su memoria. Si se olvidaba de algo, lo recordaba al día siguiente, después de pensar sobre el tema. El judío de Toledo leyó los manuscritos del Rambam, y bebió sedientemente cada palabra. Lo que aprendió del Rambam fué en amplio pago por todas las dificultades que había sufrido desde que salió de Toledo.

En su lugar de escondite en la cueva, el Rambam escribió 7 de los 14 libros del Mishné Torá. El judío de Toledo iba todos los días; le llevaba la comida y le ayudaba en cualquier cosa que necesitaba. A veces discutían la ley que el Rambam quería formular; el Rambam le relataba sus ideas y dudas respecto a esa ley. El judío de Toledo permaneció con el Rambam por pocos días, después de su viaje de nueve meses.

Los oficiales del rey no tuvieron éxito en la búsqueda del Rambam. Se rumoró que había escapado de Egipto y se había ido a otro país.

Los delatores presionaron a los oficiales del rey para que siguieran buscando al Rambam y le aprisionaran, pero cuando no pudieron encontrarle, las acusaciones se olvidaron.

El judío de Toledo tenía que regresar a su casa. Se despidieron en la mitad de la noche, alumbrados por una lámpara de aceite,

después de haber estado al lado del Rambam todo el día y toda la noche, preparándole su comida y su ropa.

El Rambam le bendijo, deseándole que obtuviera satisfacciones de sus hijos e hijas. El judío de Toledo atesoró ésta bendición en su memoria por toda su vida, y tuvo fé en que se cumpliría. En efecto, sus hijos se salvaron de muchas dificultades y peligros gracias a ésta bendición.

El judío de Toledo observó la cueva y al Rambam, quien estaba absorto en sus libros. Fué difícil partir para éste hombre. Sintió que había estado en un nivel alto y ahora tendría que descender.

- "Vé en paz, hijo mío, y no te olvides de estudiar mi libro de vez en cuando," le dijo el Rambam cuando se separaron.

Le dió una copia del manuscrito de la Mishné Torá. El judío de Toledo guardó éste manuscrito toda su vida, llevándolo consigo a donde quiera que iba.

Aunque solamente tenía 45 años de edad por esa época, las privaciones que había soportado habían cobrado sus derechos; y cuando el Rambam finalmente salió de la cueva en que se había escondido, tuvo dificultad en mantenerse sin ayuda.

Después de la muerte de su esposa, el Rambam se casó con la hija de Abul (Uziel en hebreo) Mali, una persona importante, y secretario privado de una de las esposas del Sultán Saladín, madre del príncipe heredero, el-Fazel.

Abul Mali se casó con la hermana del Rambam, que había venido a Egipto con él, desde el Norte de Africa.

Su esposa tuvo tres hijos - Avraham quien se convirtió en un gran erudito, David y una hija.

Estos hijos fueron la fuente de alegría y consuelo para el Rambam, después de todas sus privaciones. Encontró una nueva vida con su familia. Se interesó por el desarrollo de su hijo Avraham quien llegó a ser un hombre distinguido, de buen carácter y agudo intelecto. Le enseñó a su hijo Torá y temas seculares, y el muchacho rápidamente absorbió todo. Cuando el

conocimiento de Avraham de la Torá se incrementó, se convirtió en la persona con quien el Rambam discutía asuntos de Torá y fé. Permaneció al lado de su padre y aprendió mucho de él. En las noches salían a dar paseos y a discutir sobre Torá y filosofía. Su hijo estaba interesado en todo, y el Rambam trató de llenar su sed con más y más conocimiento.

Encontró maestros que instruyeron al muchacho y a su hermano.

Una vez más, el Rambam fué a la corte real donde sirvió como médico. Las acusaciones en su contra habían sido olvidadas. Nuevos gobernadores surgieron. La reputación del Rambam en la corte se renovó.

Su esposa le traía el alimento cuando pasaba el día entero en la corte real, recibiendo a sus pacientes.

Era especialmente amigo íntimo del visir el-Fazal, quien era erudito, retórico, y amaba el conocimiento. El-Fazal era quien proveía el salario del Rambam del tesoro real. El visir era hombre enfermo, y a su pedido el Rambam escribió un libro sobre experiencias médicas.

Capítulo Ocho

El Rabino Y El Estudiante

En Marruecos, un joven erudito judío, Iosef ben Yehudá Ibn Aknin escuchó hablar sobre Maimónides y deseó ir a Egipto para conocerle y convertirse en su estudiante.

Este joven era un hombre instruido, un hombre de pensamientos profundos, un erudito en Torá y poeta en hebreo, quien adquirió conocimiento, sobre filosofía y medicina además del conocimiento de Torá y Talmud.

El poeta Aljarizi lo llamó "Iosef el occidental", y escribió acerca de él: "Es un mar de conocimientos, y tiene una capacidad de 10 en cada campo de la sabiduría. Su sabiduría es como el Eclesiastés; su mente es como un carbón al rojo vivo; su lengua es como el fuego ardiendo. Ha venido del occidente para habitar en el oriente y ha recogido y apilado todo lo que es precioso. Fuera su generación una generación de profecía, D-s le hubiera designado profeta sobre Israel."

Este hombre nació de padres convertidos, en la ciudad de Sivita, en la costa mediterranea de Marruecos, al norte de Africa. Fué durante el seno de la época de conversiones bajo Abd Almumin. Los judíos estaban obligados a aceptar el Islam, pero guardaron en secreto su judaismo. Iosef Ibn Aknin recibió una básica educación judía, a pesar de que sus padres fueron convertidos por fuerza mayor. Pero la vida como judío secreto en este país de conversión le angustió, no pudiendo soportar la falsedad y la mentira en su vida.

Leyó ansiosamente el "Igueret ha-Shmad" de Maimónides defendiendo a los forzados conversos, al igual que otros escritos de Maimónides que habían sido publicados. Por todos los países mugrabicos se difundió la reputación de Maimónides como sabio sobresaliente. Ibn Aknin anheló ver con sus propios ojos a éste destacado sabio y conversar con él sobre temas de Torá y filosofía.

Por mucho tiempo pensó en cómo salir de Marruecos e ir a Egipto, donde vivía el Rambam. Muchos obstáculos se le presentaron en el camino, y estuvo obligado a esperar un momento más oportuno. En Egipto, también regía el Islam, pero en los países regidos por los califas de Fátima, su religión no era forzada sobre los miembros de las otras religiones; mientras que los fanáticos Almohades en Mugarab y España obligaron a los judíos a adoptar su religión. La situación de los forzados conversos en el Mugarab se empeoró con los días. Al principio, el Sultán Abd Almumin prometió a los judíos que se convertían al Islam, todos los derechos del nacido musulmán y mantuvo su promesa. Pero sus sucesores no guardaron su promesa y sobrecargaron el yugo sobre los forzados conversos. Por esa época el califa al-Manzar subió al poder; era un fanático conocido por haber quemado los libros del filósofo árabe Ibn Rushad. Emitió la orden de que todo judío forzado converso debía usar una ropa especial, extranjera, para distinguirlos de los otros habitantes del país. Este uniforme incluía un abrigo negro con largas y anchas mangas que llegaban hasta las rodillas y un feo turbante anaranjado. Expuso al ridículo a la comunidad, y los granujas de la calle se burlaban de ellos.

Ibn Aknin, quien era un conocido médico y tenía una posición honorable en la ciudad, sufrió con éstos decretos que el malvado gobierno impuso a los judíos. Se incrementó su resolución de abandonar el país donde vivía; pero se le presentaban obstáculos. En el puerto de Sivita habían guardas costeros que chequeaban a todo judío que viajaba a otro país, por si estaba huyendo de los países islámicos para vivir como judío.

En la oscuridad de una noche abordó un barco rumbo a España, donde no era conocido como forzado converso. Los guardas costeros no le impidieron viajar a España; ellos no sabían que continuaría su viaje de España a Egipto.

En España, se encontró con muchos forzados conversos, algunos de los cuales guardaban su judaísmo en secreto, mientras otros se habían separado, pero estaban conectados con su pasado. Habló con ellos acerca de su suerte.

Les pidió ayuda para conseguir un pasaje en barco a Egipto. Algunos de ellos, eran gente que tenía influencias con el rey y sus emisarios. Conocían los puertos y salidas del país; fueron ellos

quienes le ayudaron a huír de España. Se reunía en los sótanos con ellos, donde rezaban en secreto. Les contó sobre el sufrimiento de los judíos múgrabi. Ellos le contaron de su sufrimiento como judíos secretos en España. Le ayudaron a arribar a los puertos de donde zarpaban los barcos. Puesto que venía de Mugrab, no supieron que era uno de los judíos secretos; no conocían su pasado. Fueron ellos los que lo acompañaron al puerto cuando embarcó para Egipto.

Caminó sobre la cubierta del barco e hizo señas de despedida a los nuevos amigos que había hecho en España. Les prometió enviarles una carta cuando llegara a Egipto.

Todo ése tiempo tuvo frente a sí, la imagen del Rambam como en un sueño. Esperaba el momento en que se encontraría con él en Egipto. Sabía que sería un gran momento para él. Estaba preocupado de no ser capaz de expresarle su anhelante deseo y temía no ser entendido correctamente. Quería sentarse a sus pies, pero tal vez, no le permitiera estar a su lado. Estas preocupaciones le acompañaron en su camino a Egipto, sobre las olas que balanceaban su barco y le mareaban. Los días de éste viaje se convirtieron en una pesadilla porque el tormentoso mar le causó náuseas la mayor parte del tiempo.

El barco llegó a Alejandría. El viaje y los mareos le habían debilitado. Bajó la pasarela con paso vacilante y su rostro pálido. Un nuevo país y una nueva vida le esperaban. Quiso llegar rápidamente al lugar donde el Rambam vivía, pero fué obligado a quedarse en Alejandría. Desde allí le envió una carta escrita en poesía, en la cual le describía sus grandes ansias por la sabiduría, el conocimiento y el estudio de la filosofía, que le trajeron a Egipto, para escuchar Torá de sus propios labios.

Examinando la carta, Maimónides notó que el joven que la escribía era inteligente, talentoso y con un gran interés por la Torá y la filosofía. En la carta también había creado poemas originales con el estilo de la época. Habían pocos jóvenes en Egipto que anhelaban estudiar sabiduría y filosofía. Pero, he aquí, estaba ante él, un joven inteligente con quien se podía mantener una profunda discusión sobre Torá y filosofía.

La voz de Ibn Aknin emergió de los versos y atrajo la atención de Maimónides. Era la voz de una persona en la cual un fuego ardía, que vio en él y en sus libros, la luz que quiso alcanzar en sus viajes desde España a Egipto. Maimónides siempre había

ansiado tener un discípulo o colega con quien pudiera conversar sobre temas de Torá y filosofía, y que pudiera ser su compañero de estudio. Y ahora descubrió por su carta que éste hombre tenía un gran espíritu y pensamientos profundos.

Maimónides le invitó a venir a Fusfat, para estar con él y conocerlo.

El encuentro entre el Rabí y el estudiante que había venido desde lejos fué emocionante, como si ya se hubieran conocido hacía mucho tiempo. Ibn Akinin llegó a la casa de Maimónides temblando, temeroso de la recepción: de decepcionarse o tal vez de ser recibido fríamente; o de no encontrar lo que buscaba, ya que los libros de la persona no siempre son el reflejo exacto de sí mismo.

El temblor se apoderó de él al llegar a Fusfat y cuando caminó hacia la casa del Rambam. Se apresuró a ir a la casa dominado por el deseo de ver el rostro del Rambam.

Este fué un día difícil para Maimónides. Una multitud de gente se había aglomerado en su casa buscando su consejo médico. Su viaje en burro desde el palacio del rey, era un largo trayecto, bajo un ardiente sol. Había recordado que Ibn Akinin tenía que venir a su casa, y había llegado temprano para reunirse con él con tranquilidad, antes de que la multitud llegara.

La puerta se abrió, e Ibn Akinin apareció. Se inclinó al Rambam y luego le abrazó. Estuvieron abrazados sintiendo que sus almas estaban unidas, una a la otra.

- "La paz sea con usted, mi maestro y profesor," dijo Ibn Akinin.

- "La paz sea con usted, mi querido invitado," contestó Maimónides.

- "He viajado durante meses, para llegar a éste momento, de conocerle."

- "Y yo le he estado esperando todos éstos años sin conocerle."

Estuvieron uno frente al otro asombrados.

Un gran sueño se había realizado en la vida de Ibn Akinin. Había merecido conocer a su maestro y profesor en persona, después de ansiarlo por tanto tiempo. Sus esperanzas se habían convertido en realidad. Estaba frente al ministro de Torá y sabiduría. Entonces se sentaron y conversaron. Ibn Akinin le preguntó sobre cosas que había leído en sus libros, asuntos de los que discrepaba, y fuentes que había buscado y no había encontrado. Le contó la historia de su vida, su compromiso con la

Torá y la medicina, y su método de aprendizaje. También le contó sobre los judíos de Marruecos y sus angustias, y sobre la gente que había conocido en el transcurso de su viaje a Egipto.

Caminaban juntos por la noche, a lo largo de las callejuelas de Fusfat, absorbidos por profundas discusiones de Torá, y aclarando temas oscuros de Torá y medicina. La gente que los encontraba juntos decía: - “¡Miren! ¡Ahí van el Rab y su discípulo!”

Ibn Akin veía a su maestro con gran reverencia, y el Rambam le amaba profundamente. Mientras pasaba el tiempo, los lazos entre ambos se volvían aún más fuertes. Maimónides lo llamaba “mi hijo”. Le mostró todo lo que escribió para escuchar su opinión.

En Egipto habían pocas Yeshivot y colegios primarios de Torá, y pocos eruditos. Esto hizo que Maimónides se regocijara especialmente por la llegada de éste estudiante desde lejos. Recordó la sociedad de España con su vibrante vida intelectual y espiritual. Egipto era un lugar desolado en comparación.

Maimónides e Ibn Akin estudiaban juntos lógica y astronomía, y el estudiante se unió a su maestro en la corrección de las tablas astronómicas de Ibn Afla de Sevilla. A la larga, decidió Maimónides que se había llegado el momento de enseñarle también los secretos ocultos de la Torá, y los libros de los profetas.

Ibn Akin permaneció con el Rambam por un año y medio. Pero mientras más crecía el amor por su maestro y se empapaba en su aprendizaje, más llegó a sentir que Egipto no era el lugar para él, y decidió establecerse en Siria. Fué difícil para ambos separarse, pero Maimónides prometió enviarle cartas a su estudiante, en las que escribiría sus ideas sobre los temas que habían estudiado juntos.

En el pasado, Maimónides había pensado anotar sus ideas. Pero siempre cambiaba de opinión, por temor a revelar demasiado de los temas que eran mejor dejarlos ocultos. Pero ahora que Ibn Akin, el estudiante tan amado y que sabía que podría entender esos temas, le pedía esas cartas, se puso a trabajar para perfeccionar el conocimiento de su estudiante.

Tan pronto como Ibn Akin llegó a Siria, comenzó a enviarle cartas a Maimónides contándole cómo estaba y pidiéndole de nuevo las cartas con las ideas de su maestro. Y Maimónides le envió éstas cartas. En ellas, se dirigía a él como “mi querido

hijo”; y una vez escribió, “Si yo no tuviera a ninguna persona sino a usted, eso sería suficiente para mí.” Ibn Akin estudiaba las cartas y las llevaba consigo a donde quiera que iba. Algunas veces, le escribía de vuelta, pidiéndole a Maimónides que le explicara algo que no le había quedado claro. Maimónides le enviaba otra carta para explicarle. Estas cartas se fueron acumulando y se convirtieron en el libro conocido como el *Moré Nevujim* (Guía para los perplejos).

En Siria, Josef Ibn Akin ejerció la medicina, como lo hizo cuando vivía en Sivita; pero no dejó nunca de ocuparse en Torá y filosofía. Como se difundió la noticia que él era alumno del Rambam, mucha gente buscó su opinión médica.

También se ocupó en negocios y llegó a ser rico. Los ingresos que conseguía de la práctica de la medicina, los invertía en negocios. Hizo largos viajes comerciales que le llevaron hasta Babilonia. En Bagdad conoció al Gaón Rabí Shmuel ben Elí, quien mantuvo la posición de Rosh Yeshivá por unos treinta años; y al jefe del exilio, quien residía en la capital.

Después de la destrucción del segundo Templo, Babilonia se convirtió en el centro al cual el pueblo judío se dirigía, y los gaonim, como eran llamados los jefes de las yeshivot en Sura y Pumbedita, se convirtieron en los líderes religiosos de los judíos. Los estudiantes iban en tropel a éstas yeshivot. Aún después de que Babilonia perdió su importancia a finales del siglo décimo, cuando los centros judíos se cambiaron hacia el occidente, el gaonato babilónico guardó su importancia.

Rabí Shmuel ben Elí trató de restaurar el gaonato a su gloria inicial. El era un hombre adinerado y se obstinó por el poder y honor en su puesto.

Josef Ibn Akin tuvo la idea de abrir un Beit Midrash en Babilonia para enseñar de acuerdo con el método y los principios del Rambam. Le pidió al Rambam permiso para hacerlo. El Rambam se lo concedió y le dió el título de rosh haseder (jefe del orden), evocando el título de reish sidra de las yeshivot de Babilonia en la época de los gaonim. Sin embargo le aconsejó no apurarse en abrir su Beit Midrash, para no entrar en conflicto con el Gaon, Rabí Shmuel ben Elí. Temía que tal conflicto le causara negligencia en su estudio, en su práctica médica y en sus negocios.

Las obras de Maimónides llegaron a los judíos de toda la diáspora; encontraron una amplia audiencia, y Maimónides llegó a conocerse como una importante autoridad religiosa. Pero también despertaron el asombro y la oposición, especialmente en Babilonia. Rabí Shmuel ben Elí fué el líder de la oposición. Cuando sus alumnos comenzaron a estudiar los libros de Rambam, le contaron sobre la gran sabiduría de Maimónides.

Rabí Shmuel ben Elí, estaba sorprendido que alguien de Egipto, que no era un centro de Torá, tomara sobre sí la autoridad de instruir al pueblo sobre temas de la ley religiosa y la fé. Para él era inaceptable. Como líder de los judíos de Babilonia, se veía a sí mismo como jefe del instituto del cual la Torá saldría hacia el pueblo. Le dijo a sus alumnos, que lo que estaba escrito en los libros del Rambam no era aceptado por él.

Incluso calumnió la fé del Rambam, en uno de los principios básicos del judaísmo, la resurrección de los muertos.

Cartas acusatorias le enviaron al Rambam. Algunas contenían maldiciones e insultos personales; pero él no las tomó a pecho y escribió: "Gracias a D-s, que aún cuando oigo que cierta persona ha criticado mis palabras e incluso me ha blasfemiado, no lo siento ni lo tomo a pecho. Sino que más bien le perdono, porque no creo en las calumniosas murmuraciones."

Sucedió que un sabio babilónico, Rabí Avraham ha-Cohen le preguntó al Rambam: "¿Está permitido viajar en bote por un ancho río, en Shabat?" Según la costumbre babilónica estaba prohibido. El Rambam le contestó que de acuerdo con la ley judía estaba permitido; pero como la costumbre babilónica lo prohibía, el Rambam escribió: "Se debe ser muy prudente en guardar todas las costumbres. Pero los que siguen ésta costumbre deben saber que está permitido, y que solamente se ha prohibido por precaución extra. Sin embargo, si se piensa que lo permitido está prohibido, no se debe dejar ésta manera de pensar. Su error se debe dar a conocer, puesto que no está bien establecer una equivocación como ley. No hay diferencia entre un error que prohíbe lo permitido y uno que permite lo prohibido."

Iosef Ibn Aknin se sintió herido por éstos insultos en contra de su maestro. Le pidió su permiso para luchar contra esos adversarios, pero su maestro le prohibió hacerlo. Le escribió: "No entres en conflicto con éste hombre, el gaón de Bagdad. D-s te salvará de quien es grande e importante ante sus propios ojos, o

ante los ojos de la gente, si realmente no tiene grandeza e importancia.” El estudiante expresó su asombro al maestro, que personas que se consideraban a sí mismos grandes eruditos en Torá, pudieran violar las obligaciones éticas de la Torá y permitieran que sus lenguas hablaran mal de su maestro. ¿Cómo podían despreciar los preceptos entre una persona y otra, incluyendo el precepto de amar al prójimo?

El Rambam le contestó: “La mayoría de los hombres de religión que son poderosos, pierden toda su humildad cuando les aparece algo que afecta su poder e importancia. Tan pronto como la mayoría de éstos hombres de religión adquieren poder, pierden su temor a D-s. Toda su rectitud yace en hacer los preceptos prácticos y evitar aquellos pecados que las masas consideran graves; pero no piensan en la obligación de cultivar las buenas virtudes y no recuerdan que eso también es parte de la ley religiosa.”

El maestro le pidió a su alumno que no se sintiera herido por las acusaciones contra su libro. Después de todo, “Este libro no es superior a la Torá de Moisés nuestro maestro, la paz sea con él, ni es igualable a las enseñanzas de los profetas. Te ruego: si eres mi alumno, sigue mis caminos y mis rasgos de carácter.”

Respondiendo a otra persona que le preguntó sobre sus acusadores, escribió: “Si vemos enfermos, no debemos enfermarnos también para igualarnos a ellos. En cambio, tratemos de curar al enfermo y así seremos iguales.”

Pese a los adversarios, las obras del Rambam llegaron a ser aceptadas por todo el pueblo judío. Para muchos eruditos de la generación, el Mishné Torá llegó a ser la autoridad a la cual se dirigían en asuntos de ley religiosa. Si surgía la duda sobre lo que ahí estaba escrito, se dirigían al Rambam con sus preguntas.

Preguntas y peticiones le llegaron al Rambam desde centros judíos de todo el mundo, de gente sencilla y de eruditos. Motivó a éstos interrogadores, y enfatizó que le estaban haciendo un favor preguntándole, comentando, o señalando contradicciones en la obra. Les aseguró que quien le ayudaba a encontrar errores en sus libros, “recibirá su recompensa de D-s y será muy apreciado por mí.” Algunos de los que le escribieron eran eruditos que encontraron en sus decisiones legales en el Mishné Torá, contradicciones a las versiones del Talmud aceptadas por ellos.

Otros no pudieron encontrar las fuentes de sus decisiones y quisieron saber sobre que base había determinado la ley, tal como la escribió.

Los sabios de Lunel, Provenca, guiados por Rabí Ionatán, le enviaron una carta que contenía 24 preguntas acerca de oscuros pasajes del libro. Cuando ésta carta le llegó, el Rambam se encontraba enfermo y debía guardar cama por un año. Los sabios de Marsella también le escribieron sus preguntas.

Rabí Ionatán de Lunel fué el primero en defender al Rambam frente a sus demeritadores. El era primo del Rambam y uno de sus grandes admiradores.

El principio del Rambam de no indicar las fuentes para hacer que la obra fuera más fácil de leer, y así cada uno pudiera encontrar fácilmente la ley que estaba buscando, le causó problemas a los que lo estudiaban a fondo, quienes estaban interesados en conocer las raíces de la halajá. Mucha gente le preguntó por ésas fuentes. Finalmente, el Rambam expresó pesar por no haber dado las fuentes. Y decidió escribir un libro en el que haría un lista de las fuentes de cada ley. Sin embargo, puesto que estaba tan ocupado, nunca logró hacerlo.

Sus adversarios escribieron artículos y le enviaron cartas. Algunos declararon que las leyes de su libro, contenían muchas desviaciones de las fuentes del texto talmúdico. Otros pensaron que las opiniones expresadas en el libro eran desviaciones peligrosas de la doctrina judía.

El Rambam sopesó cuidadosamente cada comentario que le llegó de eruditos y estudiantes de Torá. Si se daba cuenta que su adversario estaba en lo correcto, no vacilaba en admitir su error. Pero, si sentía que el interrogador estaba solamente tratando de ganarle y denigrarlo, pasaba por alto el comentario. Escribió acerca de su posición: "Esta es siempre mi manera de tratar a la gente. Si veo que alguien se enterca en su necedad y no quiere cambiar de opinión, guardo silencio y le dejo como él quiera."

Capítulo Nueve

La Batalla De Los Acusadores

El Rambam recibió muchas cartas de sus adversarios. También a través de la palabra escuchó críticas a sus obras y al hecho de haber asumido la autoridad para decidir la ley religiosa. Algunos suscitaron serias preguntas basadas en un profundo estudio. Otras estaban basadas en la ignorancia y el malentendido.

El Rambam tuvo que revisar sus obras, recordar las fuentes de las cuales había extraído sus decisiones legales, y retroceder al proceso de pensamiento que había atravesado cuando escribió el libro, para contestar a sus acusadores.

Así entonces, se sentaba por la noche con sus libros, para examinar, aclarar, contestar cartas, y encontrar las fuentes. A veces pasaba muchas horas en eso. Su alegría era enorme cuando su memoria le ayudaba a redescubrir una fuente.

A veces, después de haber explicado una fuente a unos eruditos que le habían preguntado, éstos le pedían perdón por haberlo molestado con sus preguntas. El les contestaba, que al contrario, era su obligación hacerlo, porque si realmente no había ninguna fuente, debía corregir lo que había escrito.

Las cartas del Rambam le siguieron llegando a Ibn Akin en Siria, donde vivía, y a Bagdad, donde pasaba una temporada con el manejo de sus negocios. En Bagdad, Ibn Akin se reunió con Rabí Shmuel ben Elí y con el jefe del exilio, y les explicó las enseñanzas de su maestro. Discutió con ellos y les probó que el Rambam estaba en lo correcto. Siempre lo hizo cortésmente, y evitando cualquier conflicto, como le había indicado su maestro.

Durante esa época, Ibn Akin también escribió sus propios libros: "Refuat ha-Nefashot" (La curación de las almas), "Sefer Musar" (El libro de Etica) sobre el Pirkei Avot (La Etica de los Padres), y un comentario sobre el Cantar de los Cantares.

Ibn Akin pensó que su maestro debería recoger sus cartas y hacer de ellas un libro de filosofía judía. Guardó cuidadosamente todas las cartas para las generaciones futuras.

Ibn Akin releyó especialmente lo que su maestro le había

escrito sobre el tema de los sacrificios de animales, un tema que habían discutido largamente cuando él estaba en Egipto.

“Yo sé que tu alma huye de éste tema...y que es difícil para tí”, le escribió el maestro a su alumno en la explicación de sus opiniones sobre los sacrificios. Explicó que los Hijos de Israel cuando estaban en Egipto, se habían habituado a las costumbres de los egipcios y hacían sacrificios a los espíritus y demonios que se les aparecían en forma de cabras. Es una regla conocida que la naturaleza de la persona se inclina hacia lo que está acostumbrada, y no puede pasar de un estilo al opuesto, repentinamente. Aún después de que estuvieron en el Monte Sinaí, y creyeron en la unicidad de D-s, e incluso después de haber reconocido la vacuidad de la idolatría, no podían deshacerse de la costumbre del sacrificio de animales; puesto que el servicio a D-s por medio de sacrificios y obsequios era el único contacto entre la persona y su D-s en aquellos días. Si la Torá hubiera prohibido ofrecer sacrificios, las mentes y corazones del pueblo no lo hubieran aceptado. “Y hubiera sido igual como si un profeta viniera en nuestros días e invitara al servicio Divino, y dijera que D-s comandó no rezarle, ni ayunar, ni pedirle por Su salvación en momentos difíciles; sino solamente adorarlo con el pensamiento, sin realizar ninguna acción...Por lo tanto, El nos comandó construirle un santuario...y que el altar estuviera consagrado a Su nombre...y que los sacrificios fueran para El... El plan de D-s con esto, era hacer olvidar de la memoria la idolatría y establecer la gran piedra angular de nuestra fé: la creencia en la existencia y unicidad de D-s.”

Ibn Aknin temía que esa opinión provocaría conflictos con los demeritadores del Rambam. Pero respetó a su maestro porque declaraba una clara opinión sobre el tema que perturbaba a muchos pensadores en aquellos días.

El origen de la familia de Rabí Shmuel ben Elí se remontaba al profeta Shmuel. En su época la Yeshivá creció y su reputación se extendió. De cerca y lejos le dirigían preguntas. Si una comunidad quería designar un rabino, le pedían la opinión a Rabí Shmuel y seguían sus recomendaciones. El y su familia vivían en un palacio rodeado por un jardín; tenía 60 sirvientes; usaba colorida y dorada ropa, como un rey. Todos le temían y obedecían sus órdenes.

Tenía dos mil estudiantes; y antes de que vinieran a ésta Yeshivá habían estudiado en otros colegios y habíanse preparado para entrar a ésta Yeshivá más avanzada.

Rabí Shmuel se sentaba sobre una elevada plataforma. Siguiendo la práctica de la época de los gaonim, relataba sus palabras a un intérprete, quien las repetía a los estudiantes. Los estudiantes hacían sus preguntas al intérprete, y si éste no sabía la respuesta, le preguntaba al gaón y la repetía a los estudiantes.

Cada lunes, Rabí Shmuel se sentaba en la cabecera de la corte rabínica y juzgaba. A su alrededor, nueve dayanim y un rosh Yeshivá le escuchaban concentradamente sus palabras.

Debido a la genealogía y al honor del Gaón de Bagdad las obras del Rambam le causaron enojo; sintió que el honor del Rambam opacaba el suyo.

Algunos judíos del Yemen se dirigieron al Gaón de Bagdad con una queja contra el Rambam y sus opiniones sobre la resurrección de los muertos. Declaraban en su carta, que el Rambam rechazaba ésta creencia; y por ésta razón, declaraban que la fé de mucha gente había sido turbada. Estos fanáticos le pidieron su ayuda y patrocinio para actuar en contra de las opiniones del Rambam, las cuales contenían el peligro de herejía.

El Gaón de Bagdad les contestó con una extensa carta. Aparentó respetar al Rambam y defender algunas de sus palabras probando que eran correctas y que se correspondían con las declaraciones de los Sabios del Talmud. Pero, criticó severamente la mayoría de lo que el Rambam dijo, y dijo que había cometido errores en sus obras. Añadió el Gaón de Bagdad, que no era su estilo explicar la Biblia alegóricamente y que menospreciaba a aquellos que entendían las Escrituras de una manera que no era literal. Afirmó que las almas aún después de que están separadas del cuerpo y faltas de los órganos del habla, pueden hablar. Trajo evidencias del oficio hechicero, de la bruja de Ein Dor (Shmuel I, 28), y de los espíritus que conversan (Brajot 18). También, los filósofos concuerdan con que a las almas no les falta el poder del habla. Si alguien dice que el sentido común no está de acuerdo con ésto, entonces tampoco se puede creer en la palabra de los ángeles, ni que D-s habló a Moisés en el Monte Sináí.

El Gaón de Bagdad trajo evidencias de los pasajes de la Biblia y de las palabras de los Sabios (Menajot 13): “Una persona debe decir 100 bendiciones todos los días,” entre las cuales está la bendición referente a la resurrección de los muertos en el rezo de Shmoné Esrei. En las bendiciones dichas todos los días, hay un rezo, “Mí D-s, el alma que me haz dado es pura”, y que termina con las palabras: “Bendito eres Tú quien retorna las almas a los

cuerpos muertos” (Berajot 58). Los Sabios también dijeron que quien vé una tumba judía debe decir la siguiente bendición: “Bendito es El, quien te creó justamente, te juzgó justamente, te mantuvo justamente, te reunió justamente, y sabe la cantidad de todos ustedes. Bendito es El, quien revive a los muertos” (Berajot 58). Finalmente trajo evidencias del libro “Al Mataber” del apóstata al-Birjat Habat Ala, quien se convirtió al Islam en el año de 1160, y escribió: “El sentido común no se opone a la idea de la unión del alma con el cuerpo después de su muerte.”

La carta del Gaón de Bagdad para los yemenitas le llegó a Iosef Ibn Aknin. Sintió que una batalla real se estaba emprendiendo en contra de su maestro. El tema de la resurrección de los muertos había sido utilizado por los demeritadores del Rambam, como una apertura para incitar a las masas y denigrar al Rambam. La gente común no entendía las palabras a profundidad; creían lo que se les decía, que el Rambam rechazaba una creencia que había sido aceptada desde tiempo inmemorial por el pueblo judío.

El estudiante envió la carta del Gaón de Bagdad al Rambam en el Cairo, para que supiera lo que había sido escrito sobre él y cómo responder. En su carta Ibn Aknin señaló que una vez le preguntó al Rambam porqué dedicaba tanto tiempo a probar que el alma se conservaba eternamente después de la muerte, y solo brevemente había mencionado la resurrección de los muertos. Aconsejó a su maestro clarificar su posición sobre éste tema, para que así no hubiera cabida a los reclamos de sus demeritadores y así él, Ibn Aknin tendría los medios para contestarles.

En su respuesta, el Rambam le dijo que la carta del Yemen sobre ese tema, ya le había llegado. Con respecto a las palabras del Gaón de Bagdad, dijo: - “Cómo puede decir tales cosas sin sentido, incorrectas y confusas...palabras ridículas e irrisorias. Me siento avergonzado que considera suficiente mencionar pruebas tales como las 100 bendiciones y la bendición de quien vé unas tumbas judías. Y considera ésto mejor que hablar acerca del alma o examinar las pruebas y razonamientos de los filósofos.” Con respecto a la carta del Yemen, dijo: - “Aquella gente ha confundido el Mundo Venidero con la época del Mesías.”

En su carta al estudiante, el Rambam mencionó que había escrito claramente acerca de la resurrección de los muertos en el Hiljot Tshuvá (Leyes del Arrepentimiento) en el Mishné Torá. Allí escribió una lista de aquellos que no tienen parte en el Mundo Venidero, e incluyó entre ellos a los que niegan el

concepto de la resurrección. ¿Cómo se le puede ocurrir a una persona con una mente clara, que alguien que cree en la religión de Israel podría no creer en ésto? “Y son para asombrarse las palabras de los interrogadores yemenitas, la del demandado Gaón Rabí Shmuel, y también las de los estudiantes que le escribieron que es impropio cambiar el significado literal de los pasajes de la Biblia referentes a la resurrección. ¿Quién les ha quitado su significado literal? ¿Quién se atreve a hacer ésto?”. En conclusión, el Rambam escribió a su alumno que escribiría una fiel carta con una detallada discusión sobre la resurrección. Y realmente, después de varios meses, Ibn Akin recibió la prometida carta, “Ma’amar Tehiyat ha-Metim” (Tratado sobre la Resurrección de los Muertos). Esto sirvió lo suficiente para silenciar los espíritus y calmar las mentes de aquellas personas para quienes ésta disputa fué por amor a D-s y cuyo fanatismo fué por la verdad y la justicia.

El Rambam escribió otra carta a un cierto Iosef Ibn Gabar de Bagdad, en la que también discutió sus opiniones sobre el tema. Escribió: “Pero lo que usted ha escuchado que dice la gente, que he rechazado la idea de la resurrección, o sea el regreso del alma al cuerpo - es una terrible calumnia en mi contra. Quien dice ésto de mí es, o bien un malvado, un hombre que se hace la vista gorda e infiere de mis palabras cosas que nunca he dicho; o es un tonto que tiene dificultad en entender mis palabras sobre el Mundo Venidero y piensa que son sobre la resurrección de los muertos. Yo ya he escrito un tratado para clarificar este error. Seguramente le llegará y le aclarará a usted cualquier duda sobre éste tema.”

El “Ma’amar Tehiyat ha-Metim” fué escrito en árabe, y fué traducido al hebreo por Rabí Shmuel Ibn Tibón. Fué enviado a todas las comunidades. Ibn Akin envió uno a los sabios de Bagdad. Aún los demeritadores del Rambam admitieron que el Rambam tenía razón.

Cuando Ibn Akin iba a Bagdad por negocios, los estudiantes se reunían con él para estudiar las enseñanzas del Rambam. Les leía las cartas que había recibido de su maestro, que eventualmente fueron reunidas formando el “Moré Nevujim” (Guía para los perplejos). Durante éstas reuniones tenían profundas discusiones sobre las ideas escritas en las cartas.

Los libros de Maimónides sobre medicina obtuvieron prestigio por todo el mundo. Llegó a ser conocido como un experto y sabio

en la ciencia médica. Muchas preguntas le fueron dirigidas sobre temas médicos y también sobre temas religiosos.

Su conocimiento médico llegó a conocerse en Bagdad y se ganó el aprecio de los médicos. El renombrado médico y filósofo Abdul Latif de Bagdad, quien era pariente del califa Saladín, examinó los escritos médicos del Rambam, y quedó tan bien impresionado por éstos que decidió ir a Egipto a conocerle en persona.

El Rambam gastaba bastante tiempo contestando las cartas que le enviaban con preguntas médicas de todas partes del mundo. Algunas veces los médicos le hacían preguntas respecto a sus pacientes. Los sultanes le ofrecieron puestos como médico privado o en la corte.

Cuando Abdul Latif llegó a Egipto, se encerraron en el salón de Maimónides y discutieron sobre medicina y filosofía.

A pesar de que era conocido como un erudito médico, aprendió nuevas cosas de ésta discusión, tanto de medicina como de filosofía. Después de que la reunión se terminó, ellos continuaron intercambiándose cartas. El médico de Bagdad quería conocer las nuevas ideas médicas que se le ocurrirían al Rambam, mientras se hacía cargo de los pacientes en el palacio del sultán egipcio.

El Rambam escribió 18 libros sobre medicina, en árabe. Solamente 7 de ellos han sido publicados.

Muchos de los pacientes que llegaron a su consultorio en el palacio del sultán padecían de mordeduras de víboras. El sultán le pidió que escribiera un libro que sirviera como guía de primeros auxilios y que fuera dado a los que habían sido mordidos. El libro que escribió se componía de dos partes: la primera era sobre las mordeduras de animales, especialmente de perros rabiosos. La segunda era sobre el veneno absorbido por el cuerpo humano.

En su reunión con el médico de Bagdad hablaron sobre las mordeduras de perros y víboras. Maimónides le contó los nuevos descubrimientos que había hecho sobre ese tema, y el médico de Bagdad anotó en su libreta, puesto que las mordeduras de víboras eran una preocupación diaria para los doctores de Bagdad.

El poeta árabe al-Saidag Ibn Tzina escribió un poema de elogio al Rambam, en el cual lo comparó con el padre de la ciencia de la medicina, Galeno. Escribió: "Galeno curó solamente el cuerpo, pero el hijo de Maimón cura el cuerpo y el alma juntos. Su conocimiento sobre la ciencia médica lo convierte en el más destacado médico de nuestra generación. Su sabiduría le permite

curar aún la enfermedad de la ignorancia. Si la luna fuera donde él, la curaría de sus eclipses.”

Expertos escribas del Yemen y de otros países llegaron a Egipto a copiar los libros del maestro de su puño y letra. Algunos le hicieron preguntas sobre el texto correcto de sus libros. Otros le sugirieron correcciones en sus palabras. Las preguntas que recibió acerca del contenido de sus libros, le hicieron caer en cuenta de la necesidad de corregirlos, porque el lenguaje no era claro o porque podía conducir al error.

En sus cartas a Ibn Aknin, le explicó cómo estudiar sus obras. “Ya le he prevenido de no ser poco exigente, sino continuar hasta que conozca toda la obra. Este es su libro, y debe estudiarlo en todas partes en que pueda beneficiarse de él. La principal meta es saber qué es lo necesario y lo apropiado hacer y qué no hacer. Esto es obvio para una persona como usted.”

Le aconsejó a su estudiante estudiar su Mishné Torá en hebreo, en el cual fué escrito, “Porque es fácil de entender y fácil de estudiar.”

En otra carta a su alumno le reveló su preocupación, o temor a que su obra llegara a manos de gente ignorante que no la entendería. Escribió: “Me fué claro cuando lo escribí, que quizá podría llegar a manos de gente malvada, envidiosa, que menospreciara sus virtudes y lo viera como algo inútil o imperfecto; o también en manos de gente estúpida que no reconocieran el valor de lo que he hecho y lo consideraran de efímero beneficio. Podría llegar también a manos del iniciador confuso, para quien muchas partes serían bastante difíciles, puesto que no conoce sus secretos o su comprensión es bastante limitada para entender detalles sutiles. O en manos de personas que estúpidamente se imaginan ser piadosos y se burlarían de lo que está escrito sobre los fundamentos de la fé.” Y realmente recibió muchas preguntas de personas ignorantes que no llegaron a entender sus palabras ni sobre temas de la ley religiosa, ni sobre temas médicos; no siempre pudo descender al nivel del entendimiento de éstos. Las preguntas se apilaron sobre su escritorio esperando ser contestadas.

Entre las cartas que recibió de eruditos sobre su Mishné Torá, hubo algunos que le elogiaron, incluso diciéndole que desde la época de Ravina y Rav Ashi, - los redactores del Talmud,- no había surgido nadie de tal grandeza. Por otro lado, hubo otros

quienes suscitaron preguntas y objeciones hasta el punto de denegar sus palabras.

Su estudio de Torá, filosofía y medicina marchaba parejo sin ninguna división entre ellos. Mundos separados estaban unidos en su proceso de pensamiento.

Su ocupación en medicina le absorbía la mayor parte de su tiempo. Mucha gente pobre, enferma o minusválida, de cerca y lejos, se aglomeraba en sus puertas desde muy temprano en la mañana. En el camino de su casa en Fustat, (un suburbio del Cairo), al palacio del sultán, la carretera estaba alineada por enfermos y desafortunada gente pobre. De vez en cuando el Rambam se desmontaba de su burro en el que viajaba, para atender a la gente que había sido mordida o herida. Cuando regresaba del palacio, encontraba en su casa pacientes sufriendo de una amplia variedad de enfermedades, judíos y gentiles, amigos y enemigos, ricos y pobres, que esperaban ser atendidos por él. Los atendía hasta altas horas de la noche.

En una carta que escribió a Rabí Yonatán de Lunel en sus últimos años, describió su situación: "La mayor parte del día permanezco en cama, con el yugo de la gente sobre mi cuello por asuntos médicos. Han agotado mis fuerzas y no me dejaban ni una hora libre de día o de noche."

El sultán al-Aftzal, sucesor de Saladín estaba físicamente débil y con tendencia a la depresión y le pidió a Maimónides que escribiera un tratado médico, para él estudiarlo cuando tuviera que sobreponerse a la enfermedad y entender cómo curarse. En su tratado sobre el asma, que contiene trece capítulos, consideró apropiado admitirle al sultán lo siguiente:

"No crea, cuando lea éstas palabras, que yo soy la persona apropiada en quien usted puede confiar el cuidado de su alma y cuerpo. Yo pongo como testigos a los cielos y la tierra, que conozco mis imperfecciones en éste trabajo, y no espero alcanzar el más alto nivel. Por otro lado, sé que soy mejor que otros, por lo tanto confío más en mis conocimientos que en el de los que están en un nivel más bajo que yo. También, pongo como testigo a los cielos, que lo digo no como resultado de la modestia, como aquellos que minimizan sus conocimientos y actos a pesar de que están en el nivel más alto, y aspiran más alto aún. No. Yo admito la verdad y digo la verdad tal cual es."

Cuando escribió el Mishné Torá, estudió todo el material halájico del Talmud babilónico y jerosolimitano, el Sifra, Sifri, Tosefta, y las obras de los gaonim. Así, también al escribir sus obras médicas investigó, revisó, y corrigió todo el material médico desde Hipócrates y Galeno. Dejó la impresión de su espíritu en el material - el espíritu de un editor y arquitecto, artesano y escritor. Hubo libros médicos que escribió solamente para sí mismo, para no tener que malgastar el tiempo buscando cuando necesitaba saber algún tema médico. Pero, éstas obras también atrajeron como magnetismo a otros lectores, y se convirtieron en una especie de Shulján Aruj médico.

Por ésta época formuló las ideas que escribió en el Sefer ha-Madá (el Libro del Conocimiento, el primer tomo del Mishné Torá), sobre cómo una persona debe comportarse para preservar su salud. Se basó en las fuentes del Talmud. Escribió: "Puesto que la salud e integridad del cuerpo son parte de los senderos de D-s - ya que es imposible entender o aprender cuando se está enfermo - la persona debe distanciarse de las cosas que le destruyen su cuerpo y soportar las que promueven la salud." A ésto, le sigue una discusión sobre la apropiada nutrición.

También escribió: "La mayoría de las enfermedades atacan a una persona solamente por una mala alimentación, o porque llena su estómago y se sobrepasa aún con buenos alimentos. Esto es lo que Salomón dijo con su sabiduría: 'El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustias'(Proverbios 21:23). Es decir, quien cuida su boca de no comer malos alimentos y de no comer hasta la saciedad; y su lengua de no decir palabras innecesarias."

En sus conversaciones con al-Aftzal, le citaba del Talmud la manera apropiada de comportarse para preservar la salud. Arduamente laboró en el mar del Talmud para extraer y juntar las fuentes relativas a los asuntos de salud; las copiló en un conciso capítulo y las incluyó en el Sefer ha-Madá. Las citaba de memoria en sus conversaciones con el Sultán, quien estaba ansioso por aprender más.

Le leyó al sultán lo que había escrito sobre el tema del sexo. "Los sabios médicos han dicho que una persona en mil, muere de una enfermedad cualquiera, y el resto de las personas por sobrepasarse en las relaciones sexuales. Por lo tanto se debe ser cuidadoso con ésto si se quiere vivir con salud." Luego pasó a enseñarle al sultán todo lo que era necesario sobre éste tema,

concluyendo, “Quien se conduce por éstos caminos, le aseguro que no se enfermará en toda su vida, hasta que llegue a una edad bien avanzada y muera sin necesitar ni siquiera un médico, ya que su cuerpo estará íntegro y fuerte durante toda su vida.”

Practicaba la medicina fielmente y con gran precisión de acuerdo con lo necesitado por el paciente, sin preocuparse por los obstáculos religiosos o morales.

Al-Aftzal sufría a menudo de depresiones, y ésto le impedía cumplir sus obligaciones en su posición de trabajo. Le pidió ayuda a Maimónides.

- “Mi consejo es que se tome una pequeña cantidad de vino todos los días, ya que ésto alegra el corazón y aparta los malos pensamientos.”

- “Pero usted sabe que el Islam prohíbe tomar vino.”

- “Yo lo sé. Pero como médico debo cumplir mi obligación. El médico debe instruir al paciente sobre cuál comportamiento le dará la salud, bien sea prohibido o permitido. El paciente es libre de hacer lo que quiere; obedecer al médico o no. Pero, si el médico no le menciona el vino, por ejemplo, entre las cosas que lo beneficiará porque está prohibido, no está ejerciendo su profesión apropiadamente.”

Los poderes del alma, eran para Maimónides también un factor significativo en la curación de la enfermedad. En su *Shmone Prakim* (Los Ocho Capítulos, C.5) escribió que una persona que sufre de depresión (lo cual se creía en aquellos días que era causado por un exceso de “bilis negra”) debe caminar por los jardines y mirar bellas imágenes o edificios. Esto estimulará su espíritu y le devolverá la salud. -“Han habido muchos cuyas enfermedades se curaron, simplemente porque estaban contentos” (Pirkei Moshe 8). Así aconsejó al sultán. A veces cuando se reunía con él, y veía que estaba deprimido, le contaba algo que lo hacía alegrarse, o le aconsejaba viajar por todo su reino para ver bellos paisajes. Después de que el sultán hubo aceptado su consejo, le contó a Maimónides que eso le había ayudado.

A veces, el sultán también tomaba vino para tener el ánimo más alegre. Los cortesanos se sorprendían de su cambio ese día, y no sabían que había tomado vino por consejo de su médico.

Adquirió su conocimiento médico tanto de libros de antiguos médicos como de escritores contemporáneos.

Antes de comenzar su trabajo decía un rezo especial del médico. Rezaba porque la presencia de D-s le acompañara, mientras estuviera al lado de la cama del paciente.

Sus libros médicos no fueron escritos para los expertos solamente; también para la gente común por cuyo bienestar él se preocupaba. Estos libros los escribió en árabe. Cuando enseñaba las reglas de la salud comenzaba diciendo: "Puesto que la salud y la integridad del cuerpo forman parte de los caminos de D-s". Pero a pesar de lo sagrado que es, ésta no es la meta en sí misma, sino solamente un primer paso para un propósito más alto, o sea: "El propósito final de la salud es la adquisición de la sabiduría" (Shmone Prakim, C.5). En otro lado escribió: "El que se conduce de acuerdo con las reglas de la medicina, pero su intención es solamente que el cuerpo esté íntegro - no es esa la perspectiva correcta. Mejor, debería proponerse que su cuerpo fuera íntegro y fuerte para que su alma estuviera digna de conocer a D-s. Porque es imposible entender o estudiar sabiduría si se tiene hambre o se está enfermo, o si alguna parte del cuerpo está adolorida." (Hiljot Deot 3:3). Entendió por salud como todo lo que mejora la vida de una persona, amplía su alma, o le causa un placer estético. "Quien está enfermo, su corazón está estrecho. Quien está sano su alma es amplia." ("Hanjagat ha-Briyut"- La Conducta Sana, C.13). Las enseñanzas médicas del Rambam intentaban prevenir que la persona enfermarse. "Sepan que la ciencia médica es necesaria para la persona en todo momento y lugar; no solamente cuando se está enfermo, sino también cuando se está sano" (Moré Nevujim, parte 3, cap.38).

Trató siempre de encontrar las causas de la enfermedad. "Si una persona escogiera el apropiado alimento, en el momento preciso y la cantidad adecuada, evitaría grandes aflicciones y muchas enfermedades" (More Nevujim 1:72). Fué fiel a lo que escribió en la introducción a su comentario sobre la Mishná : "Un médico conocedor - siempre y cuando pueda curar con alimentos, no curará con medicina." En el testamento a su hijo, escribió: "Odia los alimentos nocivos, como el hombre que odia a quien quiere matarlo."

Capítulo Diez Sabio Y Médico

Maimónides afirmó como asunto de la ley religiosa lo siguiente: “Una persona no debe comer hasta que su estómago esté lleno, sino solamente un cuarto menos de la saciedad. Deberá beber solamente una pequeña cantidad de agua, mezclada con vino, mientras come.” En su testimonio escribió: “No crean que mucha comida y bebida harán crecer el cuerpo y ampliar la mente. Lo opuesto es cierto. Cuando una persona come una pequeña cantidad, el estómago tiene la fuerza para aceptarlo, y el calor natural lo puede digerir. Entonces crecerá, estará saludable y su mente estará tranquila. Pero si come demasiado, el estómago no lo aceptará, y el calor natural no lo digerirá. Su cuerpo se gastará, su mente estará dispersa y su bolsillo vacío.”

También escribió en su testamento: “No comas apresuradamente, como los glotones; ni llenes tu boca con grandes bocados. No comas en el camino como los ratones, sino solamente a horas fijas y en tu casa.” Con respecto a la forma adecuada de comer, escribió en la Mishné Torá: “Cuando una persona come, debe sentarse siempre en su puesto, y reclinarse hacia el lado izquierdo. No debe caminar, pasearse o moverse, hasta que su cuerpo no haya digerido la comida.”

Con respecto a la adecuada selección de alimentos y a la manera de comerlos, escribió: “La mayoría de las enfermedades que atacan a la persona, son por causa de sus malos alimentos o porque se sobrepasa en la comida, aún con buenos alimentos.” Y: “Una persona que es sabia, que controla sus impulsos y no va tras sus deseos, ni come ninguna de las cosas que hemos mencionado a menos de que las necesite como medicina - esa persona es realmente fuerte.”

Se le ocurrió escribir una especie de Shulján Aruj médico, similar al Mishné Torá, que había escrito sobre la ley judía. Para éste fin, se sentó y escribió el libro “ha-Kitzurim” (El Compendio), un resumen de los escritos de Galeno. Utilizó para

este propósito cuarenta libros de Galeno. Su habilidad para resumir y ordenar le hizo capaz de escribir éste libro, en beneficio del público.

También escribió "Pirkei Moshé" o "Sefer ha-Refuot" (Los Capítulos de Moshé o El libro de las Curaciones), consistiendo en veinticinco capítulos con instrucciones para la curación y la salud. Están escritos en un estilo conciso, con la construcción de breves frases y proverbios. Originalmente escribió este libro para su propio uso; pero después consideró que sería beneficioso para público el hacerlo accesible también a los demás. Pero enfatizó en su introducción, que éste libro solamente podría ser leído por la persona cuyo nivel de conocimiento médico igualara al del autor o estuviera por debajo de éste, pero, "que no se leyera si la persona sabía más que yo."

El libro "Hanhagat ha-Briut" (La Conducta Sana), fué escrito en forma de "cartas al rey ismaelita", es decir, al Sultán Almalek al-Fadel. Este sultán era frívolo en su juventud y vivió de una manera que debilitó su cuerpo y su espíritu. Cuando se convirtió en gobernador, le pidió al Rambam, siendo su médico de la corte, que le instruyera sobre cómo fortalecer su cuerpo. Este libro fué escrito como respuesta.

El libro consistió en 13 capítulos, incluyendo instrucciones para el paciente que sufría de asma y una explicación de las causas de ésta enfermedad. Fué más tarde traducido del árabe, al hebreo y al latín.

En Egipto habían muchos casos de mordeduras de perros rabiosos, de escorpiones o de otros animales venenosos. Muchas víctimas murieron por falta de conocimiento sobre cómo tratar las mordeduras antes de que el veneno se expandiera por todo el cuerpo de la víctima. Como médico de la corte, Maimónides vió muchos de éstos casos. Le fué asignada la labor de escribir un libro que explicara, en un estilo fácil de entender, cómo protegerse de los animales venenosos, y qué pasos seguir en caso de mordeduras. El libro fué llamado "Samai ha-Mavet veha-Refuot Negdam" (Venenos mortales y sus Antídotos).

Escribió un tratado sobre la hemorroides, en el que explicaba sus causas y cómo librarse de ésta. Dió también instrucciones sobre una dieta para pacientes en éste estado.

Por pedido del sultán, se unió a un equipo de doctores que examinaron juntos al sultán. Cada uno dió su diagnóstico, y luego se consultaron para llegar a una conclusión de cómo curar su enfermedad. En un tratado llamado "Sefer ha-Sibot" (El Libro de las Causas) expresó su opinión sobre las razones de la enfermedad del sultán.

Escribió un comentario sobre los "Capítulos de Abukarat" y el libro "Beur Shemot ha-Trufot" (Una Explicación del los Nombres de las Medicinas), en el cual incluye explicaciones a cientos de términos de la botánica y la zoología.

Se sintió molesto cuando Sala al-Malik, el gobernador de la ciudad de Hamat y sobrino de Saladín, le pidió que escribiera un tratado sobre el sexo, para su harem. Por la misma época, otro sultán también le pidió su opinión sobre temas íntimos. Estos gobernadores, que consultaban los asuntos de estado con sus visires, se dirigían a los médicos de la corte, buscando consejo sobre los asuntos de su harem. Los médicos de la corte estaban obligados a cumplir. Esto le causó a él una gran angustia. Toda su vida, había exhortado a las personas, creadas a la imagen de D-s, purificar su carácter y vivir de una manera sagrada, a través de la conquista de sus impulsos y especialmente sus deseos carnales. Y ahora tenía que descender al más bajo nivel y discutir temas que eran mejor dejarlos en silencio. Para ser entendido por éstos gobernadores, tendría que escribir todo muy explícitamente en lugar de modestas insinuaciones que no entenderían. A pesar de todo, puesto que siempre practicó la medicina con lealtad, con escrupulosidad, y seriamente, también llevó a cabo éste asunto con la necesaria seriedad. Estudió y examinó los escritos médicos sobre este tema, encontrando todo conocido por la ciencia médica, sus consejos y secretos; lo presentó en dos tratados que envió a los dos gobernadores.

Fué él quien dijo que el hebreo es llamado la lengua sagrada porque no tiene nombres para los órganos sexuales masculinos y femeninos, ni para el acto de la relación sexual; pero cuando se necesita, se usan solamente eufemismos o términos prestados. Sin embargo, escribió su tratado utilizando la mejor información accesible, en lenguaje simple y fácilmente entendible. Hizo ésto, porque creía que en la práctica de la medicina no puede se

diferenciar entre lo bello y lo feo o entre lo sagrado y lo profano. Toda cosa con la cual uno se relaciona apropiadamente, se vuelve sagrada. Si alguien practica la medicina de una manera imperfecta, su trabajo sería inaceptable.

Sin embargo, le fué difícil hacerlo. Cuando escribió sus opiniones y recomendaciones a curaciones que citó, concluyó: “y bendito sea El, quien sabe” o “D-s es el único que sabe”. No utilizó éstas expresiones en ninguna otra parte de sus libros médicos.

Con ésto, quería decirle a cualquiera que leyera su tratado, además del gobernador para quien fué escrito, que D-s, quien llega a entender los sentimientos y pensamientos, conoció su angustia al tener que escribir eso.

Esto sucedió por la misma época en que estaba escribiendo el Moré Nevujim. Estaba profundamente angustiado por ésto; interfirió en su trabajo y confundió sus pensamientos. A veces pensó que hubiera sido mejor no haberse ocupado en la práctica de la medicina pues así no tendría que escribir esas cosas. Esto decaía su espíritu.

Puesto que él mismo manejaba su angustia, escribió acerca de las razones de la tristeza y la conexión con la desaparición de la profecía en el pueblo judío. “En mi opinión, la tristeza fué la causa inmediata de la desaparición de la profecía en la época del exilio...y peor aún, es ser esclavo de las necedades promiscuas, por quien combina la falta de verdadero conocimiento con el poderío de los deseos animales - y no tiene manera de liberarse de su servidumbre.”

Sus tratados médicos fueron distribuídos entre los médicos de su generación. Algunos se los pidieron. Otros le enviaron sus propios escritos. Cuando éstos dos tratados llegaron a las manos de los gobernadores para quienes habían sido escritos, éstos los mostraron a otros médicos de sus cortes; algunos acordaron y otros discreparon en sus opiniones. Otros médicos le pidieron copias, pero vaciló en hacerlo. Lo había escrito solamente para los gobernadores, con quienes estaba obligado, y no quería que circulara, aún entre los médicos, escritos sobre éste tema.

Envió copias solamente a médicos que sabía que eran del más alto nivel profesional.

Fue conocido como una gran autoridad médica. Sus escritos fueron traducidos del árabe a otras lenguas.

Padeció de depresiones e insomnio, por temor de haber obrado mal al escribir esos dos tratados. Trató de librarse de su depresión y anotó cuales métodos funcionaban y cuales no le ayudaban. Los escribió en sus discusiones sobre cómo curar la depresión, para ayudar a otros.

Así entonces investigó en la psicología, buscando las causas de la depresión. Los miembros de la corte real comenzaron a preguntarle por remedios para la depresión. Estudiaba todo lo que podía sobre esto. Cuando alguien venía por un consejo donde él, sabía qué decirle a ese paciente. Recomendaba curas que había hallado en los libros de medicina, y añadía sus propias ideas.

Creía que los poderes de la mente tenían un efecto significativo en la curación de las enfermedades. Recomendaba la moderación en el estilo de vida. Creía que la excitación emocional tiene un efecto negativo sobre la salud. Se debe controlar la propia excitación y se debe aceptar todas las cosas, tanto buenas como malas, calmadamente, para que tengan un efecto positivo sobre los poderes del cuerpo. A los que le consultaron acerca de la depresión les aconsejó mirar bellos parques, pinturas y edificios; escuchar música agradable; y participar en acontecimientos alegres.

Cuando él mismo se sentía con tendencia a la depresión utilizaba sus poderes mentales para combartirlo. Los pacientes que iban donde él debido a una enfermedad emocional, se iban sintiéndose aliviados después de seguir su consejo. Algunas veces cuando se reunía con un paciente que estaba tan deprimido que se sentía incapaz de seguir viviendo, le hablaba largamente, abriéndoles sus poderes lógicos, eliminando sus creencias erróneas y trayéndole de vuelta el deseo de vivir. Luego le aconsejaba cómo conducir su vida para que no se desviara de la guía que le había dado.

Uno de los cortesanos del sultán iba donde él, para conversar todas las mañanas. Este hombre sufría de depresiones y fobias y no sabía como deshacerse de ellas. Por esto, era extremadamente rudo con las personas bajo su autoridad, o no les daba la suficiente orientación de cómo hacer sus trabajos. Sus charlas con Maimónides cada mañana, le ayudaron a tener un estado más equilibrado y continuar su trabajo apropiadamente.

Cuando Maimónides fué designado médico privado de Saladín, había en la corte un médico gentil que había puesto el ojo en dicho puesto. Al ser eliminado del cargo, sintió mucha envidia, hasta el punto de sentir odio hacia Maimónides. Comenzó a calumniarlo para darles al rey y sus ministros una mala opinión de él. Pero el rey no le creía sus calumnias.



Saladin, en una antigua pintura persa (1180) De la exhibición "Maimónides" en el Museo de la Diáspora Beit Hatfutsot - 1988.

Cierta vez llegó una información a la corte real acerca de un nuevo descubrimiento médico. Decía que si la persona había tragado veneno, debería tomar otro veneno más fuerte aún; el segundo veneno neutralizaría el efecto del primero.

Cuando el rey se enteró de este descubrimiento, llamó a los más importantes médicos de la corte y les preguntó si eso era cierto. Le contestaron que sí.

El sultán entonces les pidió que le prepararan el más fuerte veneno conocido; lo guardaría, para que así, si algún día algún enemigo trataba de envenenarlo tendría el antídoto listo.

Maimónides y ese médico gentil acordaron hacerlo, pero discreparon acerca de cuál sería el veneno más fuerte. Discutieron en presencia del rey.

El rey les preguntó sobre qué arguían. El médico gentil inmediatamente contestó que Maimónides quería darle al rey un veneno que no era el más fuerte, para que así, no fuera un antídoto efectivo. Declaraba que esto se debía, a que Maimónides estaba en colisión con los enemigos del rey.

Maimónides respondió que él quería darle al rey el veneno más fuerte, pero que era el otro médico el que quería impedirle hacerlo.

El rey intentó pensar una manera de determinar quién estaba diciendo la verdad.

- "Mañana cada uno de ustedes traerá el veneno que afirma ser el más fuerte. Cada uno de ustedes beberá primero el veneno del otro, y luego el propio. El que mintió e intentó seducirme, merecerá la muerte."

Cuando Maimónides se fué a su casa, trató de entender lo que el médico gentil estaba planeando hacerle. El sabía claramente que Maimónides estaba en lo cierto; solamente estaba buscando un pretexto en su contra; pero, ¿porqué y cómo?

Pasó el resto de su día como de costumbre. Comió una sencilla comida, se reunió con los rabinos y eruditos que habían venido para consultarle, vió los pacientes que habían ido por su consejo, dirigió sus diarias secciones de estudio de Torá - todo con su acostumbrada calma. Nadie sospechó lo que estaba pensando o el peligro que tenía enfrente. Estaba seguro que D-s le protegería de los planes de éste malvado hombre.

Solamente después de que el largo día de trabajo terminó y se hubo ido a la cama, sus pensamientos meditaron sobre lo que se le había presentado. De repente se le ocurrió la solución al problema.

Llegó a la conclusión que el otro médico intentaba beber un poco de algun veneno que no fuera especialmente fuerte, en su casa, antes de ir donde el rey. Dentro del frasco de veneno que llevaría al palacio, pondría agua mezclada con alguna droga que no cura ni perjudica; le diría al rey que el frasco contenía el más fuerte veneno. Entonces, bebería el veneno traído por el Rambam, que neutralizaría el veneno que se había bebido en su casa. Después de esto, bebería de la mezcla que había traído, y no se haría ningún daño. El Rambam entonces, tomaría primero del agua no venenosa y luego del fuerte veneno y moriría.

Al día siguiente, cuando el Rambam llegó al palacio, llevó consigo un frasco de agua mezclada con una droga inofensiva, en lugar del veneno que el rey le había ordenado llevar. Se reunió con el otro médico, quien también llegó con un frasco, sonriendo ampliamente como quien se regocija con la desgracia del otro. El rey les ordenó un intercambio de frascos. El otro médico rápidamente tomó el frasco del Rambam y bebió su contenido, pensando que contenía el más poderoso veneno y que le salvaría del veneno que había bebido en su casa. Luego entonces se bebió la mezcla que había traído. También el Rambam bebió primero del frasco que trajo el otro médico y luego del suyo propio.

El médico gentil cayó muerto por el veneno que se había tomado en su casa. El Rambam quien había tomado de las dos soluciones no venenosas, permaneció vivo.

El rey vió lo que sucedió y declaró: - "Ahora sé que usted es honesto, y que es el médico experto y no él."

En otras ocasiones, Maimónides también se enfrentó con calumnias de otros médicos que le envidiaban. Tuvo que utilizar la sabiduría y el coraje para responder a las acusaciones y probar que eran infundadas.

Sucedió una vez que el rey tenía un herida blanca en el punta de su lengua. Sus médicos utilizaron varios remedios para hacerla desaparecer, pero la herida retornaba después de un tiempo. Esta creció y le dolía hasta el punto que le dificultaba hablar, sin poder ser curado.

El rey llamó a Maimónides y le pidió que buscara una curación.

Maimónides examinó la herida y concluyó que el remedio apropiado era uno hecho con carne de perro. No quiso contarle al rey esto, porque entonces no desearía tomarse la medicina. Preparó el remedio en su casa y así nadie sabría lo que era. Al día siguiente se lo llevó al rey, quien se lo tomó. Después de un corto tiempo, la herida desapareció de su lengua, y pudo hablar de nuevo normalmente.

Esto hizo que el rey honrara más a Maimónides que a los otros médicos. Estos le preguntaron qué tenía la medicina. Era una costumbre adoptada por los médicos compartirse de esa manera el conocimiento entre ellos. Pero Maimónides los evadía y no les reveló el secreto.

A la larga, Maimónides necesitó pedirles una información, y ellos le apremiaron a que les revelara el secreto de la curación de la lengua del rey. Cuando lo escucharon fueron donde el rey con una calumnia en contra de Maimónides y le contaron que le había hecho comer carne de perro.

El rey estaba asombrado. No creyó la acusación, sino que esperó hasta poder preguntarle al mismo Maimónides. Sabía que él no mentiría.

Durante la noche, Eliyahu el profeta se le apareció en sueños a Maimónides y le informó sobre la acusación. Le dijo que debía preparar algún modo de salvar su vida.

Cuando el Rambam se despertó, llamó a su hijo Rabí Avraham. Le dió una droga y le indicó: "Si ellos me matan, envuelve mi cuerpo para que no entre aire, tráeme a casa, e inmediatamente dáme esta droga hasta que reviva."

Por la mañana, el rey envió un mensajero donde Maimónides con la orden de que se presentara ante él.

Maimónides sabía para qué había sido llamado. Montó en su burro, llevando consigo un libro de los Salmos.

Inmediatamente fué llevado a la presencia del rey. Este le preguntó: - "¿Qué tenía la medicina que me preparó?"

- "Tenía carne de perro", contestó.

El rey decretó que fuera condenado a muerte. Los guardas inmediatamente lo llevaron a una celda de la prisión. Los ejecutores fueron y le estrangularon a muerte; dejaron su cuerpo yaciendo en el piso de la celda.

Su hijo, Rabí Avraham llegó al palacio para llevarse el cuerpo a su casa. Le administró la droga que él había preparado. Volvió en vida y después de varios días recobró la conciencia.

Rabí Avraham continuó administrándole la droga. Poquito a poco volvía en sí. Pero le tomaría bastante tiempo recobrar sus fuerzas. Necesitaba descanso. Dejó de ver a sus pacientes. Escondido en el ático de su casa, trabajaba en sus libros. Su hijo le subía la comida. No se le vió nunca afuera. El rey estaba seguro de que estaba muerto.

Así continuó por varios años. Finalmente, el rey se sintió enfermo de un serio mal. Ninguno de los médicos del palacio le pudieron curar. El rey recordó a Maimónides, y se arrepintió por haberle condenado a muerte.

Preguntó si Maimónides había dejado algún discípulo. Le fué dicho que el hijo de Maimónides había estudiado medicina con su padre.

Rabí Avraham fue llevado ante el rey. Y les dijo: - “Desde el día en que aquel terrible acto le fué ejecutado a mi padre, resolví no practicar más la medicina. Pero puesto que el rey lo ordena, estoy obligado a hacerlo. Necesito tener una muestra con la orina del rey para determinar qué enfermedad tiene y qué remedio prescribirle.”

Los médicos del palacio tenían miedo de que el rey designara ahora a Rabí Avraham como médico del palacio y le prefiriera, puesto que había heredado los secretos médicos de su padre. Y cuando se les pidió que preparan la muestra de orina para la prueba, la sustituyeron por orina de oveja.

Cuando Rabí Avraham examinó la orina, reconoció que era de una oveja preñada y se la llevó a su padre al ático. Maimónides la analizó cuidadosamente y estuvo de acuerdo con su hallazgo.

Rabí Avraham regresó al palacio y le contó al consejero del rey sobre la sustitución.

El consejero ordenó investigar a los médicos. Algunos declararon que el mensajero debió haber cambiado las muestras, pero otros admitieron haberlo hecho.

El rey ordenó que los médicos fueran castigados. Algunos de ellos desaparecieron del palacio; y a otros se les prohibió la práctica de la medicina.

A la larga, los judíos que iban al palacio por sus propios asuntos le dijeron al rey que Maimónides estaba aún vivo, y entonces envió mensajeros a llamarlo.

La llegada de los mensajeros provocó una confusión en la familia del Rambam. Ellos temían que el rey quisiera castigarlo nuevamente. Sin embargo, los mensajeros les aseguraron que el rey deseaba su bien y quería retornarlo a su posición.

Alguien subió al ático a contarle a Maimónides. Este recibió con desagrado la citación; no quería regresar a la corte; tenía miedo de que los médicos gentiles nuevamente tramaran complots en su contra.

Bajó las escaleras lentamente. Su rostro estaba pálido pues no había estado afuera, al aire fresco, hacía mucho tiempo.

Los mensajeros lo reverenciaron y dijeron: - “¡Maimónides el médico, ha retornado a la vida! El rey le pide que regrese a su palacio.”

- “Tengo miedo de regresar al palacio; habrán más calumnias en mi contra.”

- “El rey promete protegerlo de la enemistad de los otros médicos”, le dijeron los mensajeros.

Capítulo Once

En El Palacio

Los médicos gentiles de la corte real continuaron envidiando al Rambam y armando intrigas para hacerle hostil al rey y a sus ministros.

Puesto que Maimónides era conocedor de muchos otros campos, incluyendo la ingeniería y las matemáticas, el rey le asignó otros trabajos fuera del campo de la medicina. Y así, le pidió que diseñara un maravilloso palacio, como no se hubiera visto en ninguna otra parte.

Maimónides utilizó muchos días en la preparación del plan. Cuando el rey lo vio, quedó tan contento que prometió concederle cualquier solicitud al Rambam.

Por esa época el rey se había encolerizado con uno de sus visires y le había decretado prisión perpetua. Este visir era amigo de Maimónides, y él sabía que era un hombre honesto, y que los cargos en su contra eran infundados. Había sido víctima de una trampa por los otros visires, que le tenían envidia. El Rambam quiso darles una lección a éstos y a otros de la corte que confabulaban en contra de colegas, ministros y médicos.

Maimónides le dijo al rey: - "Mi solicitud es que devuelva a su posición al visir que está prisionero de por vida. El no es culpable de nada; es víctima de una calumnia por personas que están envidiosas de él."

- "Es una solicitud difícil. Todos los ministros se levantarán en contra y no podré luchar contra ellos. Pero ya que usted ha demostrado su maravilloso talento y ha complacido mi corazón con el diseño del nuevo palacio, cumpliré su pedido, a pesar de que los ministros de la corte se opongan."

Y así el visir fue liberado de la prisión y devuelto a su cargo. Este visir continuó siendo amigo de Maimónides y le ayudó en todo lo que él hizo en la corte.

Después de que el palacio fue construido, un artista vino para decorarlo con sus pinturas. Este artista estaba en confabulación

con los otros visires. Cuando el rey vió la bella obra, quedó tan impresionado por ésta, que prometió concederle al artista cualquier solicitud.

- "Mi solicitud es que eche al médico Maimónides al mar. Viene de un pueblo que es enemigo de la religión. Yo soy cristiano, y creo que los judíos asesinaron a nuestro mesías. El médico judío debe ser arrojado al mar."

El rey contestó: - "De hoy en tres días, cumpliré su solicitud."

Tres días después, cuando Maimónides llegó a la corte, el rey lo llamó y le dijo: - "Usted debe dar sus últimas disposiciones a su familia. Está decretado que dentro de tres días será arrojado al mar."

Maimónides le suplicó misericordia, pero el rey no cambió su decreto.

Era costumbre en la corte real que el más importante visir tuviera a cargo llevar a cabo los decretos relativos a cualquier miembro de la corte, en particular las sentencias a muerte de personas importantes de la corte. La orden fué dada al más prominente visir, al mismo que Maimónides había librado de la prisión. Maimónides fué llevado en un bote, con éste visir a su lado. Estaban rodeados por sirvientes de la corte y no les era permitido hablar unos con otros.

Cuando el barco llegó a alta mar, el visir le dijo a los cortesanos: - "Apártense de aquí, yo mismo quiero arrojarlo al mar. Todos ustedes esperen en la cubierta de abajo. Tomen un pequeño bote de allí y regresen a la corte real. Yo llevaré a cabo la sentencia solo.

Así lo hicieron. El visir había traído un saco lleno de piedras, y lo arrojó al mar. El saco flotó en el agua. Los sirvientes del rey, que lo vieron desde lejos, estaban seguros de que había arrojado a Maimónides al mar.

El visir entonces navegó en el bote hacia una isla. Le dió a Maimónides una tolda, comida, libros y le dijo: - "Espere aquí hasta que el enojo del rey se calme. Le traeré lo que necesite todos los días por barco."

Todos los días el visir sacaba su barco para navegar. Le llevaba a Maimónides el alimento o libros que necesitaba. El rey olvidó a su médico, pensando que se había ahogado en el mar.

Un día, Maimónides le pidió al visir que le trajera una red de pescar. Quería poder entretenerse pescando cuando se sentiera apesadumbrado. Al día siguiente el visir le trajo la red.

Ese día el rey estaba parado al pie de su ventana, contemplando el mar. Mientras se inclinó hacia afuera para ver las olas, su anillo de sello se le cayó de su dedo y rodó dentro del mar.

El rey estaba angustiado por la pérdida de éste valioso anillo. Llamó al visir y le dijo: - "Si no encuentra mi anillo dentro de cuarenta días, haré que le corten su cabeza."

El visir llamó a expertos buceadores y les ordenó que buscaran el anillo en el mar. Pero no se pudo encontrar.

El visir dejó de ir a la isla donde estaba Maimónides. Este se dio cuenta de que algo debía andar mal y se preocupó por él.

Puesto que el visir no le estaba llevando su comida, Maimónides tuvo que pescar para comer. En el estómago de un pescado encontró el anillo del rey. Conociendo su gran valor se lo puso en su dedo.

Después de veinte días, el visir vino donde Maimónides, deprimido, angustiado, y débil. Maimónides le preguntó qué le pasaba, y porqué no había vuelto todo ese tiempo.

- "Estoy en un gran peligro por el rey. Usted no puede ayudarme, así que no le contaré lo que me impidió venir hacia acá."

- "Dígamelo de todas maneras. Contármelo le ayudará a sentirse mejor."

El visir le contó acerca de la pérdida del anillo de sello y la sentencia a muerte que le esperaba porque éste no se había podido encontrar.

- "¿Cómo es el anillo?"

- "Pero si usted no me puede ayudar a encontrarlo."

- "Tal vez tengo el remedio."

El visir describió el anillo de sello, y Maimónides sacó el anillo que había encontrado dentro del pescado, y le preguntó: - "¿Se parece éste anillo al que el rey perdió?"

Cuando el visir lo vió, gritó: - "¡Este es el anillo!" Abrazó a Maimónides y le dijo: - "¡Usted es un hombre bendito, labrador de un milagro! ¡Me ha salvado la vida!" Maimónides le dijo que regresara inmediatamente a la ciudad y comprara grandes pieles

de pescado. Debería ponerles encima hierbas medicinales para quitarles el mal olor, conservándolas así por tres días. Luego, debería llevarlas a un sastre, quien tenía que cocer un traje para ellos. Tenía que hacer una camisa, unos pantalones, un turbante, faja, interiores y un abrigo. - “Cuando la ropa esté lista, tráigamela cuatro días antes de que se terminen los cuarenta días que le dió el rey para encontrar el anillo.”

El visir hizo lo que le dijo Maimónides. También le dijo que le llevara un pequeño bote de remos. Al amanecer del cuarentavo día, él remaría hacia la corte. Cuando el visir le trajo el bote, Maimónides le dió todas sus pertenencias para que se las llevara y las guardara en la ciudad y se quedó en la isla junto al bote.

El cuarentavo día Maimónides se vistió con la ropa hecha de piel de pescado, montó en el bote, cogió los remos y navegó hasta que llegó al palacio, al lugar donde el anillo se había caído al mar.

Cuando llegó a los portones del palacio, salió del bote vestido con las ropas de pescado. Fué donde los guardias del palacio y les dijo que quería reunirse con el rey.

- “¿Qué derechos tiene para reunirse con el rey? Muchos como usted quieren verlo, pero no les es concedido el permiso.”

- “Yo soy un emisario del rey de las islas del otro lado del mar, y tengo una importante misión.”

Los guardias enviaron la voz a los cortesanos, quienes le preguntaron al rey. Este estaba en sesión con su junta de consejeros.

Cuando Maimónides fué llevado ante él, le dijo: - “¡Mi señor rey! Yo soy Moshé el hijo de Maimón, quien diseñó su palacio. Después de que éste se hubo construído, Karakos el cristiano llegó y lo decoró con sus pinturas, y le pidió como pago que yo fuera arrojado al mar. Cuando fuí arrojado al mar, un pez grande parecido a una ballena me llevó ante el rey del mar. El rey del mar me preguntó sobre mí mismo, y le conté que había construído un palacio para el rey. Cuando escuchó esto, el rey del mar me pidió que le preparara un diseño para su palacio justamente igual al que le había hecho a usted. Después que terminé mi trabajo, él quedó muy contento y me retornó a la tierra. Pero, me pidió que le decorara el palacio con mis pinturas. Le dije que yo no soy un artista, y le recomendé a Karakos, el artista cristiano quedecoró su

palacio; pero le dije que él era súbdito suyo y no tenía la libertad para venir. El rey del mar me pidió que navegara hacia acá y le pidiera que le permitiera a Karakos ir donde él por unos pocos días para decorar su palacio. Ahora yo traigo éste mensaje para usted, del rey del mar.”

El rey se quedó atónito y no sabía si creerle. Maimónides le dijo: - “Mi señor rey, usted seguramente duda de mis palabras. Y realmente eso fué lo que yo le dije al rey del mar, y entonces le pedí alguna señal para que usted me creyera.

“El rey del mar me dijo: ‘Toma contigo el sello del rey, que cayó al mar y me lo trajo un pez. Esta será la señal de que hablas la verdad. Y envíale mis saludos.’”

Cuando el rey vió el anillo de sello, se quedó sorprendido. Los miembros de su consejo se aglomeraron alrededor para verlo. Lo examinaron y vieron que era en realidad el anillo que se le había caído al mar.

Ahora el rey le creyó a Maimónides. Inmediatamente le ordenó al artista cristiano que fuera con Maimónides, diciéndole: - “Haz lo que Maimónides te dice, porque ha venido como emisario del rey del mar.”

Maimónides llevó al artista en su bote, y partió hacia el mar. Cuando hubieron llegado a un lugar donde el agua era profunda, Maimónides le dijo: - “Voy a arrojarte a los peces, y ellos te llevarán al rey del mar para que decores su palacio.”

Karakos estaba asombrado. Entendió que Maimónides le había armado una trampa, por haberle pedido al rey que lo matara. Le suplicó misericordia.

- “No puedo hacer nada por usted. Estoy bajo las órdenes del rey para llevarle al rey del mar. Los peces están esperando para llevarle.”

- “Inventaste una historia para contársela al rey. Quieres vengarte de mí por las angustias que te causé al pedirle al rey que te hiciera arrojar al mar. Déjeme en alguna isla. Será como si me hubiera llevado al rey del mar.”

- “No, mi querido artista. Mereces la muerte por lo que me hiciste. Los peces están esperándote.”

- “Mi querido Maimónides, usted se salvó con la ayuda de su D-s que le hizo un milagro. ¿Quién me salvará a mí? Le ruego,

tenga misericordia conmigo. Estoy dispuesto a hacer lo que usted me pida.”

- “Rece a su dios y él le salvará”.
- “No. Yo sé que él no es D-s, sino solo un ídolo.”
- “¿Y porque yo no creo en ese ídolo, quisiste hacerme matar?”
- “Estaba equivocado. Perdóneme. Estoy a su disposición. Haré lo que me ordene.”

Maimónides lo cogió de sus ropas y lo arrojó al agua. Los peces se aglomeraron alrededor. Maimónides permaneció contemplando el mar y le observó hundirse en el agua. Citó el versículo: “Quien hiciere un hollo caerá en él”(Eclesiastes 10:8) y “Asi serán todos Tus enemigos destruídos, Oh D-s.” (Jueces 5:31).

Cuando regresó a la corte real, Maimónides se encontró con el visir y le contó el incidente de Karakos.

- “Eres un sabio. Ahora no me apartaré de tí nunca. Me has salvado mi vida.” Y continuaron como íntimos amigos.

Cuando Maimónides se presentó ante el rey, éste le preguntó: - “¿Qué ha sido de Karakos?”

- “Está seguramente decorando el palacio del rey del mar.”
- “¿Cuándo regresará?”
- “Cuando termine su labor. Es un gran palacio; probablemente le tomará años terminarlo.”

Se divulgó la voz en el palacio real de que Maimónides había regresado del mar. - “Es un hombre de prodigios”, se dijeron los ministros entre ellos.

Maimónides recibió una carta de los sabios de Montpellier. Estos le preguntaron si era correcto creer en astrología. Les contestó largamente, escribiéndoles: “Se debe creer solamente en tres cosas: primero, en lo que tiene una prueba intelectual, como las matemáticas, geometría o astronomía. Segundo, lo que se conoce por la evidencia de los cinco sentidos, tales como, que un objeto es rojo y otro negro, porque lo vió con sus propios ojos; o que algo sabe amargo o algo sabe dulce; o que ésto se siente caliente y esto otro frío; o que esto tiene un sonido claro, y el otro amortiguado; o que aquello tiene un olor placentero y aquel otro uno repugnante. Y tercero, lo que se ha recibido de los profetas o de personas justas...El que cree en algo fuera de éstas tres categorías, es uno de aquellos a quienes se refiere el versículo, (Proverbios 14:15), que dice: ‘El tonto lo cree todo.’”

Repitió la opinión que ya había mencionado en el Mishné Torá: “Aquellas cosas, como creer en la astrología, son la esencia de la idolatría.” Les puso al corriente: “Sepan mis maestros, que he dedicado mucha investigación a éstos temas. Lo primero que estudié fué la ciencia, que es conocida como los decretos de las estrellas. O sea, que una persona puede saber por las estrellas lo que pasará en el mundo o en cierto país o reino, o lo que le pasará a una persona en su vida. También he leído temas relacionados con la idolatría. Creo que no hay ningún texto sobre éste tema que haya sido traducido al árabe, que no lo haya leído y entendido por completo. Por estos libros, las razones de los preceptos se me han aclarado, lo que a la gente le parece no tener ninguna lógica racional, sino ser solamente decretos de la Torá.”

En conclusión, escribió a los sabios de Montpellier: “Todos aquellos temas sobre astrología, no tienen ninguna sabiduría, sino que son tonterías.” Dijo que tenía “pruebas claras e irrefutables que negaban los principios de aquellos temas. “Dió entonces, una amplia explicación basada en la Biblia y el Talmud, sobre los fundamentos de la religión de Moisés. Concluyó: “Todas las palabras de los astrólogos son reconocidas como falsedad por gente erudita.”

Terminó su respuesta, escribiendo: “Sé que pueden encontrar citas individuales de Sabios en el Talmud y en los midrashim, que señalan que la configuración de las estrellas, en el momento en que la persona nace es la causa de ciertas cosas. Que ésto no sea un obstáculo en sus opiniones. Por que no está bien que una persona abandone enunciados claros para ir tras otros dudosos. De la misma manera, no se deben abandonar ideas inteligentes que ya han sido probadas, por seguir las palabras de algún individuo, entre los Sabios. Tal vez no se entendió algo, o quizá sus palabras fueron dichas a manera de alusión; o dichas debido a una particular situación que se le presentó en un momento... Una persona no debe nunca inclinarse hacia atrás, porque sus ojos están enfrente y no detrás.”

Recibió tantas cartas que le fué difícil contestarlas todas. Envío cientos de respuestas a todas partes del mundo. Algunas veces escribía su respuesta al margen de la carta que le habían enviado, para ahorrar tiempo. En un responsum al Rabí Pinjás, el dayán de

Alejandro, y en otra respuesta, se disculpó y explicó que estaba tan ocupado y tan débil que eso fué todo lo que pudo hacer al interpretar las cartas. Solamente podía escribir breves respuestas y solo respuestas a cartas sobre temas conocidos.

En su respuesta, a veces indicaba a la mano, donde había discutido en sus libros ese tema, y refería al interrogador hacia allá. En otra época, escribía una extensa respuesta, citando fuentes y aclarando todos los aspectos del tema. En cierto responsum escribió: “De ésto me he convencido, después de una larga y profunda reflexión.”

Maimónides mantuvo el contacto con los más importantes centros judíos de Babilonia, Egipto, la Tierra de Israel, Siria y el sur de Francia. Rabí Pinjás le escribió: “Usted instala el espíritu de las almas, en los cuerpos de las criaturas de D-s.”

Todos los días, antes de empezar su ocupación médica, decía un corto rezo. “¡D-s altísimo! Antes de comenzar mi sagrado trabajo de curar la obra de Tus manos, hago una petición frente al trono de Tu gloria, para que me des fortaleza de espíritu y mucha energía para realizar mi trabajo fielmente. No permitas que la ambición del dinero o la fama enceguezcan mis ojos para ver apropiadamente. Concédeme el mérito de mirar a cada paciente que viene a pedir mi consejo, como a un ser humano, sin distinción entre rico y pobre, amigo y enemigo, hombre bueno y malo. Si una persona está sufriendo, permíteme que vea solamente a la persona. Si médicos más instruídos que yo quieren enseñarme, dame la voluntad para aprender de ellos, porque el conocimiento médico es infinito. Pero cuando gente ignorante me menosprecia, Te ruego, permite que el amor a mi profesión fortalezca mi espíritu, para que no tenga consideración por la edad o el honor de los burladores. Pero, permite que solamente la verdad sea la lámpara de mis pies. Porque cualquier concesión en mi profesión, puede conducir al perjuicio y a la enfermedad en la obra de Tus manos. Oh, D-s misericordioso y piadoso, fortaléceme en cuerpo y alma, e implanta un espíritu de paz dentro de mí.”

No se ganaba el sustento por medio de la Torá, sino por su práctica de medicina; no quiso sacar provecho personal de la corona de Torá. En su Mishné Torá escribió: “Si una persona

supone que va a estudiar Torá y no va a trabajar, y que recibirá apoyo de la caridad; esa persona profana el nombre de D-s, denigra la Torá, y extingue la luz de la religión; se perjudica a sí mismo, y pierde su vida en el Mundo Venidero. Porque está prohibido obtener beneficio de la palabras de Torá en éste mundo.”

Maimónides recibía su salario del tesoro real. Cuando su nombre fué bien conocido en el campo de la medicina, el famoso médico Abd al- Tif de Bagdad vino a Egipto para reunirse y charlar con él.

El rey de Inglaterra, Richard Corazón de León, que estaba entonces en Ashkelon comandando una expedición de Cruzados, y que escuchó hablar sobre el Rambam, envió mensajeros para pedirle que se uniera como médico a su expedición. Maimónides rechazó ésta oferta y permaneció en su puesto en Egipto por el resto de su vida.

Escribió: “Hanhagat ha-Briyut” (La Conducta Sana), y su extenso libro médico “Pirkei Moshé”(Los Capítulos de Moshé). También escribió trabajos sobre enfermedades y males específicos, tales como el asma y el envenenamiento. Su principio básico era la preservación de la salud. Sus libros no eran simplemente trabajos eruditos, sino libros prácticos para instruir a las masas y que servían de guía para los médicos. Sus libros médicos,- al igual que sus libros sobre la ley judía (como el Mishné-Torá y su comentario sobre la Mishné),- ofrecieron un nuevo estilo de expresión a las leyes y normas escritas por aquellos que le precedieron; limpió de palabras innecesarias todos los libros médicos de su época. Su estilo fue metódico y conciso.

Supuestos médicos que pregonaban curar por medio de conjuros y amuletos, eran muy comunes en Egipto; puesto que los pacientes que iban donde ellos no se mejoraban, venían donde Maimónides.

Repetidas veces él les prevenía de éstas personas inescrupulosas; él necesitaba un claro diagnóstico de su paciente antes de prescribir su remedio.

Las mordeduras de serpientes era algo muy común en Egipto, ya que se encontraban serpientes venenosas en los campos, en los centros del mercado, en las casas o en las calles, y mordían tanto a adultos como a niños.

Muchas víctimas de mordidas de serpientes vinieron donde Maimónides, muriéndose del dolor y suplicando su ayuda.

Con el trascurso del tiempo, el Rambam aprendió a distinguir entre los diferentes tipos de mordeduras, y a conocer con qué tipo de veneno tenía que tratar. Notó al respecto, que los antídotos eran importados del exterior y almacenados por los apotecarios para tenerlos a la disposición rápidamente. En su casa, experimentó con diferentes remedios, a veces ensayándolos consigo mismo; encontró algunos inservibles y otros provechosos.

Después de experimentar e investigar descubrió que ciertos médicos estaban errados al pensar que algunos antídotos podían realmente eliminar el veneno del cuerpo. Dichas drogas solamente aliviaban el dolor, pero no curaban realmente.

Encontró la diferencia entre los venenos de víboras que paralizaban el sistema nervioso y los que atacaban los vasos sanguíneos y la médula, determinando las diferentes formas de tratamiento para cada tipo. Organizó centros de distribución de antídotos en las ciudades.

Escribió un manual sobre cómo reconocer el tipo de veneno cuando alguien hubiera sido mordido, y cuales primeros auxilios se debían dispensar. Muchos médicos de su época creían que el veneno de la víbora estaba almacenado en su vesícula biliar. Pero él encontró, que el Talmud dice en el Tratado de Avodá Zara, que el veneno de una víbora está almacenado entre sus dientes.

Después de mucha experiencia e intensivo estudio, descubrió la interdependencia entre el cuerpo y el alma en una vida equilibrada, en las causas de una enfermedad, y en su curación. Opinó que se debía tratar al paciente, y no solamente su enfermedad. Llevaba un diario en el que listaba los pacientes que habían venido y los detalles de sus enfermedades. En su época, la diabetes fué por primera vez observada, aún cuando hubo médicos historiadores que mencionaron síntomas particulares de ésta enfermedad, que era rara en la época. Maimónides la comentó en su libro: "En el occidente nunca ví éstos casos. Tampoco escuché que ninguno de mis maestros hubieran visto algún caso allá." (De aquí vemos que Maimónides ya había estudiado medicina mientras todavía estaba en el occidente, e incluso la practicó allá. No empezó solamente en Egipto). Continuó: "Pero aquí en Egipto, en el trascurso de diez años de práctica, he visto más de veinte

casos. Lo cual prueba que ésta enfermedad es común en los países tropicales; siendo también posible que el agua dulce del río Nilo y el calor predominante de Egipto tengan un efecto sobre esta enfermedad: la diabetes." En otra parte del libro describe los síntomas y el tratamiento de ésta enfermedad en veinte pacientes masculinos y tres femeninos.

En el libro que escribió para el rey, "Hanhagat ha-Biyut", escribió: "La excitación emocional actúa también sobre el estado de salud corporal." Y en la tercera parte, escribió: "Su majestad, que D-s le dé larga vida, sepa que la excitación emocional causa grandes cambios en el cuerpo, que son notorios. La prueba de esto es lo siguiente: si un hombre está fuerte y sano, su rostro está radiante; pero si de repente se le aparece algo que le causa repugnancia, decaerá su rostro inmediatamente, perdiendo el brillo de la piel; adoptará una postura abatida, y el tono de su voz se debilitará; aunque trate con todas sus fuerzas de levantar su tono de voz, no podrá; sus fuerzas se debilitarán, tal vez hasta el punto de temblar; sus músculos se contraerán y debilitarán; cambiará su mirada, dificultándosele mover sus párpados; se pondrá frío y perderá el apetito. Y lo contrario también se podría ver: si a una persona débil se le presenta algo que le hace sentir alegría, se verá que su cuerpo se fortalecerá, su rostro brillará, y su tono de voz será más grueso; sus movimientos más rápidos, sus músculos se expandirán y fortalecerán, y sentirá más calor. Su rostro y sus ojos reflejarán claramente su alegría. La razón de todo esto, es el movimiento del calor natural y de la sangre en la superficie de su cuerpo."

Continuó: "A causa de esto, los médicos prescribieron observar los movimientos del alma, y vigilarlos siempre. El propósito debe ser el equilibrio cuando se está sano, y más aún cuando se está enfermo; y no se debe de ningún modo anteponer ninguna otra conducta. El médico debe pensar que el corazón de todo enfermo está restringido, y el alma de toda persona sana está expandida. Debe evitarse por lo tanto, cualquier excitación emocional que conduzca al enojo; de esa manera se alargará la salud de una persona sana, siendo ésta la prioridad en la curación del enfermo."

En su juventud, cuando escribió su comentario sobre la Mishné, ya había afirmado que "el alma puede estar sana o puede

enfermarse al igual que el cuerpo,” y que sus síntomas son parecidos.“ Así como los enfermos físicos, pueden pensar que lo amargo es dulce, y que lo dulce es amargo...así también el espiritualmente enfermo, o sea, la gente mala o con malos rasgos de carácter, pensará que lo que es malo es bueno, y lo que es bueno es malo; una mala persona siempre desea los extremos, que son malos, pero en la enfermedad de su alma, se imaginará que es bueno.”

En el “Moré Nevujim” escribió: “Cuando una persona se dá cuenta que está físicamente enferma y no sabe como curarse a sí mismo, le pregunta a un médico qué es lo que debe hacer. De la misma manera, los que están espiritualmente enfermos, necesitan preguntarle al sabio, que es el médico del alma, quien le advertirá apartarse de lo que es malo.” En su introducción al “Sefer ha Nitzá” (Libro de las Entidades), escribió: “Tome las raíces del Shabat, raíces de alabanza y agradecimiento, de regocijo y confianza, y quíteles la semilla de ansiedad y preocupación. Tome la flor de las granadas del conocimiento y entendimiento, y las raíces de la moderación y la satisfacción consigo mismo. Bata ese conjunto de cosas en el mortero de la humildad. Cocínelo todo, en la olla de modestia, y sívalo con palabras de simpatía. Disuélvalo en el agua de bondad y amabilidad, para que sea bebido por el paciente que padece de la enfermedad del desespero: dos tazas cada mañana y dos cada noche, junto con tres tazones de razón. Todo esto que sea purificado de la escoria de la rabia y el enojo. Y que sea mezclado con una concentración de paciencia por la voluntad de D-s, el señor de alabanzas y agradecimientos. Sumínístrelo en un recipiente de alabanzas al Eterno.- El paciente descansará y se calmará.”

El Rambam pensaba que la corrección de los rasgos del carácter eran la curación del alma y sus fuerzas. “Así como un médico que cura el cuerpo, debe primero conocer el cuerpo del paciente, como un todo y en sus partes, así mismo se debe conocer el alma y sus fuerzas, como un todo y en sus partes, y lo que lo hace enfermar o sanar.”

Cuando comentó las leyes del Shabat y trató los casos en los cuales la violación del Shabat es permitida para salvar una vida, escribió: “Cuando éstas cosas son hechas, no deben ser realizadas

por un gentil, un niño, un esclavo, o una mujer, para que el Shabat no sea considerado de poco peso; más bien debería ser realizado por las personas más importantes de Israel y por sus Sabios. Y está prohibido retrasarse en la violación del Shabat por el bien de una persona enferma, cuya vida pelagra, como está escrito: 'los cuales la persona hará y vivirá por ellos'. Nuestros Sabios añadieron: 'y que no muera por ellos.' De aquí se aprende que las leyes de la Torá no son una venganza al mundo, sino misericordia, bondad y paz."

Multitud de gente continuó llendo a su casa, en busca de su curación. Y cuando Maimónides regresaba del Cairo, antes de comer, les pedía que le disculparan y le esperaran.

Capitulo Doce

Libros Medicos

Maimónides practicó la medicina por más de cuarenta años, de sus sesenta y nueve años de su vida. La vió no solamente como una profesión o una ocupación. Combinó sus actividades de curación del dolor físico con las de guía espiritual, cambiando la salvación del paciente de su enfermedad con la salvación de la persona de sus ideas confusas. Estas dos áreas de actividad estaban nutridas por una sola fuente: la obligación de proteger al ser humano, creación de D-s. Estas conducían a una dirección: elevar a la persona al nivel apropiado para él. Le infundió alma a la profesión médica. En sus libros médicos ofreció una guía intelectual y moral.

Escribió diez libros sobre temas de salud. En ésta literatura, especialmente en su texto "Hanhagat ha-Briyut", están reunidas las reglas e instrucciones para preservar la salud del individuo y la comunidad. Maimónides consideraba que la preservación de la salud era una obligación religiosa de toda persona. Incluyó normas de salud, higiene e instrucción nutricional en sus libros de Halajá. Dedicó a ésto capítulos en el Hiljot Deot de su "Mishné Torá", escribiendo tan explícitamente y con tanto detalle, como lo hizo para cualquier ritual de una ley. En la introducción a su comentario sobre la Mishná escribió: "Debe saber que todo lo que existe bajo el planeta de la luna, existe solamente para beneficio del hombre. Los árboles y las plantas,- unos están para su alimentación y otros para la curación de su enfermedad."

En el "Moré-Nevujim" (3:12), escribió: "La mayoría de las enfermedades que le aparecen a una persona son causadas por su propia falla, debido a su falta de conocimiento sobre cómo comportarse cuando estaba sano. Es como un ciego que por no poder ver, está continuamente cayéndose y haciéndose daño." Más adelante dice: "El excesivo deseo por la comida y la bebida...y el hacerlo en exceso, o alimentarse con una pobre

calidad nutricional...es la causa de todas las enfermedades y sufrimientos del alma y cuerpo.”

En el “Sefer Hamada” escribió: “Si una persona dice, ‘puesto que los placeres mundanos, la búsqueda del honor y demás, son caminos malos y sacan a la persona de éste mundo, me separaré de ellos al extremo: No comeré carne ni beberé vino; no me casaré, ni viviré en una hermosa casa; no usaré ropa fina, sino solamente harapos o lana áspera, etc. como los sacerdotes de Edom’- éste también es un mal camino y ésta prohibido seguirlo. La persona que lo hace es llamada pecadora”. Abogó por la moderación y el equilibrio en la vida.

Maimónides consideró la práctica de la medicina como un trabajo sagrado. Esta requería que el médico fuera por encima de todo, una persona espiritual y de carácter y pensamiento perfeccionado. Un profesional experto no era suficiente. A cierta persona que se estaba preparando para la profesión médica y que le pidió consejo a Maimónides, le fué dicho: - “Considera el estudio y la búsqueda de éste como uno de los más importantes trabajos, y entonces no será como tejer o carpintería.” (Shmoné Prakim-Capítulo 5)

Por ésta época, la Iglesia tenía gran poder. En los países bajo su influencia predominaba una atmósfera de ignorancia y oscuridad. La Iglesia impuso la prohibición sobre todo lo relacionado con la investigación, incluyendo la investigación médica. La roña de la superstición se adhirió; el pensamiento fué reprimido. Las adquisiciones médicas de los antiguos, como Hipócrates y Galeno fueron apartadas. Los viejos manuscritos de médicos científicos fueron escondidos entre la paredes de ladrillo de los monasterios. Las masas estaban hundidas en la ignorancia y creían en poderes ocultos y mágicos.

Se pensaba que el mundo estaba lleno de espíritus misteriosos y demonios. Si una persona se enfermaba, era vista como indicativo de que éstos espíritus estaban enojados con ella. En lugar de ir al médico, el enfermo iba donde los supuestos hombres santos, quienes habían declarado tener contacto con los espíritus malos y ser capaces de apaciguarlos. Las masas aún no conocían la importancia de la higiene y la limpieza para la salud.

Maimónides declaró la guerra a la superstición. Se burló de aquellos que declararon curar al enfermo por medio de astrología, conjuros, magia o amuletos.

Amonestó la creencia en la curación por medios naturales. Su lema era, “los ojos están enfrente, no atrás”. En el Mishné Torá escribió: “Todas éstas cosas son mentira y falsedad. Estas cosas son las que los antiguos idólatras usaron para inducir a los pueblos del mundo a seguirlos. No es propio del pueblo judío, que es sabio y le ha sido entregada la sabiduría, ser atraído por tales tonterías ni que abrigue la idea de que hay algún beneficio en ésto.”

Maimónides sabía que incluso entre aquellos que creían en el monoteísmo y la Torá, existía la tendencia a creer en la influencia de los espíritus, los poderes ocultos y mágicos. Por lo tanto, aspiró a desarraigar de los corazones toda huella de inclinación a creer en éstas cosas.

Maimónides quiso que las masas estuvieran completamente convencidas de la falsedad de la superstición y no que meramente las reprimieran, porque tales creencias eran prohibidas por la Torá. En su comentario sobre la Mishná, en el Tratado de Avodá-Zará, escribió: “Quien cree en éstas cosas o en algo parecido, y piensa que son verdad y sabiduría, pero que la Torá las ha prohibido, es meramente un tonto...Pero gente sabia y que piensa con cordura sabe por pruebas claras que ésto no es sabiduría, sino tonterías en pos de lo cual es atraída la gente falta de conocimiento, y por lo cual todos los senderos de la verdad son abandonados.”

Rabí Iosef Ibn Akinin le preguntó en una carta si era cierto o no, que el momento de la muerte de una persona estaba decidido de antemano por el Creador.

En su respuesta, afirmó claramente que el tiempo de vida de una persona no estaba determinado de antemano. El hombre permanece vivo tanto tiempo como le sea posible completar la deficiencia de la “humedad vital”, que continuamente va decreciendo; o mientras está humedad se mantenga en buenas condiciones. Explicó además los diversos factores bajo los cuales la vida de la persona depende: habló del “calor natural” que es el que mantiene la salud de la persona . Y comparó a los procesos

vitales de la pérdida del calor natural, con la vela que disminuye continuamente hasta que se extingue, bien sea por el aceite que gotea fuera de la lámpara o porque se le puso demasiado aceite que apaga la llama. Previnió que una persona debe abstenerse de cualquier cosa que sea propensa a obstruirle el flujo de humedad en el cuerpo, o que le prevenga la creación del calor natural. Dijo, que si una persona se protege contra éstas causas de deterioro, no enfermará, ni morirá antes de su tiempo normal.

A pesar de que su alumno Rabí Iosef le había hecho una pregunta filosófico-religiosa, el maestro le contestó como médico y científico. Sin embargo, más tarde también se dirigió a esa pregunta desde una perspectiva filosófico-religiosa, y dijo que el tiempo de vida de una persona no está decidido de antemano por el Creador. Citó como prueba, el precepto de construir un parapeto en el techo de la propia casa “por temor a que alguien se caiga”; y la exigencia a un sacerdote que está listado para ir a la guerra y que está próximo a casarse, que regrese a su hogar “por temor a que muera en la guerra”. Todo ésto comprueba que se pueden escoger las maneras de prevenir los amenazantes peligros de la vida.

El Rambam quiso leer los textos médicos para saber más al respecto, pero su abrumado horario no le dió tiempo. Así, le escribió a un colega: “Sabes cuán extenso y difícil es el trabajo de la práctica de la medicina para la persona cuyo corazón tiene temor de D-s y amor a la verdad y se abstiene de decir cualquier cosa salvo que tenga pruebas”.

En su rezo médico, decía: “Aleja del lecho del enfermo todo médico falso, y todos los que dan malos consejos.”

Opinaba que la conservación de la salud no era un fin en sí mismo, sino un medio para poder servir a D-s. Una persona que actúa así, puede ser llamada como, “quien sirve a D-s constantemente”. “Aún cuando está dormido, si su intención es descansar su mente y cuerpo para no enfermarse y estar impedido de servir a D-s, entonces el sueño mismo, es una forma de servicio a D-s.” (Hiljot Deot 3:3)

En su libro “Hanhagat ha-Briyut”, que escribió para el sultán al-Fadel mencionó una serie de diferentes clases de médicos: la mejor clase de médico es el que previene la enfermedad con sus

instrucciones para la gente sana. El médico que cura al enfermo es solamente secundario en rango. Maimónides aconsejaba a que se consultara a los médicos para aprender cómo conservar la salud. Decía que solamente la gente tonta pensaba que necesitaba un médico solo cuando estaba enferma (Hanhagat ha-Briyut, parte 2).

Sus instrucciones para la salud abarcaban 3 títulos: una dieta balanceada, el desarrollo corporal, y la limpieza personal y ambiental.

En Hiljot Deot (3:2), escribió: “Una persona no debe comer cualquier cosa que su paladar desee, como un perro o burro. Sino que debe comer lo que es beneficioso para su cuerpo, bien sea amargo o dulce. No debe comer cosas que son nocivas al cuerpo, aunque sean dulces al paladar.”

Abogaba por el ejercicio físico, y se declaraba en contra del demasiado descanso corporal. “Así, mientras una persona haga ejercicio y se canse, no se enfermará y su fuerza aumentará... aun cuando coma malos alimentos. Quien lleva una vida sedentaria y no hace ejercicio...aun cuando se alimente bien y siga otras instrucciones médicas, sufrirá toda su vida, y su fuerza disminuirá.”

Dió también instrucciones a cerca del adecuado horario para hacer ejercicios: “Haga ejercicios antes de comer, y descanse después de comer”.

En el “Moré” dió una lista de normas que son benéficas a la salud: “Ejercicio, lavarse las manos, bañarse, hacer deportes, boxeo, jugar a la pelota, ejercicios respiratorios”, entre otros.

Maimónides consideró la limpieza como la razón de algunos de los preceptos de la Torá. En el “Moré” escribió: “Uno de los propósitos de la Torá es la limpieza. La Torá previene todo lo sucio, repulsivo, y que la persona no sea como un animal.” Explicó que una de las razones de la prohibición de comer carne de cerdo es la limpieza: “La Torá lo desprecia porque es demasiado sucio y come cosas repugnantes. Ya usted sabe que la Torá insiste que la suciedad no sea vista, ni siquiera en los campamentos de campaña,...más aún en la ciudad. Si fuera permitido comer cerdo, las plazas de mercado y las casas estarían más sucias que una letrina, como se vé hoy en Francia.”

Aconsejó vivir en una ambiente saludable, puesto que el clima tiene un primordial efecto sobre la salud. Dijo que era apropiado

alejarse de las condiciones de aglomeración de las ciudades, donde los edificios bloquean la circulación el aire puro, y escoger vivir en el campo, “donde el aire es puro y los rayos solares llegan a todos los angulos y evaporan el moho en el aire” (Hanhagat ha-Briyut 1:4).

Maimónides también dió instrucciones sobre cómo construir las casas y las calles, para que no bloqueen la luz solar. Describió como vestirse en climas cálidos y fríos.

Creía tan convincentemente en el efecto de las emociones sobre la salud, que incluso permitió cosas para éste propósito que de otra manera se opondría vigorosamente, tales como la práctica de la superstición. “Si alguien” explicó, “es mordido por un escorpión o una víbora, está permitido que se pronuncie un hechizo sobre la mordedura, incluso en Shabat, para calmar al paciente y darle ánimo; aunque realmente ésto no le ayuda en nada. Pero, puesto que se encuentra en peligro su vida, se permite, para que la persona no pierda sus cabales por el miedo y el dolor.” (Mishné Torá, Hiljot Avodá Zara 11:1).

Dedicaba todos los días un tiempo al estudio de nuevos textos médicos para conocer los últimos adelantos en el campo. Cuando se puso débil se lamentaba no poder encontrar tiempo para ésto.

Por ese entonces, un nuevo rey subió al poder, quien demostró ser alguien que odiaba y oprimía a los judíos.

Cierta vez, sucedió que éste rey se sintió enfermo, y los mejores médicos del país trataron infructuosamente de curarle. Finalmente los servidores del rey le sugirieron que llamara a Maimónides. Le preguntó a su consejero médico y escuchó su opinión: - “No le voy a ocultar que él es un experto médico, pero es judío.”

- “Qué me importa si es judío o cristiano? No puedo soportar más el dolor. ¡Llámenlo inmediatamente!”

Maimónides rápidamente acudió al lecho del rey, y éste le dijo: - “He escuchado que usted puede curar cualquier enfermedad. Si me cura, le designaré ministro de mi corte.”

- “Es D-s quien pone el conocimiento en mi corazón de cómo proceder en la curación. Trataré de hacerlo, pero debe prometerme que no me matará.”

El rey juró en presencia de sus ministros que no lo mataría mientras fuera rey.

Maimónides examinó al rey, y le dió un remedio. Para alegría del rey y su pueblo, se curó. El rey guardó su promesa, y designó a Maimónides ministro de su corte.

Los ministros más veteranos estaban celosos del nuevo ministro y sabiendo que el rey odiaba y sospechaba de los judíos, decidieron persuadirle para que destituyera al nuevo ministro, porque un judío no debería servir en éste cargo en su reinado.

Y así, un importante ministro fué ante el rey y le dijo: - "Debería matar al ministro judío. El odia nuestra religión". El rey contestó que él también odiaba a los judíos, y estaría realmente contento de cumplir este pedido, pero no podía perjudicar al médico que le había salvado la vida, y a quien le había prometido no hacerle daño.

Por otro lado, el virrey, quien estaba también celoso del ministro judío, vino ante el rey y le amenazó: - "Si no hace matar al ministro judío, incitaré al pueblo en su contra."

- "No puedo hacerlo matar porque así le prometí después de que me salvó la vida".

"Conozco una manera para que lo haga matar sin que viole su juramento: en la entrada de la ciudad hay un horno calino. Ordene a los trabajadores del lugar, que cuando él pase cerca, le arrojen dentro del horno; de ésta manera el ministro judío morirá, y usted mantendrá su promesa."

El rey acordó, y envió un mensaje al encargado del horno calino, para que arrojara a la primera persona que se le acercara por orden del rey a la mañana siguiente. Y por otro lado, envió un mensaje a Maimónides diciéndole, que a la mañana siguiente vaya al horno calino, para preguntar si se había hecho como el rey ordenó.

A la mañana siguiente Maimónides salió temprano, montando en su burro y dispuesto a cumplir con la orden real. Por el camino al horno, pasó cerca a una sinagoga y vió que comenzaban a rezar la oración matutina; pensó entrar, orar al Creador del mundo y cumplir con Su precepto, antes de cumplir el precepto de un rey de carne y hueso. Rezó con devoción, y la congregación que sabía quien era, le hizo honores. A la salida de la sinagoga, se encontró con un hombre pobre, quien le pidió que fuera a su casa con él para circuncidar a su hijo recién nacido.

- "Hoy es el octavo día de mi hijo, y no tengo quien le haga la circuncisión. Hágame el favor de venir a circuncidarlo, y comparta nuestra alegría."

Maimónides aceptó el pedido del hombre pobre. Después de que circuncidó al infante, se quedó también para la comida celebratoria. El regocijo de la pobre familia fué grande por el nacimiento de su hijo y porque una persona tan distinguida había realizado la circuncisión. Honraron al Rambam con la dirección en el rezo de gracias después de las comidas. Después Maimónides se sintió tan cansado que se quedó dormido en la casa de la familia pobre.

Mientras tanto, el virrey esperaba en el palacio que su mensajero viniera trayéndole la información de que el ministro judío se había consumido en la hoguera; pero pasó el medio día y ningún mensajero aparecía; entonces decidió ir él mismo al horno para saber qué había pasado con Maimónides. Al llegar le dijo al hombre encargado que él era el virrey y que había venido para chequear si las órdenes del rey se habían cumplido. El encargado le agarró y le arrojó dentro del fuego, pues esas habían sido las órdenes. Las súplicas del virrey fueron en vano. Gritó y chilló que él no era la persona correcta, pero el encargado no le escuchó y persistió en llevar a cabo las órdenes del rey.



Los preceptos negativos, de los manuscritos Berlín.

Capítulo Trece

Intrigas En El Palacio Real

Cuando Maimónides se despertó, recordó que el rey le había ordenado ir al horno calino. Dejó a la familia pobre, y la bendijo, con que la felicidad reinara siempre en su hogar. Se montó en su burro y se dirigió hacia el horno calino. Ya era medio día y Tuvo miedo de llegar demasiado tarde. Al llegar, fué donde el hombre encargado y le preguntó si había llevado a cabo las órdenes del rey. El hombre le llevó al horno, y le mostró el cuerpo quemado del virrey.

- "Fuí muy cuidadoso en hacer lo que el rey orden: que la primera persona que viniera donde mí, por la mañana, y me preguntara por el cumplimiento de mis órdenes, fuera quemada."

Inmediatamente Maimónides entendió que se había salvado de una muerte terrible, por el mérito del cumplimiento del precepto de la circuncisión. El virrey había sido víctima de su propio complot.

Levantó sus manos y agradeció a D-s por el milagro que le había hecho. Luego, volvió a montarse en su burro y se apresuró hacia el palacio para descubrir lo que allá había pasado.

El rey estaba sorprendido de verle vivo y sano. Le invitó a almorzar, junto con los otros ministros y el virrey. Pero cuando la comida comenzó y el virrey faltaba, envió a unos sirvientes a llamarlo.

Los sirvientes regresaron y le dijeron al rey que el virrey había salido del palacio y no había regresado.

El rey envió sus sirvientes al horno calino para saber si estaba allá. Regresaron y le dijeron: - "El virrey fué quemado a muerte en el horno calino, por orden del rey."

Inmediatamente el rey entendió que ésto había sido obra de D-s. El Guardián de Israel había protegido a Maimónides de la trampa fijada para él, por el virrey.

Secretamente se regocijó que el virrey había sido quemado a muerte, ya que él siempre estaba amenazándole con una rebelión o con deponerlo del trono si no seguía su consejo.

Llamó a sus ministros y consejeros y les dijo: - “El médico judío es un hombre santo. No le hagan daño.” A Maimónides le preguntó: - “¿Qué desea de mí? Cumpliré su pedido, puesto que casi violo la promesa que le hice.”

- “Yo le pido que haga anunciar por todo el reino que no perjudiquen a los judíos.”

- “Cumpliré su pedido,” contestó el rey.

La declaración real se difundió por todo el reino, “Quien perjudique a un judío será responsable con su vida.”

Los médicos del palacio y los cortesanos no cesaron de intentar destruir la posición de Maimónides. Querían alejarlo de la corte real porque él era judío.

Le recomendaron al rey un médico, de nombre Kamun. Al principio, el rey rechazó sus sugerencias, pero cuando ellos insistieron, decidió probar a los dos médicos, Maimónides y Kamun.

Los dos médicos tratarían de envenenarse uno al otro. El que ganara sería el médico de la corte. El rey quería, de todo corazón que Maimónides se quedara en la corte. Confiaba en la sabiduría de Maimónides, y que seguramente sería capaz de ganarle a Kamun.

Kamun estuvo contento al aceptar la sugerencia del rey. Era un experto en la preparación de venenos. Maimónides, por otro lado, no quería utilizar su conocimiento para matar a nadie.

El día de la prueba, ambos se presentaron ante el rey. Cada uno trajo varias drogas. Kamun trajo venenos para envenenar a Maimónides, así como medicinas para él mismo, y antídotos para el envenenamiento. Maimónides no llevó venenos, sino solamente medicinas; él no quería envenenar a su competidor.

Maimónides provó el alimento que Kamun había traído, e inmediatamente se tomó la medicina que llevó consigo. Kamun, también, comió del alimento que Maimónides había traído, pero no sintió en él ningún veneno. Tuvo miedo que quizá era algún nuevo veneno que él no conocía; o quizá, era un veneno de acción lenta, y por eso él no sentía sus efectos. Su temor por el alimento que Maimónides le había dado se incrementó. Cada día se examinaba a sí mismo y al residuo de comida, pero no encontraba ningún veneno. Por su temor a ésta comida, dejó de comer y bebía

solamente leche de vaca; pero solo leche que hubiera sido ordeñada en su presencia. Así, se puso más y más débil.

Cuando se encontró con Maimónides en el palacio, Maimónides le preguntó: - “¿Cuando bebe leche, qué siente?”

Antes de que Maimónides pudiera terminar la pregunta, el rostro de Kamun palideció. Temió que la leche contenera el veneno de Maimónides. Colocó la taza sobre la mesa y de repente se puso todo pálido. La convulsión le atacó y murió en el acto .

Los médicos lo examinaron y no encontraron ninguna causa a su muerte; sospecharon que Maimónides había traído algún veneno desconocido que no dejaba ningún rastro. Pero Maimónides lo negó y trajo un recién nacido, que bebió de la leche y no le afectó en lo más mínimo.

Los médicos se sentaron con Maimónides a discutir lo que había causado la muerte de Kamun. Maimónides les dijo: - “El hombre murió por la fuerza de su imaginación. Fué perseguido por el temor de que pudiera haber veneno en la leche. Su temor le causó la muerte.” Los otros médicos estuvieron de acuerdo en que ésta era la razón de su muerte. Maimónides permaneció así, en su posición en la corte real.

Todos los días viajaba al palacio real del Cairo. Primero, veía al rey, chequeaba su salud, y le daba algunas indicaciones. Más tarde, los ministros de la corte o los hijos del rey, iban donde él. Si uno de ellos, o si una de las concubinas del rey estaba enferma, se quedaba en la corte todo el día. Cuando su familia veía que no había llegado a casa, entendían que alguien en la corte estaba enfermo, y que se había tenido que quedar con él.

Mientras tanto, muchos pacientes estaban esperando afuera de la casa de Maimónides. Algunas veces la fila de espera se extendía hasta la calle siguiente. Si Maimónides no regresaba en el tiempo esperado, alguno de ellos entraba a la casa a preguntar si alguien sabía porqué aún no había llegado.

Algunas veces un mensajero del palacio venía a avisarles que Maimónides tardaría, o que se quedaría a pasar la noche en el palacio.

Algunos de los enfermos gritaban del dolor o suplicaban que lo necesitaban urgentemente. Los miembros de la familia trataban de calmarlos.

Los vecinos traían agua a los que esperaban en los días calurosos. Algunos les permitían a la gente quedarse con ellos por algunos días, hasta que pudieran ser vistos por Maimónides. Otros abrieron hospedajes para pacientes que habían venido de las afueras del pueblo.

El mensajero del palacio real retornaba de la casa de Maimónides llevando comida para él, ya que no comía la comida del palacio.

El mercado estaban repleto de gente. Venía gente de todas partes de Egipto para comprar alimentos y ropa. Habían almacenes judíos por todas partes. De regreso a su casa del palacio, Maimónides pasaba cerca al mercado. La gente le seguía, judíos y gentiles y le pedían que fuera a examinar los enfermos a sus casas; pero él se negaba, porque muchos pacientes estaban esperándolo en su casa.

El rango de la persona que hacía el pedido, y las promesas de dinero o favores, no le hacían ninguna diferencia. No daba un tratamiento preferente a un enfermo por encima de otro. Le decía a los que le pedían, que fueran a su casa y esperaran junto a con los otros.

Cuando llegaba a su casa, entraba, se lavaba las manos, salía y le pedía a los pacientes que esperaran hasta que él hubiera comido algo. Algunos de ellos se molestaban: - "¡Pero hemos estado esperando aquí todo el día!" Otros les apaciguaban: - "El doctor debe comer algo; de otra manera no podrá atendernos."

Después de comer, recibía al enfermo en su salón. Le dedicaba tiempo a cada uno de ellos. Con algunos escribía anotaciones sobre la naturaleza de sus enfermedades y les recetaba. Ellos no se iban hasta que no los hubiera atendido.

Maimónides tenía un hospital para pacientes que necesitaban un tratamiento extenso. Todos los días visitaba a los pacientes, examinándolos y recetándoles. A veces encontraba entre ellos, personas pobres que no podían pagar su tratamiento y daba órdenes de no recibir ningún pago o abono de éstos.

Mientras visitaba, Maimónides estudiaba el rostro de los pacientes para aprender de sus enfermedades. Una mañana, se detuvo al pie de la cama de un paciente, le miró fija y detenidamente su rostro, examinó su cuerpo, y le volvió a mirar

de nuevo. Le hizo preguntas sobre lo que le dolía. Y luego, escribió una receta para él.

Más tarde, sus asistentes leyeron el papel que había escrito para éste paciente, y encontraron escrito: "Enfermedad: pobreza. Remedio: cuatrocientas dínars de plata."

Al observar su rostro, Maimónides había entendido que la pobreza de hombre le estaba acabando, y que teniendo el dinero suficiente se curaría. Y así, le asignó cuatrocientos dinares.

El paciente en cuestión era el sabio, comentador y poeta Rabí Avraham Ibn Ezra. Había escuchado sobre la grandeza del Rambam en Torá, en sabiduría y medicina y quiso conocerle. Pero en ninguno de sus intentos tuvo éxito. Cada vez, que llegaba a la casa del Rambam le decían que no estaba, o que se había ido a trabajar, o que ya se había ido a dormir, o que estaba ocupado con sus pacientes, o que estaba descansando y no podía ser molestado.

Y así, decidió ir a conocerle al hospital. Fingió ser un enfermo, y tocó las puertas del hospital. La pobreza le dió su rostro una apariensa enfermiza, y así fué admitido. Le fué dada una cama y le dijeron que esperara hasta la mañana siguiente, cuando el doctor y sus asistentes vendrían. Rabí Avraham se acostó allí, pues al menos tenía una cama caliente, y esperó. Cuando el Rambam llegó, no le dijo quien era, sino que esperó hasta que el Rambam descubrió que la pobreza era su única aflicción.

Avraham Ibn Ezra era muy pobre. Toda empresa que emprendía, fracasaba. Era un gran sabio, sobresaliente en Torá, un gramático consumado, y poeta. Escribió muchos libros, incluyendo comentarios sobre el Talmud y la Biblia. Nació en España, y allí pasó sus primeros años. Ejerció como rabino de muchas comunidades, y más tarde se volvió un errante, buscando su fortuna en remotas tierras. Y así llegó a Egipto esperando encontrarse con el más grande sabio de su época.

De ésta manera los dos sabios se encontraron en el hospital. El uno, estaba consumido por la pobreza, y el otro, dedicaba su vida a la curación de enfermos. Rabí Avraham Ibn Ezra describió su pobreza en un poema:

Si yo vendiera velas,
El sol no se ocultaría nunca.
Si yo vendiera mortajas,

Nadie moriría.

Maimónides le reconoció desde el primer momento. Conocía sus angustias, y se esmeró por ayudarle. Pero debido a que estaba tan presionado por el tiempo, no le quedaba momento libre para tener una erudita conversación con él.

Los asistentes de Maimónides llevaron a cabo sus instrucciones. Ibn Ezra salió del hospital con dinero para comprar alimentos.

A veces regresaba al hospital para ser curado de la enfermedad que le afligió durante sus años errantes.

Maimónides dió instrucciones de no recibirle ningún pago. Sentía una gran admiración por él y sabía además que no tenía como pagar. Cuando se encontraron en el hospital, Ibn Ezra le contó a Maimónides las preguntas que le dificultaban el entendimiento del texto de la Torá. Examinando entre un paciente y otro, Maimónides estudiaba la pregunta con él.

Caminaban juntos para tener tiempo de discutir sobre Torá. Rabí Avraham padecía de muchas enfermedades que no le dieron descanso y buscó el consejo de Maimónides. Andaban juntos a lo largo de la cera de la carretera, y así nadie les interrumpía. A veces Maimónides montaba en su burro y Rabí Avraham caminaba a su lado; o bien, montaba en un burro que le había dado uno de los ayudantes de Maimónides. Tenían profundas charlas; Rabí Avraham le leía algunos de sus poemas, y le contaba las nuevas ideas que había pensado para explicar la Torá.

Rabí Avraham usaba harapos de hombre pobre, y Maimónides dió órdenes para que le dieran nueva ropa.

Desde hacía mucho tiempo, Rabí Avraham padecía de una enfermedad en un ojo, pero ninguno de los médicos a los que consultó supieron curarle. No pudiendo pagar la consulta a los mejores médicos, su enfermedad emporó y sufría del dolor. Cuando conoció a Maimónides, le rogó que le ayudara, pues el dolor le impedía estudiar Torá o escribir sus comentarios. Maimónides examinó sus ojos, investigó en sus libros médicos, y examinó sus ojos nuevamente. Estaba presto a escribir una receta, pero no lo hizo, sino que ordenó a su sirviente que llevara a Rabí Avraham a cierto lugar, pero sin decirle adonde sería llevado.

Debido a su pobre visión, Rabí Avraham no pudo saber a donde era llevado, sino que de repente se encontró dentro de un establo

de cabras de repugnante olor. Rabí Avraham se sentó sobre la tierra y miró a su alrededor. Sintió náuseas por el hedor; las cabras se le acercaban y le lamían las manos. Comenzó a temblar. No podía entender porqué Maimónides lo había castigado así. ¿No había lugar mejor para aprisionarlo por algún pecado que él no había cometido?

Era oscuro el establo y no podía distinguir el día de la noche. Las lágrimas cayeron de sus ojos. ¿Qué hago aquí, un pobre hombre como yo? ¿Porqué el Rambam está avergonzándose de ésta manera? ¿Qué quiere él de mí?

No podía parar de llorar. Rezó para ser sacado del establo. El tiempo transcurría lentamente. No podía ni siquiera pasar el tiempo pensando en Torá, porque no era apropiado hacerlo en un lugar como ese. La puerta estaba cerrada y nadie vino a abrirla. Las cabras le husmeaban sus ropas. Qué pasaría con él, se preguntaba.

Solamente se mantenía preguntándose porqué Maimónides le había puesto allí. El dolor y aquellos pensamientos angustiantes le quitaron el sueño. Pudo solamente sentarse y llorar.

Finalmente, escuchó el sonido de una llave en la cerradura. La puerta se abrió, y la luz entró por ella. Un sirviente entró y le dijo a Rabí Avraham que lo siguiera.

Afuera estaba Maimónides. Extendió sus manos y dijo, -
 “¡Bendito sea El, quien cura a los enfermos!”

- “¿Porqué está tan enfadado conmigo que me hizo meter dentro de un establo de cabras?”

- “Lo hice por su bien y su curación.”

- “¿Cómo puedo curarme en un establo de cabras de olor repugnante?”

Maimónides le explicó: - “Cuando examiné sus ojos, me di cuenta que solamente un remedio podía curarle. Ese remedio eran las lágrimas: llorar por doce horas sin interrupción. Me pregunté cómo podía conseguir hacerlo; y así, decidí hacer éste cruel acto, y encerrarlo en el establo de cabras. Solamente en un lugar como ese, te sentirías tan angustiado como para llorar tanto. No entenderías lo que quise hacerte, y pensarías que yo intentaba herirte. Y en realidad, has llorado tanto como yo quería. El sufrimiento ha sido la expiación de sus pecados, y las lágrimas

han bañado sus ojos y curado su enfermedad. Su mal ha desaparecido. Bendito sea El, quien cura a los enfermos. Ahora debes tener pendiente continuar utilizando la medicina para los ojos, para que la enfermedad no se repita.”

Maimónides le recetó la medicina y ordenó a su sirviente que se la diera sin recibir pago alguno.

- “Ahora debo irme. Me esperan en el palacio. No tengo tiempo ahora, para discutir sobre Torá con usted, tanto como quiero, porque sus explicaciones de Torá dan placer a cualquiera que las escucha.”

- “Le agradezco su gran favor. Eres un gran médico y un erudito que entiende los secretos de la Torá. Estuvo bien el haber venido a usted,” le contestó Rabí Avraham.

Justo allí, Rabí Avraham compuso entonces un poema en honor al Rambam, enviándoselo con su sirviente como prueba de su agradecimiento.

Los otros médicos del palacio continuaron estando celosos de Maimónides. Trataron de provocar acusaciones en su contra, ante el rey; pero el rey no las creía. Entonces trataron de persuadirlo de que no era bueno que confiara su salud a un médico judío. Insistieron que ellos sabían más que él. El rey les dijo que si veía que ellos tenían razón, destituiría a Maimónides.

Sugirieron una prueba. Traerían a un hombre ciego, a quien ellos podrían curar, y Maimónides no.

Trajeron a un hombre que dijeron había sido ciego desde el nacimiento, y afirmaron que ellos lo curarían. Maimónides dijo que si alguien era ciego desde nacimiento, no podía ser curado.

El rey dijo que quien pudiera curarlo, probaría ser el médico idóneo.

Uno de los médicos puso gotas de una medicina en los ojos del hombre, y éste exclamó: - “¡Puedo ver! ¡Puedo ver!”.

El rey estaba asombrado. Entonces Maimónides examinó al hombre y le mostró un pañuelo rojo. Le dijo: - “Si usted puede ver tan bien, dígame de qué color es el pañuelo.”

- “¡Es rojo!” declaró del hombre.

Todos los otros médicos aplaudieron. Entonces Maimónides le preguntó: - “Si usted ha sido ciego desde que nació, y nunca antes vió colores, cómo sabe que el color del pañuelo es rojo?”

- “¡Yo sabía; ¡Yo sabía! el hombre gritó.”

- “Si usted sabía entonces usted no era ciego del todo,” dijo Maimónides. “Estaba solamente fingiendo ser ciego. Ahora diga la verdad para que todos puedan oírla.”

El hombre fué forzado a admitir que realmente no era ciego, a pesar de que sus ojos habían estado cerrados durante ese tiempo.

El rey estando entre Maimónides y los otros médicos, declaró: - “Veo que su sabiduría es superior a la de ustedes. El atrapó al mentiroso. No provoquen ninguna acusación más en su contra. Yo no voy a aceptar ninguna otra calumnia sobre mi devoto médico.”

Maimónides comparó a los jueces con los médicos, y dijo que los primeros debían actuar de la misma manera que lo hace un médico cuando trata a su paciente. - “Porque nadie necesita tanto tener un buen carácter como los jueces. Si una persona ignorante no tiene buen carácter, no perjudica a las masas, sino solamente a sí mismo. Pero si un juez no es modesto o no tiene buen carácter, se perjudica a sí mismo y a otros... Y el juez debe seguir todas las normas que aparecen en la Mishná, en el Tratado Avot; tales como ser lento y prudente al decidir un juicio y no apurarse a decidir por temor a que halla algún asunto oculto. Debe hacer un gran esfuerzo para investigar a los testigos, y debe ser cuidadoso al preguntarles, para no indicarles la respuesta que ayudaría al caso... No debe presionar por entrar a la nave de juicio, por temor a ser considerado sospechoso. Debe siempre tratar de llegar a un compromiso. Si puede, debe evitar durante su vida declarar veredictos, y en lugar de ésto, puede crear siempre compromisos entre los litigantes; ésto es lo mejor. Si no puede, entonces debe declarar un preciso veredicto... En general, el juez debe ser como un experto médico, quien cuando le sea posible, curará con alimentos o con drogas suaves que sean similiares en su naturaleza a los alimentos, tales como líquidos, fragancias o compuestos preparados. Si vé que la enfermedad se intensifica, y que éstos elementos no ayudan, entonces deberá restituirlos por remedios más fuertes. Similarmente el juez debe esforzarse por llegar a un compromiso. Si no puede, debe reconciliar a los litigantes con un ligero veredicto. Y si no puede, por la crueldad de uno de los litigantes que busca dominar al otro forzosamente, debe tomar severas medidas y aniquilar al malvado de una vez.”

Capítulo Catorce

Interrogador Y Demandado

Al Rambam le pesó el haber tenido que practicar la medicina para ganarse la vida, sin poder dedicar todo su día al estudio de la Tora. Estudiaba Torá en cualquier momento disponible. En el intervalo de tiempo en que un paciente salía y el siguiente entraba, su mente estaba ocupada en el repaso y las innovaciones en la Torá. Creía que había sido santificado desde la infancia para difundir la Torá entre sus hermanos, y hacer que fuera amada por ellos. Su corazón guardaba gran amor por sus compañeros judíos. En una carta a Rabí Ionatán de Lunel, el principal sabio de Francia, escribió: “Antes de que fuera formado en el útero, la Torá me conocía, y antes de que hubiera nacido, me santificó para que difundiera su vertiente hacia afuera. He sido bendecido, y ella es mi amada y la novia de mi juventud, por cuyo amor he estado preocupado desde que fuí joven, aunque mujeres extranjeras (estudios seculares) han sido sus rivales, Moabitas y Edomitas. D-s sabe que originalmente las tomé solo como perfumes y cocineras para ella, para mostrarle a las naciones y sus ministros su belleza.”

En su comentario a la Mishná, escribió, “Es más apreciado por mí enseñar un principio de nuestra religión que todo el resto de lo que enseño.” Trataba en toda oportunidad de hablar acerca de los principios del judaísmo. En su comentario, se aprovechó de todas las ramas de su conocimiento, tales como las matemáticas y las ciencias naturales, para aclarar relacionadas citas de la Mishná.

Le fueron enviadas preguntas sobre halajá, de comunidades judías de todas partes del mundo, adonde sus libros habían llegado. Muchas de estas eran de rabinos, dayanim u otros eruditos de Torá. Algunas veces se refirieron a casos que habían sido llevados ante la corte rabínica, o incluso ante una corte no judía, sin que hubieran podido llegar a una decisión; consideraron al Rambam como al último árbitro. A menudo contestó con

breves respuestas, aunque otras veces dió detalladas explicaciones, dependiendo del tiempo y del nivel del interrogador.

La respuesta que escribía era leída en la sinagoga los sábados, para información del público. Algunas de sus respuestas fueron firmadas por los miembros de su Beit Din, para demostrar su conformidad. Una de ellas fue firmada por el jefe del exilio de Egipto, Yehudá, "el nasí de todos los exilios de Israel."

Los decretos que eran instituídos en varias comunidades le fueron consultados. Aún, si se decidía destituir al shojet (matador de carne kasher) de su posición en Alejandría porque había sido encontrado inapto, pedían su aprobación.

Le fué consultado un caso de un cohen en Alejandría que se había casado con una divorciada, ante una corte gentil. Cuando el asunto llegó a conocerse en el Cairo, después de que haber sido verificado por dos testigos, la comunidad judía del Cairo impuso la excomunión a ambos, al hombre y a la mujer, prohibiéndole a cualquier judío tener relación con ellos. De la misma manera, Maimónides tomó medidas contra la violación de las leyes matrimoniales en localidades rurales. Declararon públicamente la excomunión a quien permitiera que otro, sin el conocimiento de las leyes matrimoniales y del divorcio, manejara éstos asuntos.

Instituyó decretos para fortalecer las costumbres de la pureza familiar. Se dió cuenta que las mujeres prestaban poco caso al asunto de la inmersión postmenstrual. Algunas no esperaban los requeridos siete días previos. Otras no se sumergían en la mikve, sino solamente se bañaban, siguiendo la costumbre de las caraítas. Decretó que ésto era motivo de divorcio, sin que recibiera la mujer su ketubá (el dinero que se le debía a ella, según el contrato matrimonial). Decretó la excomunión a cualquier corte o rabino que decidiera ésta ley de una manera diferente.

Se dió cuenta que las personas que habían ido a rezar a la sinagoga, conversaban durante la repetición del rezo de la Amidá. Decretó que en lugar de que el rezo fuera repetido, el dirigente lo dijera en voz alta en el mismo momento que cada uno lo estuviera diciendo silenciosamente. - "Esto eliminará la profanación del nombre de D-s. Se llegó a saber entre los gentiles que los judíos escupen, aclaran sus gargantas, y hablan durante sus rezos. Esto lo

ven todo el tiempo. Piensan que nosotros consideramos el rezo como una broma o una burla.”

No todos los decretos que hizo fueron aceptados. En algunos casos, despertó la oposición de algunas partes de la comunidad. Estos habían guardado ciertas costumbres por muchos años y no estaban dispuestos a cambiar. Sin embargo, hubo muchos lugares donde se cambiaron sus formas de vida y se siguieron sus reglamentos. Su Beit Din, también fué ejemplar al seguir sus instrucciones.

El día que fué impuesta la excomunión a la influencia de los caraítas, fué un día terrible. Llegó a la sinagoga, gente de todas partes de la ciudad, para participar en el rezo y en la declaración de la excomunión. Los almacenes y negocios estaban cerrados en la mitad del día. La gente se reunió en la sinagoga con un estado de pavor.

- “Nuestro rabino Moshé ben Maimón ha invitado a la comunidad a la sinagoga, para declarar la excomunión,” se divulgó la voz.

- “El decreto dice que la mujer que no cumpla con la inmersión apropiadamente, estará propensa al divorcio sin su ketuba.”

- “Estos caraítas son pecadores e incitadores al pecado,” se dijeron unos a otros.

La Sinagoga estaba llena de gente y los candelabros estaban encendidos. De pronto - “¡Nuestro rabino, Rabí Moshé viene!” se propagó la voz.

La multitud se silenció con emoción, mientras el Rambam y otros rabinos ascendían a la plataforma del rezo, en frente de la sinagoga. El rezo de la tarde se hizo, seguido por varios capítulos de los Salmos.

Todo sucedió como en un sueño. La multitud se reunió en frente de la plataforma.

Uno de los rabinos se adelantó para hablar. Exhortó la actitud negligente que se había extendido con respecto a las leyes de la inmersión, porque la gente había sido influenciada por los caraítas. Les recordó la advertencia que había sido declarada al principio, y que no había sido efectiva. Ahora, era necesario imponer la excomunión.

Los rollos de la Torá fueron sacados. El Rambam estaba en el centro de la plataforma, rodeado por los rabinos de su Beit Din.

- “¡Abominable es cualquier mujer que no cuenta los 7 días o no se sumerge; o quien solamente se baña en lugar de sumergirse!”, resonó la declaración.

- “¡Amén! contestó la multitud en voz alta. Las paredes se estremecieron con las palabras.

El Rambam ordenó a los rabinos de su alrededor que repitieran esa advertencia en todas las sinagogas. La excomunión causó una profunda impresión en la gente. La mujeres lo percibieron seriamente, y los hombres lo ordenaron a sus esposas.

- “¡La excomunión ha sido impuesta!” se dijeron las mujeres entre ellas, en las calles y plazas comerciales. - “¡La excomunión de nuestro Rabino Moshé ben Maimón!”

Ahora las mikvaot se llenaban de mujeres que venían a sumergirse. Incluso fue necesario construir más mikvaot. La excomunión había provocado temor a la comunidad de Egipto.

El caso del cohen de Alejandría que se casó con una divorciada ante una corte gentil, estremeció a la comunidad del Cairo. Unos mensajeros fueron a la casa de Maimónides y le informaron el asunto. Pidió dos testigos confiables para que le confirmaran el informe, y les preguntó exhaustivamente los detalles. Cuando se escuchó todo, les dijo a los que le circundaban, - “Se deben tomar medidas en contra de ésta violación de la Torá.”

Un anuncio fué hecho a toda la comunidad del Cairo, en nombre del Rambam, que la excomunión iba a ser impuesta al cohen y a la divorciada. Un cierto día, la gente fué reunida en todas las sinagogas. Los rollos de la Torá se hubieron sacado, y la excomunión se declaró.

La sinagoga en la cual el Rambam rezaba se llenó de gente, que fué a escucharle pronunciar la excomunión. Nadie se opuso. La gente añadió comentarios propios: - “¿Cómo se atreve éste hombre que es un cohen, a casarse con una divorciada?”

- “Deberían echarlos de la comunidad judía. ¡No solamente excomulgarlos, sino echarlos del país!”

Después de que la excomunión se pronunció, el Rambam envió el mensaje a Alejandría, (lugar de residencia del cohen y la divorciada) y pidió que la excomunión se leyera en todas las sinagogas de allí. Los rabinos de la ciudad así lo hicieron. La palabra se difundió por toda la ciudad.

Cuando las dos personas involucradas escucharon su excomunión, tuvieron miedo y abandonaron la ciudad. Nunca más fueron vistos en la comunidad.

El Rambam se sintió forzado a utilizar éstas extremas medidas, para atraer de nuevo a la comunidad al sendero de la Torá: “reparar las cercas rotas de la ley de Moisés.” En particular trató de eliminar de las masas la influencia caraíta, quienes negaban la validez de la Torá Oral.

También, vió que las mujeres judías habían adoptado costumbres de los musulmanes; imitaban sus costumbres en las conmemoraciones. “En los matrimonios imitaban a los gentiles. La novia se vestía con un turbante o con un sombrero de hombre, cogía una espada en su mano, y bailaba en frente de hombres y de mujeres. A éste salvajismo se unían los hombres. El novio se adornaba como una mujer. Los muchachos también, se ponían ornamentos de mujeres, y se maquillaban sus manos con los cosméticos que las mujeres usan.”

Los rabinos estaban horrorizados, pero no tomaron coraje para corregir la situación. El Rambam había hecho anuncios en las sinagogas sobre la gravedad de éste pecado, pero la situación no se mejoró. Finalmente, él reunió a todos los rabinos de la comunidad y juntos, decretaron y anunciaron que “cualquiera que va a casarse debe hacerlo, con la condición de que no siga los caminos de los herejes y no viole la ley de Moisés y de Israel.” También decretaron que cualquier hombre que se entera de la violación de su mujer y no lo reporta al Beit Din, estará sujeto a la “excomunión, el destierro y la separación de la comunidad.” Y si el Beit Din creía justo hacerlo, se declararía también la apropiación de sus bienes. Impusieron también la “excomunión completa en todo Tribunal de cualquier parte de Egipto, hasta la época mesiánica” a quien no cumpliera con éste decreto.

Los caraítas se aprovecharon de la simpleza mental de las masas, para contagiarles sus herejías. Les decían a las masas ignorantes que toda la trasmisión de la Torá en el Talmud estaba basada en palabras de sabios individuales, que habían hecho renovaciones, sin fundamento alguno en la tradición recibida. El pueblo común lo aceptó. Para silenciar a éstos herejes, el Rambam escribió su Mishné Torá, para que así, todas las leyes de lo prohibido y lo permitido aparecieran claramente. Junto con

ésto, trabajó para corregir la forma de vida del pueblo judío en Egipto, retornándolos a la Torá. Lo hizo por medio de reuniones, anuncios y epístolas. Cuando todo esto fallaba utilizaba también la excomunión.

En cierto pueblo, vivían judíos que no guardaban las leyes matrimoniales o del divorcio, apropiadamente. Personas que no conocían éstas leyes apropiadamente, supervisaban matrimonios y divorcios sin consultar o sin tener la aprobación de concedores rabinos.

Algunas personas de éstos pueblos fueron donde Maimónides y le contaron el problema. - “¡Debemos hacer algo para prevenir el problema de mamzerut (hijos nacidos de matrimonios ilegales, a quienes no les está permitido casarse)!”, le dijeron. El Rambam les hizo muchas preguntas para entender el asunto en detalle. Luego entonces, envió una carta a éstos pueblos, con una severa advertencia para aquellas personas que no conocían las leyes apropiadamente, que no debieran manejar los asuntos matrimoniales o de divorcio. Les dijo que estaban causando un desastre al pueblo judío. Les envió también cartas a los rabinos de aquellos pueblos, urgiéndoles a tomar una severa posición sobre el tema.

Las cartas llegaron a sus destinos, pero no tuvo ningún efecto. Los meses pasaron, y se vió claro que la situación no había mejorado. El Rambam envió una segunda serie de cartas. Emitió la severa advertencia, que si esas personas no dejaban de manejar los matrimonios y los divorcios, impondría su excomunión. Pensaba que ésto les atemorizaría lo suficiente para hacer que cesaran. Pero ésta advertencia tampoco tuvo efecto.

El ordenó a todos los estudiantes y a todos los líderes de la comunidad que anunciaran públicamente que algún día, una excomunión se impondría sobre aquella gente. Pensaba que el anuncio les llegaría también a éstos, y vendrían a pedir disculpas. Pero nuevamente ellos lo ignoraron.

Y así un día se fijó para la imposición de la excomunión. En una reunión pública, se sacaron los rollos de la Torá y la excomunión fué declarada contra aquellas personas de los pueblos que supervisaban matrimonios o divorcios sin el permiso de los rabinos. La voz de la excomunión se difundió por todo Egipto.

Finalmente, aquella gente cesó sus actos. Tuvieron miedo de la excomunión.

Después de terminar de escribir el Mishné Torá, Maimónides comenzó a formular el Moré Nevujim. Lo terminó a la edad de 51 años. Este fué escrito en forma de cartas a su querido estudiante Rabí Ibn Aknin, que ansiaba escuchar la sabiduría de su maestro y le envió cartas desde lejos. En éste libro, él quiere continuar el llamado del patriarca Avraham y publicar la verdad de la unidad de D-s en el mundo. De ésta manera comenzó la carta que envió a su discípulo, la cual fué una especie de introducción al Moré:

“Mi querido discípulo, Rabí Yosef ben Rabí Yehudá, cuando usted estuvo frente a mi y vino desde lejos para estudiar conmigo, le tuve en gran estima por la devoción al estudio. De sus poemas ví un gran deseo por los temas eruditos. Cuando sus cartas y poemas me llegaron de Alejandría, antes de que pudiera atestiguar su nivel intelectual, me dije para mis adentros, que tal vez su deseo era mayor que sus capacidades. Cuando usted me presentó lo que ya sabía de astronomía y lo que ya sabía de otros temas que eran un fundamento necesario, mi estimación por usted se incrementó, debido a su buen entendimiento y rápida comprensión. Ví que su deseo por aprender era enorme. Le guí para prepararle para ésto, puesto que sabía cual sería el resultado. Cuando usted me presentó lo que ya sabía de lógica, tuve grandes esperanzas en usted. Me dí cuenta que se merecía que le fuera revelado los secretos de los libros de los profetas, para que supiera lo que es apropiado saber por un pensamiento perfecto. Comencé presentándole ésto de una manera indirecta y con comentarios, y ví que usted me preguntaba más y más. Fuí apremiado entonces, a explicarle temas religiosos.”

En sus cartas, Maimónides le envió a Ibn Aknin un capítulo tras otro. Manejó temas elevados: filosofía, ética, y profecía. Estos le rescatarían de la confusión, clarificarían lo oscuro y explicarían cosas dichas en metáforas. Al principio, él también escribió con signos y metáforas; pero a la larga se dió cuenta que ésto no era apropiado para el público a quien el libro estaba destinado. Cesó de escribir en éste estilo, y comenzó a escribir en una forma que fuera entendida por cualquier lector. Quizo prender la lámpara ante un amplio público, para que fuera posible encontrar las perlas de la sabiduría.

Escribió cuidadosamente y con precisión. Estuvo preocupado de que pudiera no ser entendido apropiadamente, o que el lector pudiera llegar a errar en algún tema difícil de la Torá. Escribió a su discípulo: “D-s sabe que no he cesado de temer enormemente, al escribir éstas cosas que quise escribir en éste libro. Son temas profundos. Nunca se ha escrito un libro sobre éstos temas, en nuestro pueblo durante el exilio. ¿Cómo puedo ser yo el que empieza? Sin embargo me apoyo en dos principios.”

Los dos principios en los cuales se basó cuando se abordó a escribir el Moré, fueron: “Es el momento de actuar en favor de D-s” y “Hagamos que nuestros actos sean por amor a los cielos”. Tuvo muchos temores: de que no fuera entendido; de que su trabajo creara controversias, y que sus palabras fueran malinterpretadas. Por eso, comenzó con el aviso: “Yo ruego por D-s a todos mis lectores, que no expliquen ni siquiera una sola palabra de ninguna forma, a excepción de lo que está explícito por las palabras de aquellos que me antecedieron, o sea los conocidos Sabios de nuestra Torá. No la expliquen de ninguna otra manera, ni se precipiten a contestar. Ya que es posible que lo que se entendió de mis palabras sea lo opuesto a mi intención, y se me perjudicará en retorno a mi deseo de ayudar, o sea me pagará mal por bien.” A pesar de todo, él se sintió apremiado por escribir éste libro, porque sintió una obligación con aquellas personas que serían capaces de entender, a pesar de la real degradación de las masas, que no lo entenderían a fondo. Aquel individuo que sería sacado de la confusión en que estaba atrapado, y pudiera llegar a la perfección, era lo suficientemente importante para que escribiera el libro para él solo. “El perfecto dentro del pueblo, el hombre religioso confundido, obtendrán beneficio de cada capítulo. Cuán grande será su anhelo por ésto, y cuán placentero será escucharlo.”

El sopesó cada palabra, debido a su preocupación porque el malentendimiento le llevara a acusaciones en su contra, o le ocasionara a alguien perder su fé. Con dicho propósito, escribió en su introducción, a cuales personas estaban dirigidas sus palabras. “En ésta obra, estoy hablando a quienes ya han estudiado filosofía, a quienes conocen las ciencias verdaderas, y a quien cree en las palabras de la Torá pero está confundido debido a las palabras oscuras y a las metáforas que hay en ella.”

Las preguntas que Rabí Yosef Ibn Aknin hizo sirvieron como base para el libro. De sus preguntas le fué evidente que había mucha confusión entre la joven generación. Esta confusión tenía que ser resuelta, respondiendo a ésas preguntas sobre temas de puntos de vista del mundo, creencias, y convicciones.

Comenzó con una explicación de las palabras difíciles. Inició con el versículo: "Abre las puertas y el pueblo justo que mantiene la fé entrará". Fué para indicar que estaba escribiendo para la persona que era íntegra en sus creencias religiosas, pero que había estudiado las ciencias y que por ellas, se había confundido. Por lo tanto, se propuso abrirle las puertas del entendimiento y sacarlo de su confusión.

Cuando escribió, se imaginó ante sí, a Moisés bajando del Monte Sinaí con las tablas del pacto en sus manos. Veía a Moisés como el maestro de todos los sabios y profetas. En el Moré, escribió: "Sepas, que el maestro de todos los sabios, Moisés nuestro profeta, que la paz sea con él, hizo dos pedidos y ambos le fueron respondidos. El primero fué, que le pidió a D-s que le enseñara Sus características. D-s le contestó ambas preguntas, prometiendo darle a conocer todas Sus características, las cuales son Sus acciones. Le dijo, que Su esencia no podía ser comprendida, en sí misma. Pero le mostró lo que podía comprender, el máximo de lo que una persona puede comprender. Nadie antes o después de él, ha entendido tanto sobre ésto como Moisés."

En el Mishné Torá, en el Jiljot Yesodei ha-Torá (Leyes de los fundamentos de la Torá), escribió: "Cuando Moisés nuestro maestro dijo, 'Muéstrame Tu gloria', él estaba pidiendo conocer la verdad de la existencia de D-s, para que ésta le fuera conocida por su corazón, de la misma manera que se conoce una persona que se ha visto, cuya figura es grabada en su corazón. Tal persona es diferente en su conocimiento a otra persona. De ésta manera, Moisés quiso que la existencia de D-s le fuera conocida a él diferentemente de la de otros seres, y así, conocería la verdad de Su existencia misma. D-s le contestó que no está dentro del poder de la mente humana, mientras la persona está viva y su alma está unida a su cuerpo comprender ésta verdad sobre su Creador. D-s se mostró a él como a ninguna otra persona antes o después.

Comprendió Su existencia, de una manera diferente a la de otros seres. Esto está indicado por el versículo: "Tu verás Mi espalda, pero Mi rostro no será visto."

Fue el sentimiento de seguir los pasos de Moisés lo que le llevó a titular su más importante obra "Mishné Torá". Moisés, el maestro de todos los sabios, fue el dador de la ley. El, por otro lado, solamente estuvo explicando la Torá de Moisés. Como Moisés, Maimónides dedicó la mayor parte de su tiempo a conducir a la comunidad, guiándolos por el camino correcto; y se interesó por los asuntos de todo el pueblo judío, no solo por la enseñanza a los sabios.

Por lo tanto, en su comentario sobre la Mishná y en el Mishné-Torá, se ve a sí mismo como maestro de las masas. Cuando pasó a escribir el Moré Nevujim, a pesar de que estaba escrito en forma de cartas a su querido discípulo, su intención era realmente, para todos aquellos que eran como él. Pensó escribirlo mucho antes de que su discípulo le pidiera una respuesta a sus profundas preguntas sobre la fé.

La opinión de Maimónides en cuanto a la diferencia entre los milagros realizados por Moisés y los realizados por los otros profetas, es que los del primero, se apartaron realmente del orden de la naturaleza.

En el Moré, escribió, "Uno de ellos, por su gran comprensión y por apartar sus pensamientos de todo lo que no fuera D-s, llegó al nivel descrito como 'estuvo allí con D-s'. Preguntó y le fue respondido; habló y se le habló en aquel lugar sagrado. Debido a su gran regocijo por lo que hubo logrado, él no comió pan ni bebió agua; pues su mente se fortaleció tanto, que todos los poderes burdos del cuerpo, es decir, el sentido del tacto, se hubo anulado."

Con ésto, quiso decir que Moisés logró no solamente la comprensión erudita, sino también la comprensión de la ley. En el Iljot Yesodei ha-Torá escribió: "Ninguno de los profetas profetizaban cuando querían. Pero Moisés, nuestro maestro fue diferente; cuando él quería, la inspiración divina le envolvía y la profecía descansaba sobre él. Por lo tanto, podía profetizar en cualquier momento, como está escrito: 'Permanece aquí, y yo escucharé lo que D-s te ordena.'"

Mientras él escribía se preguntaba: “¿Cómo Moisés nuestro maestro hubiera explicado esto?” Vió a Moisés como “lo más selecto de la humanidad...quien había llegado al nivel de los ángeles...Ningún velo quedó sin que él no lo rompiera. Ningún obstáculo físico bloqueó su camino. Ninguna deficiencia grande o pequeña quedó en él. El poder de su imaginación, sus sentidos, y sus emociones...fueron puestas de lado...hasta que quedó con el intelecto puro. Por eso esta dicho de él, que habló con D-s sin la intermediación de los ángeles.”

En su Moré Nevujim, continuó los pasos del maestro de todos los sabios y profetas. Explicó las leyes de la Torá, dando razones a aquellas leyes que no fueron explicadas en la Torá misma. En todas sus acciones, trató de emular a Moisés, viéndolo como el hombre de un intelecto puro. Quizo llegar al nivel que Moisés había alcanzado cuando D-s se le reveló, en el Monte Sinaí.

Capitulo Quince

Guia Para Los Perplejos

Escribió carta tras carta, en momentos diferentes, y las envió a su discípulo. Las escribió entre sus otras ocupaciones, después de haber dedicado bastante tiempo a pensarlas. Las escribió con una mente clara. Estudió los libros de los pensadores de su generación, para saber cómo responderles. Creía que las ciencias habían sido escritas por el pueblo judío de generaciones antiguas, pero que se habían perdido con el tiempo. Ahora, él tenía que recopilar los postulados y ponerlos en una sola obra, para darle al pueblo judío un libro de filosofía; para aquellos sedientos por conocer los métodos, pero que no querían recurrir a los filósofos gentiles, quienes expresaban ideas que no eran compatibles con las de la Torá. Algunos ya habían sido influenciado por ellos y habían andado por campos lejanos buscando las ideas más sublimes de los pensadores gentiles.

Sobre este tema de las ciencias perdidas para el pueblo judío, escribió: “Sepan que las muchas ciencias que existieron en nuestro pueblo, referentes a la verdad de las cosas, se perdieron con el transcurso del tiempo. Nos fueron quitadas debido a que estuvimos bajo el dominio de otros pueblos, y porque éstos temas no fueron transmitidos a cada uno, como lo hemos explicado. Lo único que fué transmitido a cada uno, fué el texto escrito. Ya saben que ni siquiera la Torá Oral que hemos recibido no fué originalmente escrita, según el bien conocido precepto, ‘las palabras que te he dicho oralmente no tienes permiso de escribirlas.’ Esta fué la más grande sabiduría de la Torá, porque previó lo que en última instancia sucedió; es decir, la multiplicación de opiniones, y la ramificación de principios y leyes poco explícitas, que aparecieron con la aceptación del autor, y por el olvido de éste. Así mismo, hubo nuevos desacuerdos entre el pueblo, se formaron divisiones y estuvieron confundidos sobre cómo actuar. Antes, (la tradición de la interpretación) fué transmitida a la Corte Suprema, como ha sido explicado en nuestra

Torá escrita. El lenguaje de la Torá misma, lo indica. Si fueron reacios a poner por escrito las leyes prácticas en un libro que fuera accesible a todos, evitando la pérdida que en última instancia ocurrió, menos aún quisieron escribir un libro con los secretos de la Torá, que fuera accesible a todos. Más bien, éstos secretos fueron transmitidos a individuos merecedores, como le he explicado a usted. Ellos dijeron: 'Los secretos de la Torá deben ser transmitidos solamente a quien recibe consejo, es sabio en sutiles temas...' Esto causó al pueblo la pérdida de esos grandes fundamentos, porque ahora, usted solamente puede encontrar pequeñas alusiones y símbolos en el Talmud y en los Midrashim. Son como el grano más interno cubierto por grandes caparazones, de manera que la mayoría del pueblo se ocupa de los caparazones e imagina que no hay nada debajo de ellos."

Siguió con la presentación de los principios y maneras de pensar adoptadas por las sectas musulmanas conocidas como los Mutajlamin, los Matula, y los Ashariya. Le dijo, que las ideas de éstas sectas musulmanas, fueron tomadas de libros griegos y sirios, "que discreparon de las ideas de los filósofos y negaron sus palabras." Le explicó estas maneras de pensar y le dijo que "no tenemos necesidad de ellas."

Cuando Maimónides se dispuso a escribir la segunda parte del "Moré Nevujim", hizo una pausa y escribió una introducción a su alumno. Temió que sus palabras pudieran ser mal entendidas, porque estaba escribiendo sobre el mecanismo de los planetas, la creación, la carroza divina, y una explicación de los problemas relacionados con la profecía.

En su introducción, escribió: "Sepas que no fué mi intención en éste trabajo, escribir sobre las ciencias naturales o resumir las diferentes teorías de la teología, ni probar lo que de ellas se puede probar. No fue mi meta resumir o inspeccionar la característica de los planetas o decir su número. Ya se han escrito suficientes libros acerca de éstos temas. Si no escribieron lo suficiente sobre algun tema, lo que yo diga sobre ese tópico no es superior a lo que ya ha sido dicho. Sino, mi propósito con éste tratado es como ya le he dicho en mi introducción: explicar las palabras difíciles de la Torá y revelar la verdad de sus secretos; los cuales están por encima del entendimiento de las masas. Por lo tanto, cuando vé que yo estoy hablando acerca de la existencia o del número de las

separadas inteligencias, o la cantidad de planetas y las causas de sus movimientos, o explicando los conceptos de contenido y materia, o la influencia divina o temas similares, no pienses que intento solamente explicar ese tema filosófico; pues éstos temas ya han sido discutidos en muchos libros y la verdad de la mayoría de ellos ya ha sido probada. Más bien, mi propósito es solamente, que por medio del entendimiento de ésto, uno de los difíciles temas de la Torá fuera aclarado, y muchos nudos fueran desatados con el conocimiento de ese tema que resumí.”

Continuó diciendo que cualquier cosa que escribió acerca de las otras ciencias, lo hizo porque era una llave necesaria para entender algo de los libros de los profetas, sus metáforas o secretos. Cuando el alumno leyó esto, entendió que Maimónides quiso disculparse por dedicar un espacio al tratamiento de las ciencias; hacía ésto solamente “para establecer el conocimiento de una correcta perspectiva fuera de las opiniones de la Torá.” Esta apología le mostró al alumno cómo entender la manera de pensar de su maestro. En sus cartas, mencionó las opiniones de Aristóteles y de otros pensadores, para “recopilar aquellos que se corresponden con la Torá y concuerdan con las declaraciones de nuestros Sabios, de bendita memoria.” Al leer el estudiante las cartas, una tras otra, entendió que su maestro había hecho un completo estudio de las opiniones de los pensadores contemporáneos, para entender las diferencias entre ellos y lo que la Torá decía.

Por eso, el alumno sintió placer en estudiar las cartas de Maimónides y en sumergirse para entender las características de los planetas, la existencia de los ángeles y las separadas inteligencias, que les aparecieron a los profetas en sus profecías. Imaginaba escuchar los sonidos terribles que emanaban de los movimientos de los planetas, mientras leía las cartas de su maestro.

Para entender las palabras de Maimónides sobre los planetas y sus movimientos, el alumno tuvo que estudiar las obras de Aristóteles y de otros filósofos de la época; y los escritos de sabios de otros pueblos que compaginaban o contradecían las palabras de los Sabios judíos.

Maimónides sabía que el estudio de los planetas y las constelaciones basado en las palabras de los otros pueblos, la

discusión de las inteligencias separadas y todo lo que va con ésto, despertarían dudas en el corazón del estudiante y perjudicarían su fé pura. Por tanto concluyó en una de sus cartas, diciendo: “Ya hemos explicado que ninguno de éstos temas contradice lo que han mencionado nuestros profetas o los portadores de nuestra Torá. Porque nuestro pueblo es una nación de sabiduría perfecta, como D-s lo declaró através del maestro, quien trajo nuestra perfección, diciendo: ‘Esta gran nación no es otra que un pueblo sabio y entendido.’ Pero cuando los malos y los necios de los pueblos destruyeron nuestra bondad, nuestra sabiduría, nuestros libros, y nuestros sabios, nos convertimos en necios, como El nos nominó por nuestros pecados, y dijo: ‘La inteligencia del sabio se perderá y el entendimiento intuitivo estará oculto.’ Nos asimilamos y nos influenciarnos con las opiniones de otros pueblos, así como hemos sido influenciados por sus características y actos. Como fué descrito: ‘Ellos se mezclarán con las naciones y aprenderán de sus actos.’ Y está escrito, lo que nos sucedió por asimilar las opiniones de los necios: ‘y ellos observaron a los hijos de extranjeros.’ ”

Le explicó a su alumno una serie de opiniones de varios pensadores sobre la eternidad del mundo, contrastando con la opinión de los creyentes en Torá. Le explicaba cada cosa, mientras arguía las ideas de los otros pensadores.

Le escribió a su alumno que él estaba escribiendo éstas cosas solamente para él; y por ésta razón no citó en ninguna parte las palabras reales de los filósofos, sino que solamente hizo referencia a sus palabras. No citaba sus palabras ampliamente, sino solamente lo que era necesario para su propósito. Entró en una amplia discusión sobre las opiniones de Aristóteles y las comparó con las suyas, mostrando aprecio por las opiniones de éste, a la vez que construía una fuerte muralla alrededor de la Torá “para bloquear cualquier piedra que le fuera lanzada.” Citó el debate que existía con Aristóteles: las preguntas y objeciones que habían surgido; las respuestas que fueron dadas; sus investigaciones y las conclusiones que se hubieron sacado de todas las preguntas y respuestas. Al mismo tiempo, le explicó a su alumno, que el conocimiento humano no abarca lo que está en los Cielos. “Los Cielos son de D-s, y la tierra, El la ha dado a los hijos del hombre.” Es decir, sólo D-s conoce la verdad de los

Cielos y su naturaleza, pero lo que está debajo de los Cielos, le es posible conocer al hombre. A veces, escribiría a su alumno en una carta, que en verdad, habían temas acerca de los cuales él mismo estaba confuso.

En sus cartas a su alumno, le relató los argumentos que tenía con Aristóteles, las preguntas y respuestas que habían entre ellos. Le escribió cosas que anteriormente nunca las había informado a nadie: argumentos sobre la eternidad del mundo, sobre el planeta luna, la materia que tienen en común todas las cosas, las razones de las diferencias de especies. Las diferencias cualitativas del calor, el frío, la humedad, lo seco, y sus combinaciones en proporciones diferentes. Le habló acerca de la profunda agudeza y sorprendente comprensión de Aristóteles, y cómo había sido mal interpretado por puntos de vista que no estaban basados en la realidad.

Continuó explicando la profecía, la visión de los ángeles y los sueños proféticos. Encontró secretos develados en éstos. Insistió en que todas las visiones descritas en la Biblia eran profecía, “y no tenga la idea de que se puede ver un ángel o escuchar las palabras de un ángel, sino solo en una visión profética o en un sueño, según la regla: ‘Me doy a conocer a él en una visión; Le habló en un sueño.’ Con lo que he mencionado puedes aprender el resto que no he mencionado.”

Dijo que los profetas a veces tienen sus profecías en forma de metáforas. “A veces el significado de la metáfora le es explicado dentro de la misma visión profética.” Continuó explicándole sobre la actividad de la imaginación, y que las visiones proféticas contenían secretos que debían ser entendidos. En otros capítulos, le explicó los niveles de la profecía y que algunos profetas no profetizan constantemente, sino solo intermitentemente. A veces un profeta tiene profecías en un nivel más alto y otras veces en uno más bajo. Es posible que un profeta alcance el nivel más alto solamente una vez en su vida, después de lo cual se le es negado. Luego, explicó los escalones de la profecía, y sobre cuales aparece el espíritu de D-s. La inspiración divina fué el nivel de los jueces y de los reyes justos de Israel. Moisés tuvo éste poder desde su adolescencia y fué por ésto que fué movido a matar al egipcio y reprender al pecador entre los dos hombres que estaban peleando. El rey David, también tenía éste poder; fué por ésta

razón que tuvo el valor de pelear en contra del león, del oso, y Goliat.

El rey David escribió los Salmos bajo inspiración divina. Salomón escribió el libro de los Proverbios, Eclesiástes y el Cantar de los Cantares. Daniel, Job, el libro de Crónicas y los otros hagiógrafos fueron escritos por inspiración divina; así como lo fué el Rollo de Esther.

Continuó describiendo el alto nivel del profeta y cómo se alcanza éste. El nivel onceavo es en el cual el profeta vé a un ángel hablándole, en una visión; como Abraham en el sacrificio de Isaac. Este es el más alto nivel de los profetas. En su opinión, es imposible que un profeta vea a D-s hablándole en una visión profética. "No hemos encontrado ésta situación con ningún profeta." Ocurre solamente en sueños.

La mente del alumno se abrió al entendimiento de cosas que no había pensado anteriormente. Eran temas profundos; algunos necesitaron explicación. Hizo preguntas hasta que entendió todo lo que su maestro le había escrito a distancia. Estaba ocupado con su sustento; durante sus muchos viajes estudiaba las cartas y obtenía coraje de ellas. A veces para él, era una dura lucha penetrar en las profundidades del pensamiento de su maestro. Otras veces los pilares de su pensamiento eran sacudidos por las cosas que leía en las cartas, y debía reorganizar su manera de pensar.

Cuando él meditó sobre el concepto del mal en el mundo y su significado, estudió la carta que su maestro le había escrito. En ésta decía: "Esos grandes males que unas personas le hacen a otras, por sus metas y deseos, o puntos de vista y opiniones, están relacionados a la inexistencia, porque son causados por la estupidez, o sea la ausencia de la sabiduría. Así como alguien que es ciego y por la ausencia de la vista no puede evitar tropezarse o ser herido, y herir a otros, es también porque le falta lo que le indicará el camino. Lo mismo ocurre con los varios grupos de las personas; cada uno según la profundidad de su estupidez ocasiona un gran mal a sí mismo, a otros, y a la humanidad. Si tuvieran sabiduría, lo cual se asemeja en la figura humana a la relación del sentido de la vista con el ojo, entonces se abstendrían de perjudicar a otros y a sí mismos. Porque el conocimiento de la verdad, elimina el odio e impide perjudicarse unos a otros. El

profeta nos lo ha asegurado, diciendo: "El lobo habitará con la oveja, y el leopardo yacerá con el gatico...y la vaca y el oso apacentarán...y el niño jugará..." Luego dá la razón de ésto, explicando que el fin del odio, la hostilidad y la tiranía será causado por el conocimiento de la verdad de D-s. Dice: 'No harán mal ni destruirán cualquiera de Mis montañas sagradas, porque el mundo estará lleno de conocimiento de D-s, como el agua que cubre la tierra.' Sépanlo."

Las palabras golpearon como martillo. Conocía la naturaleza de las personas en éste mundo, que para obtener alguna meta, incluso la meta de la grandeza imaginaria y del dominio, una mala persona es capaz de matar, calumniar o difamar. La frase popular dice: "El fin justifica los medios." Esto ocurre, refiriéndose a la intención de hacer cambiar de opinión o de principios. Por esos propósitos la gente es capaz de causar a otros grandes daños.

En el transcurso de ésta discusión, habló sobre el bien y el mal en éste mundo. Discutó la pregunta de porqué parece que hay más maldad que bondad en el mundo. Escribió sus comentarios a su maestro, y le pidió respuestas a sus preguntas sobre éste tema. El maestro le contestó con una nueva carta acerca del bien y del mal en el mundo, las angustias y fracasos de la gente, y porque una porción de la persona en éste mundo es bastante mala.

En cartas adicionales, le explicó el proceso del mal en éste mundo, y las clases de maldad.

El alumno prestó particular atención a la parte que discutía los males con que se encuentra la gente, causados por el tratar de dominar unos a otros. En el transcurso de su negocio, él viajaba de un país a otro, y en todas partes encontró regímenes tiránicos que causaban daño a la gente en lugar de bien. Se cuestionó preguntas difíciles sin encontrar respuesta. Y le pidió a su maestro que le escribiera más acerca de ésta clase de maldad. ¿Por-qué había escrito que el oprimido por el gobierno no tiene manera de escaparse de éste mal? ¿Cuál es el significado de las guerras entre las naciones? ¿Por-qué una nación tiene muchas guerras mientras otra no? ¿Estas guerras son comparables con la persona que hace una emboscada para matar a otro; o al ladrón que roba de noche, como Maimónides había escrito en su carta?

El tema de la maldad en el mundo le había preocupado desde su infancia. Leyó y releó las palabras de su maestro sobre éste

tema. Pensó en especial sobre el concepto de la superabundancia y los problemas que trae; y sobre el error que la gente comete al pensar que D-s es impotente en éste asunto “que necesariamente conduce a éstos grandes males, como se espera, porque la naturaleza no obedece a su dueño, que trata de prevenirles la obtención de un mal fin.”

Las cartas contestaron muchas de las preguntas de los alumnos, aunque a veces le causaron nuevas confusiones. A veces el temor se apoderó de él al leer una carta. No conocía su posición. Estudió la carta que trataba sobre la supervisión divina, y leyó que la influencia de D-s está ligada a la especie humana. Esta supervisión es mayor en los profetas, según el nivel de profecía, y también sobre los píos o gente justa, de acuerdo con su nivel. “Ya que es la influencia divina la que dá la profecía, hace que las acciones del justo sean correctas, y trae la perfección en las mentes de los piadosos. Pero, la posición de los malvados está rebajada a tal grado que ésta influencia les es negada; entran en la misma categoría que otros seres orgánicos y son como animales.” Cuando el estudiante leyó ésto, quiso superarse al nivel del pío y justo para que la influencia divina descendiera sobre él. Buscó la maneras de lograrlo, pero se encontró con obstáculos.

Estudió las cartas que trataban sobre Job, sobre el sufrimiento humano y las pruebas que las personas enfrentan. “Sepas, que toda prueba relatada en la Torá, está dada para que la persona sepa lo que debe hacer o creer. Es como si el objetivo de la prueba es que cierta acción se haga, pero cuyo propósito no es la acción misma, sino que sea un ejemplo para que otros aprendan y lo sigan.” Continuó leyendo el comentario de Maimónides sobre el sacrificio de Isaac y las pruebas de Abraham. “Porque nuestro patriarca Abraham no se apresuró a matar a Isaac por el temor a que D-s lo mate o lo empobrezca, sino por la obligación de amar y reverenciar a D-s. Tampoco fué por la esperanza del premio o el temor al castigo. Por lo cual, el ángel le dijo: - ‘Ahora sé, que temes a D-s.’”

Maimónides continuó explicando, que el segundo propósito del sacrificio de Isaac era “mostrarnos cuán certeros son los profetas con lo que se les aparece de D-s, en una visión. O sea que no se debe pensar, que porque aparece a través de la imaginación, en un

sueño o en una visión, podría no ser cierto lo que oyó o lo que se le dijo metafóricamente, o que podría tener mezclada una cierta cantidad de especulación. Por lo tanto, El quiso decirnos que lo que un profeta vé en una visión, es verdadero y es comprobado por el profeta.” Otra vez el discípulo sintió fuertes deseos de alcanzar el nivel de profecía. Tuvo visiones por la noche, pero sabía que éstas no eran profecía.

Mientras Maimónides estaba en el palacio, a veces tenía tiempo libre cuando un paciente que estaba programado llegaba tarde; durante éstos momentos escribía anotaciones para su alumno, o le enviaba sus cartas con respuestas a las preguntas o con comentarios adicionales. Pensaba en nuevas ideas sobre cómo explicar una opinión con mayor profundidad o cómo reformular una explicación.

Cuando trató el tema de la profecía, quizo explicar porqué la profecía aparece en metáfora, y el significado de las metáforas. Quería que la profecía y su significado fueran algo más tangible para su alumno. Escribió: “Ya hemos explicado en nuestro trabajo que los profetas a veces profetizan en metáforas. Es decir, los profetas ven algo que se supone que es una metáfora. A veces ésta le es explicada dentro de la profecía misma, de la misma manera que a veces una persona tiene un sueño y dentro del sueño se imagina a sí mismo despertándose, y contándole el sueño a otra persona y explicándoselo - todo ésto dentro del sueño. Esto es lo que se llama, ‘un sueño explicado dentro de un mismo sueño’. O algunas veces el significado de un sueño es entendido después de que la persona se despierta. Lo mismo ocurre con las profecías metafóricas: algunas veces, son explicadas dentro de la visión misma; como en Zacarías, quien dijo, - ‘El ángel que me habló, regresó y me despertó, como quien se despierta de un sueño, y me dijo, - “¿Qué vé?” ’ después de lo cual explica la metáfora. También lo vemos en Daniel, como esta escrito, ‘Daniel tuvo un sueño y una visión en su lecho’, después de lo cual relata todas las metáforas y la tristeza de Daniel porque no conocía su significado. Entonces le pregunta al ángel, quien le dice su significado dentro de la misma visión.”

En otras cartas a su discípulo, discutió los niveles de la profecía; cómo la profecía se aleja del profeta, cómo le llega, y

cómo sabe el profeta cuando una profecía se le está presentando. Mientras leía las cartas, el alumno se imaginó que Maimónides tenía algo como de profecía, pues ese era su nivel. Se imaginó sirviéndole de misma manera como Josué le sirvió a Moisés.

Maimónides describió los niveles de la profecía. El más bajo nivel es en el que “la persona tiene ayuda divina que le despierta para realizar grandes y valiosos actos buenos, como salvar a un grupo de gente justa, de un grupo de gente malvada. El más alto nivel, es ver a un ángel que le habla en una visión, como Abraham en el sacrificio de Isaac.”

“Hay gente que tiene dificultad en dar una explicación a algún precepto; prefieren no intelectualizar los preceptos de ninguna manera. Esto es debido a una falla en sus almas que no pueden explicar o expresar. O sea, ellos piensan que los preceptos no fueron dados para ningún beneficio práctico.” Así comenzó Maimónides su discusión sobre las razones de los preceptos. Le pidió a su discípulo que prestara cuidadosa atención y meditara sobre las obras de D-s, para entender de éstas la orientación de D-s, y Su sabiduría al crear toda vida.

Maimónides luego, comenzó a explicar las razones de los sacrificios de animales. Explicó que la gente no pudo hacer cambios radicales de un extremo al otro de una vez, o de repente abandonar todo a lo que estaba acostumbrado. Cuando D-s envió a Moisés para que formara al pueblo judío en una nación santa, era adoptada la costumbre en el mundo entero de traer sacrificios a un santuario. “Por lo tanto, D-s transfirió las formas adoptadas para el servicio de la idolatría, para Sí Mismo.”

Maimónides explicó que esta orientación divina logró la erradicación de la idolatría y el arraigo de la fé en un solo D-s. De ésta manera, las almas del pueblo no se negaron a ésta idea, y no se sintieron extrañas por la suspensión de las formas de adoración a que estaban acostumbradas, la cual era la única forma que habían conocido.

Maimónides entendió que ésta idea, le sería difícil de aceptar a su alumno. Se preguntaría seguramente, cómo es posible que tantos detallados preceptos no pudieran ser un fin en sí mismos, sino meramente un mecanismo por medio del cual obtener un propósito primario. ¿Qué le impidió a D-s ordenar esforzarnos por el propósito primario mismo, sin ése intermediario?

Realmente cuando el alumno recibió esa carta, andaba confundido. ¿Cómo puede ser que la Torá dedicara tanta atención a tan minúsculos detalles, simplemente porque en aquellos días les era imposible acostumbrarse al servicio de D-s, sin sacrificios?

Previó Maimónides éstas preguntas de su alumno y le dió otros ejemplos sacados de la Torá, en la utilización de medios para obtener un propósito: cuando D-s sacó al pueblo judío de Egipto, El “no les llevó por el camino de la tierra de los filisteos, a pesar de que era el más corto,” sino que, más bien “D-s los condujo por el desierto, por el Mar Rojo”; debido al temor de que los hijos de Israel no estuvieran todavía listos a ir por la ruta más corta. Necesitaban ser liberados del espíritu de idolatría al que se habían apegado en Egipto. “Igualmente como no es natural que una persona que crece en medio de la esclavitud, trabajando con barro y ladrillos, se pueda lavar sus manos de la suciedad y luche inmediatamente contra los hijos de los gigantes, así no es natural crecer con tanta variedad de idolatría, y con actos relacionados a eso, y haberse acostumbrado tanto a ellos, que su mente los ha apropiado, para luego abandonarlos de una vez por todas.”

Maimónides sabía que su discípulo preguntaría porqué era necesario todo ésto. ¿Por-qué D-s no había cambiado la naturaleza del pueblo, para que así pudieran aceptar cambios radicales de una vez? Se contestó a sí mismo: “A pesar de que todos los milagros involucran el cambio de naturaleza de algo existente, D-s no cambió la naturaleza humana por intermedio de milagros. Por ésta razón D-s dijo: ‘Si siempre sus corazones fueran únicamente de esa manera.’ Por eso hay preceptos, advertencias, recompensa y castigo. No es porque para D-s es demasiado difícil cambiar la naturaleza humana...sino porque El no quiere hacerlo y nunca lo querrá, según los principios de las leyes de la Torá.”

Capítulo Dieciseis

Cartas Al Estudiante

A veces las cartas del maestro al estudiante le daban al alumno una nueva perspectiva que no la había pensado anteriormente. Otras veces condujeron a discusiones, o a preguntas y respuestas. En otras ocasiones, el estudiante leía una carta, y sentía como si las paredes de su alrededor se estuvieran derrumbando, pues la orientación de sus pensamientos cambiaba por completo. Necesitaba mucho tiempo para digerir las ideas.

Maimónides continuó escribiéndole sobre los sacrificios. Marcó una distinción con el rezo, el cual estamos ordenados a efectuar en cualquier lugar, mientras los sacrificios estaban restringidos solamente a un lugar, “el lugar que D-s escogiera. Los sacrificios no eran ofrecidos en cualquier parte: ‘por temor a que se hicieran ofrendas en cualquier lugar que le pareciera’ y pudiera no haber sacerdote de determinado linaje. Esto era para disminuir ésta clase de servicio, y para que no existiera sino solamente por cuanto Su sabiduría no requirió abandonarlo por completo. Pero el rezo y la súplica estaban permitidos en cualquier parte.”

Maimónides trajo pruebas de los profetas, que reprendieron al pueblo porque estaba preocupado por los sacrificios y les enseñaron que D-s no los necesitaba. El profeta Shmuel dijo, - “¿Acaso D-s desea los sacrificios más que Su obediencia?”. Isaías dijo, - “¿Para qué necesito tantos sacrificios de ustedes?”, dice D-s”. Jeremías dijo, - “El día que Yo saqué a tus padres de la tierra de Egipto, no les hablé ni les ordené los sacrificios; sino más bien les ordené lo siguiente: ‘obedezcánme, y Yo seré su D-s, y ustedes serán Mi pueblo’”. ¿Cómo pudo Jeremías decir en nombre de D-s, que El no nos ordenó sacrificios, cuando la mayoría de los preceptos eran precisamente sobre esto? Maimónides explicó, que Jeremías quiso decir con eso, que el propósito fundamental era que aprehendieran a D-s y que no se adorara ninguna otra cosa. El precepto del sacrificio fué

solamente para obtener éste principio fundamental. Pero el pueblo se ha apartado de éste propósito.

Maimónides continuó, "No te sorprendas por el sacrificio pascual ofrecido en la tierra de Egipto. La razón de ésto, es obvia. Además éste precepto fué ordenado en Egipto, pero la mayoría de los preceptos a los que Jeremías se refiere fueron después del Exodo...las leyes referidas allí, eran el Shabat y... las leyes civiles, las cuales eliminaron diferentes tipos de mal orientaciones; y éste fué el propósito primario."

Siguió discutiendo el sacrificio pascual en Egipto: "La Torá ya lo explicó, como lo aprendimos en la traducción de Unquelos, que los egipcios acostumbraban a adorar el planeta Aries. Por ésto, prohibieron la matanza de ovejas y veían a los pastores con repulsión. Como dijo Moisés, - '¿Sacrificaremos la abominación de Egipto...?' Y está escrito, 'porque todo pastor es una abominación para los egipcios.' De manera similar, la secta "Saba" adoraba los demonios y creía que éstos aparecían en forma de macho cabrío, por eso llamaban a los demonios 'sátiros'-(cabrones). Este punto de vista era bastante difundido en la época de Moisés. En la Torá está escrito, 'para que no traigan más sus sacrificios a los sátiros'. Es por ésta razón que aquellas sectas prohibían comer cabra. También es posible, que la mayoría de los idólatras vieran con repulsión la matanza de ganado vacuno, y reverenciaban enormemente ésta especie. Incluso en nuestros días, vemos que los hindúes, no matan el ganado vacuno. Lo mismo ocurre en países que matan otros animales. Para erradicar éstas creencias incorrectas, nos ha sido encomendado traer sacrificios precisamente de éstos 3 tipos de animales: vacuno, ovino y cabrío. Así, la acción que se consideró de máxima rebelión, se convirtió en un medio para acercarse a D-s, y por ésta acción los pecados fueron expiados. Así es como se curan las creencias erróneas, las cuales son una enfermedad del alma humana: haciendo exactamente lo opuesto. Por ésta razón, fuimos encomendados en Egipto a sacrificar una oveja para el sacrificio pascual y rociar su sangre en los portones de las casas: para limpiarnos de esas creencias y divulgar lo opuesto."

Maimónides continuó: "El ordenó que todos los sacrificios debían ser sin defecto alguno y de la mejor condición posible, para que no se mirara el sacrificio con menosprecio, o se tomara

ligeramente lo que fué dado a D-s. El profeta escribe sobre ésto: "Tráelo como si fuera un regalo para tu gobernador. ¿El se complacerá contigo? ¿Te mostrará su gracia?" La misma razón se aplica al animal que no tiene todavía 7 días de nacido; es lo peor de su especie y es repulsivo, porque es como un animal que ha muerto antes de haber nacido."

Maimónides siguió explicando la prohibición de comer sangre. Describió las costumbres de esa época, cuando la gente creía en los demonios. Comían la sangre para estar en comunión con los demonios. A alguna gente se le dificultaba comer sangre, porque es humanamente natural encontrarla repulsiva. En vez de ésto, mataban el animal, recogían su sangre en una vasija, y comían la carne del animal, mientras se sentaban alrededor de su sangre. Ellos pensaban que los demonios estaban tomando la sangre, mientras ellos comían la carne. Creían que ésto causaba que los demonios se les acercaran, les revelaran secretos, o les ayudaran. Estas creencias fueron muy difundidas, por lo tanto la Torá buscaba "eliminar todas éstas enfermedades profundamente arraigadas. Prohibió el comer sangre como una prohibición severa, e hizo exactamente igual como lo hizo con la prohibición de la idolatría." Esta también fué la razón del precepto de verter la sangre de un animal degollado, y no recogerla. Puesto que fué difícil para el pueblo abandonar éstas creencias y costumbres, la Torá prohibió comer toda carne que no fuera sacrificada, cuando los hijos de Israel estaban en el desierto. Cuando se hacían los sacrificios de cualquier tipo de carne que se comía, la sangre del animal era cubierta con tierra, para que así la gente no se reuniera a su alrededor a comerla.

El alumno estuvo preocupado con éstas ideas. Buscó otras ideas adicionales para explicar los sacrificios. Buscó explicaciones místicas. Las palabras de su maestro eran sensatas y lógicas, pero éstas no estaban organizadas en su pensamiento, el cual tendía también, a lo que está por encima del intelecto. No es posible, se dijo para sus adentros, que la Torá dedicara tanta discusión detallada a las leyes de los sacrificios, solamente en favor de un esquema contra la idolatría de aquellos tiempos. La Torá es ante todo, eterna y fué dada a todas las generaciones, incluso para épocas en que no hubiera necesidad de sacrificios. ¿Qué necesidad se tiene de las leyes de los sacrificios, las cuales no

están limitadas solo para la generación de los que salieron de Egipto, sino que se aplican a todas las generaciones? Antes de poder enviarle a su maestro la carta con estas preguntas, recibió su respuesta. Su maestro sabía con anterioridad las preguntas que tendría.

Por la noche, meditaba acerca de éstas ideas y trataba de entenderlas con mayor profundidad. En sus sueños vió demonios bailando frente a él y comiendo la sangre. Vió un tazón de sangre colocado en la mitad del patio. Alrededor de éste, los demonios subían y bajaban, bebiendo la sangre, como era la creencia, según la descripción de su maestro. En su sueño, vió a los tontos, sobre los cuales su maestro le había escrito, aquellos que creían en los demonios y se reunían alrededor de un tazón de sangre para comer carne. Estaba asustando con éste sueño. Pensó en cómo estaban de asimilados los Hijos de Israel en Egipto entre los gentiles, que comenzaron a creer en demonios; hasta el punto, que fué necesario separlos de ésto, con un precepto de la Torá de no comer sangre. Vió una serie entera de preceptos en contra de las supersticiones, costumbres y creencias, para impedir el contacto con la creencia en demonios y espíritus que estaba difundida por aquellos días. Releyó las palabras de Maimónides: "Sepas que ésta creencia fué innovada al terminarse la época de Moisés, y mucha gente estuvo desorientada al adoptarla. Esto se encuentra escrito explícitamente, en la Torá en el poema Haázinu ('Prestad oído,' Deuteronomio 32): 'Ofrecieron sacrificios a los demonios, que no son D-s, a dioses que no conocían, a nuevos dioses vecinos a quienes, sus padres nunca reverenciaron.' Nuestros Sabios lo explicaron en el Sifri: 'que no son D-s'- que fueron tan lejos, hasta adorar seres imaginarios. No solamente adoraron al sol y la luna, las estrellas y los planetas, sino aún sus reflejos y el reflejo de una sombra."

Los reflejos de demonios y los reflejos de reflejos revoloteaban en su imaginación. Los imaginó rondando por las casas, patios, y tierras desérticas, al pueblo siguiéndolos, adorándolos, reverenciándolos, y creyendo en ellos, hasta el punto que tuvieron que ser separados de éstas creencias no solamente por el poder de los preceptos, sino también através de un esquema.

Maimónides escribió más adelante: "Sepas que la carne no

sacrificada fué solamente prohibida en el desierto. Porque ellos creían que los demonios vivían en las áreas desérticas, donde les hablaban y se revelaban. Y creían que en las ciudades o en lugares habitados, no se los veía. Quien quería hacer aquellas prácticas tenía que salir afuera de la ciudad, a un lugar desolado. Por eso fué, que les estaba permitido comer carne no sacrificada cuando entraron a la Tierra. Otra razón era, que la intensidad de ésta enfermedad seguramente había disminuído por ése entonces, y muchas menos personas seguían estas creencias. Sin embargo, otra razón fué, que había sido muy difícil, o casi imposible, para todo el que quería comer carne, subir a Jerusalem. Por todas éstas razones, la carne no sacrificada fué prohibida solamente en el desierto.”

En su imaginación, el alumno se vió caminando por el desierto, viendo demonios, espíritus, gente reverenciando a éstos y a sus reflejos o visiones deformadas. Se tenía que declarar la guerra a aquellas costumbres en el desierto. Vió a la gente salir al desierto para realizar aquellas prácticas, porque allá era donde los demonios estaban y donde había que adorarlos. Su imaginación lo llevó de un lugar a otro en el desierto. Vió el campamento de los Hijos de Israel y vió que parecían creen en los demonios, como lo hacían sus pueblos vecinos, hasta el punto que fué necesario prohibirles comer carne sin sacrificar en el desierto, porque ésta era dada a los demonios.

Maimónides explicó acerca del macho cabrío traído como sacrificio, en la Luna Nueva. ¿Por-qué solamente era ofrecido el cabrío como ofrenda de pecado en la Luna Nueva, y la Torá usaba la frase “una ofrenda de pecado a D-s”? Esta frase no era usada para las cabras traídas como ofrendas de pecado en las festividades o en cualquier otra ocasión. Explicó, que ésto era debido a que “se pudiera pensar que el cabrío traído en la Luna Nueva era un sacrificio para la luna, al igual que ciertas sectas en Egipto, acostumbraban a hacerlo. Por lo tanto, la Torá pone en claro, que éste, era para D-s, y no para la luna.” Maimónides explicó que los pueblos acostumbraban a sacrificar a la luna, al igual que lo hacían al sol en el momento de su aparición. “Por lo tanto, contrario a los otros, este cabrío era definido como un ser

para D-s. Esto era para quitar las erróneas ideas que estaban tan profundamente arraigadas en aquellos enfermos corazones.”

El alumno salía afuera en la noche, caminaba, miraba a la luna, y se sorprendía de cómo el pueblo pudo adorarla, cuando no tenía sentido hacer ésto. ¿Era posible que el pueblo tuviera las mentes tan deformadas, en aquellos días? ¿Podía ser que cuando una creencia era aprendida en la infancia, no se podía desarraigar aún en la edad adulta? Fué difícil erradicar las creencias implantadas en las mentes de la gente cuando todos los pueblos a su alrededor adoraban a la luna. Se requirió esquemas y leyes para hacerlo.

Al amanecer se preguntaba cómo era posible que el pueblo adorara el sol. Era tan ilógico hacerlo. ¿Cómo evolucionaron aquellas creencias en esos días? Trató de estudiar las supersticiones de su época. Habló con astrólogos, y le dijeron que en tierras lejanas existían esas costumbres entre las tribus aisladas. La gente que erraba por el desierto había conocido idólatras del sol y la luna. Esta gente se agarraba a sus creencias y no las abandonaba, aún cuando los de afuera les explicaban que éstas eran meras supersticiones.

Se dijo para sí, que los egipcios y sus pueblos vecinos en el desierto eran seguramente pueblos aislados de éste tipo, que no eran conscientes de las creencias y convicciones, y a quienes la información y las noticias del mundo, no les llegaba. Vivían apegados a sus creencias, y definitivamente no se enteraron que habían sido refutados y que carecían de bases. Los judíos que vivieron entre ellos, fueron también posiblemente influenciados. La Torá previó éste peligro y trató de impedirlo, prohibiendo todo rastro o huella de ello.

Maimónides escribió: “Sepas que toda ofrenda de pecado que expía los pecados graves, o un pecado grave, tal como la ofrenda traída cuando todo el pueblo pecó por error y lo análogo a ésto, era quemado fuera del campamento, en lugar de hacerlo sobre el altar. Porque solamente los holocaustos o lo parecido, son quemados sobre el altar. Por esto se llama el altar del holocausto. Ya que a la completa quema de éste tipo de ofrenda se la definió como ‘un dulce aroma’, lo que indudablemente es; porque se hace para eliminar las creencias en idolatría, como lo hemos explicado.”

El continuó: “La razón de porque éstas ofrendas de pecado eran quemadas era para demostrar que el pecado por el cual era ofrecido, ya ha desaparecido sin dejar rastro... y ninguna impresión queda del acto, así como no queda nada de éste sacrificio, sino que todo es destruído por las llamas.”

Acerca de ésto, y acerca del cabrío despachado al desierto, en el Día del Perdón, Maimónides escribió: “Todos éstos actos son solo metáforas para implantar una idea en nuestras almas y para motivar al arrepentimiento. Es decir, para sentir que nos hemos limpiado de nuestros previos actos, los hemos abandonado tras nuestras espaldas y los rechazamos por completo.”

Sobre el tema de las libaciones de vino, Maimónides escribió que él mismo, había estado confuso y no conocía la razón. ¿Porqué, D-s había comandado hacer libaciones en el mismo momento que los idólatras lo hacían? Después de mucho pensar encontró una razón: vió la ofrenda de vino como parte de la composición general del sacrificio, la cual consistía de carne, representado por el cuerpo; de vino, representando la fuerza vital, o el corazón, puesto que el vino despierta la vitalidad; y del toque de los instrumentos musicales, representando la fuerza espiritual, que reside en el cerebro. Así un sacrificio supone, carne, vino y música. Estas tres facultades humanas son ofrecidas ante D-s.

Maimónides explicó el propósito de las ofrendas en las festividades, y el peregrinaje al Templo. Estas concurrencias crean “la renovación emocional por la Torá y un sentido de hermandad entre el pueblo. Esto es especialmente cierto con el precepto de hakerel, la reunión después del año sabático, en que el rey lee partes de la Torá, ante la presencia de todo el pueblo.”

El alumno sintió que en el tema de las libaciones, su maestro se había desviado del razonamiento intelectual, porque no lo había encontrado. Por eso, había buscado y encontrado una razón espiritual. Comprendió, que cuando Maimónides no encontraba una lógica racional, se iba en busca de razones por los senderos del alma, o en los pensamientos del corazón. Se preguntó por-qué Maimónides no hizo esto en todo el tema de los sacrificios, buscando lo oculto, o razones espirituales en lugar de intelectuales. Pero sabía que esa no era la manera de pensar de su maestro, quien consideraba que las razones intelectuales para los

preceptos eran fundamentales; solamente si no las encontraba, pasaba a buscarlas en los pensamientos del alma.

El estudiante luchó consigo mismo con la explicación de que algunos preceptos tenían la intención de oponerse a la idolatría. Pensó en otras razones fundamentales no conectadas con la idolatría, y le envió éstas ideas a su maestro en una carta. El maestro encontró algunas valorables, pero otras las rechazó completamente.

El alumno estudió la carta que comentaba las razones a las leyes de pureza e impureza. Esta comenzaba con un comentario introductorio de que la Torá apareció para facilitar el servicio a D-s y aliviar la carga. Si alguien piensa que éstas leyes son un peso, debe ser que no entiende las costumbres y creencias de aquellos días. Porque en aquellos días, las costumbres de quemar un hijo o un ave de un día de nacida, en ofrenda a un ídolo, era difundida entre los pueblos. En comparación, los rituales del servicio del Templo no eran nada dificultosos. Siguió con la explicación de las restricciones para entrar al Templo, para quienes estaban en estado de impureza. Estas restricciones eran así, para que el entrar al Templo no se convirtiera en un lugar corriente; sino que servía para mantener una actitud de reverencia y temor, ocasionando la emoción que conduce al arrepentimiento, lo cual era la meta.

Maimónides continuó: “Por medio de éstas leyes muchos propósitos se lograron: el primero, es la separación de las cosas repugnantes. El segundo, es la reverencia al Templo. El tercero, es la reflexión sobre las prácticas adoptadas; como fué encontrado entre la secta Saba, que se abrumaban con el cuidado de la impureza, como escuchará dentro de un momento. El cuarto, era aliviar ésta carga, para que los temas de impureza y pureza no impidieran a una persona la realización de otros asuntos. Porque éstas leyes se aplican solamente al Templo y a los objetos sagrados, y no a ninguna otra cosa.”

El maestro citó otra vez como ejemplo, las costumbres de los Saba en el oriente. Sostenían que una mujer menstruante debía permanecer sola en la casa y que los lugares por donde caminara debían ser quemados. Si alguien hablaba con ella, se contaminaba. Incluso si el viento soplabá y pasaba de la mujer menstruante hacia una persona pura, ésta se convertía en impura. “Nótese la

diferencia entre ésto y lo que nosotros decimos, que toda clase de trabajo que una mujer realiza para su esposo, puede hacerlo una mujer menstruante, a excepción de lavar su cara, y demás.”

El alumno quedó preocupado por éstas explicaciones. ¿Cómo era posible que los preceptos fueron dados como una estratagema para desarraigar la idolatría? Los preceptos fueron dados para todas las generaciones, incluso para épocas en que no hubiera más idolatría. Quedó también preocupado por las opiniones de su maestro sobre las leyes de pureza y impureza, relacionadas con las costumbres de aquellos días, o para aliviar, en comparación, el peso del pueblo. También se sorprendió por lo que su maestro pensó sobre la impureza de la lepra.

El maestro explicó: “Aunque ya hemos explicado lo que representa la impureza de la lepra, nuestros Sabios, de bendita memoria, lo explicaron y nos dijeron que...era un castigo por la malidicencia. Enseñaron que el cambio comienza con las paredes; si la persona se arrepiente, el propósito se ha logrado. Pero, si continúa con su mal, el cambio pasa a sus ropas de cama y vasijas. Y si continúa con su maldad, se propaga a su ropa, y luego a su cuerpo.”

Continuó: “Pero yo todavía no sé las razones de todas éstas cosas, (la madera de cedro, el hisopo, la lana con tinte carmesí y las dos aves usadas en el procedimiento de la purificación de la lepra). Tampoco sé la razón de la madera de cedro, el hisopo y la lana con tinte carmesí relacionados con la vaca rojiza. Ni el montón de hisopo utilizado para la salpicación de la sangre del sacrificio pascual. No he encontrado nada en que apoyarme, especialmente de nuestra propia época.

El estudiante trató de encontrar razones y buscó en muchos libros; incluso buscó razones místicas. Pero no encontró nada.

Estudiaba las palabras de su maestro a fondo, pero no todo lo entendió bien. Estudiaba las cartas a fondo. Las mostraba a los eruditos de la localidad, a los amigos y a las personas con orientación filosófica, que conocía. Hacía copias para dárselas a éstas personas; las estudiaban y discutían juntos. En las cartas que le envió a su maestro, incluía también las preguntas planteadas por ésta gente.

Coleccionó las cartas y las guardó como un tesoro. Se apilaron y llegaron a ser suficientes para formar un libro. El discípulo se

dijo para sus adentros, que cuando se llegara el momento las publicaría, como un libro: el "Moré Nevujim". Había mucha gente preocupada y con interrogantes filosóficos, a los cuales no encontraban respuestas. Este era un libro que la generación necesitaba. La filosofía fué ampliamente estudiada por personas serias - por los más respetados de la época, quienes se enorgullecían por su conocimiento del mundo. Existía la necesidad de un libro de filosofía judía para éstos, para que no buscaran en los filósofos gentiles, ni siguieran sus ideas.

Inmediatamente después, el estudiante recibió una carta con una discusión sobre la razón para la prohibición de algunos alimentos. Maimónides escribió que todos los alimentos que la Torá prohibió son nutricionalmente dañinos. Continuó también con la línea de pensamiento de que muchas de éstas prohibiciones estaban conectadas con la idolatría. Así fué como explicó la prohibición de comer un miembro de un animal vivo; dijo que ésto, hacían los idólatras. La prohibición de comer carne y leche juntos, además del hecho de que es un alimento repugnante, es debido a ciertas conexiones con la idolatría. A pesar de que no lo encontró mencionado en el libro de la secta de los Saba, sugirió que tal vez ellos lo comían como parte de su servicio, o en algunas de sus festividades.

Explicó las leyes de la matanza de animales para alimento. "El alimento natural de una persona proviene de los granos y las verduras de la tierra y de los animales; y la mejor clase de carne es la que nos ha sido permitida, como todos los médicos concuerdan. Puesto que ésta requiere, que el animal sea degollado, busquemos la manera de matar más ligera para el animal. La Torá prohíbe maneras bruscas de hacerlo."

Explicó la prohibición de degollar a la madre con su cría en el mismo día; para así impedir la matanza de la cría, a la vista de la madre. "El dolor de los animales es enorme, y no existe diferencia entre la angustia de una persona y la de las otras criaturas. El amor de la madre y su misericordia por su hijo, no son el resultado de la lógica, sino de la imaginación, la cual se encuentra en la mayoría de los animales, así como en el hombre. Esta es la razón, también de hacer alejar al ave de su nido para coger sus críos...Si la Torá se preocupa por la angustia de los animales y aves, más aún por la de los seres humanos."

Capítulo Diecisiete

Las Razones De Los Preceptos

Cuando el discípulo llegó a ésta frase, pensó inmediatamente en el postulado del Talmud, en Brajot: “Si alguien dice, ‘Tu misericordia se extiende hasta el nido del pájaro,’ o ‘Sea Tu nombre mencionado para el bien’, o ‘Te agradecemos, y Te damos las gracias,’ se le debe hacer callar.”

Esto contradice lo que su maestro había dicho, que el precepto de apartar al ave madre para coger sus huevos o sus crías, era por la angustia que ésta sentiría si tuviera que observar el acto.

Maimónides se anticipó a la pregunta y escribió: “No rechaces lo que nuestros Sabios dicen, ‘Si alguien dice, ‘Tu misericordia se extiende hasta el nido del pájaro’”, etc. es porque ésta es una de las dos opiniones que hemos mencionado. Es decir, es la opinión que dice que los preceptos no tienen una razón de ser sino que son el simple deseo de D-s. Pero nosotros seguimos la otra opinión.”

El alumno pensó sobre ésto y entendió que si la razón para ese precepto hubiera sido simplemente misericordia, entonces la Torá no hubiera permitido la matanza de animales. Sin embargo ese precepto fué dado para penetrar en nuestra consciencia e implantar en nuestros corazones la cualidad de misericordia. Es una forma de educación hacia las virtudes del buen carácter.

El estudiante leyó más, y encontró apoyo para éstas ideas. “Junto con la prohibición de ciertos alimentos, se nos encomendó también hacer votos de abstinencia. Es decir, si una persona dice, ‘Este pan o ésta carne están prohibidos para mí,’ se vuelve prohibido para él comerlo. Todo ésto es una educación, para conferir la cualidad de estar satisfechos con poco y limitar el deseo de la comida y la bebida. Nuestros Sabios dijeron, ‘Los votos son una valla para la abstinencia’” Así, expresó Maimónides la idea de que algunos preceptos tiene la intención de educar hacia el buen carácter.

A continuación, el maestro explicó las razones del voto del nazir. “La razón del nazirismo es muy simple: es la abstinencia

del vino, que ha destruído a tanta gente...Por tanto, las leyes del nazir como se vé, prohíben todo lo que proviene de la vid. Este es un distanciamiento extra, para que así, la persona se satisfaga con lo necesario. Porque el que se distancia de ésto es llamado santo y se le compara al nivel de santidad del Sumo Sacerdote; que como él, no puede volverse impuro sino por la muerte de sus padres. Toda ésta grandeza se debe a que se abstiene del vino.” El estudiante pensó, ésto es otro ejemplo más de educación y estímulo para restringir la bebida de vino.

En su siguiente carta, Maimónides discutió las razones de los preceptos que se encuentran en el Sefer Nashim (Libro de Mujeres), de su Mishné Torá: las leyes de las relaciones prohibidas, del cruzamiento de animales y el precepto de la circuncisión.

Discutió la prohibición de la prostitución; comenzó señalando la importancia de los amigos, los cuales se necesitan durante toda la vida. “Cuando se está sano y contento, se goza de su compañía. Cuando se tienen problemas, se necesita su ayuda. En la vejez, cuando su cuerpo esté débil, es ayudado por ellos; éste es, también el caso con sus hijos y familiares. La hermandad, el amor y la ayuda se realizan entre los familiares. Incluso una tribu, proveniente de un mismo padre, aunque sea muy lejano, éste hecho crea amor, voluntad de ayuda y compasión entre unos y otros. Este es uno de los más importantes objetivos de la Torá. Por ésta razón la prostitución fue prohibida; porque conduce a la destrucción de las relaciones familiares. El que nace de ella, es considerado extraño por todos. El no reconoce ninguna familia, ni ninguna familia lo reconoce. Es un situación terrible para él, y para su padre. Otra razón importante para la prohibición de la prostitución es reducir del deseo sexual y su frecuencia...Porque el deseo del hombre por su propia esposa, a quien ya se acostumbró todo el tiempo, es diferente al deseo por mujeres nuevas para él, y son distintos uno del otro. Además, esta prohibición también impide muchos perjuicios, porque si sucede que varios hombres desean a una misma mujer al mismo tiempo, ciertamente se pelearán por ella, y en muchos casos se matarían unos a otros por ella, como es sabido que sucede siempre: ‘a la casa de una prostituta llegan en tropa.’Para impedir éstos grandes perjuicios y

ocasionar el beneficio general del reconocimiento de las relaciones familiares, tanto la prostitución masculina como femenina fueron prohibidas. La única forma permisible de las relaciones sexuales es escogiendo una mujer y casándose con ella públicamente. Porque si fuera meramente suficiente escoger una mujer, la mayoría de la gente traería una prostituta a casa por un cierto período de tiempo que hubieran acordado, y diría que ella es su esposa. Por lo tanto, se requiere desposeer a una mujer através de una cierta acción que la designa como suya, y hacer el asunto público por medio del matrimonio. Como está escrito, 'Boaz tomó diez hombres...' Y puesto que es posible que ellos no demuestren ser una buena pareja, y que no logren contruir un hogar, la Torá entonces, permite el divorcio. Si fuera posible divorciarse con meras palabras, o echando a la esposa fuera de la casa, la mujer podría decidir, bajo el impulso del momento, irse y declarar que ha sido divorciada. O si ella cometió adulterio, ella y su enamorado podrían declarar que había sido divorciada con anterioridad. Por lo tanto, fuimos comandados que el divorcio es solamente válido cuando un documento lo atestigua: 'y él le escribirá a ella un documento de divorcio.'"

Ibn Akinin leyó la carta, e hizo copias para los demás. Había reunido un círculo de estudiantes que estudiaban y discutían las cartas. Algunos eran atraídos por la filosofía y encontraron satisfacción en éstas cartas. Otros estaban interesados en el conocimiento de la Torá y sus razones, sin ninguna conexión con los estudios filosóficos, por lo cual mucha gente buena fué atraída. Vieron a Maimónides como su maestro y profesor.

Muchos grandes sabios de antiguas y recientes generaciones se han esforzado por demostrar que hay razones para los preceptos. Algunos dijeron que, "los preceptos tienen el propósito de mejorar las ideas de los hombres, educarlos, acostumbrarlos a ellas, y mejorar sus actos." Pero entre éste círculo de eruditos surgió la pregunta de porqué no fué dada ninguna razón para la mayoría de los preceptos. ¿Sería porque no había ninguna razón, o porque habían razones que no debían ser divulgadas? Estudiaron las actitudes de los grandes rabinos respecto a ésta pregunta. Algunos trajeron cartas que habían recibido de eminentes sabios, que les habían contestado a sus preguntas. Otros trajeron pruebas de libros de grandes rabinos de generaciones antiguas. Se vió claro

que sobre éste tema, los sabios estaban divididos en dos bandos; Maimónides estaba a la cabecera de uno de éstos. Como lo escribió en una carta: “Tal como los eruditos religiosos están divididos respecto a la pregunta de si las acciones de D-s resultan de la sabiduría, o son Su mera voluntad, sobre lo cual nadie puede encontrar ningún propósito; así pues, ellos difieren en éste tema de los preceptos, que El nos ha dado.”

Los estudiantes debatieron el propósito de la creación y de los preceptos. Regresaron a las palabras de Maimónides sobre éste debate: “Hay quienes no buscan ninguna razón para ésto y dicen que todos los preceptos derivan de la voluntad absoluta. Pero, hay quienes dicen que cada precepto y prohibición es el producto de la sabiduría y tiene como meta algún propósito. Dicen que todos los preceptos tienen sus razones, y que D-s los comandó para algún beneficio.”

De aquí los estudiantes entendieron la disputa sobre el propósito de la creación y de los preceptos. Aquellos que creyeron que todas las acciones de D-s derivaban de la sabiduría y estaban para un propósito, también creyeron que los preceptos tenían un propósito. Los que creyeron que tanto el mundo como la raza humana existen porque eso fué lo que D-s decidió hacer, no buscarían un propósito para los preceptos. Los estudiantes releieron la parte de la carta de Maimónides en la cual decía que todos lo preceptos tienen una razón, pero, que no entendemos las razones de algunos de ellos o no podemos ver la divina sabiduría revelada en ellos. Maimónides asumió la posición que no hay desacuerdos dentro del judaísmo, sobre la pregunta si hay razones o no.

En su siguiente carta, Maimónides discutió los preceptos de la prohibición de mezcla de lana y lino, de carne y leche, y del chivo enviado al desierto en el Día de la Expiación. Dijo que los Sabios no los veían como cosas que no tenían una razón y en las que no debemos buscar un propósito. Tienen propósito pero está oculto a nosotros, bien por las limitaciones de nuestra inteligencia o por la falta de conocimiento. Los pueblos del mundo también preguntan las razones de éstos preceptos, y el pueblo judío no tiene respuesta. Maimónides escribió, que es bien sabido que el Rey Salomón conocía las razones de todos los preceptos, a excepción de la vaca roja. Un buen conocido postulado de los Sabios del

Talmud, dice que D-s escondió el conocimiento de las razones de los preceptos al pueblo, para que no se menospreciaran. Esto le ocurrió al rey Salomón, quien menospreció dos preceptos cuyas razones están indicadas en la Torá.

Cuando el grupo de estudiantes de Ibn Akin se reunió para estudiar la última carta de Maimónides, una atmósfera de excitación espiritual predominó. No todos fueron capaces de entender sus palabras a fondo ése día. Requirieron concentración a lo cual los estudiantes no fueron capaces todos los días. Todavía estaban discutiendo la carta previa acerca del propósito de la creación, y pasaron a discutir la carta sobre el propósito de la Torá.

Ibn Akin leyó la carta: “La Torá tiene dos propósitos: el perfeccionamiento del alma y el perfeccionamiento del cuerpo. El perfeccionamiento del alma es para que las masas adquieran las creencias correctas, según sus capacidades; por lo tanto, algunas de éstas, están escritas explícitamente y otras metafóricamente. Porque no es parte de la naturaleza de la gente común ser capaz de lograrlo completamente. El perfeccionamiento del cuerpo yace en la rectitud de las relaciones con los otros.”

Los participantes hicieron preguntas sobre las palabras de Maimónides: ¿De donde obtuvo la idea que la organización adecuada de la vida de la sociedad, es el propósito de la Torá? ¿Cuáles son las “correctas creencias” a las que se debe dirigir el perfeccionamiento del alma? ¿Cuál es la relación entre los dos propósitos? ¿Cuál de ellos es más importante, y cuál es secundario? ¿Por-qué el perfeccionamiento del alma es más importante que el del cuerpo?

Rabí Iosef Ibn Akin citó las palabras del Rambam en su comentario sobre la Mishné. Allí dijo, que el trabajo y propósito del hombre es conocer las verdades divinas. El trabajo de la Torá es guiar al hombre hacia éste propósito. Este propósito no se puede obtener sin el otro propósito, o sea, el establecimiento de una sociedad perfeccionada. El hombre no puede pensar en conceptos intelectuales, y ciertamente su mente no puede concientizarse de ellos, cuando padece un dolor, tiene mucha hambre, sed, calor, o mucho frío. Por lo tanto, él debe obtener primero la meta de la perfección física.

Los miembros del grupo debatieron lo que habían leído. Algunos de ellos sintieron su fé reducida por esas palabras; otros encontraron cura a sus heridas; aquellos cuya fé permaneció intacta, descubrieron significados que no conocían; otros se sintieron confusos. Debatieron el significado y propósito de los preceptos. Si la Torá es fundamentalmente y en última instancia una ley ética, entonces por-qué los preceptos entre el hombre y D-s, no tienen ninguna conexión con la ética? ¿Cuál es el sendero correcto a seguir en la educación ética? ¿Se acostumbraría una persona a las normas éticas haciendo buenas acciones muchas veces? ¿O son las acciones solas insuficientes, para enseñarle a una persona las virtudes del buen carácter y las normas éticas; o las creencias correctas deben ser infundidas para que se aprendan las virtudes de buen caracter?

Rabí Iosef Ibn Aknin releyó la carta en la que Maimónides escribió, que el distanciamiento de los deseos y la minimización de éstos al máximo posible, están entre las intenciones de la Torá, para que la persona busque solamente lo que es necesario. Porque cuando una persona es atraída sin limitaciones, por sus deseos, su anhelo por temas intelectuales cesa. El tonto vé en el placer un fin en sí mismo. “Por lo tanto D-s, exaltado sea Su nombre, nos guió dándonos preceptos que anulan éste propósito, apartan nuestros pensamientos de ello y previenen todo lo que conduce a provocar y a desear ésto. Esta es una de las principales metas de la Torá.”

El estudiante leyó lo que su maestro había escrito sobre la ley del hijo rebelde. “Tú ves, como la Torá comandó matar a alguien, quien obviamente se va hacia el extremo, en su búsqueda del deseo por la comida y la bebida. Este es el hijo rebelde, que es descrito como un glotón y un tomador. La Torá ordena apartarlo y destruirlo rápidamente, antes de que el asunto empeore y él destruya a muchos otros. Porque el carácter justo es destruído por el perseguimiento de los deseos.”

Sobre el tema del propósito de los preceptos entre el hombre y D-s, Maimónides escribió: “Todo precepto, bien sea positivo o negativo, cuya meta es infundir un cierto rasgo de carácter o creencia, y corregir los actos de la persona consigo mismo para conducirla a la perfección, es llamado por nuestros sabios, un precepto entre el hombre y D-s. Aun cuando éste, realmente

conduce a la relación entre una persona y otra, pero solo después de promediar las cosas y desde una perspectiva general.” Ibn Akinin le explicó a sus oyentes que así como Maimónides veía el propósito de muchos preceptos entre el hombre y D-s, como la corrección de los rasgos de su carácter, en lo que se refiere al hombre consigo mismo y con otras personas, de la misma manera entendió la vía del cumplimiento de algunos preceptos entre el hombre y D-s, por medio de la educación del comportamiento apropiado del hombre consigo mismo, y entre hombre y hombre.”

Cuando el grupo estudió la pregunta de la supervisión divina, leyeron y releeron la carta de Maimónides sobre éste tema. El comenzó diciendo, que no se apoyaría en ideas que habían sido obtenidas através de pruebas lógicas, sino más bien en ideas que se encontraron ser la intención de la Torá de D-s y de los libros de los profetas. Los estudiantes leyeron que él creía que la supervisión individual divina, se aplica solamente a los humanos y no a otras criaturas. Una hoja no se cae de un árbol por un decreto providencial; ni una araña ataca a una mosca por un decreto o deseo personal de D-s. Todas estas cosas eran en su opinión, mera casualidad.

La supervisión divina en su opinión, proviene de la influencia divina. La especie humana a la cual el influjo intelectual está unido, haciéndolos seres inteligentes, es la especie a la cual la supervisión divina está unida, y a la cual El designa todo lo que le pasará, de acuerdo a la recompensa o el castigo que se merece.

En éste punto, uno de los presentes se levantó y preguntó qué era la influencia divina.

Ibn Akinin contestó que él entendía las palabras de su maestro, a saber: El concepto de influencia divina o corriente, es como una fuente que vierte sus aguas en todas direcciones, regando los lugares lejanos y cercanos. La fuente no tiene intención de regar éstos lugares sino que éstos están situados en el sendero del agua, y reciben la corriente. D-s actúa en el mundo de la misma manera. El vierte constantemente la fuerza de la vida que dá movimiento a todos los cuerpos. Vierte sabiduría que llega a todo ser humano y cada uno absorbe según su capacidad.

Uno de los estudiantes pidió un ejemplo.

- “Suponga que dos estudiantes están sentados en frente de su maestro. Uno es un estudiante dotado y el otro no. El maestro les

habla a ambos, y su Torá es vertida a ambos por igual. Pero cada uno asimila las palabras según su propia capacidad de entendimiento.”

- “¿Si un barco se hunde en el mar, es por casualidad?” preguntó otro de los estudiantes.

- “No es por casualidad, según la opinión de nuestro maestro. Si un barco se hunde, o si un techo se derrumba sobre quien estaba en la casa, aun si el incidente hubiera ocurrido de una manera aparentemente casual, el hecho de que aquellas personas estuvieran en el barco o estuvieran sentadas bajo el techo no es casualidad. Este era el deseo divino, el cual no podemos conocer.”

Mientras leía la carta, Ibn Aknin explicó a sus oyentes que la supervisión divina no se aplica a todas las personas igualmente. Una persona que ha adquirido una gran porción de influencia divina, tiene mayor supervisión divina. La supervisión está en proporción directa con la inteligencia.

¿Cómo podemos entender la idea de que una persona que ha adquirido la influencia divina pueda sufrir una herida o andar fracturado u oprimido a pesar de que la supervisión le ha escogido, por sus méritos y logros? Los estudiantes le hicieron ésta pregunta cuando leyeron las palabras de Maimónides sobre el nivel del hombre, comparado con el nivel de Moisés o de los profetas.

Ibn Aknin siguió leyendo y explicó las palabras de Maimónides. Dijo, que aunque una persona tenga una completa aprehensión de D-s, su inteligencia no es activa en momentos en que sus pensamientos están disipados. Es como un talentoso escritor, en el momento en que no está escribiendo. Y quien no ha activado su mente hacia D-s en absoluto, es como la persona que camina en la oscuridad, que no ha visto del todo la luz; como dice el versículo: “y el malvado será callado en la oscuridad.” Quien lo ha aprehendido pero aparta sus pensamientos, en ése momento es como la persona en un día nublado, bajo la cual el sol no brilla por las nubes que lo separan. ¿Qué se puede concluir entonces con respecto a aquellas personas que apartan sus pensamientos?

Ibn Aknin continuó leyendo las palabras de su maestro: “Por lo tanto, me parece que cualquier mal que le ocurre a un profeta o persona piadosa en el mundo, sucede solamente en el momento en

que él aparta sus pensamientos de la conciencia de D-s.

Continuó leyendo la carta. En ella, Maimónides discutió el nivel de los patriarcas, de quienes está escrito que entregaron sus vidas a la aprehensión y amor de D-s; la supervisión divina sobre ellos y sobre sus descendientes fué muy grande. A pesar de todo, los patriarcas estaban interesados en el dominio sobre las personas y en la acumulación de riquezas, y trataron de incrementar sus rebaños y su honor. Es evidente que cuando los patriarcas estaban ocupados en estos actos, solamente lo hacían con sus movimientos, mientras que sus corazones y pensamientos nunca estuvieron apartados de la presencia de D-s. El propósito de todos los esfuerzos de ellos, en éste mundo, fué hacer conocer el nombre de D-s en el mundo.

Uno de los estudiantes preguntó si la descripción de la Torá de las vidas de los patriarcas no contradecía lo que Maimónides decía acerca de la naturaleza de los profetas. Ibn Akin, explicó que según la opinión de Maimónides, el compromiso de los patriarcas con las ocupaciones diarias, no debe ser visto como de poca importancia. Más bien, muestra su grandeza, porque en el momento en que ellos estaba ocupados en éstas actividades, sus corazones estaban fijos en pensamientos sublimes; sus compromisos con los asuntos domésticos no les interfirió.

Continuaron discutiendo las palabras de Maimónides, que la supervisión divina solo se aplica individualmente a los humanos. Dijo que no hay evidencias en los libros de los profetas que la supervisión divina se extienda a miembros individuales de otras especies.

Después de que el grupo estudió la siguiente carta de Maimónides, discutieron la conexión entre D-s y el hombre y el paralelo entre la vida espiritual y la vida práctica. Iosef Ibn Akin les leyó de la carta: "Ya les he explicado que la inteligencia de D-s que es vertida sobre nosotros es lo que nos une a El. El libre albedrío es dado a la persona; si él quiere fortalecer ésta unión, puede hacerlo; o si quiere debilitarla poco a poco hasta ocasionar el cese, puede hacerlo."

- "Esto significa," dijo uno de los estudiantes, - "que una persona puede elevarse al nivel de Moisés, o bajar al nivel de Yeroboam."

Los estudiantes discutieron la idea del nivel de una persona. ¿Cuál era la conexión entre la rectitud o maldad de una persona y su nivel espiritual? Concluyeron que la rectitud o maldad de la persona depende solamente de él, pero que quien quiere alcanzar un alto nivel moral y lograr la unión con D-s, debe tener mucha preparación y capacidades intrínsecas desde su nacimiento.

Ibn Aknin dijo, que Maimónides vió el comportamiento moral como una manifestación del conocimiento de D-s. Citó de la carta: “Este contacto no se fortalece sino por la activación de la persona, por el amor a D-s, y por andar en Su dirección. Se debilitará y se reducirá si ocupa sus pensamientos con otras cosas. Sepas que el propósito de cada uno de los actos de servicio, como leer la Torá, rezar, y hacer el resto de los preceptos, es solamente para que la persona se ocupe así, con los preceptos de D-s antes que de asuntos mundanos; como si estuviera ocupado solamente de D-s y de nada más.”

¿La acción conduce al conocimiento de D-s? ¿Y el conocimiento conduce a la unión con El? preguntaron los estudiantes.

Ibn Aknin leyó, buscando respuestas a éstas preguntas. Hizo una pausa antes y después de la frase en la que Maimónides dijo que una persona puede lograr el propósito para el cual se prepara, por medio de hábitos correctos. Aprendemos de esto, que los preceptos nos acercan a D-s. Si una persona cuando está sola, torna sus pensamientos en ésta dirección, eso le llevará a la unión con D-s. El conocimiento del Creador es un medio de unión a El.

Los estudiantes investigaron la pregunta del amor a D-s. ¿Cuál es el significado del amor a D-s? ¿Cuál es el contenido de ésta emoción? ¿Cómo puede el amor ser comandado? Ibn Aknin leyó lo que Maimónides había escrito: “El término ‘tu corazón’ del versículo: ‘Amarás a D-s con todo tu corazón’ significa, con todas las fuerzas de tu corazón; o sea con todas tus fuerzas físicas. La aprehensión de D-s debe ser el propósito de todas tus acciones, como hemos dicho en nuestro comentario sobre la Mishné, y en el Mishné-Torá.”

Volvieron a lo que Maimónides había dicho en el Sefer ha-Mitzvot y en el Mishné Torá; ahí encontraron, “¿Cuál es el camino para amar y temer a D-s? Cuando una persona contempla

Sus actos, Su grandeza y las maravillosas creaciones, y vé en éstos Su sabiduría inestimable e infinita, inmediatamente amarás y alabará a D-s, y sentirá un tremendo deseo por conocer a éste gran D-s. Como escribió David, 'Mi alma está sedienta de D-s, del vivo D-s'; y como los Sabios dijeron con respecto al amor a D-s, 'Através de esto, conocerás a Quien habló, y condujo el mundo a la existencia.'"

Un estudiante preguntó, - "¿Esta contemplación es lo mismo que el estudio de la Torá?"

- "No. El estudio de la Torá es un precepto separado," contestó otro. Los estudiantes debatieron esto. Algunos pensaron, que la contemplación requerida por la Torá es el conocimiento de verdades, con las cuales la persona puede obtener su más alta perfección.

Un estudiante preguntó, si Maimónides vió este proceso mental como el cumplimiento del precepto de amar a D-s. Otro sugirió que para conocer a D-s, la persona debe contemplar la naturaleza. Una tercera preguntó si el conocimiento de las ciencias, y en particular de la naturaleza, podría obtenerse con el estudio de las creaciones de D-s.

Continuaron debatiendo el contenido de esa contemplación que expresa amor a D-s. Buscaron fuentes en los escritos de Maimónides que daban su opinión sobre esto; la respuesta no fué fácil de encontrar.

Ibn Akin citó del Moré: "Ya conoces la extensión de éste precepto en el versículo, 'con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus facultades.' Ya hemos explicado en el Mishné Torá, que éste amor es solamente posible, por medio del entendimiento de todo lo que existe y de la sabiduría de D-s en ella."

Uno de los estudiantes preguntó porqué en el Sefer ha- Mitzvot, Maimónides escribió que los objetos de ésta contemplación son "los preceptos, palabras y acciones de D- s"; y en el Mishné Torá, él mencionó solamente la contemplación de "Sus acciones y creaciones."

- "Porque en el Mishné Torá él estaba discutiendo la creación, y no había allí razón para mencionar los preceptos," contestó otro estudiante.

El debate continuó. Se hizo la pregunta de por-qué la Torá

usaba la palabra “amor”, cuando significaba conocimiento intelectual.

- Porque através del proceso intelectual del conocimiento de D-s, viene también el proceso emocional que induce a la persona a definir su conocimiento de D-s.“

Los estudiantes pasaron a la pregunta sobre el rezo. ¿Cuál es el contenido del rezo? ¿Era la petición de las necesidades de la persona lo principal, o era la alabanza a D-s? Leyeron la carta del Rambam sobre éste tema. En ella, él dijo que el precepto de implorar a D-s en momentos de angustia está, en su opinión, incluido en el precepto de “hacer sonar las trompetas.” Por medio del acto de implorar en momentos de angustia, el conocimiento de la verdad se reforzará en nosotros. Es decir, que D-s conoce lo que nos pasa, y es capaz de hacernos el bien si nosotros Le servimos, o perjudicarnos si nos rebelamos contra Su palabra. No debemos pensar que lo que nos pasa, sucede meramente por casualidad. Este es el significado del versículo: “Si andan Conmigo por un camino accidental, Yo también, caminaré con ustedes con una furia accidental.” Es decir, cuando Yo les envié angustias por castigo, y piensan que les sucedieron por casualidad, Yo les haré éste “suceso accidental” aún peor. Porque tu creencia de que lo que te pasa es por casualidad, refuerza solamente tus opiniones erróneas y te conducirá a continuar en tus malas acciones, sin arrepentimiento. Como dijo el profeta: “Les golpeó, pero no se enfermaron.” Esta es la razón del por-qué D-s nos ordena rezar y clamarle en momentos de angustia.

En el transcurso de la discusión que siguió, un estudiante preguntó: - “Si D-s conoce solamente las verdades eternas, ¿cómo es que El conoce las acciones intrascendentes de la gente?”

Otro estudiante preguntó: - “¿Por-qué D-s tiene que castigar por rehusarse a reconocer que El dirige toda la creación? Después de todo, D-s controla el mundo, no por Sus decretos, sino por sus leyes eternas. El no interviene en los sucesos que aparecen através de estas leyes.”

La respuesta fué dada: - “D-s conoce las acciones de las personas no por conocer los hechos y acciones transitorios, sino porque éstas acciones resultan de la operación de leyes divinas.”

Y, respondiendo a la segunda pregunta: - “Aunque D-s no

interviene en el curso de los hechos El estableció las leyes de la naturaleza moral, o la respuesta de la naturaleza de los seres inanimados y orgánicos al comportamiento moral del hombre. Entre otras cosas, D-s estableció como parte de la fundación de la naturaleza o de Su pacto con el pueblo judío, que la naturaleza respondiera a los pecados y méritos del pueblo judío. Una de éstas respuestas, es que si el pueblo judío no se arrepiente después de un leve castigo, será castigado más y más rigurosamente, hasta que finalmente se arrepienta.”



Una impresión antigua del Mishné Torá (Venecia, 1541). Desde que se escribió el Mishné Tora, ha sido la fuente primaria de todo estudiante de Torá y de todo decididor de la ley, hasta el presente; y de acuerdo con ésto, ha sido publicado en veintenas de lugares y cientos de ediciones. Muchos comentarios se han escrito sobre éste y ha sido objeto de innumerables discusiones legales.

De la colección de la Biblioteca Nacional y Universitaria, Jerusalem.

Capítulo Dieciocho

El Estudio Sobre El Rezo.

Los estudiantes discutieron sobre el propósito del rezo. ¿D-s es influenciado por el rezo? ¿Cómo se debe rezar? Ibn Aknin respondió que había aprendido por los escritos de su maestro, que las palabras del rezo no eran las que traían el remedio sino el cambio en el alma de la persona; de un estado sin oración a un estado de completa plegaria. Leyó, que el Rambam había escrito en *Hiljot Avodá Zará* (Leyes de la Idolatría), a cerca de la persona que sigue las creencias idolátricas: “Si se murmura un hechizo sobre una herida o se lee un versículo de la Torá...no solamente que son vistos en la categoría de hechiceros, sino que también están en la categoría de rechazadores de la Torá; porque manejan las palabras de la Torá para la curación del cuerpo, cuando éstas realmente curan el alma, como está escrito: ‘y ellas serán vida para tu alma.’”

Ibn Aknin leyó las palabras del Rambam sobre el rezo en el “Moré”: “Pero si rezas de los labios para afuera, o mientras tu rostro está volteado hacia la pared piensas en otros asuntos, o mientras tu boca lee la Torá tu corazón está ubicado en la construcción de tu casa y no prestas atención a lo que lees, y cada precepto que realizas es hecho solamente con tus labios, entonces eres como quien cava un hoyo en la tierra, o corta leña del bosque sin prestar atención a lo que está haciendo o sin pensar en lo que se le ordena hacer. No pienses que has obtenido la meta deseada, porque eres como de quienes se dice: ‘Estás cerca con tus labios pero alejado de tus más íntimos sentimientos.’”

A cerca del propósito del rezo, Ibn Aknin dijo que cuando una persona le pide a D-s por sus necesidades, su petición no debe estar dirigida a lo que pide, sino a su estado de necesidad. Cuando una persona es capturada por sus sentidos, el lujo le parece ser la necesidad primaria. Cuando se escapa de éste cautiverio después del rezo, su alma se llena con un contenido diferente; evalúa las cosas diferentemente. Este es el propósito del rezo. El segundo

propósito del rezo es la aceptación del juicio Divino. Como dice el Talmud: "Si la persona vé que los problemas se le vienen encima, que revise sus conducta." Al mismo tiempo el médico recibe el permiso de curar; la recuperación del enfermo y la victoria del justo sobre el malvado, son signos del perdón.

Hubo estudiantes que se apartaron el grupo, pues estaban preocupados porque el "Moré" les perjudicaría la simpleza de su fé, ya que sus palabras eran muy profundas y requerían investigación. Prefirieron la simple fé, sin investigación ni razones. La mayoría del grupo sin embargo, permaneció estudiando las cartas que Ibn Akinin continuó recibiendo de su maestro.

Discutieron la naturaleza de la perfección humana. Leyeron del Rambam, el comentario sobre la Mishná y sus cartas del "Moré". Las compararon para ver si habían contradicciones. Encontraron algunas, y trataron de resolverlas. En su introducción a la Mishná, el Rambam escribe: " Sepas, que los antiguos eruditos investigaron intensamente, hasta los extremos de su conocimiento y al máximo de su habilidad intelectual, para llegar a convencerse que todo lo que existe debe tener un propósito en su existencia." En el Moré, él escribe: " Los pensamientos de muchas personas perfeccionadas han llegado a confundirse investigando el propósito de toda la existencia... Sepas, que no hay cabida para la búsqueda del propósito de la existencia, ni según nuestra perspectiva de que el mundo fué creado de la nada, ni tampoco según la perspectiva de Aristóteles de que éste preexistió eternamente."

Después de mucha discusión y debate, Ibn Akinin mostró que el Rambam mismo, resolvía la contradicción. Hizo una distinción entre el propósito inmediato de cada clase de cosa que existe, y el propósito definitivo de la existencia como un todo. El primero es parcial, y se relaciona con cada especie separadamente. El último, abarca todo lo que existe. En la introducción a la Mishná, el Rambam se estaba refiriendo al propósito de las especies individuales, y no al de toda la existencia.

Leyó de la introducción a la Mishná: "Es imposible, que el propósito del hombre sea comer, conversar, copular, construir casas, o llegar a ser rey. Ya que todo ésto son cosas irrelevantes e

imprevistas que le suceden a la persona sin añadirle en su esencia. Además, todos éstos actos son comunes tanto a seres humanos como a animales. Es el conocimiento que se agrega a su esencia lo que lo traslada de un estado a otro, de uno bajo a un estado sublime. Porque él era primeramente un ser humano en potencia, y se ha convertido en un ser humano en realidad... El concepto más importante es la aprehensión de la unidad del Creador, y todo lo que está conectado con esto de Teología. Porque las otras ciencias son solamente medios de preparación de la persona para llegar a la teología.”

Ibn Aknin explicó que según Maimónides, una persona que no se preocupa por sí misma en la adquisición de la sabiduría, es como un animal. Una persona debe actualizar su humanismo, preocupándose por asuntos intelectuales; el más sublime de todos éstos, es la teología.

Ibn Aknin presentó en ése momento las palabras de Maimónides sobre las perfecciones del hombre. La primera de éstas, es la perfección de la adquisición. Esta es la clase de perfección más baja, en la cual la mayoría de las personas del mundo dedican sus días: en la adquisición de dinero, de ropa, utensilios, esclavos, tierras y toda propiedad. El convertirse en un gran rey, pertenece también a ésta categoría. Todo el propósito de ésta clase de perfección no es sino un placer ilusorio por completo. Este se expresa cuando una persona dice: “Esta es mi casa, mi esclavo, mi dinero, y éstos mi corte y mi ejército.”

Maimónides continuó diciendo que ésta clase de perfección y las pertenencias que la persona adquiere, no tiene ninguna relación con la persona misma. Si dicho propietario dejara de serlo, quien fué un gran rey se dará cuenta, que no hay ninguna diferencia entre él mismo, y la más humilde de las personas. Los filósofos han explicado que quien lucha y se esfuerza por ésta clase de perfección, se ha esforzado por algo imaginario, no real. Aún si ésta adquisición sigue siendo suya por toda su vida, no le aumenta ninguna perfección en sí mismo.

El segundo tipo de perfección, es la perfección corporalmente física; la cual incluye la perfección de las formas corporales, (su estructura interna, y su apariencia externa). Esto tampoco tiene propósito, porque la perfección física- corporal no aumenta en

nada a la persona, en términos de convertirse en ser humano. Esta clase de perfección puede también ser adquirida por los animales. Aunque las fuerzas de una persona alcancen el máximo de la capacidad humana, no se igualan al poder de un fuerte miedo, y la persona se puede acobardar por un temor muy fuerte, a pesar de todo.

El tercer tipo de perfección, es la perfección de las cualidades y del carácter. La mayoría de los preceptos (mitzvot), según Maimónides, tienen como propósito la adquisición de ésta clase de perfección. Por medio de la perfección del carácter, una persona puede servir de beneficio a otros. Sin embargo ésta clase de perfección es solamente una preparación para la perfección de otra clase, y no es un fin en sí mismo.

Así por tanto, una persona que ha perfeccionado sus caracteres, se convierte en un medio de beneficio a otros. Si una persona vive sola sin la compañía de otra gente, su buen carácter no tiene importancia y no es necesitado, por tanto no está perfeccionándose más.

El cuarto tipo de perfección es la verdadera perfección humana; es cuando una persona alcanza alturas intelectuales, y así aprende el verdadero conocimiento sobre asuntos divinos. Este es el más alto propósito, porque através de él la persona amerita la existencia eterna. Esta perfección le pertenece solo a él, y no es compartida con nadie más.

En Egipto, Maimónides se sentó a contestar las cartas a su alumno. A veces tuvo miedo del efecto que pudieran causar sus palabras sobre los alumnos. Contenían opiniones que no eran apropiadas para personas de simple fé, sino solamente para profundos pensadores que habían sondeado las profundidades de la filosofía judía. Las cartas que le envió a su discípulo Iosef, fueron escritas después de un profundo estudio; las ideas que le escribió fueron claras pues las estuvo pensado todo el tiempo. Quiso que su discípulo las estudiara detalladamente para entender cómo éstas le influían. Aún no le era obvio que estaba escribiendo un libro que sería publicado; por ésta época, éstas eran cartas a un discípulo que buscaba comprender oscuros temas y clarificar las confusiones de la filosofía judía. Escribió por amor a un querido estudiante y por el pensamiento en común que tenía con él.

Pensaba sobre las palabras de sus cartas mientras viajaba en su burro al palacio real y regresaba. A media noche las escribía y las enviaría a su alumno. A veces sintió como si hubiera redescubierto los libros de filosofía Judía que se habían perdido a través del camino del largo viaje del pueblo; porque era imposible que el Judaísmo no tuviera libros de filosofía como lo tenían otros pueblos. Pensamientos que no habían sido cristalizados, se concretaban dentro de la misma planeación y escritura de las cartas. Gracias al poder de su memoria, recordó y le fueron velados versículos bíblicos y citas talmúdicas de los Sabios, que necesitó para apoyarse. Pocas veces tuvo que ojear en los libros.

Le pidió a su alumno que le escribiera después de haber recibido su carta, contándole cómo había entendido sus palabras, y si estaba de acuerdo en ellas. Sabía que su discípulo era capaz de asimilar bien las ideas. El alumno le contestó que había leído las cartas ante un grupo de alumnos que se habían reunido con él, para estudiarlas; le listaba las preguntas que habían surgido en el grupo. Le contaba que algunos de los alumnos del grupo estaban preocupados porque su fé fuera afectada por las razones intelectuales que Maimónides dió, como el raciocinio de los preceptos, especialmente cuando dijo que algunos de éstos fueron dados solamente como medio contra la idolatría. Esos estudiantes encontraron dificultad en asimilar tales razones, y prefirieron la fé pura y simple.

Maimónides contestó que sus cartas estaban dirigidas a dos clases de alumnos. Los primeros eran aquellos que requerían una investigación profunda del Judaísmo y cuya fé ya estaba perjudicada; éstos no buscaban la simplicidad.

El segundo tipo eran aquellos que estaban confundidos: los que estudiaban los libros filosóficos de pensadores no judíos, y que no encontraron libros sobre pensamiento judío; eso fué lo que les perjudicó su fé. Fué por ellos, que sintió la necesidad de presentar esas cartas. Estas fortalecerían la fé de aquellas personas, apoyándose en los pilares de la lógica y la filosofía. Aquellas personas buscaban la filosofía judía para enfrentarla a la filosofía de los pueblos.

Ibn Akinin continuó leyendo las cartas ante su grupo de estudiantes, quienes debatieron y trataron de llegar a un completo

entendimiento de su contenido. Algunos expresaron ciertas preguntas con el fin de entender mejor; otros presentaron preguntas acusatorias sobre la manera de pensar de Maimónides; otros lo rechazaron por la mención de los pensadores gentiles; y otros lo aceptaron como respuesta para ellos.

La discusión pasó al tema de materia y forma. Ibn Akin leyó la carta de Maimónides sobre éste tema. En ella decía que todos los pecados de una persona tenían su origen en su materia y no en su forma. Por ejemplo, la aprehensión de D-s y la organización de conceptos intelectuales, la conquista de los deseos y el enojo, y la habilidad de decidir lo que se debe escoger y lo que se debe alejar - tienen todos éstos su origen en la forma. Pero los actos físicos del hombre (la comida, bebida y copulación), sus muchos deseos por cosas físicas y sus malos rasgos de carácter, como el enojo - tienen su origen en la materia.

¿Puede existir la materia sin la forma, o la forma sin la materia?, preguntaron los alumnos. Según la carta de Maimónides, la sabiduría Divina ha decretado que es imposible. Pero la forma humana tiene control sobre la materia: se pueden negar los deseos, o se pueden transformar los deseos en algo que sea bueno y apropiado.

¿Hay conflicto entre la materia y la forma? ¿Cómo se lleva a cabo la lucha entre ambos?

Ibn Akin contestó que ciertamente hay un conflicto. Leyó: "Las personas están en niveles diferentes; hay personas que se esfuerzan constantemente por cosas elevadas, pensando solo en su alma y en las cosas que son deseables para su forma: la formación de conceptos intelectuales y la obtención del conocimiento verdadero. Cuando las necesidades y deseos de la materia, con su obsenidad y oprobio, les topa, se sienten turbados ...y avergonzados, y tratan con todas sus capacidades y medios por reducir ésta vergüenza y protegerse a sí mismos... Esto se puede comparar a un hombre con quien el rey se enojó, y con el fin de degradarlo, el rey le ordena que cargue los excrementos de un lado a otro. Tal persona tratará con toda su habilidad de ocultarse mientras realiza tan degradante acto. Quizá lo cargue poquito a poco al lugar más cercano, para que así sus manos y ropa no se ensucien y que nadie lo vea. Esto es lo que el hombre libre haría.

Pero un esclavo, a quien le fué ordenado hacer tal degradante trabajo estaría contento de recibir un trabajo tan fácil. Se lanzaría sobre el excremento, ensuciándose su cara y sus manos y lo cargaría en público, riéndose y alegre.”

Pero como las funciones físicas no pueden dejar de hacerse, como comer y beber, Maimónides escribió que la persona debe satisfacerse con lo que es necesario para su existencia. No debe buscar placer, ni hacer nada más que lo necesario, ni buscar compañía para realizarlas. “Ya saben ustedes que los Sabios miraron despectivamente los banquetes que no eran realizados con el propósito de celebrar una Mitzvá (precepto). La gente piadosa como Rabí Pinjas ben Yair, no comían definitivamente, en compañía de otros. E incluso cuando nuestro bendito maestro, Rabí Yehuda ha-Nasí le pidió que comiera con él, se negó.”

Los alumnos discutieron la sumisión de la materia a la forma como medio de obtención del propósito humano. La esclavitud humana a sus deseos, y el debilitamiento de sus fuerzas espirituales debido a sus deseos, son el mayor obstáculo del hombre, como ser humano.

Sobre el tema de la embriaguez Maimónides escribió: “Con respecto a esto, el vino es como la comida. Reunirse con el propósito de beber y emborracharse, debe ser considerado más vergonzoso aún que una reunión de hombres desnudos haciendo sus necesidades en un mismo lugar a la luz del día. Pues ésto último es una necesidad, pero una persona que se embriaga, no es por necesidad, sino solo por su deseo. Además, el hecho de que la desnudez sea malo, ha sido aceptado por la sociedad humana y no es ésta una afirmación lógica. Pero la destrucción del cuerpo y la mente por la embriaguez es malo, según los cálculos de la inteligencia humana. Por lo tanto, quien quiere ser un ser humano, debe distanciarse de la embriaguez y ni siquiera hablar de ésto.

- “¿Y si una persona necesita un poco de vino con el propósito de quitarse la depresión?”, alguien preguntó.

- “Nosotros no estamos hablando sobre ésto, sino sobre alguien que es esclavo de la embriaguez, y no reconoce su mano derecha de su izquierda,” le contestaron. Puesto que ninguno de los miembros del grupo tenía tal comportamiento, toda ésta idea estaba alejada de ellos. Pero algunos conocían a esas personas, y

las describieron; discutieron cómo se llega a tal condición.

Siguieron con el tema de los pensamientos pecaminosos. Ibn Akin leyó las palabras de Maimónides: “Ya conocen los postulados de nuestros Sabios: ‘los pensamientos pecaminosos son peores que el pecado mismo’. Una fabulosa explicación de esto es la siguiente: Cuando una persona comete un pecado, lo hace por medios accidentales, cuyo origen está en la materia. Porque como he explicado, una persona peca solamente por su naturaleza animal. Pero el pensamiento es una de las cualidades únicas del hombre; su origen está en su forma. Cuando él piensa en un pecado, está pecando con la más sublime de las dos partes. Esto se puede comparar a una persona que comete un pecado por esclavizar a un esclavo tonto. Su pecado es menor que quien ha esclavizado a un emnimente hombre libre.”

Los estudiantes continuaron la discusión sobre la forma y la materia y los niveles de perfección. ¿Quién ha alcanzado la más alta perfección? Los profetas fueron mencionados como ejemplo. ¿Puede una persona alcanzar la perfección, incluso si está en un nivel bajo? ¿O si sus fuerzas espirituales son limitadas? Algunos dijeron que las palabras de Maimónides no contenían una orientación de cómo llegar a la perfección, sino que solamente la definía.

Los estudiantes buscaron una guía para obtener la perfección. Leyendo las cartas de Maimónides, encontraron que él abogaba seguir el camino intermedio, la regla dorada, aunque éste fuera un camino difícil.

Siguieron estudiando el Hiljot Deot (Leyes del Caracter) del Mishné-Torá y los Shmoné Prakim (Ocho Capítulos) del Comentario sobre la Mishná. Ibn Akin leyó: “El camino correcto es la medida intermedia en cada característica del hombre. O sea, la cualidad que es equidistante de los dos extremos.”

¿Cómo se encuentra el punto intermedio de un rasgo espiritual? ¿Cómo se definen los extremos del amor y odio?, quisieron saber los estudiantes.

En éste punto Ibn Akin leyó de Aristóteles la “Ética Nicomaquea”, la cual Maimónides había citado algunas veces y había discutido unos de sus temas. “No hay duda que encontrar el camino intermedio es algo difícil, especialmente en asuntos

prácticos. Puesto que no es fácil determinar cuánto nos debemos enojar, con quién, y por qué razón. A veces apreciamos a las personas que son indiferentes y las llamamos de temperamento paciente. Y otras veces alabamos a la gente que es propensa a enojarse, y la consideramos como viriles. No debemos menospreciar a la persona que se desvía ligeramente del buen camino, sino solamente a quien se desvía mucho de éste, porque su falla es ciertamente notoria. Cuán lejos puede desviarse una persona sin ser desaprobada, es difícil de determinar sopesando los hechos y la determinación es dependiente de nuestra percepción. De todos modos una cosa es evidente: el camino intermedio es el camino del bien, aunque a veces uno se debe inclinar hacia el lado del exceso o hacia la escases, para llegar más fácilmente al intermedio.”

- “Entonces Aristóteles reconoce que no es posible intelectualmente determinar el intermedio exacto, ni prácticamente es posible vivir solo de acuerdo con éste intermedio,” dijo un alumno.

- “Si,” le contestaron. - “Aristóteles no nos dá una regla para saber cuán distante se puede desviar del intermedio.”

- “¿Y qué dice Maimónides sobre esto?”

- “El cree, que podemos encontrar la solución en la Torá; de ésta podemos aprender cuál es el camino intermedio.”

Uno de los estudiantes objetó que era errado aprender de fuentes gentiles. Esto condujo al debate. Algunos dijeron que si Maimónides citaba los postulados de Aristóteles era imposible ignorarlos, porque las palabras de Maimónides debían ser entendidas en comparación con las de Aristóteles. Otros estuvieron en desacuerdo con esto.

Leyeron las palabras de Maimónides del Shmoné Prakim: “Esta perfecta Torá, la cual nos perfecciona, no nos ordenó nada respecto a esto, pero desea que una persona por su propia naturaleza, siga el camino intermedio. Comiera, bebiera, y se comprometiera en las relaciones sexuales de una manera permitida y con moderación. Y que construya el mundo con rectitud y justicia. Con esto no quiso decir que se viviera en cuevas o montañas, que se vistiera con harapos o tosca lana, o que se agotara y causara sufrimiento a su cuerpo.

“La Torá prohibió y obligó como lo hizo, solo para que nos distanciamos más de un lado, en el camino de nuestro perfeccionamiento. En efecto, todas las prohibiciones de alimentos no permitidos, de relaciones sexuales prohibidas y prostitución, los requisitos para que el matrimonio tenga documento y el acto de desposorios; y que además la esposa no le está siempre permitida sino que le está prohibida en las épocas de su menstruación y después que ha dado a luz - todo ésto, es para crearnos vallas y para que así minimicemos nuestro compromiso en las relaciones sexuales. Los Sabios prohibieron las relaciones sexuales durante el día, como se ha explicado en el Tratado Sanhedrín.

“D-s nos ordenó todo ésto, solo para que nos distanciamos bastante de la pasión; nos inclinemos ligeramente del medio, hacia el lado de la abstinencia de los deseos, para que así la virtud del alejamiento de las cosas físicas se refuerce en nosotros. De manera parecida, todo lo que la Torá ordena sobre el diezmo, el terreno agrícola destinado para al pobre, las leyes sabáticas y de jubileo y la caridad casi al extremo del derroche - todo ésto es para distanciamos del límite de la avaricia y para... reforzarnos la cualidad de la generosidad. De la misma manera, si examinara la mayoría de los preceptos encontrará que éstos educan las fuerzas del alma. Otro ejemplo, es la prohibición de venganza y ‘redención de sangre’ de un pariente asesinado.”

Un alumno preguntó, ¿cómo puede una persona habituarse a seguir por el camino intermedio? Otro preguntó por el origen de éste concepto de Maimónides. Ibn Aknin leyó del Hiljot Deot: Se nos ordenó seguir el camino de la moderación, el cual es el sendero bueno y correcto. En la Torá está escrito: ‘y anda por Sus caminos.’ Explicándolo los Sabios dijeron: ‘Así como El es bondadoso tú también seas bondadoso; así como El es misericordioso tú también seas misericordioso; así como El es llamado santo, tú también seas santo.’ Esta es la razón de porque los profetas llamaron a D- s por todos estos nombres: lento en la ira, lleno de bondad, justo y recto, puro, valiente, poderoso - para decirnos que éstos son los caminos buenos y rectos, y que una persona debe conducirse por ellos e imitar a D-s tanto como le sea posible.

“¿Cómo puede una persona acostumbrarse a éstas cualidades, de tal forma que se vuelvan parte de sí mismo? Repitiendo una y otra vez actos que se hacen de acuerdo con las cualidades intermedias; repitiéndolos constantemente hasta que éstos actos se vuelvan fáciles para él y no una carga. De ésta forma aquellas cualidades se fijarán en su alma.”

¿Cuáles son los límites del camino intermedio? “Una persona no debería comer hasta saciarse, sino solamente un cuarto menos. Mientras come, debería beber solamente un poquito de agua mezclada con vino. Cuando el alimento comienza a ser digerido, puede beber sin embargo la cantidad que requiera, pero no en exceso... Es suficiente que una persona duerma un tercio del día, o sea 8 horas; de modo que se levante de la cama antes que amanezca. Debe bañarse cada siete días; y no hacerlo inmediatamente después de comer, o cuando se está con hambre, sino cuando el alimento ha comenzado a ser digerido. No debe acostumbrarse a sacarse sangre frecuentemente, sino solamente cuando le es muy necesario. No debe sacarse sangre en el verano o en temporada lluviosa, sino un poquito en Nisán y un poquito en Tishrei.” Los alumnos preguntaron sobre el camino apropiado para los eruditos de Torá. ¿Servirían éstos como ejemplo a las masas? Ibn Aknin explicó que Maimónides era estricto con los eruditos. Mientras abogaba por la moderación para la mayor parte de la gente, requería de los eruditos que su comportamiento, y no solamente su intención, estuviera de acuerdo con las exigencias del camino intermedio.

Escribió en Hiljot Deot: “Así como el hombre sabio es reconocido por su sabiduría y conocimiento, por lo cual es distinguido de los demás, de la misma manera él debe ser reconocido por sus acciones, en su manera de comer, beber y relaciones sexuales, en la obtención de sus necesidades, en su forma de hablar, de andar, de vestir, la manera que arreglar sus asuntos, y la manera que conduce sus negocios. Todas éstas acciones deben ser extremadamente apropiadas y buenas. ¿Cómo? Un alumno de Torá no debe ser gotón, sino que debe comer lo que le es apropiado para su salud corporal; ni tampoco debe comer alimentos perjudiciales.

“Cuando un alumno de Torá bebe vino, debe tomar solamente

lo necesario para humedecer el alimento en su estómago. El que se emborracha es un pecador. A pesar de que la esposa le es permitida a un hombre, un Talmid Jajam debe conducirse con santidad. No debe estar con ella todo el tiempo, como un gallo, sino solamente en la noche de Shabat, si sus fuerzas se lo permiten.

“Un Talmid Jajam no debe gritar como un animal cuando habla, ni debe levantar su voz demasiado, sino que debe hablar baja y calmadamente con todos. Y cuando lo haga, debe tener cuidado de no ir muy lejos, porque entonces parecerá ser arrogante. Un erudito maneja sus asuntos justamente. Come, bebe, y provee las necesidades de su familia, de acuerdo con sus capacidades económicas. Si una persona hace todas estas actividades y son del agrado de otros, es descrito por el versículo siguiente: ‘Tú eres Mi siervo, Israel, en quien Yo me vanaglorio.’

Después de escuchar ésto un alumno preguntó: - “¿Cuál es la ocupación apropiada que un erudito debe elegir? ¿Debería hacer de su Torá su única ocupación? ¿Debería vivir de la caridad para dedicarse por completo al estudio de la Torá y al servicio de D-s?”

Ibn Aknin se dirigió al lugar de Hiljot Talmud Torá (Leyes sobre el estudio de Torá), donde Maimónides discutió éste asunto: “Quien pretende ocuparse con el estudio de Torá sin trabajar sino que vivirá de la caridad, dicha persona profana el nombre Divino, insulta la Torá, extingue la luz de religión, provoca el mal en sí mismo, y pierde su vida en el Mundo Venidero; porque está prohibido enriquecerse o beneficiarse con la Torá en éste mundo. Los Sabios dijeron: ‘Quien se beneficia con la Torá pierde su vida en el mundo.’ Y añadieron, ordenando: ‘No hagan con ella una corona para engrandecerse, ni una pala para cavar.’ Además dijeron: ‘Ama el trabajo y odia el liderazgo,’ y: ‘Toda Torá que no está combinada con el trabajo, definitivamente es nula, y ocasiona pecado’. Y: ‘por último esa persona terminará robando a otros’.”



La última página de la primera parte del “Guía para los Perplejos“. La profundidad, lo complejo, lo osado, y el lenguaje deliberadamente poco claro del libro ocasionó que algunos de los líderes espirituales del pueblo se opusieran a la obra, pues temieron que el entendimiento defectuoso, pudiera crear la confusión, en lugar de reducirla. El libro es utilizado hoy en día, por los filósofos como una fuente infalible de inspiración, para comentarios, y como tema de muchos tratados y libros. Esta edición fué escrita sobre un pergamino e ilustrada por Levi bar Yitzjak, en España, en el S. XIV.

De la colección del Museo Real Dinamarqués, Copenhagen.

Capítulo Diecinueve Estudios Del More

Cuando Rabí Iosef Ibn Aknin terminó de leer las palabras de Maimónides sobre el sendero del erudito de Torá, sus oyentes comenzaron nuevamente a hacer preguntas y a discutir entre ellos.

- “¿Este es el camino intermedio?” preguntó un estudiante.

- “Sí,” contestó Ibn Aknin. - “Aquí no hay desviación del camino intermedio.”

- “¿Y cómo dividiría un Talmid Jajam su tiempo, entre el estudio de Torá y el trabajo?” preguntó alguien.

- “Las palabras de nuestro maestro son claras. Por un lado, está prohibido que una persona se ocupe solamente de Torá. Por el otro lado, está prohibido que se entregue completamente a los negocios y que descuide la Torá. Una persona debe ocuparse de los negocios en la medida necesaria para mantenerse. Y debe utilizar el resto de su tiempo en la Torá, durante toda su vida.”

- “¿Y qué horario se ha de seguir en el estudio de Torá y el trabajo?”

- “Nuestro maestro ha respondido a ésto también. Según su opinión se deben dedicar tres horas al día a los negocios, nueve a la Torá, ocho a dormir y cuatro para los demás asuntos. Este ha de ser el programa diario de un judío.”

- “¿Y si una persona puede ganarse la vida en menos tiempo?”

- “Ciertamente no hay nada malo en ésto.”

- “¿Y si la persona puede permanecer saludable con menos horas de sueño?”

- “Es lo mejor. Pero una persona no debe disminuir la cantidad de horas dedicadas al estudio de la Torá, porque debe seguir el camino intermedio tanto en el carácter manifiesto, como en la división de su tiempo.”

Ibn Aknin siguió explicando que dividir el tiempo correctamente y comportarse de acuerdo con los rasgos correctos del carácter, no era suficiente.

Todas las acciones de una persona y sus intenciones al hacerlas, deben estar coordinadas hacia un propósito. La perfecta persona promedio debe ansiar abandonar su moderada perfección para alcanzar la más alta perfección humana.

Buscó en las enseñanzas de Maimónides y encontró nuevamente en Hiljot Deot instrucciones sobre éste tema: “Una persona debe dirigir su corazón y todas sus acciones solamente hacia el conocimiento de D-s. Su sentarse, pararse, hablar, todo - debe estar dirigido hacia ésto. Y ¿cómo? Cuando conduce sus negocios o trabaja para recibir un pago, su propósito no debe ser simplemente acumular riquezas, sino que debe hacer todas éstas cosas para poder conseguir lo que el cuerpo necesita, como alimento, bebida, casa para vivir, y matrimonio.

De manera parecida, cuando come, bebe, o tiene relaciones sexuales, no debe hacerlo solamente por placer, sino que debe intentar comer y beber solo para mantener su cuerpo. Por lo tanto, no debe comer lo que su paladar desea, como un perro o un burro, sino que debe comer lo que es provechoso para su cuerpo, bien sea amargo o dulce; y no debe comer cosas que son perjudiciales al cuerpo aún cuando sean dulces al paladar. Si una persona se conduce de acuerdo con las reglas de la salud solamente para que su cuerpo esté íntegro, y para tener hijos que hagan su trabajo y labores según sus necesidades - no es éste el buen camino. Más bien la persona debe pretender que su cuerpo sea íntegro y fuerte para que su alma se aclare en el conocimiento de D-s. Puesto que es imposible entender o pensar sobre la sabiduría si se tiene hambre, dolor, o se está enfermo.”

Uno de los estudiantes preguntó: - “¿Puede una persona alcanzar la perfección sin educarse para ésto?”

- “No. Un período de entrenamiento es necesario para que se acostumbre a seguir por éste camino.”

Ibn Aknin leyó del Shmoné Prakim: “Sepan que éste nivel es muy alto y difícil. Solamente unas pocas personas lo obtienen y solo después de bastante preparación. Si existe una persona que concuerda con ésta descripción, pienso que no es menos que los profetas. Es decir, ésta persona activa todas los poderes de su alma, y hace que sea su meta D-s, sea El inmensamente glorificado.”

- “¿Quiere decir ésto, que aún en nuestros días una persona puede llegar al nivel de la profecía?” preguntó uno de los estudiantes.

- “Las palabras de nuestro maestro deben ser entendidas de ésta manera: una persona alcanzará el nivel de la profecía después de mucha preparación.”

- “¿Puede una persona alcanzar la perfección y obtener el perfecto conocimiento de D-s?”

- “Esa es la aspiración. Es cuestionable si una persona puede lograr esa perfección y llegar a la cima. Pero el camino de la persona debe ser aspirar a la más alta perfección.”

- “¿Se puede alcanzar la perfección por medio del camino intermedio que aconseja nuestro maestro?”

Este es el consejo de nuestro maestro. Siguiendo una buena conducta moral la persona puede alcanzar la perfección y el conocimiento de D-s.”

Un estudiante presentó una importante pregunta: - “¿Qué justificación hay en la existencia de criaturas que no obtienen su propósito - que no pueden llegar a la perfección?”

Ibn Aknin meditó sobre la pregunta. En su mente, buscó una respuesta en los escritos de Maimónides. Por fin dijo: - “Otros seres vivientes, aunque no son perfectos son por lo menos beneficiosos porque ayudan al hombre y le dan su alimento. El hombre es quien medita sobre las ideas intelectuales y aspira llegar a la perfección. Sin el alimento, el hombre no puede vivir, y todas éstas criaturas son accesorios que ayudan al hombre a alcanzar la perfección; son parte del sistema de la creación.”

Un estudiante diferente preguntó: - “Puesto que todo en el mundo tiene un propósito, ¿qué propósito hay en la existencia de aquellas personas que nunca alcanzan la perfección?”

- “Es una buena pregunta,” contestó Ibn Aknin. - “Hay una respuesta en el Shmoné Prakim. Es larga pero se puede resumir, a continuación: Estas personas fueron creadas por dos razones: primero, para servir al individuo que es capaz de alcanzar la perfección. Si todos buscaran la sabiduría y la filosofía, el mundo no funcionaría, puesto que el hombre necesita muchas cosas: tendría que aprender a arar y a cosechar, trillar, moler y hornear; y preparar las herramientas para todos éstos trabajos con el fin de

hacer su alimento. Tendría también que aprender a hilar y a tejer para hacer su vestido; edificar para construir un techo y hacer las herramientas necesarias para todos éstos trabajos. Ni siquiera el tiempo de vida de Matusalem sería suficiente para todo el trabajo que requiere proveer las necesidades de una persona, sin las cuales no se puede existir. ¿Cuándo tendrá tiempo libre para estudiar y adquirir sabiduría? Y así, entonces fueron creadas las otras criaturas para hacer todas éstas acciones que son necesarias para la civilización, para que el hombre sabio encuentre sus necesidades listas, y así el mundo sea habitable y no esté desolado. La sabiduría puede entonces, subsistir en el sabio. Es muy clara la frase: 'Si no fuera por los tontos, el mundo estaría desolado.' Puesto que no hay más estupidez en el mundo que ésta, del hombre. Por ésta razón nuestros sabios se refirieron a la persona que no tiene sabiduría, como un 'am haretz', persona de la tierra; ya que existe solamente para que la tierra sea habitable."

Esto llevó a bastantes discusiones entre los estudiantes.

- "¿Es posible que la Torá vea a una persona como un hombre eminente, y a otra como un instrumento que fué creado solamente para llenar las necesidades del primero o como un medio para su propósito?"

- "Los profetas denunciaron en contra de la esclavitud de incluso la persona más humilde," comentó otro estudiante.

- "¿Es posible que Maimónides crea que hay una jerarquía de seres superiores y seres inferiores, siendo creados los seres inferiores para servir a los superiores?"

- "Si todo fué establecido para el beneficio del hombre perfecto, ¿donde está indicado ésto en la Torá?"

- "Maimónides no hizo del hombre perfecto un gobernador; o el que controla otras personas," comentaron otros.

- "El hombre perfecto también tiene que obedecer las órdenes del gobernador; no tiene privilegios especiales," agregó alguien.

El debate continuó hasta tarde en la noche. Buscaron las respuestas en las enseñanzas de Maimónides, y se presentaron más preguntas sin que siempre se encontrara una respuesta. Ibn Aknin le envió a Maimónides, en Egipto una carta con esas preguntas.

Luego entonces, un estudiante presentó otra pregunta: - "¿Pero

no vemos en la realidad que hay sabios y gente educada que sirve a tontos que han obtenido riquezas?”

La pregunta cayó como un rayo. Ibn Akin contestó que tenía que buscar la respuesta en las enseñanzas de Maimónides, y ésto le tomaría tiempo. Recordó que había algo respecto a ésto en la introducción al comentario de la Mishná. Después de mucho buscar, encontró que verdaderamente ahí estaba. Leyó: “Para que no se diga, ‘¿Acaso no vemos a un tonto, o a una persona estúpida que tiene tranquilidad en éste mundo sin que se esfuerce por ello, y a otros que le sirven y hacen su trabajo siendo que a veces uno de éstos puede ser una persona educada?’ Sin embargo, no es como él se imagina. La razón de la tranquilidad del tonto es que también él sirve a quien es el propósito del Creador. Por su placer, o por su dominio o riqueza, ordenará a sus esclavos construir un gigantesco palacio o plantar un gran viñedo, como hacen los reyes o aquellos a los que imita. Este palacio estará disponible para el hombre justo, quien eventualmente vendrá y se refugiara en la sombra de una de sus murallas, salvándose por tanto de la muerte. O algún día, el vino de ése viñedo será utilizado como curación para el hombre perfecto que ha sido mordido por una víbora. Este fué el propósito y la sabiduría de D-s, Quien subyugó la naturaleza, con ‘principios de largo alcance, fé y verdad.’ Ya nuestros Sabios se refirieron a ésto, al relatar que cuando Ben Zoma estaba en el Monte del Templo y vió a todo Israel ascendiendo, dijo: - ‘Bendito sea Quien creó a todos éstos para servirme,’ porque él era único en su generación.”

- “En otras palabras, se deben ver los hechos, con una perspectiva de tiempo,” dijo el estudiante que había hecho la última pregunta.

Pasaron al tema de la preparación para la profecía. Los miembros del grupo hicieron muchas preguntas. - ¿Qué preparación se debe llevar a cabo para ser profeta de su pueblo? - ¿Cuándo comienza dicha preparación? - ¿Debe la persona haber recibido preparación antes de nacer?; - ¿o puede ejercitarse activando sus fuerzas físicas y espirituales? - ¿Puede una persona con algún defecto alcanzar el nivel de profecía? - ¿Y qué preparación necesita ésta persona?

Ibn Aknin leyó del Shmoné Prakim: “Sepas, que ningún profeta profetiza sino después de haber alcanzado todas las virtudes intelectuales, la mayoría de las virtudes del carácter, y las más trascendentales de éstas. Nuestros Sabios dijeron: ‘La profecía solamente descansa sobre quien es sabio, fuerte y rico.’ La sabiduría incluye todas las virtudes intelectuales; la riqueza es una de las virtudes del carácter; ésto quiere decir, el que está contento con lo que tiene. Así dijeron nuestros Sabios: ‘¿Quién es rico? Aquel que está contento con su porción.’ Es decir quien se esfuerza con lo que le sucede, y no se angustia por lo que no le ha sucedido. La fortaleza es también una virtud del carácter; es decir la persona conduce sus poderes de acuerdo a la idea que hemos explicado. Así fué dicho por los Sabios: ‘¿Quien es fuerte? Aquel que conquista sus impulsos.’”

Fué hecha la pregunta de si el profeta debe tener todas las virtudes mencionadas. - ¿Puede encontrarse algún ejemplo de un profeta que no haya sido completamente perfecto de carácter? Ibn Aknin leyó: “ Pero no es condición necesaria definitivamente, que el profeta tenga todas estas virtudes sin que ninguna de ellas esté reducida. Porque el rey Salomón fué un profeta, y la Biblia lo atestigua cuando dice: ‘D-s se apareció a Salomón en Guivón’. Y sin embargo encontramos que él tenía una deficiencia de carácter: deseo excesivo. Como está escrito sobre él: ‘con respecto a ésto, Salomón pecó.’ El rey David, también fué un profeta, como está escrito: ‘La Roca de Israel me hablo’; y encontramos que era cruel por naturaleza, a pesar de que solamente utilizaba su crueldad para matar herejes o contra la idolatría, y que fué misericordioso con el pueblo de Israel.”

- “¿Qué diferencia hay entonces, entre un profeta y una persona común?” se preguntó.

- “La diferencia está en que su existencia está en un nivel más alto; pero ésta no es una diferencia cualitativa,” contestó alguien.

Ibn Aknin leyó: “Sepas que todos tenemos en cierta medida, el poder de la valentía. Si no fuera así, una persona no motivaría su pensamiento para alejar cosas que posiblemente le perjudicarán. Esta fuerza espiritual se asemeja, en mi opinión, a la fuerza natural de repulsión. El poder de la valentía no se encuentra igualmente en todas las personas, sino como otras fuerzas, es más fuerte en unos y más débil en otros. Por tanto se encontrará que

una persona lucha contra un león, mientras otra se escapa de un ratón; o, una persona lucha contra todo un ejército en una guerra, mientras otra, tiembla de miedo cuando una mujer le grita. Estas características dependen de la constitución de la persona que lleva su tendencia del potencial a la realidad, por medio de ciertas creencias. Contrariamente, si activa esa fuerza, aunque solo sea un poquito, esa característica potencial se debilitará hasta el extremo, si se entrega a una cierta creencia. Incluso en adolescentes, ya se puede ver quienes exceden en valentía, mientras a otros les falta.”

- “¿Qué quiere decir Maimónides cuando dice que una persona actualiza un rasgo característico potencial, por medio de ciertas creencias?”

- “Ciertas creencias refuerzan la valentía de una persona. Por ejemplo, el creer que si se muere en una batalla se llegará al nivel de ángel.”

- “¿Qué se puede decir sobre la capacidad de predecir el futuro? ¿Alguien tiene ésto en potencia?”

“Maimónides en efecto, comenta sobre ésto; lo llama el poder de calcular las posibilidades.”

Ibn Akinin leyó: “El poder de calcular posibilidades se encuentra también en todos, en mayor o menor grado. Se aplica en particular a aquellos asuntos a los que la persona dirige su atención y que entiende. Usted mismo, seguramente ha dicho a veces, que una cierta persona dirá o hará tal o cual cosa, y sus palabras se tornaron realidad. Hay personas cuya imaginación y capacidad de estimación es bastante poderosa, o sea correcta, a tal punto que es posible que toda cosa que imagina, imaginó o imaginará, se torna completa o parcialmente cierta. Hay muchas razones de éste fenómeno inherente en el pasado, futuro y presente. Este poder de estimación hace que la mente revise todo lo que le ha precedido e indique una conclusión correcta tan rápidamente, que se puede pensar que no le tomó tiempo. Por medio de éste poder de estimación, algunas personas pueden decir importantes cosas acerca del futuro.”

El grupo de estudio comparó la imagen del profeta que se presentó en el Moré con la de la Biblia. Ibn Akinin les leyó de las cartas:

“La materia con que el cerebro de ésta persona está formado está completamente perfeccionada, desde su creación en términos de claridad, composición, tamaño y sitio en el cráneo. Esta persona no es defectuosa ni tiene faltas en ninguna parte del cuerpo. Ha estudiado y adquirido sabiduría de tal forma que su inteligencia ha pasado de lo potencial a lo real y ha alcanzado el máximo desarrollo y perfeccionamiento humano posible. Sus características éticas humanas son puras y medianamente equilibradas. Todos sus esfuerzos están para conocer los secretos de la existencia y sus causas. Sus pensamientos se tornan siempre hacia asuntos sublimes y su atención se fija en el conocimiento de D-s, de Sus acciones, y de todo lo que se debe creer al respecto. Sus pensamientos han abandonado los temas animales e inferiores y no siente más ningún deseo por ellos (o sea, la búsqueda de los placeres de la comida, bebida, y el sexo). Es propio también, que esa persona deje de pensar acerca del dominio y poder, que es falsedad y no lo desea.”

- “¿No es ésta imagen del profeta diferente a la que se encuentra en la Biblia?” preguntó un estudiante.

- “Hay una diferencia,” contentó alguien. - “El profeta en la Biblia, se muestra como alguien que toca instrumentos musicales y tiene momentos de desnudez propia y caídas ‘ indefenso todo el día y toda la noche.’”

- ¿“Cómo se puede definir la imagen del profeta vista en el Moré?”

- “No es la imagen de un maestro o de alguien que reprende y advierte al pueblo, sino la de un hombre de conocimiento, un pensador, un filósofo.”

- “Pueden los grandes filósofos alcanzar el nivel de la profecía?”

- “Se puede deducir así de lo que Maimónides dice más adelante: ‘Porque la mayoría por los pensamientos conocidos de los hombres de sabiduría son preocupaciones por los placeres en éste sentido y la búsqueda de ésto. Sin embargo se preguntan porqué ellos no profetizan, si la profecía es algo natural.’”

- “Maimónides vé así, la personalidad del pensador similar a la del profeta.”

- “Así deben ser entendidas sus palabras. El profeta es una persona de profundo pensamiento que se comporta con la premeditación de un pensador.”

- “¿Para entender los pensamientos de un profeta, debemos estar familiarizados con los caminos de la adquisición del conocimiento humano? ¿O es el profeta diferente a cualquier otra persona?”

- “Para entender la imagen del profeta debemos entender la acción de la facultad de la imaginación,” contestó Ibn Akin, y leyó: “Usted ya conoce la acción de la facultad de imaginación que recuerda cosas percibidas por los sentidos y las combina en imágenes de acuerdo con su naturaleza. Su más importante actividad es en el momento en que los sentidos están en descanso y no están funcionando. En ese momento, cierta influencia le llega a la persona de acuerdo con su preparación. Esta es la explicación de los sueños verdaderos. Esta es también la causa de la profecía. La diferencia entre éstos es cuantitativa y no cualitativa. Ya sabe lo que nuestros Sabios dijeron, ‘El sueño es un sexto de profecía.’”

Ibn Akin continuó leyendo. Maimónides dijo que la actividad de la facultad imaginativa, puede ser tan perfecta que la persona vé la cosa que se está imaginando en su alma, como si realmente existiera. “Y la cosa que vé en una visión profética, le parece que le viniera a través de los sentidos.”

- “¿Pero, la facultad imaginativa no se considera un obstáculo que distrae el pensamiento de la búsqueda persistente por la verdad, y conduce a imaginaciones falsas?” preguntó un estudiante.

- “La facultad de la imaginación funciona en todos pero no con la misma intensidad que en un profeta, quien vé las creaciones de su imaginación como una realidad. Esta es la diferencia entre un profeta y una persona común,” alguien contestó.

- “¿Qué opina nuestro maestro sobre la profecía de Moisés? ¿También su profecía llegó a través de la facultad imaginativa?”

- “No. De las palabras de Maimónides vemos que Moisés profetizó solamente a través de su intelecto; alcanzó la perfección que le liberó de la facultad imaginativa,” contestó Ibn Akin.

- “¿La imaginación ocasiona que una persona crea que las visiones que vé son realidad, aún después de que la imagen pasa?”

- “Cuando una persona imagina que está atravesando ríos y océanos, sabe muy bien que solamente lo está imaginando,” alguien añadió.

- “No necesariamente. A veces las obras de la imaginación son tan ciertas que a la persona no se le ocurre que son solamente una visión,” contestó otro.

- “Entonces como puede alguien saber que es un profeta?”

- “Llegaremos a ésta pregunta más adelante,” contestó Ibn Aknin; - “está discutido ésto en las cartas.”

- “¿Puede, incluso un profeta cometer un error?” - “Así parece. Aún en su alto nivel, un profeta no puede llegar a cierto nivel que no cometa errores; sin embargo él alcanza el nivel en el que recibe la influencia divina. Lee lo que nuestro maestro dice acerca de la influencia intelectual y la facultad de la lógica; y sobre los soñadores y los que realizan milagros y estudia sus cartas.”

- “¿Qué dice nuestro maestro que viene con la influencia divina?”

- “La influencia divina que recae sobre una persona le dá la capacidad de alcanzar alturas espirituales que de otra manera no podría alcanzar. Pero dicha persona no es en esencia diferente del resto de la humanidad.”

Maimónides continuó escribiéndole a su querido alumno. Dedicaba bastante tiempo y pensamiento antes de formular y escribir sus ideas. En una carta escribió: “Debo aclarar la naturaleza de los sueños. Pero una visión como en: ‘Me dí a conocer a él en una visión,’ que es llamada también ‘visión profética,’ ‘mano de D-s,’ o ‘lo que es revelado,’ es un estado atemorizante y espantoso que le ocurre a un profeta cuando está conciente. Lo vemos en Daniel, quien dijo, ‘Ví ésta gran visión que me dejó sin fuerzas; mi rostro perdió el color y me quedé sin resistencias.’ Y: ‘Y estaba durmiendo, con mi rostro sobre el suelo,’ pero el ángel le habló, y le hizo pararse- todo ésto es una visión profética. En una situación así, los sentidos dejan de funcionar; la influencia divina llega a la facultad lógica y la rebasa llegando a la imaginación, y haciéndola funcionar. Algunas veces, la visión comienza con una escena profética, después de lo cual viene un incremento del temor y temblor, y una tremenda excitación que acompaña al funcionamiento perfecto de la imaginación. Entonces la visión aparece. Vemos ésto en Abraham. Al comienzo de su visión, está escrito: ‘La palabra de D-s le llegó a Abram en una visión,’ entonces, ‘Abram cayó en un profundo sueño,’...etc., y

luego, 'Y D-s le dijo a Abram', y etcétera.

- "Sepas que de quien esté escrito en la Biblia que un ángel habló con él, o que le fueron dichas palabras de D-s - definitivamente ocurre en un sueño o en una visión profética." Maimónides continuó con una lista de 4 tipos de profecía por medio de los sueños.

Cuando ésta carta fué leída y discutida por el grupo de Ibn Aknin, uno de los estudiantes preguntó: - "Maimónides nos ha enseñado que la profecía aparece en una persona, solamente cuando ésta alcanza la perfección espiritual; pero, vemos que la palabra de D-s apareció también a gente extremadamente mala, como por ejemplo a Labán el arameo."

- "Nuestro maestro mismo, continúa discutiendo ésto," contestó Ibn Aknin, y leyó:

"Sin embargo, cuando está escrito sobre alguien, 'D-s se apareció a fulano en un sueño en la noche,' no es precisamente una profecía y la persona no es un profeta. Lo que significa, es que la conciencia de D-s se le apareció y que fué en un sueño. Exactamente como D-s puede causar que el movimiento de una cierta persona salve o destruya a otra, de la misma manera El ocasionó el suceso de palabras que quiso que ocurrieran en un sueño."

- "En otras palabras, Labán el arameo no tuvo una profecía directa, sino que D-s hizo que sucedieran causas naturales para darle al justo y al malvado lo que cada cual se merecía. Produjo las circunstancias para despertar en el alma del malvado los pensamientos que El quiso; pero ésto no fué una revelación directa," explicó un estudiante.

Ibn Aknin leyó: "No hay duda de que Labán era una persona extremadamente malvada, y a la vez un idólatra. Aunque Abimelej fué justo entre su pueblo, vemos lo que Abraham dijo acerca de su tierra y su pueblo: 'No hay temor de D-s en éste lugar.' En cada uno de ellos, Labán y Abimelej, está escrito, que D-s se les apareció en un sueño en la noche. Sepas y distingue la diferencia entre 'D-s se apareció', y 'D-s dijo'; y la diferencia entre 'en un sueño de la noche' y 'en las visiones de la noche.' Acerca de Jacob está escrito: 'D-s le dijo a Israel en las visiones de la noche.' Acerca de Labán y Abimelej está escrito: 'D-s se apareció...en un

sueño de la noche,' a lo cual Unkelos traduce como 'la palabra de D-s', en lugar de 'D-s se reveló.' Sepas también, que algunas veces está escrito, 'D-s dijo a fulano', y ésa persona no es un profeta, ni ninguna visión se le mostró, sino que un profeta se lo dijo. Por ejemplo, como está escrito, 'Y ella fué a pedirle a D-s,' lo cual quiere decir que ella fué a la Casa de Estudio de Eber. Eber le contestó a ella. Y puesto que él era un profeta, está escrito, 'D-s le dijo a ella.'

"Ya hemos explicado que cuando se menciona que alguien vió un ángel o escuchó hablar a un ángel, es seguramente una visión profética o un sueño, bien sea que esté o no declarado. Este principio fué establecido por uno de nuestros principales Sabios, Rabí Hiya el Grande, acerca del versículo de la Torá: 'D-s se le pareció en las encinas de Mamre...' El dice, que ésto es una introducción general contándonos que D-s se le apareció a Abraham; después de lo cual, la Torá continúa narrándonos la forma que tomó ésa revelación, o sea, que vió a tres hombres y que corrió a hablarles."

Uno de los estudiantes leyó los versículos referentes a ésto: "D-s se le apareció en el encinar de Mamre, y él estaba sentado en el portón de su tienda, bajo el calor del día. Levantó sus ojos y miró, y he aquí, tres hombres se acercaban a él. Los vió, y corrió hacia ellos, desde el portón de su tienda y se postró a tierra. Dijo: 'Mis señores, si ahora he hallado gracia en sus ojos, por favor, no pases de largo delante de tu siervo.'"

Continuaron leyendo lo que Maimónides había escrito sobre ésto: "De acuerdo con ésta explicación, cuando Abraham dijo: 'Mis señores, si ahora yo he hallado gracia..., ' describe también lo que le dijo a uno de ellos en la visión profética. Como dice Rabí Hiya: 'Le dijo ésto al más importante de ellos.'"

Uno de los estudiantes preguntó: - "Según aparece en el versículo D-s se le apareció a Abraham, pero no dice que D- s le habló a Abraham."

Algunos de los estudiantes dijeron que la aparición de D-s a Abraham fué sin palabras; que fué solamente para visitarlo por su enfermedad. Otros dijeron que la Torá interrumpió la narración de la revelación de D-s a Abraham, para incluir la historia de los ángeles.

Ibn Aknin, les explicó: - “Nuestro maestro opina que el primer versículo es una introducción; y los versículos que vienen después, nos cuentan como sucedió esa revelación.”

Un estudiante insistió. Sugerió una segunda explicación a las palabras, ‘Mis señores, si he hallado gracia...’ que estaban dirigidas a D-s. Abraham le pide a D-s que no quite Su presencia de él mientras estuviera ocupado con sus huéspedes.

Otro estudiante objetó:- “Pero nuestros Sabios han dicho que todos los nombres de D-s mencionados en la historia de Abraham son sagrados, excepto en ‘mis señores, si ahora...’ Según esto, Abraham estaba hablando a la gente que estaba parada en frente de él. Pero, si se estaba dirigiendo a la gente, ¿por-qué comenzó con el plural, ‘mis señores’ y terminó con el singular, ‘pases de largo’? Según Rabí Hiya, él le dice esto al más importante de ellos. ¿Cómo concluye Maimónides de las palabras de Rabí Hiya, que el más importante de ellos, representa a D-s? La manera más directa de entender a Rabí Hiya es diciendo que Abraham se dirigía a los tres ángeles cuando dijo ‘mis señores’, pero después, solamente al más importante de ellos, ya que sabía que si éste se quedaba, los otros también.”

Ibn Aknin estudió la carta de Maimónides por un momento y contestó: - “No está claro que nuestro maestro esté de acuerdo con la opinión de Rabí Hiya. El dice, ‘Rabí Hiya se inclinó hacia éste principio.’ También sigue diciendo, ‘Entiende, que éste tema contiene también uno de los secretos de la Torá.’ Hay explicaciones esotéricas de los tres hombres que se le aparecieron a Abraham.”

- “¿Explicaciones esotéricas? ¡Pero si nuestro maestro siempre explicó de acuerdo con la lógica!”

- “La respuesta yace en el profundo entendimiento de los poderes del alma. El más importante de éstos es la inteligencia.”

Capítulo Veinte Secretos De La Tora

Iosef Aknin continuó leyendo la última carta de Maimónides. “Yo pienso que lo mismo se puede decir con respecto a Jacob. Cuando aparece escrito, ‘un hombre luchó contra él,’ significa que ocurrió en una visión, porque al final se aclara que fué un ángel. Igual que con Abraham, la Torá dice: ‘D-s se le apareció’, y luego entonces pasa a describir lo que ocurrió, así mismo, también con Jacob, la Torá comienza diciendo: ‘los ángeles de D-s se encontraron con él’; luego, continúa describiendo como sucedió: que Jacob envió mensajeros, e hizo lo que hizo; y luego, ‘Jacob se quedó solo’...etc. Aquí entonces, aparece el ángel al cual se refiere al principio. Toda ésta batalla y conversación, tuvo lugar en una visión profética.”

- “¡Es muy difícil aceptar esto! Va en contra de lo que se nos ha enseñado a creer acerca de la Torá, que todo lo que está escrito en ella, realmente ocurrió,” exclamó uno de los estudiantes.

- “¿Y qué dice nuestro maestro sobre Bilam; o sobre Josué, cuando vió un hombre al frente suyo?” preguntó alguien.

- “Sí. De acuerdo con nuestro maestro, el incidente de Bilam y el burro que habló, fué una visión profética. Así mismo fué el incidente de Josué. Aunque, sobre lo que está escrito en Jueces: ‘un ángel de D-s en Guilgal,’ él escribe: ‘Nuestros sabios explicaron que era Pinjas, y que a un profeta se le refiere también como un ángel, porque la misma palabra significa, ángel y mensajero. Como aparece escrito en el versículo: ‘El envió un ángel para sacarlos de Egipto.’”

En el libro de Daniel también está escrito: “Y al hombre Gabriel ví en una visión, al principio...se me acercó, en el momento del sacrificio de la tarde.” Esto fué una visión profética. No abrigue la posibilidad de que se puede ver un ángel, o escuchar sus palabras, a excepción de que sea en un sueño profético o en una visión. Siguiendo así la regla: “Me dí le dí a conocer, en una visión; Yo le hablé en un sueño.” “

- "No es así como hemos aprendido a creer," comentó un estudiante, tristemente.

- "¿Fueron Agar, Manoaj y su esposa profetas? Ellos también escucharon voces de ángeles," preguntó alguien.

- "Es una buena pregunta. Nuestro maestro lo discute: "Sepas, que Agar no fué una profetiza; ni tampoco Manoaj y su esposa. Lo que escucharon o lo que sucedió en sus pensamientos, fue la voz Divina que nuestros Sabios siempre mencionan."

- "¿Cómo podemos decir cuando la Biblia está describiendo una visión profética, y cuándo algo pasó realmente?", preguntó un estudiante.

- "Nuestro maestro explica bien, ésto. Hay que entenderlo a fondo; no todo mundo puede entenderlo por completo", contestaron otros estudiantes.

Las palabras de Maimónides sobre las visiones proféticas, así como los sueños, crearon acalorados debates entre los estudiantes. Algunos de ellos le pidieron a Ibn Akin que le escribiera al maestro, pidiéndole otra explicación adicional, pues sus palabras les eran difíciles de aceptar. Otros citaron párrafos talmúdicos que parecían contradecir la opinión del maestro. Ibn Akin respondió lo que pudo, pero había algunas preguntas para las cuales no tenía respuesta. Prometió escribirle y pedirle una explicación.

Un estudiante surgió con una pregunta difícil: - "Si nuestro maestro cree que el incidente de Abraham y los ángeles fué una visión, entonces todo lo que se narra, realmente nunca ocurrió: Sarah no amasó realmente nunca tortas; Abraham nunca preparó un carnero; y Sarah nunca se rió. Si todo esto fué solamente parte de una visión, ¿porqué se nos narra todo ésto? ¿qué propósito tiene?"

Otro estudiante preguntó: - "¿Por-qué la Torá dice, 'D-s se le apareció,' cuando Abraham solamente vió personas?"

Otro preguntó: - "Si dijéramos que todo ésto fué un sueño, ¿dónde comienza el sueño, y dónde la realidad? ¿y cómo puede la realidad ser una continuación directa de un sueño?"

Ibn Akin respondió: - "La Torá dice explícitamente, 'Yo le hablé en un sueño.'"

- "Pero, ¿cómo puede ser que todos los sucesos importantes relatados en Génesis, sean realmente sueños? añadió otro estudiante.

- “La posición de nuestro maestro sobre la profecía, es que ésta solamente aparece en el momento en que la persona ha alcanzado el máximo de sus poderes espirituales e intelectuales. Esto solamente se puede lograr en un sueño,” contestó Ibn Aknin.

Después de mucha discusión y debate, finalmente el grupo se dirigió a otra pregunta diferente: ¿Cómo un profeta puede saber que él lo es? ¿Cómo se sabe quién es el verdadero profeta? ¿Pueden dos profetas tener la misma visión? ¿Le está permitido a un profeta ocultar su profecía?

Ibn Aknin leyó al grupo las palabras de Maimónides.

“El segundo tópico que se nos dá a conocer, es como los profetas tienen fé en la verdad de lo que han recibido de D- s; para que así, nadie piense que puesto que la palabra de D-s le fué dada a los profetas en sueños o en visiones, o sea por medio de la imaginación, sea posible, que otras cosas se hayan mezclado con la palabra de D-s. Para informarnos que todo lo que un profeta vió en una visión, es considerado por sí mismo como verdadero, resolutivo, y sin duda alguna. Las palabras de la profecía son tan ciertas para el profeta, como las cosas que él percibe por medio de los sentidos o conoce por medio del intelecto. Por ésta razón, nuestro padre Abraham estuvo dispuesto a matar a su único hijo, a quien amaba, como le fué comandado; a pesar de que la profecía había sido en una visión o en un sueño. Los profetas, no tienen duda de si sus sueños son proféticos o no, o si sus percepciones son correctas o no. Si hubieran tenido la duda, no hubieran estado deseosos de hacer lo opuesto a la naturaleza. No hubieran encontrado la valentía en sus almas, para realizar con duda, lo que les comandaron hacer. Esto se muestra, a través de Abraham e Isaac, es decir, por el sacrificio de Isaac. Porque Abraham fué el primero en divulgar la creencia de la unicidad de D-s; lo implantó, lo transmitió a la generación después de él, y acercó a las personas hacía él. Como está escrito en la Torá: ‘puesto que Me le he dado a conocer, para que lo comande a todos sus hijos y su descendencia, y para que guarden los caminos de D- s...’. Y así, como el pueblo siguió la fé verdadera y beneficiosa que escucharon de él, así mismo siguieron la fé que aprendieron de sus acciones. Esta fé fué verdadera en ésa acción, y confirmó los cimientos de la creencia en la profecía.”

- "Ves," dijo Ibn Aknin a uno de los miembros del grupo, - "aquí está la respuesta a tu pregunta de cómo el profeta sabe que su profecía es verdadera."

- "¿Tal vez Abraham tuvo alguna señal de profecía que no le dejó ninguna duda en su mente?" preguntó un estudiante.

- "¿Pero, cómo puede un profeta probar la veracidad de su profecía a los demás? ¿Cómo se puede creer en su declaración de ser un verdadero profeta?"

Pero, alguien hizo una pregunta más fundamental: - "¿Es realmente posible que D-s le hable a las personas? ¿Puede D-s bajar al nivel del entendimiento de la persona?". Y siguieron más preguntas.

Ibn Aknin buscó en los escritos de Maimónides, por una respuesta, y encontró al respecto, una discusión en el comentario sobre la Mishná. "El sexto fundamento es la profecía. Es decir, que se sabe, que en la especie humana se encuentra gente que ha desarrollado enormemente sus capacidades y con gran perfección. Dicha alma de la persona, se prepara hasta que recibe la forma intelectual. Este intelecto humano se une con el intelecto activo, y una emanación de éste se vierte sobre la persona. Estas personas son profetas y eso es profecía."

El grupo estudió la descripción de Maimónides sobre los niveles de la profecía: en el primer nivel, el espíritu de D- s descansa sobre la persona y le impulsa a hacer buenos e importantes actos; pero, éste no oye ninguna palabra. Este es el nivel de los jueces. El onceavo nivel es en el cual el profeta vé un ángel en una visión; es el nivel de Abraham en el sacrificio de Isaac. Este es el más alto nivel de profecía, a excepción del de Moisés, el cual fué un tipo diferente y extremadamente sublime.

Ibn Aknin trató de explicar las palabras de Maimónides. El creyó que su maestro estaba tratando de minimizar lo extraordinario o el elemento extraño de la profecía, dándole un carácter natural a un suceso maravilloso y un acto milagroso; o por lo menos limitaba las dimensiones de éste.

Un estudiante objetó: - "Las palabras de nuestro maestro encontrarán oposición en ambos lados: los creyentes dirán que él le quita el alma a las maravillas descritas en la Torá. Y los racionalistas dirán que reducir al mínimo los milagros, es andar solamente medio camino."

Ibn Aknin replicó: - “Nuestros Sabios mismos dijeron que la Torá algunas veces habla con exageración. Si no creemos ésto, estamos obligados a creer cosas que son ilógicas y difícilmente creíbles.”

Otro estudiante trató de explicar la posición de Maimónides. - “Nuestro maestro vé ésta explicación natural como una valla para la superstición por un lado, y para la falta de fé por el otro. Observa, lo que dice después de su explicación: ‘Ustedes quedan ahora con una fé inteligente, y con un orden arreglado y aceptado por D-s. Porque El solamente desea la verdad y odia la falsedad.’”

Otros estudiantes citaron frases, expresiones o palabras escritas en la Torá, que parecían mostrar la intervención personal de D-s en el curso de los hechos: D-s hablándole a alguien, comandándoles, o mandándoles a hacer ciertos actos. Esto parecía contradecir los postulados de Maimónides sobre la profecía, que surge en sueños o visiones.

Ibn Aknin también tuvo una respuesta para ésto.

- “Puesto que es D-s, Quien dota a los seres humanos el deseo de hacer éstos actos, y es El Quien trae a la realización todo, es propio que éstas acciones se atribuyan a El.” Y trajo evidencias de que Maimónides sostenía ésta idea.

- “Esto implica que nuestro maestro, quiere dar un significado diferente a las narraciones de milagros de la Torá”, comentó un estudiante.

- “Nuestro maestro es firme en sus principios. El Creador estableció el orden eterno de la naturaleza, y no interviene en lo que pasa en ella. El dió al hombre el poder de elección. Todo retorna a El.”

El estudiante se mantuvo firme: - “No puedo aceptar la idea de quitarle a las narraciones de milagros de la Torá, su significado directo.”

Un día, Ibn Aknin recibió una carta de Maimónides que contenía una discusión de Cábala - sobre la sabiduría mística y los atributos de D-s. Maimónides sabía que su discípulo sentía un fuerte deseo por conocer ésto. En su carta, le rogó que no revelara ninguno de esos secretos públicamente, “sino solamente a quien tuviera una naturaleza refinada, fuera recto en sus acciones, tuviera purificados sus pensamientos, y supiera o amara el conocimiento.”

En ésta carta, Maimónides escribió: “Juro por mi vida y por el intenso amor que siento por tus sagrados antecesores, que he dedicado gran parte de mi tiempo al estudio de los elementos que componen el mundo; he llegado al límite más extremo que la inteligencia humana puede alcanzar.”

Habló sobre la sabiduría de los filósofos y expresó la opinión que todas las investigaciones de ellos fueron hechas en base a la lógica, en lugar de basarse en el experimento científico; y ninguno pudo nunca acertar a la verdad absoluta en sus explicaciones y comparaciones.

En la carta, Maimónides intentó usar la sabiduría de la Cábala, y enseñarle a su discípulo las reglas, ya que “por medio de la sabiduría de la Cábala las dudas se resuelven fácilmente.” Explicó a su discípulo el significado de los nombres de D-s, y los nombres que indican fuerzas de los ángeles. “Sepas, que Moisés nuestro maestro, llegó a la cumbre del conocimiento concerniente al uso de los nombres sagrados, porque él estaba constantemente comunicándose con ellos. Por eso se dice de él: ‘es leal a toda Mi casa.’” El maestro otorgó a su discípulo los secretos en el uso de los nombres de los ángeles responsables de los 7 cielos. Le enseñó el orden de los 7 nombres, y la combinación de las letras desde el principio y fin de las palabras. Le agregó instrucciones, que cuando usara los nombres, debía ayunar el cuarto día de la semana, y comportarse con extrema pureza y humildad con los demás. Le instruyó que antes de irse a dormir, en la primera hora de la noche, debía lavarse la cara y su cuerpo entero, vestirse con ropa limpia y pantalones, y acostarse solo en el cuarto. Debía concentrarse en D-s y recitar un versículo bíblico. Luego debía decir los nombres sagrados, los nombres de los 7 ángeles, y un rezo pidiendo que su pregunta le fuera aclarada. Inmediatamente después debía yacer sobre el lado izquierdo. El maestro le previno que inmediatamente después, en su sueño, el pavor y temblor se apoderarían de él, y una especie de espíritu sagrado se sobrepondría a él. Su pelo se pararía de puntas. Se sumergiría en un profundo sueño de confusión y miedo. En éste, un hombre se le aparecería, le despertaría y le contaría cosas ocultas.

“Algunas veces pareciera que él estuviera argumentando contigo,” continuó la carta de Maimónides, “pero luego te

indicará un lugar que tú no conoces. Mientras más fuerte sea tu solitaria meditación, y más cuidadoso seas con éstas instrucciones y con tu comportamiento, mayor veracidad y entendimiento tendrán las explicaciones a tus preguntas. Pero sepas, hijo mío, que la verdadera explicación aparece generalmente en forma alegórica. Pero através de la influencia del poder de éste ángel, tu mente estará reforzada para entender la explicación de la alegoría. No te sorprendas con ésto, ya que las profecías de todos los profetas,- a excepción de Moisés-y todo lo que les fué dado a conocer en visiones, fué dado en forma alegórica. La Torá lo dice en Números 12:6: ‘Si hay entre ustedes un profeta de D-s, Me le daré a conocer en una visión; le hablaré en un sueño.’ He comentado todo ésto en la segunda parte de mi Moré Nevujim.”

El discípulo esperanzó que a través del uso de los nombres sagrados, como su maestro le instruyó, se le aparecerían sueños cuando estuviera dormido y vería visiones. Su maestro le reveló secretos que nunca a nadie le había revelado. Pero él no se atrevió a hacer uso de éstos secretos. Tenía miedo de que no pudiera ser lo suficientemente fuerte, y que sus poderes espirituales no se igualaban a los de su maestro. Mantuvo el asunto en secreto. Su maestro le había dicho que a través del uso de éstos sagrados nombres, los secretos de la sabiduría divina le serían revelados, y todas sus preguntas sobre la Torá desaparecerían, igualmente que las respuestas a la mayoría de sus propias preguntas le serían reveladas o confirmadas.

Entre los secretos que Maimónides le reveló estaba el secreto de como relacionarse en el palacio real y con sus ministros. “Utilizando éstos secretos les caerá muy bien a ellos, mejor que los demás, porque la fuerza divina estará unida a usted. Los sirvientes del rey y aquellos que cumplen su mandato, le pedirán su consejo y su presencia en el palacio será siempre agradable.”

Maimónides escribió que el versículo: “Daré a éste pueblo gracia, a los ojos de Egipto; y ocurrirá que cuando ustedes partan, no saldrán vacíos,” insinúa eminentes e inimaginables secretos. Esto tiene relación con la composición de las constelaciones y con lo dirigido por el efecto directo del poder de D-s. El versículo que había citado contenía trece palabras comparadas con los trece atributos de D-s nombrados en el versículo: “Y D-s pasó frente a su rostro y proclamó...”

Maimónides le aconsejó después, como usar los secretos de la Cábala; en una conversación personal le insinuó el secreto de la naturaleza de los trece atributos. Le pidió que observara las letras del versículo: “Daré gracia a éste pueblo...” y encontraría que en total son 46 letras. Este número se sugería en la primera y última letras del versículo, con el fin de agruparlas en una unidad completa.

A pesar de que el estudiante Iosef sabía algunos de los secretos de la Cábala que había escuchado de su maestro, estaba sorprendido del enorme caudal de secretos que su maestro le confería ahora. Le aconsejó como escribir secretos en un pedazo de pergamino, utilizando las palabras de un versículo bíblico. Debía llevar el pergamino consigo todo el tiempo, como un amuleto. Mientras lo llevaba consigo debía cuidarse de cualquier acción o pensamiento impropio. De otra manera, “los poderes de las fuerzas divinas se anularán o se debilitarán, cargará con el pecado y será castigado...; en lugar de beneficiarse estará propenso a enredarse en lo opuesto, D-s no lo permita. Sepas que el justo Iosef cayó bien a su amo por una razón similar. La reina Esther, también tuvo éxito por éstos medios, como está escrito: ‘y ella encontró gracia ante él.’” Maimónides reveló que, “a través de esto yo también me he relacionado con los reyes de Arabia en Egipto y Alejandría.”

Le reveló el secreto de los 13 atributos y otros secretos a través de los cuales se podía llegar al mundo celestial. Le enseñó cómo utilizar la Cábala. Le aconsejó que “en el quinto día de la semana, el cual está dominado por la influencia del ángel encargado del planeta de Júpiter, tomara un lapicero hecho de plata pura. Mezclara la tinta con una solución de rosa y azafrán, en el cuarto día de semana, el día del ángel de Mercurio, quien está a cargo de la sabiduría y la gracia. Preparara el pergamino sobre el cual iba a escribir, el primer día de la semana, el día dominado por el ángel del sol, quien está a cargo del gobierno. Cuando todo esto estuviera listo, comenzara a escribir en el segundo día de la semana, durante la primera hora del día. En éste día, ayunara y se condujera con extremada santidad y pureza.

“Primero, marca una línea sobre el pergamino. Escribe sobre éste una palabra. Al día siguiente, marca otra línea y escribe la

siguiente palabra. Hazlo así cada día, hasta que hayas escrito todas las trece palabras del versículo, 'Daré a éste pueblo gracia en los ojos de Egipto...'" De ésta forma haría el amuleto que debería llevar siempre.

"Haz visto que te he insinuado sobre lo oculto o sobre sellados secretos. Guárdalos en la lápida de tu corazón, átalos como una cadena a tu cuello. Acéptalos apropiadamente y D-s estará contigo. Anda modestamente con tu D-s; ama y persigue la paz. Conduce tus caminos con santidad y pureza, con temor de tu Creador, examinando las características y esencia de los minerales, vegetales y animales."

En conclusión, Maimónides le dijo que éstas instrucciones "le llevarán a la explicación de cosas ocultas y desconocidas para usted. Esto sucederá a través del uso de preguntas en los sueños, y cayendo bien a la gente a través del uso del pergamino que te he descrito. A través de éstos dos actos obtendrás la vida eterna del alma y gozarás de la radiación de la influencia divina. Como está escrito en la Torá: 'Los que se aferran al Señor, su D-s, están vivos hoy.' No solamente obtendrás la elevación espiritual, sino que también sacarás un diario provecho de éste mundo. Tus caminos serán caminos agradables y en todos tus senderos habrá paz."

Cuando Ibn Akinin terminó de leer ésta carta, quedó asombrado. Era la primera vez que recibía consejo de su maestro en el uso de la Cábala. Por el mismo tiempo, su maestro le expresó la esperanza de que dándole estos secretos, le estimularía su deseo por la sabiduría y le guiaría por el camino correcto en la vida.

En las cartas entre discípulo y maestro, discutieron también asuntos personales. Ibn Akinin le pidió consejo a Maimónides para abrir un Beit Midrash en Bagdad, en el cual enseñaría. Maimónides le contestó que no tenía ninguna objeción fundamental a ello, pero que estaba preocupado porque el estudiante encontraría un constante conflicto con los rabinos de la ciudad.

Escribió además: "Si te dedicas enteramente a enseñar, tendrás que dejar tus negocios, y no te lo aconsejo. Considero, que mejor te ganes una migaja de sustento como sastre, carpintero, tejedor, en lugar de recibir un amplio salario del cofre del jefe del exilio. Puesto que si recibes de ellos, te denigrarán. Si tienes negocios

con ellos, perderás toda tu fortuna. Por tanto, mi consejo, es que hagas de tus negocios tu ocupación principal, junto con la enseñanza de la medicina. El estudio de Torá hazlo por tu propio beneficio. Estudia las halajot de Rabí Yitzhak Alfasi y compáralas con el Mishné Torá. Cuando encuentres que nuestras decisiones están en desacuerdo, estudia el Talmud, para descubrir el origen de la discrepancia. Pero no pierdas tu tiempo en comentarios y sobrecomentarios sobre el Talmud, ni en todas las otras explicaciones. He tratado de liberar al estudiante de la necesidad de investigarlos, porque es una pérdida de tiempo con poco beneficio.”

Incluyó otras secciones del Moré, y le advirtió al discípulo que las guardara para que no cayeran en manos de gente inescrupulosa.

Ibn Akinin siguió el consejo de su maestro con respecto a la escogencia de su ocupación. Pero cuando leyó la nota de su maestro que su libro había sido intencionado para prevenir la necesidad de estudiar tantos comentarios en el Talmud, Ibn Akinin pensó para sí, que lo contrario era lo cierto. Pues el estudio de los libros de Maimónides llevaba incluso a un mayor estudio de los comentarios talmúdicos, al buscar las fuentes y tratar de entender las palabras de Maimónides del Talmud.

En la misma carta, Maimónides le dá a su discípulo un consejo adicional: “Sepas, hijo mío, que las aparentes grandezas y las altas posiciones que caen en el destino de nuestro hermanos judíos, no son lo que yo considero un gran éxito. Al contrario, son un gran problema y obstáculo para nosotros. La persona perfecta y feliz es la que aspira avanzar en su estado espiritual y el de los que lo rodean, mientras lleva a cabo sus obligaciones. Esto le permite distanciarse de las malas compañías y de las influencias de los vicios. Al contrario, quien mantiene una alta posición tiene muchos problemas, y sus preocupaciones solamente se incrementan. La vergüenza toca a su puerta, y está propenso a encontrarse aprisionado y vuelto añicos. Si ignora a su pueblo judío para congraciarse con los gentiles, viola la prohibición de la Torá de adular a los no creyentes. Ya está ésto escrito, en nombre del hombre de D-s, refiriéndose a la casa de Elí (Samuel 1, 2:29): ‘Honráis a vuestros hijos antes que a Mí.’”

Después de haberle enviado todas las cartas del Moré Nevujim a su discípulo, Maimónides le envió una carta final, y en ésta escribió: "Te he enviado mi trabajo, el Moré Nevujim, que he escrito para tí. Tú has sido para mí, como un querido hijo. Por éste gran amor, quiero guiarte por el sendero correcto y beneficiar tu alma; así serás 'un hijo productivo en la primavera.' En la época en que en el occidente, toda alegría se haya acabado, y todo buscador de D-s esté escondido, tú iluminarás a todo Israel que está en Siria, y convertirás la oscuridad en luz."

Maimónides continuó en poesía: Yo Moshé, estoy motivado por el orgullo de tus palabras - que despiertan mi amor por tí - si bien, yo no estaba adormecido, ni me oculté de ésto - pienso en tí cuando me siento y cuando me levanto, y estoy preocupado con amor, por tus buenos caminos - lo he hecho saber a todos, día y noche - que tu eres parte de todo mi esfuerzo. - Tu inteligencia y entendimiento he dado a conocer - al sabio. - He hecho saber tu rectitud ansiosa - a los santos de la tierra.- La sabiduría de tu lenguaje, la comento - delante de todos los que son instruídos. - Por tí glorifico a Israel y Judá - en cada comunidad. - Por el amor de tu pacto muchos aplaudirán - y desearán verte con sus propios ojos. - Tu gran nombre será conocido - y se divulgará por todo Egipto - y aumentará el amor de ellos y esperanzas por tí. - Tu escritura es clara, y está escrito con cuidado. - Cuán agradable es a mi oído, cuán bellas sus líneas a mis ojos. - Mis pensamientos se agradan con ésto. - Yo lo divulgo - y todo el que tiene entendimiento se sorprende de la belleza de su lenguaje. -Los ancianos y consejeros se glorifican contigo - y lo prescriben como corona - y diadema de gloria. - Todos valorarán tus palabras como una visión - y te clamarán '¡Joven sabio!' arriba en los cielos. - '¡Asígnenlo sobre toda la tierra de Egipto!' - porque ha expresado Su bondad - y ha hecho conocer Su sabiduría y entendimiento.- En lugares alejados se sabe que éste hombre anhela el lenguaje de Eber - ¡entiende los escritos que su amado recopila! - ¡Feliz es Iosef!"

Aquí Maimónides interrumpió su verso, y puso su atención en asuntos prácticos, con un toque de poesía también, en sus palabras. "Estoy contento de saber que estas estudiando astronomía e investigando las órbitas, dimensiones, alturas,

movimientos, y trayectos de las estrellas. Que D-s te revele también algo de Su sabiduría oculta, te abra el tesoro de Su casa, y te lleve hacia Sus cuartos." Concluyó el párrafo así: "Y ahora hijo mío, escucha mis palabras. Cuando prepares tu corazón por el sendero de los Sabios y de los santos de las generaciones, entonces encontrarás lo que buscas."

Maimónides continuó su poesía: "Sin embargo - busca la Torá de Moisés nuestro maestro, que la paz sea con él - y no te separes de ella - dedícale lo mayor y mejor de tu tiempo - tal vez entrarás dentro de sus más internos cuartos - porque es el rey quien unge a los otros reyes - es el más fuerte, junto al cual los demás son débiles - de éste tendrás visiones de D-s. - Es bueno que te apoyes en ésto - y no te alejes. - Y si me dices, amado de mi alma, que esa es tu labor - y el servicio a D-s es tu trabajo - sabré que los corazones están cercanos - a aquellos senderos benditos - que te he dado. - He ordenado la mesa para tí, con el Moré - el cual escribí para tí - y aunque sean pocos, para aquellos como tú."

Ibn Aknin interrumpió la lectura de ésta carta, y sopesó su significado. ¿Fue escrita para él, como su querido discípulo, o fue el Moré escrito para todo el interesado en filosofía? ¿Podía solamente un círculo limitado leerlo, o podía estudiarlo también el público en general? Leyó:

"Esta es una piedra de invaluable precio - y cuando la contemplas con el adecuado cuidado - te digo, que reglamentará a mi pueblo. - A pesar de todo, te comando - guarda el camino de la Torá - porque éste es el camino señalado por todo visionario. - Es la escalera de la visión - del cual todo menospreciador es apartado. - Que D-s - te guíe por el sendero correcto - que Moshé nuestro maestro nos ha mostrado. - Que te guíe por el sendero de vida que El nos ha mostrado - y te ayude con todos Sus preceptos - y te dé una buena porción de conocimiento - como Heiman, Calcol, y Darda. - Recogerás todas las bendiciones - que lleguen sobre la cabeza de Iosef. - Quien vé lo oculto - vierta sobre tí paz, como un río - en la cima más alta de la montaña."

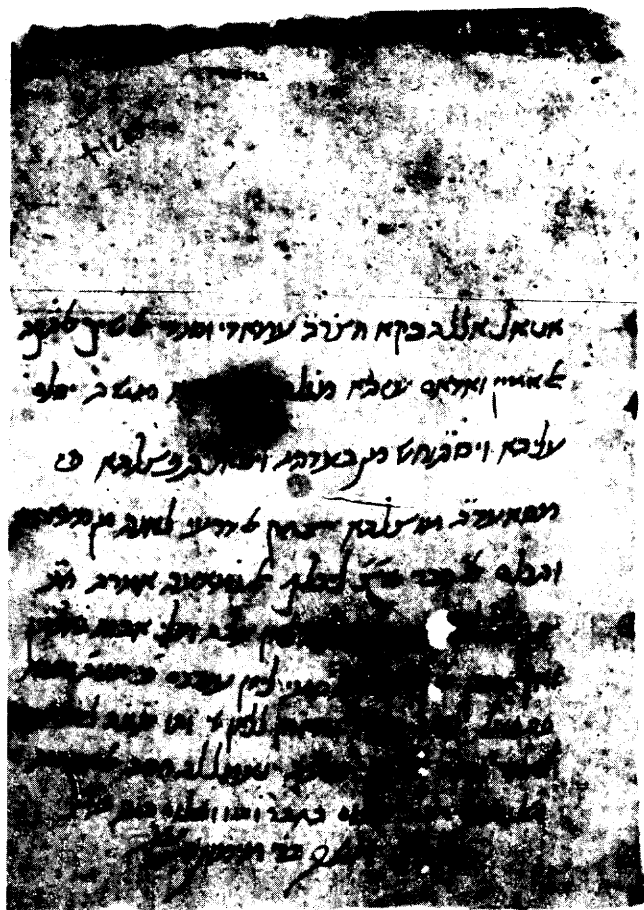
Ibn Aknin entendió entonces, que éstas palabras estaban dirigidas a él, como resultado del amor de su maestro; pero también implicaba que las ideas que contenía el Moré debían ser difundidas; después de todo, contenía una profunda sabiduría y

revelaba cosas ocultas; y ¿por-qué no pudieran eminentes eruditos estudiarla?

Pero cuando llevó algunas de las cartas de Maimónides al jefe de la Yeshivá de Alepo y a otros rabinos de la ciudad, se quedaron asombrados con lo que leyeron, y tuvieron miedo de enseñarlo públicamente, o de estudiarlo frente a los ojos de sus discípulos, temiendo no saber cómo llegar al fondo del tema, o de ser perjudicados por la opinión que ésta expresaba. Se desató entre ellos una controversia sobre el contenido del libro, y sobre si debería ser enseñado a los estudiantes de la Yeshivá. Ibn Aknin se sintió profundamente herido por ésta controversia, y no pudo reconciliarse con eso. Sintió que esos rabinos eran demasiado estrechos para entender la grandeza de las palabras de Maimónides en toda su profundidad.

Continuó enseñando partes de Moré a un grupo de sus amigos; pero la controversia que se creó entre los rabinos continuó molestandole. La controversia que había surgido con la publicación del Mishné Torá fué menor, comparada con ésta. Iosef se involucró en las discusiones e incluso escribió cartas explicando las palabras de Maimónides.

Pero las argumentaciones no se terminaron. Unos discutían lo que en él estaba escrito. Otros echaban un vistazo y se desaparecían. Sin embargo, hubo quienes fueron donde Ibn Aknin a preguntar sobre el libro, y pasaron días y noches sentados con él, sondeando las profundidades de su sabiduría y emergiendo purificados. El libro tuvo sus admiradores y sus adversarios. Los admiradores andaban felices por haber merecido estudiarlo. Los adversarios andaban perplejos por las opiniones expresadas en éste, y temían que su fé fuera afectada. Iosef se unió a la batalla; explicó el Moré a aquellos que echaron marcha atrás por falta de entendimiento. No escatimó en dar explicaciones.



Carta con el puño y letra de Rambam.

Capítulo Veintiuno Autor Y Traductor

Cuando el "Moré llegó a Francia y a los países occidentales, despertó un gran interés. Algunos bebieron sedientamente sus palabras; otros se horrorificaron y lo prohibieron. Una controversia apareció entre los que admiraban su libro y los que se oponían. Como el libro fué escrito en el idioma árabe, debía ser traducido al hebreo, para que éste fuera accequible a los eruditos que entendían la lengua de Eber.

Rabí Shmuel Ibn Tibbon, de Francia, al haber leído y estudiado todo el libro, se impresionó positivamente de sus palabras y decidió tomar para sí, el trabajo de traducirlo al hebreo. Este trabajo era difícil, porque el tema era profundo y no siempre estaban las precisas palabras en hebreo que equivalieran a la terminología del idioma árabe. El padre de Rabí Shmuel, Rabí Yehudá Ibn Tibón había sido un gran erudito que había traducido libros de ciencia y gramática. R. Shmuel tenía una excelente reputación entre los eruditos. También Maimónides había escuchado de él, tanto por los rabinos de Granada que lo habían visitado, como por Rabí Meir, un rabino de Toledo, (alumno de Rabí Avraham ben Rabí David de Posquieres, quien a su vez, estudió con Rabí Avraham Ibn Ezra).

Rabí Shmuel Ibn Tibbón se dirigió en una carta al Rambam, pidiéndole instrucciones y guía para traducir su libro al hebreo; también le preguntó sobre los interrogantes que tuvo cuando leyó y estudió su libro. Había recibido el libro en varias versiones diferentes, y necesitaba aclarar cuál era la verdadera versión. Había encontrado en el libro, muchos errores de copia y no sabía cómo entender el original. Una ardua labor tomó para sí el traductor, necesitando explicaciones periódicas del autor. Mientras el Rambam se encontraba en la distante Fufat, de Egipto, y se comunicaban solamente por cartas.

Mientras más reflexionaba sobre el libro, más se emocionaba Rabí Shmuel con sus palabras que le abrieron las puertas del

pensamiento filosófico; pero también tuvo muchas preguntas. Su alma estaba sedienta por escuchar las respuestas del Rambam. Se sentaba en el ático para trabajar; su traducción iba bien. Después de haber traducido 3 capítulos, le envió a Maimónides su manuscrito, pidiéndole su opinión y corrección. Ya que había encontrado muchos errores en la copia que tenía, los señaló con notas al margen, y le pidió a Maimónides que no los corrigiera en la misma hoja o borrara sus apuntes, sino que escribiera sus propios apuntes y correcciones aparte.

Por ésa época el Rambam padecía de una prolongada y grave enfermedad. Le contestó con una carta explicándole su estado y disculpándose que por esa razón, y por sus muchas obligaciones, no podía reunirse personalmente con él, para discutir la traducción.

Maimónides comenzó su carta diciendo que hacía muchos años había escuchado sobre su padre, por boca de varios ilustres eruditos, pero que no sabía que Rabí Yehudá había dejado un hijo.

Continuó su carta con elogios por las capacidades de Rabí Shmuel. Después de leer las cartas que le envió en hebreo y árabe, y de examinar las partes del Moré que Rabí Shmuel había indicado y que pensaba estaban erradas, Maimónides pensó: "Tal como es el padre es el hijo."

Contestándole a sus interrogantes, Maimónides le escribió a Ibn Tibón que él estaba en lo cierto; en todas las partes que había señalado faltaban unas palabras. Hizo un plan para clarificarle y explicarle todos los pasajes que no le fueron claros en árabe. Prometió también enviarle una lista de todos los libros que debería leer, y también de aquellos en los cuales no debería desperdiciar su tiempo.

Añadió el Rambam, que podía decir por la carta de Ibn Tibón, que estaba capacitado para traducir, pues entendía las alegorías, metáforas e insinuaciones. Le prometió explicarle cómo traducir el libro con claridad. "Dale al sabio, y será más sabio." "Sé sabio, hijo mío, para que mi espíritu se regocije." Expresó su sorpresa de que alguien que había nacido entre gente sin educación, y que hablaban un lenguaje confuso y titubeante, se hubiera convertido en un experto en la purificación del lenguaje, y en otros temas al igual, complejos. De seguro, era una raíz en una tierra desértica.

Le bendijo, diciéndole que D-s le iluminara con la luz de la Torá, y así se convirtiera en uno de los que Le aman “quienes son como el sol cuando sale, con toda su fuerza.”

Maimónides le explicó a Ibn Tibón, que había pensado sobre las preguntas que se le aparecieron mientras traducía, y los lugares donde los escribas habían errado, y le dijo que le habían faltado las introducciones y los capítulos que aclaraban esos temas.

El Rambam le guió con unas reglas para traducir, y le enseñó la importante regla, de no tratar de traducir palabra por palabra, porque no resultaría una buena traducción, sino algo extremadamente confuso. El traductor debe comprender el ámbito del tema; y solo después traducirlo como debe ser, con el estilo y la gramática del propio lenguaje.

En lugar de traducir palabra por palabra, Maimónides le aconsejó que reorganizara el orden de las palabras y frases, restructurándola más concisamente o más larga, según fuera necesario. Este era el método usado por los más importantes traductores, tales como Hanán ben Yitzhak, quien tradujo las obras de Galeno sobre anatomía, fisiología y medicina, además de los escritos de Aristóteles.

Maimónides contestó cada pregunta de Ibn Tibón, indicándole la correcta versión del texto. Y le aconsejó que si encontraba una copia más precisa la utilizara y que no se debía considerarse necesariamente, una edición mejor por su antigüedad.

Le explicó también, que para escribir esa carta había tenido que irse furtivamente, e incluso esconderse de la gente. Le describió su condición así: “A veces me paro apoyándome contra la pared. Otras veces escribo con una gran debilidad. Mis fuerzas me han abandonado, por todo lo que he pasado, y también a causa de mi edad avanzada.”

En cuanto al pedido de Tibón de viajar a Egipto, para consultar personalmente con Maimónides, le escribió: “Estás bienvenido a venir, y serás el invitado más bendecido. Me encantaría conocerte, y anhelo tu compañía. Pero me cuesta trabajo acceder al embarque de tan peligroso viaje. Debo aconsejarte que el riesgo no vale la pena. No sacarás ningún beneficio instructivo viniendo, reuniéndote conmigo solamente en el limitado tiempo que tengo disponible. No pienses que podrás estudiar conmigo sabiduría o

ciencia, o que podrás tener en privado una audiencia conmigo de por lo menos una hora, por la mañana o en la tarde, porque mi horario diario esta sobrecopado.”

A continuación Maimónides describió su horario diario, y lo ocupado y abrumado que se encontraba con las responsabilidades del palacio, y con los pacientes que se apiñaban en su casa.

Shmuel Ibn Tibón reflexionó sobre la carta, y meditó qué hacer. ¿Haría el viaje o abandonaría la idea, ya que su anfitrión no tendrá el tiempo disponible para una propicia discusión con él? Siguió leyendo, y llegó a la descripción del horario de Shabat de Maimónides:

“En Shabat viene conmigo toda la comunidad, o casi toda, después de los rezos matutinos. Yo les entrego un programa semanal de estudio y soluciono los problemas de la comunidad. Estudiamos hasta el medio día, y luego se van a sus casas. Algunos regresan para el rezo de la tarde (minjá), y estudiamos otra vez, hasta la hora del rezo nocturno (maariv). Este es entonces, mi horario de Shabat. Le he contado solo una parte de éste, como se dará cuenta cuando venga acá, con la ayuda de D-s.

”Es mejor, entonces, que posponga su viaje hasta cuando haya terminado de transcribir y traducir el “Moré” para nuestros hermanos del occidente; puesto que comenzó a hacer una buena obra, termínela. Traduzca el título del libro al hebreo, de acuerdo con el significado árabe: “Moré Nevujim” (La Guía para los Perplejos) y no, como una vez lo tradujeron, “Oraát ha-Nevujim” (Consejo para los Perplejos); pues me parece, que también usted está inclinado a titularlo de ésta manera. Cuando lo termine, venga con gran alegría; simplemente por visitar, y no por un beneficio educativo, porque estoy demasiado apretado de tiempo, como ya se lo dije.”

En su imaginación, Rabí Shmuel se figuró al Rambam ocupado en uno de sus días, sus muchas obligaciones, y su extremo cansancio. ¿Cómo podía imponerle más? Sin embargo, se sintió desilusionado, porque ansiaba conocerlo cara a cara. Mientras nás investigaba el libro para traducirlo, más aumentaba su admiración por su autor.

El Rambam en su carta, le aconseja que no reflexione sobre las obras originales de Aristóteles, sino solamente por intermedio de

sus comentaristas. Le mencionó los comentarios de Alejandro, Tomasio y Ibn Rushad. Este último fué un erudito árabe, uno de los más grandes filósofos de España y Marruecos. Su comprensión en los comentarios sobre Aristóteles tuvieron una gran influencia en la filosofía de su época. Previno a Ibn Tibón de no leer los comentarios que había mencionado en su carta, tales como, "Tapuj" y "Bayit ha-Zahav"; "no son sino babosadas." Aunque éstos libros eran atribuidos a Aristóteles, él pensaba que estaban equivocados. La "Teología" de Al-Razi no es útil ya que él solo fué médico, y no filósofo. Los "Límites" y los "Fundamentos" de Yitzjak ha-Yisraeli, no son sino "decepciones y tonterías." Sobre otro libro, Maimónides comentó: "A pesar de que no he visto el libro "Microcosmos", que escribió Rabí Yosi ha-Tzadik, pero conocí su virtuosa personalidad, y no hay duda de que él escribió éste libro, merecedor de una gran personalidad como la de él."

El Rambam le aconsejó: "Tenga por norma, no malgastar su tiempo leyendo libros sobre lógica, a excepción de los de Abu Netzer Alfaraki; porque todas sus obras, especialmente "Los Comienzos de la Entidad", son excelentes. También los libros de Abu Bejar ben Alzaid, - quien fué un gran sabio y filósofo - contienen palabras ciertas, para los que las entienden."

Referente a la lectura de los libros de Aristóteles, escribió: "A pesar de que la obra de Aristóteles es el origen de todos los libros antes mencionados, no se puede entender apropiadamente, sino por medio de los comentaristas que he nombrado arriba. Además, los libros de filósofos antiguos, tales como Bandelucas, Pitágoras, Hermes y Porfidios no los lea, porque son filosofía antigua, y no vale la pena que gaste su tiempo."

Respondiendo a la pregunta de Ibn Tibón sobre Platón, le respondió: "Platón, quien fué maestro de Aristóteles, escribió con profundas alegorías, sin embargo sus ideas están contenidas en las obras de su discípulo."

Maimónides manifestó claramente su admiración por Aristóteles, en la carta: "Las ideas de Aristóteles representan el más supremo logro de la inteligencia humana, a excepción de aquellas ideas inspiradas en la profecía, y de conocimiento sobrenatural. Los libros de Ali Ibn-Sina, a pesar de que son certeros, no están al nivel de los libros mencionados antes de Abu-Netzer Alfaraki,

pero valen la pena leerlos.” Concluyó así: “Como vé, le he orientado y aconsejado sobre cuales libros estudiar. ¿Por lo tanto, para qué recargará su mente, leyendo libros que no merecen la pena?”

Shmuel Ibn Tibón continuó en su traducción del “Moré”, pensando poder reunirse con Maimónides cuando lo terminara.

Mientras Maimónides llevaba a cabo su ocupado y agotador día de trabajo, su hijo Avraham, permanecía a su lado y le acompañaba. Desde la juventud de su hijo, el padre reconoció las virtudes de su carácter, su inteligencia y sabiduría; y lo vio como la persona en quien podría confiar en situaciones difíciles. El hijo se circulaba junto a su padre, en su día de trabajo y mientras discutían sobre ética y Torá. Las palabras de su hijo le sirvieron de consuelo en su edad avanzada y débil.

Ciertos rabinos eruditos le propusieron una pareja matrimonial para su hijo Avraham. El dayán, Rab Anatoly le escribió a Maimónides una carta en forma poética, expresándole su interés de tener una reunión con él, e insinuándole que deseaba hacerle una proposición matrimonial entre Avraham y su hija Raquel. Maimónides le respondió también en forma poética, en la cual le especificaba que no se oponía a la idea pero que quería conocer la personalidad de ella. También le notificó que temía que éste le pidiera una dote demasiado alta. A pesar de todo, aceptó reunirse con él, firmando la carta así: “Quien anhela verlo, Moshé ben Maimón.”

Tenía la esperanza de encontrar la novia adecuadamente virtuosa para su modesto hijo, temeroso de D-s.

Rabí Anatoly ben Rabí Iosef, era un erudito de Provenca que había emigrado a Egipto, y residía en Alejandría; allí se le designó como dayán. Había tenido unas buenas relaciones con Rabí Avraham, el hijo de Maimónides.

En una carta a Rabí Iosef Ibn Akin, Maimónides describió a su hijo, como hombre modesto, humilde, con ingenio y de naturaleza simpática.

Recibió muchas proposiciones matrimoniales, de todas partes del mundo, pues su hijo había adquirido la reputación de ser un hombre de buen carácter, y que sabía relacionarse con los demás. Pero, puesto que no había dado buen resultado el matrimonio de

su hija, Maimónides fué muy precavido con éstas ofertas.

Estaba bastante apegado a su hijo, y cuando éste se ausentaba de su casa, le enviaba cartas que contenían palabras éticas y sabias.

En una de esas cartas, la que en realidad, fué el testimonio ético para sus hijos, Maimónides le aconsejaba que siempre se mantuviera en compañía de gente sabia e inteligente; y que escuchara con atención lo que ellos elogiaban o deshonraban. Le aconsejó que hablara poco, y que economizara sus palabras, porque el hablar demasiado conducía a la equivocación. No te des alarde ante un sabio. Reflexiona y pesa cada palabra antes de decirla. Ama la sabiduría y búscala, de la manera como otros buscan el dinero. Frecuenta la casa de los sabios, de los que estudian y enseñan. Goza también escuchando la sabiduría, las nuevas ideas y el debate de los estudiantes. Envidia solamente al erudito y desprecia al ignorante.

“Acostúmbrate a conducirte con buenas virtudes de carácter, porque la naturaleza del hombre es adaptarse a sus hábitos. Condúctete de una manera respetable y educada. Aparáte de la compañía de los bromistas o de gente frívola, de las reuniones en las calles, y de la diversión juvenil, porque en ellas está la raíz de todo mal.

“Cuando se te hace una pregunta, no te apresures a responder, ni te exaltes. Deja que tu mente esté calmada. No grites, ni hables titubeantemente, sino de una forma culta, calmada y pensante, como es propio de la persona que desea aprender y busca la verdad. No contestes como quien quiere pleito o busca la victoria. Mientras estés allí, observa y escucha atentamente, con el fin de sacar beneficio del conocimiento que obtienes. Sólo entonces, tu permanencia allí te será placentera. Pero si te ocupas de temas colaterales o triviales, perderás también el mayor beneficio que has adquirido, y tus reuniones allí serán una fatigosa carga para tí.

“Ahora que estás alejado, piensa en que carga traerás a casa contigo...Estudia en tu juventud, mientras todavía recibes el apoyo del trabajo ajeno, tus pensamientos están libres de preocupaciones y tu memoria todavía es fuerte. Entiende, que llegará el momento en que, aún si quisieras estudiar, no podrás hacerlo. O aún si pudieras hacerlo, te cansará mucho, tu beneficio será poco, y tu

memoria no retendrá lo que tus labios dicen.”

Los consejos de ésta carta, guiaron al hijo como pilar de fuego en su vida diaria. La releía, frecuentemente para refrescar su memoria. Muchos de los consejos estaban basados en la experiencia que su padre había acumulado en su vida. Y así le escribió: “Al desear legarte lo que el Creador me ha concedido, te legaré la cualidad de la fé, que D-s me ha dado. Porque con mi bastón he cruzado y he ganado mi pan, y D-s me ha bendecido, hasta ahora. La fé me ha introducido a lugares a los que mi familia no pudo introducirme, y he heredado lo que mis padres no me han legado. Ella me ha dado el gobierno sobre aquellos que son más importantes y mejores que yo. Y por medio de ella he tenido éxito, me he beneficiado a mí mismo y a otros.”

Avraham observaba los pasos de su padre y aprendía de ellos. Existía entre ambos un gran amor y afecto. Cuando se sentaban a estudiar juntos, y el hijo expresaba una idea que complacía a su padre, los ojos del maestro se humedecían de felicidad. El hijo todavía era joven y necesitaba del consejo de alguien con más experiencia, en éstos momentos en que había salido a la realidad del mundo. Y así, le escribió su padre: “Ten cuidado hijo mío, aún de aquellas cosas que la Torá no ha prohibido. Mantén tu palabra. No demerites la escritura de un documento con testigos, o un contrato de compra que te asegura la propiedad de algo, bien sea pública o secretamente. Apártate de los acuerdos complicados, y las sendas torcidas, de conspiraciones retorcidas o de intrigas humillantes. ¡Ay, del que construye su casa encima de éstas! Conduce tus negocios con integridad y manos limpias. No pongas tu mano en un asunto dudoso, porque el sabor de la duda ocasiona una cierta ‘plaga’. Enorgullécete del comportamiento ético y fiel, porque no hay mejor linaje que la ética, ni mejor herencia que la fidelidad.”

Sobre cómo relacionarse con los pobres, Maimónides escribió: “Acércate a quienes están alejados, e inclínate hacia los inferiores. Ilumina tu rostro ante el humilde. Sé misericordioso con el pobre y el afligido; y comparte con ellos tu alegría. Recuérdales en las festividades y épocas conmemorativas, tanto como ha sido de generosa la mano de D-s contigo. Sé cuidadoso de no avergonzarlos: cuando les des, fíjate que no se apenen por ello.”

Estas son enseñanzas difíciles de llevar a cabo, pensó el hijo para sus adentros. La persona necesita educarse durante un período de tiempo continuo, con buenas virtudes de carácter. No todo mundo es capaz de lograrlo. La persona debe someterse a ésto, y cambiar su carácter.

A continuación escribió: “No te ensucies en polémicas, las cuales fatigan al cuerpo, el alma, junto con la riqueza de la persona, sin dejar nada. He conocido gente que ha encanecido antes de tiempo, familias destruidas, ministros que perdieron sus posiciones, grandes ciudades derrumbadas, grupos desbaratados, gente piadosa destruída, hombres creyentes perdidos, y honorable gente degradarse - todo ésto debido a la disputa y la controversia. Profetas, sabios y filósofos, amonestaron el mal de la polémica, sin haber agotado el tema. ¡Aborrécela, y huye de ésta! Apártate de todo al que le gusta, incluso de un familiar cercano que ama polemizar, por temor, a caer tú también en su pecado. Continúa sufriendo sin vengarte, porque ésta es la correcta valentía y la verdadera victoria.”

Rabí Avraham leyó la carta de su padre, y extrajo una gran sabiduría y entendimiento de ésta. La consideró como un testimonio para la perpetuidad. Continuó leyendo los comentarios sobre la venganza, y decía: “Porque cuando busques la venganza, y si tal vez no la logras, te agotarás en tu larga esperanza de conseguirla. O sino, posiblemente aumentarás la humillación sobre tu vergüenza, como quien lanza una roca hacia arriba y ésta retorna hacia él. Y si lograras vengarte, te encontrarás rodeado de odio; sufrirás de insomnio, y de preocupaciones por la actividad y el trabajo. Tu salud se verá destruída por la envidia que te corroe, y al final te arrepentirás de ésto. Por lo tanto prefiere, incluso un largo sufrimiento; te convertirás en un “santo” ante tus enemigos. Y aquellos que te han perjudicado sentirán remordimiento por sus actos, y te mirarán con gran respeto. E incluso pueden arrepentirse y corregir sus caminos, los que son de corazón limpio. Y los que son de carácter impío les dolerá y se enfurecerán porque no te dejaste tentar disminuyéndote, devolviéndoles con la misma moneda a ellos. Finalmente tú reinarás sobre ellos con la corona de moralidad.”

Rabí Abraham meditó sobre las palabras de su padre. Recordó

experiencias similares que había vivido, y en las cuales su padre le había advertido que no se enredara en disputas, y no tomara venganza, incluso si la persona merecía que se le diera una lección, por su vil comportamiento.

Maimónides escribió también sobre la humildad: “Condúctete con humildad, y no estarás compelido a sufrir, porque ésta es la escalera que conduce a los sitios honorables y sublimes. Sepas que no hay mejor joya que la humildad. Pues mira, que el maestro de todos los profetas no ha sido definido por ninguno de sus grandes caracteres de personalidad, sino por su humildad.” Sobre el tema de la malidicencia, escribió: “Ponte un bozal en tu boca, y un freno en tu lengua. La virtud de la palabra es única en el ser humano; por ésta, él es superior a todas las demás criaturas, y le fué dada para que pudiera alabar al Creador, y hablar de Sus maravillas. Por lo tanto, es un grave pecado pervertirla, usándola con palabras mentirosas e incultas.”

En cada sección de ésta larga carta que Rabí Avraham terminaba de leer, hacía una pausa para considerar si vivía de acuerdo con éstos y si se mantenía firme a éstos principios, o si se había desviado de ellos. El había aprendido mucho de su padre, y de su comportamiento, pero sentía que no había llegado a su nivel. El se mantenía conciente constantemente si estaba en compañía de gente honorosa o gente simple. Entendió que para vivir de acuerdo con éstos principios tenía que trabajar mucho, esforzarse, y exigir bastante de sí mismo. Era difícil hacerlo consigo mismo y con otros. Tenía que cuidar su boca, con cada palabra.

Siguió leyendo, y llegó a la parte en que su padre habla sobre la necesidad de gobernar sus propios deseos. “Haz que tus deseos sirvan a tu alma, porque la subyugación del cuerpo a sus deseos es tu verdadera libertad. Realizando los deseos no se satisface el cuerpo, sino solamente se continúa añorando aún más otros deseos que no se pueden posiblemente obtener, hasta que te destruyes tu mismo, y la parte divina que está en tí. Pero si tu mente gobierna y tu entendimiento domina, entonces el cuerpo no pedirá más nada; excepto lo que es importante y beneficioso. Sentirás repulsión por el exceso, conseguirás la alegría y el placer de la vida, y sentirás una satisfacción al final de tus días.”

Rabí Avraham pensó para sus adentros, que la carta era una Torá de vida: o instrucciones de comportamiento en todas las circunstancias de la vida.

Sobre el tema de la comida, Maimónides comentó, que la ética y la medicina van juntas. “Come la cantidad necesaria para el mantenimiento de la vida, y rechaza el exceso. No te creas que el mucho alimento y bebida fortalecerán tu cuerpo, o incrementarán tu inteligencia, como un bulto que se llena con lo que le pongas dentro. Es definitivamente lo contrario, cuando se come mínimamente, el estómago puede absorber y el metabolismo pueda digerir; ésto lleva realmente, al crecimiento y desarrollo, a la salud, y a tener claridad de pensamiento.”

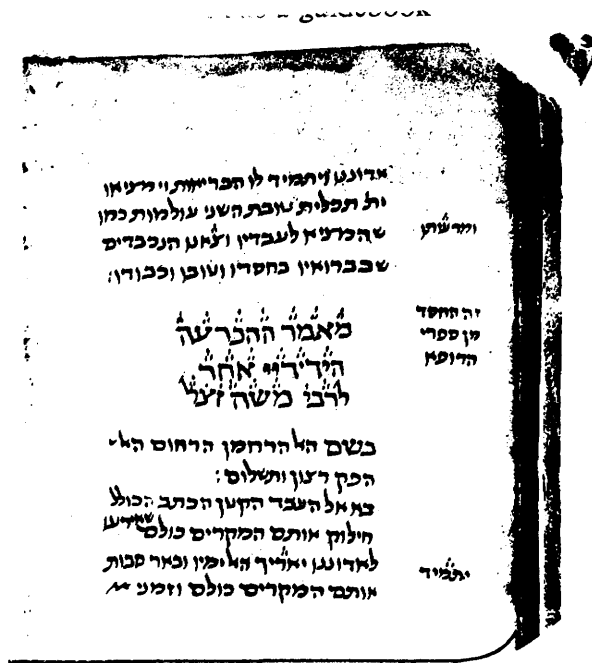
Sobre la necesidad del ejercicio, Maimónides escribió: “Ejercítate antes de comer, y descansa después. No llenes tu boca antes de haber tragado tu último bocado. Aborrece los alimentos perjudiciales, así como odias a la persona que quiere tu daño y tu muerte. No comas en el camino; y no comas como un ratón, sino más bien, ten un horario determinado para comer y en tu casa.”

Esta era una larga carta, pero Rabí Avraham la leyó con gran interés. Se dió cuenta que no estaba dirigida solamente a él y a su familia sino a todos los judíos de todas las épocas. Por dicha razón Maimónides incluyó un comentario sobre los grupos parranderos y sobre la bebida de licor. “Abstente de pasar bastante tiempo en compañía de gente mala. Sepas que el caracter de una persona se conoce por la buena o mala compañía que frecuenta. Muchas veces he regresado a casa sediento y hambriento porque temí por mí mismo cuando ví la verguenza de otros. Ten cuidado de no tomar mucho vino o licor, porque estos destruyen incluso al más fuerte, y causan la deshonra de gente honorable. Cuán bien considero la amonestación de Jonadab hijo de Rejab, a sus hijos: (Jeremías 35:5). Sin embargo yo no te amonesto de la misma manera, sino que te pido, al menos que mezcles el vino con agua, y bebe solo lo necesario para calmar la sed, y no por placer. La degradación de Noé el justo, está escrita en la Torá, solo para que así, podamos aprender de ella una lección moral.”

Maimónides también le dió su consejo sobre la manera correcta de gastar el dinero: “Hay cuatro clases de gastos: del que se saca una utilidad o beneficio, del que se pierde, del que causa

aberración y del que se recibe honra. Del que se saca beneficio, es dando caridad y con actos de bondad; porque se recibe provecho en éste mundo, dejando la parte más importante para el Mundo Venidero. El que lo gasta en el juego, es el cual la persona pierde todo su dinero, honor, y tiempo. E incluso si la persona gana en el juego, está 'tejiendo su propia telaraña', porque al fin perderá todo. Lo aberrante, es comer más de lo que el cuerpo necesita. Y lo que dá honor es la vestimenta. Vístete bien, mientras tengas como; pero come menos de lo que tu puedas gastar, solo lo necesario para mantenerte. Dá caridad, más de lo que tengas disponible."

Mientras más leía la carta, mas entendía la manera de pensar de su padre. Tuvo miedo de no poder cumplir éstas amonestaciones en su vida, pues requerían de un máximo cuidado. Recordó cierta vez que su padre le había reprendido por no haber seguido éstos principios, y haber hablado en voz alta y con rabia a otras personas. Ahora, tendrá esta carta siempre presente como guía, por el resto de su vida.



Página de una colección de escritos médicos escrito en árabe, siendo ésta una traducción anónima al hebreo. Un manuscrito de la época bizantina, 1.300 d.e.c. Sus escritos médicos se divulgaron también en latín, y constituyeron una importante parte del conocimiento médico de la Edad Media, tanto del oriente, como del occidente.

De la colección de la biblioteca Nacional y Universitaria, Jerusalem.

Capitulo Veintidos

La Epistola Sobre Etica

“Contempla la vida con tu cónyuge, la esposa de tu juventud y no codicies la mujer del prójimo. ‘Porque ella ha dejado un tendal de heridos. Sí, un poderoso ejército son los que ella ha matado’ (Proverbios 7:26). Imagínate que están viviendo en el Arca de Noé, y que se reconfortan uno al otro,” escribió Maimónides en su carta ética, a su hijo.

“Aún con tu esposa, compórtate de acuerdo con un orden propio y en el momento adecuado para estar con ella. Pon tu propósito en concebir hijos o en preservar tu salud. Piensa en el ejemplo del fuego: si una persona se sienta encima, se quema; la persona inteligente se calienta, acercándose y se mantendrá en contacto con éste mientras lo necesite, aprovechando su beneficio. Permite que el deseo te persiga, no lo despiertes. Honra a tu esposa porque ella es tu honor. No rechaces ninguna reprensión moral por parte de ella, pero tampoco le permitas que te domine. Una mujer honorable, permanece en su casa. Mientras menos salga afuera, menor será su perjuicio. No le reveles a ella los secretos de tu corazón.”

El hijo hizo una pausa en éstas últimas palabras, tratando de entender el porqué de ellas. Concluyó, pensando que las mujeres tienden a ser habladoras y cabía la posibilidad de que revelaran los secretos e incrementaran el peso de las luchas de un hombre en su vida, o le criticaran sus fallas. Continuó leyendo:

“Sirve a tus amigos y familiares con tu persona y tu propiedad según los medios con que D-s te ha bendecido; pero, sé muy cuidado de no esclavizar tu alma a ellos.”

Nuevamente Rabí Avraham interrumpió para entender el significado de éstas palabras. Concluyó, que su significado se refería a que por un excesivo amor y entrega a amigos y parientes, el hombre podía extralimitarse subyugando su vida entera a ellos,

y convirtiéndose en un mero instrumento en manos de ellos. Se debe ayudarlos, pero detenerse en el límite adecuado.

Podía pensar en muchos ejemplos sobre ésa situación, que había visto en su vida, en familias y en otras personas de la casa. Las personas se entregaron a hacer el bien por sus familiares, y al final se desilucionaron. Sus parientes no les respondieron con bondad, e incluso algunas veces los desconocieron. Se imaginó a la gente que le había pasado ésto: lazos de familias o de queridos amigos se habían deshecho por éstas decepciones. Hermanos y hermanas que habían vivido una vez juntos y con hermandad bajo el mismo techo, separaron sus caminos. Cada uno se preocupó solamente por sí mismo, y olvidó las épocas de entrega de uno al otro. En algunos casos, comenzaron a reñir por la herencia de sus padres. Hermanos que se querían, se convirtieron en enemigos debido a las polémicas por la herencia. Hermanos y hermanas que trabajaron sin descanso por el bienestar de los miembros de su familia, fueron explotados sin recibir de vuelta el amor y la dedicación que entregaron. Por lo tanto se debe saber el límite propicio, también en éste aspecto.

Mientras se paseaba, trataba de entender las palabras de su padre através de imágenes de la vida real, porque entendió cuán profunda era la sabiduría de vida que éstas encerraban. El y su padre se entendían mutuamente. El padre sabía que su hijo entendería sus consejos y asimilaría sus palabras. Ahora, el hijo intentaba confirmar ésas palabras en las fuentes, luego de saber que habían sido extraídas de la vida misma.

Rabí Avraham siguió leyendo la carta, sobre la importancia del Shabat. Al principio, no entendió porqué su padre hacía de éste particular precepto un foco de discusión, hasta que leyó: "Y ahora, Avraham hijo mío, que D-s tenga siempre misericordia contigo, aprende que debemos estar convencidos que el mandamiento del Shabat incluye un pacto entre nosotros y nuestro D-s. Esta fué la primera ley que nos fué ordenada, a través del maestro de todos los profetas, que la paz sea con él. Como está escrito, (Exodo 31:16): 'Los hijos de Israel deben guardar el Shabat, siendo éste un pacto eterno para todas las generaciones. Esta será una señal entre los hijos de Israel y Yo por siempre, porque en seis días D-s hizo los cielos y la tierra y en el séptimo día, no trabajó y descansó.'"

Maimónides continuó discutiendo los dos puntos importantes que incluye el precepto del Shabat: el primero, era la idea de cesar toda actividad y preocupación que impida obtener el acercamiento espiritual a D-s. Estas son las ocupaciones de la persona relativas a lo material y al sustento. El segundo concepto era el regocijo y el descanso del alma, que aparecen experimentando la santidad del Shabat; puesto que es el día del término de la creación, y de perfecto descanso para todo lo que existe.

En conclusión, Maimónides le escribió a su hijo: “Esta será una evidencia verdadera para todo el que sabe cómo saborear la santidad del Shabat y ser atento al cumplimiento de sus preceptos, según el secreto de la ley del Shabat.”

El hijo recordó como era el Shabat en la casa de su padre. Estos pensamientos le hicieron revivir esa santidad del Shabat con el atento cumplimiento de los preceptos, y no podía desprenderse de éstos.

El hijo sabía de la admiración de su padre por el Rab Avraham Ibn Ezra, cuyos comentarios sobre la Torá había estudiado detalladamente. Compartía esa admiración, y siempre que necesitó una explicación de algún versículo bíblico, se dirigió a los comentarios de Ibn Ezra. Y así, no fué sorpresa para él, que su padre le aconsejara no estudiar ningún comentario o escrito que no fuera el de Ibn Ezra, el cual, en su opinión, beneficiaría a todo el que los leyera detenidamente. “Rabí Avraham tenía un espíritu como el de nuestro padre Abraham, que la paz sea con él. Observa bien sus alusiones. Porque éste sabio no tenía miedo de nadie, ni mostró preferencia por nadie. Visitó muchos países, y trabajó en palacios...Si pudiera te enumeraría la cantidad de temas sublimes que me fueron suscitados por éste sabio, Rabí Avraham Ibn Ezra, de bendita memoria, a través de sus escritos, antes de que escribiera mis propios trabajos.”

Maimónides insinúa en la carta a su hijo, las penurias por las que había pasado en su vida. Había echado su carga sobre sus libros y escritos, hasta que se enfermó, “porque el yugo de responsabilidades con el rey, y el yugo de responsabilidades de la casa estaban solamente sobre mí.” Además, “ ‘Mis enemigos son fuertes de salud, y los que me odian injustamente se han

multiplicado,' (Salmos 38:20).” Concluyó ésa sección de la carta, compartiendo con su hijo las experiencias de su vida: “Aprende, hijo mío, que el hombre es desdichado en éste mundo - humillado, menospreciado y sin descanso. Feliz es el que abandona éste mundo sin excesivas preocupaciones y angustias.”

El hijo se preguntó ¿cómo una persona podía merecer partir de éste mundo sin preocupaciones y angustias? ¿Porqué su padre no lo había merecido, sino que había tenido tantas angustias sin ningún descanso de su alma?

Maimónides previno a su hijo de no recargar su mente ni malgastar el tiempo con el estudio de libros que él consideraba sin valor. Le previno sobre los escritos de la mayoría de los rabinos franceses y de seguir el comportamiento de los judíos franceses, “porque ellos piensan que pueden llegar al conocimiento de D-s y a los secretos de Su Torá, a través de succulentos alimentos y bebidas, sazonados con vinagre y condimentos. Piensan que ésto agudiza sus mentes... Se imaginan que están cercanos al Creador cuando gritan en sus rezos o leen el Talmud, u otras obras escritas por los jefes de sus Yeshivot. Aún cuando mencionan al Creador en sus conversaciones diarias para alabarlo, lo definen en términos que sugieren materialismo y corporeidad, con la clase de términos que la gente común utiliza. Sacan los rollos de la Torá solamente para bendecir a su congregación, y piensan que pueden justificar sus actos, con el hecho de que en esas ocasiones la congregación promete donar alguna pequeña suma como caridad.”

Continuó su descripción con las costumbres de los judíos del sur de Francia: “la mayoría se casa con dos mujeres, así que la mayor parte del tiempo y pensamiento lo ocupan en comida, bebida, sexo, u otros placeres físicos, y en nada más. Están seguros que D-s está cerca a ellos y escucha sus pedidos y rezos. ‘Ese no es el camino, ni esa es la ciudad’ para acercarse a D-s. Sirve a su D-s, guarda su la Torá, pero mantente alejado de ellos.”

El hijo trató de entender las palabras de su padre; le pareció que su padre creía que el clima de un lugar tenía un efecto directo sobre el estado físico y espiritual de las personas. Las personas que residieron en éstos lugares con el transcurso de las generaciones, han sido influenciadas física y espiritualmente por

el cambio de clima. Recordó que los Sabios del Talmud decían que el aire de la tierra de Israel hace a la persona sabia. El clima afecta la apariencia externa y la manera de pensar. La persona se adapta a su medio ambiente.

Siguió leyendo: “Ahora hijo mío, no te sientas cómodo sino con la compañía de nuestros hermanos los judíos españoles, aquellos que provienen de Andalucía. Ellos tienen entendimiento, inteligencia, y claridad de pensamiento. Cuidado con los otros, hijo mío...Protégete de algunos de Argelia, porque son ordinarios por naturaleza...Hay entre ellos jueces cuya actitud hacia la mujer menstruante es como la de los maaitas (tribu que vive en los países ismaelitas y que prohíbe mirar a la mujer menstruante o a su ropa, e incluso caminar por el terreno que ella pasó. Tienen muchas otras costumbres extrañas y supersticiones)... Sé muy cuidadoso con los que viven en la zona entre Túnez y Alejandría (Libia); y con los que viven en las montañas Bárbaras. Considero que son más estúpidos que los demás, a pesar de que son fanáticos en su religión. D-s es mi testigo y juez, que considero que son como los Caraítas, quienes niegan la Torá Oral. Aunque se ocupan del estudio de la Torá y del Talmud, e interpretan las tradiciones y leyes, lo hacen mal porque les falta claridad mental y purificación de pensamiento.”

Rabí Avraham pensaba en ésta carta mientras realizaba sus asuntos diarios. Entendió, que su padre había escrito no solamente una carta personal, sino un testamento ético para sus hijos. Su padre comenzó la carta con una introducción en verso: “Puesto que no sé cuando partiré de éste mundo - mi amor me ha motivado - a ordenar a mis hijos, que me ha dado D-s - a guardar los caminos de D-s - y a enseñarles algo de lo que El me ha enseñado - y transmitirles lo que El me ha dado - antes de que El me llame - y me reuna en Su gloria.”

Sabía cuán devoto era su padre a los hijos, cuánto los amaba y, estaba preocupado por ellos. Recordó cuán angustiado y apenado había estado su padre, con lo que le había sucedido a su hermana, cuyo matrimonio no había tenido éxito. Había sido el sufrimiento de un padre que siente el dolor diario de su hija por su matrimonio.

El día que su hija se divorció fué un difícil día para

Maimónides. Se paseaba de un lado a otro en el ático, y de repente sintió que una enfermedad le acaecía. Sintió angustia de no haber conocido con anticipación, lo suficiente a su esposo con anticipación; o tal vez, ¿lo había conocido pero no había podido decir que clase de persona era? ¿Cómo había sucedido? Había intentado reconciliarlos pero no funcionó; un abismo se abría entre ellos; los desacuerdos y las diferencias de personalidad no se pudieron evitar. También se preocupó por lo que las malas lenguas pudieran decir a causa del divorcio.

Se sintió terrible por no haberle dedicado más tiempo a éste problema. Pero había estado sobrecargado con su comunidad y sus responsabilidades médicas. En el momento que se dió cuenta del peligro, era demasiado tarde. Sintió el sufrimiento de su hija en sus diarias enfrentaciones con su esposo, quien se había convertido en un hombre duro. Debió haber investigado a los sus padres del muchacho y a su ambiente familiar más profundamente, antes de aceptar el matrimonio. La personalidad viene de los padres; seguramente la vida familiar en su hogar paterno no había sido como debía ser.

Amaba a sus nietos. Ellos venían a su casa y se sentaban sobre su regazo. Si uno de ellos se enfermaba, no escatimaba ningún esfuerzo por buscar su cura; se mantenía observando sus reacciones.

El dolor por la grave situación de su hija le angustió día y noche. Pasó mucho tiempo hasta que su alma pudo encontrar un descanso.

Maimónides tuvo una hija que murió en su infancia y éste hecho le trastornó profundamente pero luchó por sobreponerse al dolor. En una carta a su discípulo Iosef Ibn Aknin, escribió: "Ya le he contado sobre la muerte de mi pequeña hija; D-s permita que su muerte sea una expiación. Hijo mío, no te lamentes ni te aflijas por ninguna persona, hombre o mujer. D-s sabe y es mi testigo, y la verdad es lo que El ha dicho, que toda persona inteligente entiende que lo que le sucede al ser humano es para bien. El no dice que es absolutamente bueno, sino que es lo más beneficioso y menos problemático. No hay artimañas en ésta existencia organizada por un gran plan. Está 'muy bien.' Lo creaste como lo decretó Tu sabiduría. El hombre debe examinar y

observar el bien en la existencia de las especies y no el bien en los individuos. Quizá cuando reciba los capítulos del Moré Nevujim sobre éste tema, entienda con la ayuda de D-s, ésta generalidad con la suficiente claridad.”

Se consoló escribiendo el Moré. Se abstraigo en sus profundas reflexiones, estudiando en los libros de filosofía y escribiendo, aislado en el ático. La imagen de su pequeña hija le rondaba a cada momento. No se permitía entristecerse, y trataba de discipar su pena abstrayéndose en las profundas ideas de otros pensadores, formulando las suyas propias y escribiendo. La Sabiduría decretaba que se observara el mundo en términos de la existencia de las especies, sin preocuparse por el individuo. Sin embargo de vez en cuando, su tristeza le interrumpía el proceso de su pensamiento.

Por esa época, le ofrecieron a Maimónides el puesto de Naguid, o jefe de la comunidad judía. Aceptó a causa de un sentimiento de responsabilidad con la comunidad, pero lo consideró como una labor fatigosa; aceptó por el beneficio de la comunidad, y no por haber tenido algún deseo de altos puestos. En éste cargo se debía ser muy cuidadoso, pues el Naguid era el intermediario entre el rey y la comunidad judía. Sus predecesores se habían aprovechado de su cargo y poder. Había que mantenerse apartado de las interpretaciones erróneas de la gente y de las personas de mal carácter. “Porque el que ejerce el poder, tendrá muchas angustias y pesares. Quizá los gentiles lo averguencen y lo calumnien para caer en manos del rey, y ellos le torturarán hasta romperle los huesos,” le escribió en una carta a su discípulo Iosef.

Afrontó el peligro de las difamaciones y calumnias de aquellos a quienes él se opuso, y no permitió seguir por el camino equivocado. Fué cauteloso con la adulación y el favoritismo interno y externo. Puesto que no dependía económicamente su sustento de éste cargo, pudo mantener su frente en alto; no tuvo que honrar a las personas que rechazaban los preceptos de D-s, sino que pudo apartarlos. El cargo de Naguid le sobrecargó, robándole el descanso y su tiempo precioso. Es verdad que fué honrado como el líder de los judíos, pero fue también una gran preocupación. Varias veces estuvo angustiado debido a las actuaciones de la gente o por sus relaciones con el gobierno.

Maimónides continuó con el intercambio de correspondencia con Iosef Ibn Aknin. El discípulo le enviaba las preguntas que se le suscitaban o las del grupo que estudiaba el Moré con él. Respondiéndole a la carta que le escribió Maimónides sobre el duelo, el discípulo le envió la siguiente pregunta: ¿El tiempo de vida de una persona en éste mundo está predeterminado, de tal manera que necesariamente vivirá un cierto período de tiempo, y nada le aniquilará antes de ese entonces? ¿O es posible que muera por alguna causa, si no tiene la debida precaución; o conservará la vida si la tiene?

Maimónides le contestó una detallada respuesta, cuya idea esencial era, que el período de vida de una persona no estaba predeterminado. Comentó las diversas causas de la muerte desde una perspectiva médica. “Por lo tanto, si una persona se protegiera contra dichas causas éstas no lo matarían, alcanzando un lapso de vida normal“.

Maimónides trajo testimonios del libro de Jonás: cuando Jonás llegó a Nínive y anunció que la ciudad sería destruída al término de cuarenta días, los habitantes de Nínive le creyeron su advertencia y se arrepintieron. D-s vió su arrepentimiento y no destruyó la ciudad. Si hubiera sido decretado que irían a morir en ésa época, entonces su arrepentimiento no les hubiera salvado. Maimónides concluyó: ”Luego entonces, vemos que la vida en éste mundo no está predeterminada.“

En la misma carta, Maimónides discutió la pregunta de porqué le suceden cosas malas a la gente buena, y buenas cosas a la gente mala. Citó el versículo: ‘El temor a D-s aumenta los días, pero los años del malvado serán acortados.’ Escribió: “No permitas que la duda entre en tu corazón por el hecho de que el malvado tiene una larga vida, y el justo una corta vida en éste mundo. Nuestros sabios han dicho: ‘A la persona justa que le suceden cosas buenas, es completamente buena. A la persona justa que le suceden cosas malas, no es completamente buena. A la persona malvada que le suceden cosas malas, es completamente malvada. A la persona malvada que le suceden cosas buenas, no es completamente malvada.’

Es decir, las malas acciones de una persona causan que le sucedan malas cosas. Si sus acciones son perfectas, se mantendrá

alejado de la maldad. De la misma manera la persona mala se mantendrá alejada de la maldad por los buenos actos que ha hecho. Vemos también las palabras de los profetas: 'Quien habita en ésta ciudad morirá por la espada...y el que sale y cae entre los caldeos...vivirá'. Esto enseña que no está predeterminado el término de la vida de una persona. Alejarse del peligro ayuda a mantenerse con vida, pero el exponerse al peligro ocasionará que su vida se acorte...La Torá habla sobre los preceptos (mitzvot): 'para que se aumenten tus días'. Lo cual muestra que guardar los preceptos, 'alarga la vida.' Sobre el rey Jesequías está escrito: 'He aquí, que añadiré quince años a tu vida,' lo cual fué después de que se arrepintió, porque no había cumplido el precepto de reproducirse y multiplicarse, pues había visto por inspiración divina que de él descendería gente indigna. Se arrepintió, fué expiado, y su vida se alargó."

Cuando Iosef Ibn Aknin recibió ésta carta, la compartió con sus alumnos quienes la estudiaron y comentaron de la misma forma que lo hacían con las cartas del Moré. Les leyó también la parte médica del comentario de Maimónides; y puesto que también él era médico, incluyó sus propias explicaciones.

En dicha carta, Maimónides le prometió escribir otra sección del Moré, tratando éstos temas. En ésta, escribió: "Es necesario que se sepa claramente, que no se puede decir que D-s, alabado y exaltado sea, hace el mal, de una manera general; es decir, que su objetivo primario es hacer el mal. Esto es imposible. Todas sus acciones son absolutamente buenas, puesto que El solamente dá existencia, y todo la existencia es buena; la maldad es negación..."

Antes de escribir las cartas del Moré Nevujim a su discípulo Iosef Aknin, Maimónides había comenzado a escribir dos libros sobre profundos temas filosóficos. Nunca los terminó, pues los dejó a un lado, cuando los interrogantes y peticiones de Rabí Iosef le llevaron a escribir las cartas que se convirtieron en el Moré.

Mientras escribía esas cartas, ojeaba de vez en cuando dichos manuscritos anteriores. Hacía cambios, correcciones, añadía, omitía, hasta que pensaba que su trabajo estaba perfecto.

El suegro de Maimónides fué Rabí Mishael ha-Levy, quien procedía de una familia ilustrada y piadosa. Cuando se enteró que

su yerno estaba escribiendo éste trabajo, fué a visitarlo para estimularlo. Maimónides compartía sus ideas con él, y Rabí Mishael las comentaba cuando tenía algo que decir; cuando el tema era muy profundo para él, simplemente lo escuchaba atentamente.

A veces Maimónides subía al ático de la sinagoga cercana, y se abstraía tan profundamente en su trabajo que se olvidaba de bajar a comer. Rabí Mishael le subía la comida del almuerzo y la cena, encontrandolo absorto por completo en sus pensamientos, rodeado por montones de libros.

- "Rabí Mishael, le agradezco su molestia."

- "No es de ninguna manera una molestia. Yo venía a la sinagoga a estudiar de todas maneras, y simplemente decidí también traerle su comida."

- "Déjeme compartir la nueva idea que pensé hoy, y que encontré en éstos libros."

Rabí Mishael pensó para sus adentros, que había sido una gran bendición que su hija se hubiera casado con un hombre así, tan versado en Torá y filosofía. Le escuchaba con placer, y luego se iba a sus asuntos.

Rabí Mishael era un hombre instruído, pero por las presiones de ganarse el sustento no había tenido tiempo de escribir los libros que había pensado. Algunas veces pensaba a cerca de estas ideas, mientras realizaba sus negocios, en los momentos desocupados entre un cliente y otro. Cuando se daba cuenta que uno de sus clientes era un erudito, le comunicaba lo que había estudiado de Torá esa mañana temprano, o en la noche anterior.

Puesto que la gente sabía que él era el suegro del Rambam, solían preguntarle: - "Rabí Mishael, ¿cómo meritó tener un yerno así, a quien le mandan preguntas de todas partes del mundo?"

El contestaba: - "Es el mérito de mi hija, porque ella es una mujer humilde."

Muchos sabían cuán ocupado se encontraba el Rambam y no le molestaban con sus preguntas, sino que en su lugar se dirigían a Rabí Mishael; éste le preguntaba a su yerno y les llevaba las respuestas. A veces Maimónides las contestaba inmediatamente, otras veces, invertía tiempo revisando las fuentes antes de responder. Sin embargo, ninguna de las preguntas se quedaba sin responder.

En su respuesta, Maimónides prefería la brevedad. “Una persona debe ser más económica con sus palabras que con el dinero; y no debe hablar mucho con poco contenido. El rey Salomón, con su sabiduría ya lo comentó: ‘Un sueño aparece con muchos temas, y la frase del tonto contiene muchas palabras.’” Maimónides escribió ésto en su Igueret ha-Shmad, cuando responde a una pregunta sobre un tema. Criticó al interrogador así: “Estas son palabras poco convincentes y sin sentido; su lenguaje no tiene contenido. Ha organizado unas simples palabras, que incluso la más inconsciente de las mujeres no las hubiera organizado así. Adjuntamos su párrafo textual, aunque es largo, poco convincente, y pesado, por piedad por la facultad que D-s nos ha conferido, a saber, la facultad del lenguaje.”

En el Igueret ha-Shmad, Maimónides presentó un comentario completo y bien organizado sobre el estatus del judío que ha adoptado la religión cristiana por obligación. Lo concluyó dando un consejo a quienes vivían en los territorios donde la religión cristiana les fué impuesta: “Abandone esos lugares y vaya a donde puedan observar libremente su religión y la Torá, sin ninguna opresión. No tenga miedo. Abandone su hogar e hijos, y todo lo que tiene. Porque la religión que D-s le ha dado es muy importante, y sus obligaciones tienen precedencia sobre todas aquellas irrelevancias que son inferiores a los ojos de las personas inteligentes. Porque esas cosas no duran, pero sí los preceptos de D-s. Además de esto, si hay dos ciudades donde hay judíos, y los habitantes de una son mejores que la otra, en sus acciones y costumbres y son más cuidadosos en la observancia de los preceptos, la persona con temor de D-s, está obligada a trasladarse al sitio mejor. Nuestros sabios han hecho la advertencia, que una persona no debe vivir en una ciudad que no tiene al menos 10 hombres justos; trayendo como prueba los argumentos de discusión de Abraham, cuando intentó salvar a Sodoma.”

Maimónides expresó su opinión que: “si una persona está bajo la obligación de violar uno de los preceptos, le está absolutamente prohibido permanecer en ese lugar. Debe abandonar todo lo que tiene, y viajar día y noche hasta encontrar un lugar donde pueda observar libremente su religión. El mundo es grande y ancho. Los que dan excusas por sus hogares e hijos, no tiene un argumento

valedero. 'Un hermano no puede redimir a un hombre.'

Maimónides amonestó a esa gente a que vayan a la tierra de Israel. "Bajo ninguna circunstancia deben permanecer en los lugares de apostasía. El que se queda allí está pecando, profana el nombre de D-s y prácticamente es un pecador intencional." Continuó diciendo, que aquella gente no debe convencerse de permanecer allí hasta que venga el Mesías, y luego sí partir para Jerusalem. "En mi opinión, esa gente está pecando, engañándose a sí mismos, y ocasionando que otros pequen... Porque no hay una fecha ya fijada para la llegada del Mesías, para que pudieran decir que está próximo o lejano, y las obligaciones de nuestra religión y el guardar los preceptos no dependen de la llegada del Mesías. Sino, que estamos obligados a dedicarnos a la Torá y a sus preceptos y luchar por hacerlos lo mejor posible. (Los argumentos de ésa gente) son solamente maldad y negación de nuestra religión y preceptos."

Le llegaron cartas a Egipto de todos los sectores de la diáspora con preguntas sobre halajá y asuntos comunitarios. Los judíos que se encontraban bajo la presión de conversión en muchos de esos países, se vieron obligados a tomar a mano el bastón del errante, y partir hacia tierras lejanas para conservar su religión. ¿Pero, y qué de aquellos que no pudieron salir?, escribió Maimónides: "Quien no pudo salir, a causa de sus dudas y del peligro de la época, y permanece en esos lugares, debe ser visto como un profanador del nombre de D-s. Aunque él no lo hace deliberadamente, se le considera como alguien rechazado por D-s y castigado por sus malos actos. A la vez, él debe tener en cuenta que si hace cualquiera de los preceptos, D-s le duplicará su recompensa; porque lo ha hecho sólo por amor al cielo y no por enorgullecerse o demostrar que él está haciendo un precepto. La recompensa de quien realiza un precepto sin miedo, no se puede comparar con el que lo hace sabiendo que si es descubierto perderá su vida y todo lo que tiene. D-s ha escrito así, describiendo éstas épocas: 'Si buscas al Señor con todo tu corazón y con toda tu alma.' Sin embargo, una persona no debe abandonar la idea de partir de éstos lugares de exilio, y luchar con todas sus fuerzas para irse."

¿Cómo debe conducirse con los forzados a convertirse que violan el Shabat? ¿Los demás judíos deben distanciarlos de la

comunidad, y evitar su contacto? Maimónides escribió: “No está bien alejarlos o tener aversión por aquellos que violan el Shabat, sino que deben ser acercados y estimulados a observar los preceptos. Nuestros sabios han explicado, que aún un pecador intencional que viene a rezar a la sinagoga, se le debe aceptar y no tratarlo despectivamente; ésto está basado en las palabras del rey Salomón, que la paz sea con él: ‘No se debe despreciar al ladrón porque roba’. Y ellos dicen: ‘No desprecies a los pecadores de Israel cuando vienen a rezar secretamente y a robar buenos actos.’”

Maimónides concluyó con palabras de consuelo, a aquellos judíos secretos que vivían en los países opresores, y que estuvieron obligados a quedarse allí por cualquier razón, para que no se desesperaran: “Desde que fuimos exilados de nuestra tierra, las persecuciones no han cesado para nosotros. Porque desde nuestra juventud nos han educado como un padre y nos han conducido desde nuestro vientre materno. El Talmud dice: ‘la persecución por naturaleza se acaba’. Que D-s haga que ésta persecución cese para nosotros y que se cumpla en nuestro tiempo, lo que está escrito: ‘En aquellos días y en ésa época, dice D-s, buscaré el pecado de Israel y no habrá; y el pecado en Judá y no se encontrará, entonces perdonaré a los que quedan restantes.’ Que sea éste Su deseo.”

El Igueret ha-Shmad llegó a ser conocido por todos los países donde existía la conversión, como respuesta a los que interrogaban y como guía. Muchos la leyeron secretamente en los sótanos, encontrando consuelo y estímulo. Algunos de ellos, le enviaron cartas con otras preguntas, sobre sus problemas como convertidos. Las cartas le llegaron por rutas secretas, y las contestó inmediatamente para que su respuesta les llegara lo más pronto posible.

Capítulo Veintitres Correcciones A Sus Escritos

Por el recorrido de la antigua carretera del Cairo viajaba Maimónides sobre su burro, camino a casa desde el palacio real. La gente al lado de la carretera le saludaba, judíos entre ellos, que lo hacían con un honor especial.

“¡Bendito sea nuestro maestro y rabino!” “¡Que D-s los bendiga!” les contestaba.

En el trayecto de su viaje, era detenido por gente que le preguntaba a cerca de sus enfermedades o la de sus hijos. Algunas veces le pedían que fuera a sus casas, pero él se negaba teniendo en cuenta cuantos pacientes le estaban esperando en su casa, desde la mañana. Una vez una madre con su hijo en brazos lloraba y le suplicaba que la socorriera; su hijo había sido repentinamente atacado por una enfermedad y nadie sabía lo que tenía. En éste caso, él no se negó; sino que paró y examinó al niño. Si él veía que el problema era fácilmente curado, sacaba algunas medicinas del legajo que siempre llevaba, dándoselas a la madre. Pero si se daba cuenta que el caso necesitaba de una examinación más completa o de un tratamiento más complicado, le aconsejaba a la madre que fuera a su casa, formando parte de la cola de pacientes que le esperaban allá.

Todo el que vivía por la carretera que él recorría, sabía que él era el médico del palacio. A veces ellos le despejaban el camino para que pasara más fácilmente.

Maimónides sabía que tenía que llegar puntual a su trabajo, pues en el palacio le esperaban los ministros y oficiales de la corte; algunos de ellos, traían a sus familiares que estaban enfermos al palacio, para que los examinara. El burro sobre el que montaba conocía el trayecto, así que no necesitaba prestar atención para guiarlo; la carretera era suave; el tiempo que gastaba viajando era su tiempo de descanso y meditación. Mientras viajaba pensaba acerca de las cuestiones que había tenido que manejar durante el día: asuntos de medicina o de

halajá, o cuestiones comunitarias que había tenido que decidir. Cuando viajaba bien temprano en la mañana, o regresaba tarde en la noche sin que nadie le interrumpiera, aprovechaba ése tiempo también para reflexionar. Muchas ideas nuevas se le ocurrieron durante éste lapso.

Cuando Maimónides llegaba al palacio, habían sirvientes esperándole para recibir su burro y llevarlo al establo para alimentarlo, darle de beber, y cuidarlo hasta que llegara la hora de regresar a su casa. En su casa también tenía un pequeño establo. Algunas veces, mantenía dos burros por si acaso uno de estos se extraviaba y no fuera encontrado. El otro cuando no lo usaba, estaba a disposición de sus empleados domésticos para viajar al mercado.

Recibió Maimónides una carta de cierto Iosef Ibn Yabar de Bagdad, quien no era un erudito en Torá, sino un simple judío que estudiaba los comentarios sobre la Mishná de Maimónides en árabe. No sabía hebreo lo suficiente como para estudiar la Mishná misma pero había estudiado Torá, tanto como había podido, y era un devoto admirador de Maimónides involucrado en la controversia que existía entre él y la Yeshivá de Bagdad.

Las preguntas que formuló Ibn Yabar se referían a temas tales como el mérito del estudio de Torá para cada uno, según su nivel. Preguntó si la autoridad de los preceptos venía específicamente de Moshé Rabeinu; y preguntó sobre costumbres correctas y heréticas en el tema de las leyes de la Pureza Familiar; y sobre creencias erróneas a tal punto que eran perjudiciales.

Ibn Yabar le solicitó a Maimónides que le respondiera con su propio puño y letra, porque quería mostrarla a sus críticos en Bagdad. Además pensó que éste contacto personal le motivaría en sus esfuerzos por aprender Torá.

Maimónides se dió cuenta, que el escribir una carta personal sobre temas halájicos y creencias a un simple judío, sería visto críticamente por los jefes de la Yeshivá de Bagdad; pero decidió de todos modos responderle. “ Es obvio por su carta que usted se empeña fuertemente en estudiar Torá, y dedica bastante tiempo al comentario de la Mishná; pero no entiende el Mishné Torá puesto que está en el lenguaje de la Mishná.”

Inició la carta con palabras alentadoras a Ibn Yabar. “Ante

todo, debe saber, (y que D-s continúe dándole la fortaleza para incrementar sus logros), que usted no es una persona ignorante. Eres un querido alumno mío, como todo el que se apega al estudio de Torá aunque solo entienda un versículo o una sola ley. Y no tiene importancia si lo entiende en hebreo, árabe, o arameo; el propósito es entender el tema en cualquier idioma que sea. Si recitar el Shemá está permitido en cualquier lengua más aún los comentarios u otras obras. Lo importante es comprometerse con el estudio. Quien abandona el estudio, es como si nunca hubiera estudiado nada; sobre él está dicho: 'ha despreciado la palabra de D-s'. Todo el que es perezoso para incrementar su conocimiento, aun cuando sea un gran erudito, está anulando el precepto positivo de estudiar Torá, que equivale a todos los otros. Resumiendo, debo decirle que no debe rebajarse ni tampoco desesperarse por alcanzar la perfección. Han habido grandes sabios que solamente comenzaron a estudiar cuando ya eran adultos, y hemos visto lo que llegó a ser de ellos."

Maimónides le aconsejó a Ibn Yabar que debería estudiar la Mishné-Torá en hebreo, "en el idioma en que lo escribí, puesto que es fácil de entender y muy acsequible al aprender. Después de que se haya adiestrado al estudio de un tomo de éstos, entenderá los demás. Yo definitivamente no quiero traducir el Mishné-Tora al árabe, porque pierde su encanto. Por ahora estoy tratando de traducir el comentario sobre la Mishná y el Sefer-Ha-Mitzvot al hebreo. No me pida además, que traduzca ésta obra al árabe."

Animó a Ibn Yabar con las palabras siguientes: "Eres mi hermano. Que D-s te ayude y te conceda la verdadera perfección y coseches los frutos en ambos mundos."

En la carta también contestó las preguntas de Ibn Yabar. Una de éstas era, si era cierto que Maimónides rechazaba la creencia en la resurrección de los muertos. Le contestó así: "Eso es una terrible difamación en mi contra; el que dice ésto, o bien es un gran malvado que menciona palabras que no he dicho; o bien, es un tonto que no entiende lo que he escrito sobre el mundo venidero, pensando que me refería a la resurrección de los muertos."

Después contestó la pregunta de si él había dicho que el precepto de la circuncisión había sido encomendado a través de

Moshé y no de Abraham. Le contestó que quien decía ésto, demostraba que no sabía nada sobre los fundamentos del judaísmo. Explicó que “la esencia de éste precepto y su obligación, viene de Moshé, nuestro maestro...no hay ninguna diferencia en nuestra Torá. ‘Moshe nos ordenó la Torá’- toda viene de Moshé, de D-s.” También contestó la pregunta de si él había reglamentado que era permitido viajar por barco en un ancho río en Shabat. Contestó que sí era cierto eso, y que era indiscutiblemente permitido. Le explicó, que el jefe de la Yeshivá de Bagdad, quien discrepaba con éste reglamento, “había errado completamente. No había hecho ningún esfuerzo por estudiar lo que yo había escrito, y que sin entender el tema en absoluto, había mencionado ideas estrafalarias”. Le prometió enviarle una copia de un largo responsum que había escrito sobre dicho tema.

Dió una detallada respuesta a la pregunta de Ibn Yabar sobre la ley de los 7 días limpios, que la mujer menstruante debe guardar antes de su inmersión. Revisó ésta ley en el Talmud y desechó las costumbres generales, explicando que éstas no concordaban con la ley; y que algunas de estas costumbres habían sido adoptadas por los caraitas. Le contó que en Egipto, habían decretado la excomunió a todas las que no practicaban esas leyes.

Otra pregunta fué, si era permitido escribir versículos bíblicos en la prenda que llevaba los tzitzit (flequillos). Maimónides le contestó que “eso estaba ciertamente prohibido y que si se había hecho, fueran recortadas sus letras y abandonadas en una guenizá (lugar donde se abandonan los escritos sagrados que no se usan). Sobre ésto, también le prometió enviarle una copia de un extenso responsum que había escrito.

Ibn Yabar le preguntó a cerca de la vida del alma después de la muerte, en el mundo venidero. Sobre éste tema, también le contestó Maimónides, que había escrito un tratado. Pero aconsejó a Ibn Yabar que no se preocupara por esos temas tan profundos. “No recargue su mente con temas que no puede entender. No peligra su religiosidad el creer que la gente tiene existencia física en el mundo venidero, si eso es necesario para percatarse mejor de la realidad; y aunque piense que se come, bebe y se tienen hijos, en el cielo o en Gan Eden, no le perjudicará...Pero, sí es una negación a las palabras de nuestros antecesores, los cuales dieron

la verídica interpretación de que: “no se come ni se bebe allá”, lo cual obligatoriamente significa que no hay existencia física.”

También Ibn Yabar hizo otras preguntas sobre los rezos, y las ramas de sauce que se usan en Sucot, entre otros temas, a los cuales respondió brevemente. Concluyó aconsejándole que no hiciera nada en contra de quienes lo ofendían, pues él perdonaba “a todos, por ser consecuencia de la ignorancia.”

Iosef Ibn Aknin le escribió a Maimónides, desde Bagdad contándole que su carta a Ibn Yabar había sido recibida allá con gran asombro: la gente no entendió porqué Maimónides le había escrito a un simple judío, que no era uno de los eruditos entre quienes se correspondían regularmente, sobre temas de la ley y creencias; se consideró ésto por debajo de su dignidad. Maimónides le replicó, que ciertamente él le había escrito a Ibn Yabar una respuesta, contestándole a la solicitud de sus preguntas, puesto había visto en él a un hombre que se había esforzado mucho por aprender, y le dió su apoyo. “Y sepas, que estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario por una persona humilde, aunque ésto perjudique enormemente mi reputación. Quien quiera demostrar su importancia demeritándome, aunque sea el más atrasado estudiante - yo le perdono.”

Escribió más adelante: “Quien quiere verdaderamente ser un ser humano, debería buscar la perfección del carácter y la adquisición del conocimiento, sin involucrar su mente en tonterías.” Continuó diciendo, que personas importantes y sabias había discrepado con él, pero que no había sido intimidado. “Seguramente has oído lo que pasó entre Rabí Yehudá Ha-Cohen, de bendita memoria,- el hijo de Mar Farcón- y yo, referente a dos preguntas sobre animales no casher; o con Saj Lamsa sobre el acta de divorcio; y con Abi Iosef ben Mar Iosef respecto a la mujer tomada cautiva y muchos otros casos similares. Las palabras que pronuncié y lo que escribí trajeron regocijo a mis amigos y lágrimas a mis adversarios.”

La disputa con el jefe de la Yeshivá de Bagdad era todavía vigente. Y cada carta que Maimónides enviaba a Bagdad, atrajo la atención; la carta a Ibn Yabar también fué pasada que pasaba de mano en mano, pues había sido escrita con el puño y letra del propio Maimónides, y no por un copiadador.

La gente le preguntaba a Ibn Yabar: - “¿Cómo has merecido recibir una carta de nuestro maestro, Rabí Moshé ben Maimón, con su propia letra?”

- “Le pregunté mis interrogantes y él me contestó.”

- “¿El te conocía anteriormente?”

- “No. Le envié mis cartas por intermedio de unos comerciantes que viajaban a Egipto por negocios, y le supliqué que me escribiera con su propia letra, para que la gente me creyera que era realmente de él.”

- “¿Cualquiera pude enviarle sus preguntas y recibir una respuesta?” - “Nuestro maestro Rabí Moshé ben Maimón es un hombre humilde, y le contesta a cualquiera, no solamente a los jefes de las Yeshivot y a los líderes de las comunidades, sino también al más inferior de los alumnos. El no adopta una actitud de honor si la pregunta es valedera.”

Ibn Yabar andaba con la carta y la mostraba a los jefes de las Yeshivot y a los eruditos; todos le pedían volver a leerla más detenidamente, para asimilarla mejor y apreciar sus palabras, o bien para polemizarla.

En el Beit Midrash donde Maimónides acostumbraba a rezar, daba clases regularmente sobre la práctica de Halajá de su Mishné-Torá, a quienes iban a rezar allá. En el curso de la clase surgían preguntas a problemas prácticos que los oyentes habían enfrentado en sus vidas diarias. El les explicaba claramente lo que había escrito en su libro.

Un día, durante su clase, cierto individuo entró al Beit Midrash y se sentó a escuchar junto con los otros. En la mitad de la clase hizo una pregunta, que no tenía que ver con la ley práctica, sino con el enunciado del Talmud sobre ése tema.

- “¿Por-qué el maestro no cita la fuente de ésta ley en Talmud?”

- “Si fuera mi propósito explicar lo que he escrito, citando al Talmud, ¿para qué habría escrito ésta obra?”

- “Sí, pero se debe presentar la discusión del Talmud sobre ese tema, para que se entienda porqué y cómo se decidió la ley, tal como aparece.”

- “Nosotros estudiamos aquí la ley práctica, así como está escrita en mi obra, la cual está basada en lo que dice el Talmud, y

no dá lugar para volver a ella.”

- “¿Quiere decir que no se necesita estudiar el Talmud?”

- “La gente familiarizada con el Talmud, y que encuentra dudas cuando estudia mi libro, debería regresar a la discusión que aparece en el Talmud, para entender de donde salieron mis ideas. Sin embargo mi libro fué escrito con el propósito de facilitar a los que tienen preguntas, para que así no se complicaran con el Talmud, sino que pudieran encontrar la ley enunciada concisamente.”

Dicha discusión, se repitió muchas veces. Este huésped retornaba a la clase, trayendo consigo fuentes del Talmud, haciendo preguntas y objeciones. Lo hacía con un aire arrogante e interrumpiendo a los demás que querían estudiar la halajá práctica, del Mishné-Torá.

Maimónides le dijo repetidamente: - “Si usted quiere estudiar Talmud, debería asistir a mi clase sobre Talmud y Halajot, de Rabí Yitzjak Alfasi. Aquí, yo enseño la ley simplemente. Los estudiantes aquí no son eruditos, y no entienden las discusiones del Talmud completamente; ellos necesitan una halajá enunciada claramente. Usted me está robando mi tiempo y el de ellos.”

Pero este visitante persistía. Y Maimónides le dijo: - “Basta. Ya conozco esas discusiones del Talmud, que leí cuando escribía mi obra; usted no menciona nada nuevo; cada ley me fué aclarada perfectamente. Yo no apunté las fuentes para no disturbar al lector.”

El invitado no se dió por vencido; siguió balbuceando sus preguntas y objeciones para sí mismo, hasta que los estudiantes le pidieron que les dejara aprender a su manera, y en paz.“

Maimónides continuó escribiendo las correcciones a sus libros: algunas eran ideas que se le habían ocurrido después de haber hecho una lectura adicional, y otras procedían como resultado de los comentarios que sus lectores le enviaban.

El escribía una primera copia en borrador del libro, dejándolo a un lado para más tarde revisarlo. Luego regresaba, lo leía y escribía una nueva interpretación; cosas que habían sido claras la primera vez, no lo eran la segunda vez. A veces se aclaraban después de una tercera revisión, o por preguntas que le hacían en el entretanto. Por la noche pensaba en ideas nuevas o en las

dificultades que tuvo cuando escribía. Por a mañana se levantaba y hacía más correcciones y adiciones. Para cuando daba por terminado su último borrador, éste había pasado por muchos cambios.

¿Cómo se debería preparar una persona para dar una 'drashá' (discurso) en público? Discutió Maimónides ésto en su "Igueret Ha-Shmad": "Una persona no debe hablar y exponer públicamente, hasta no haber revisado lo que desea decir una y otra vez - cuatro veces. Esto se aplica para la persona que habla oralmente. Pero, si la persona escribe en un libro, debe revisarlo mil veces si es posible. Este hombre, sin embargo no ha hecho nada de ésto; escribió sobre éstos temas importantes en borrador, sin fijarse de revisarlo o corregirlo. Lo hizo porque no tenía dudas de lo que quiso decir sobre el tema y no sintió la necesidad de revisarlo." Este fué su comentario a cerca de alguien que había escrito sin revisar o corregir su trabajo.

En su carta a los sabios de Lunel escribió: "En el primer borrador que escribí de memoria, sin copiar, escribí... pero cuando hice la copia, tomé cuidadosamente nota de cada cita del texto." Al comentar sobre los libros que todavía no había tenido tiempo de corregir y prepararlos para ser divulgados públicamente, escribió: "Ya he hecho enmiendas en ciertas partes pero todavía no están lo suficientemente pulidos, porque mi tiempo no me lo dá... Aún, los comentarios que he hecho y los varios tratados que he escrito en lenguaje rabínico están todavía nublosos, pero no tengo el tiempo para corregirlos y pulirlos antes de que sean difundidos al público."

Cuando Maimónides terminaba sus aclaraciones y correcciones, se sentaba a escribir su último borrador del texto. El se quedaba con éste, y lo guardaba en su estantería como copia personal; del cual otras copias se harían. En su copia personal, añadía aún más apuntes y correcciones. Después de que las copias pasaban a varios eruditos, recibía preguntas o comentarios. A veces debía aceptar y hacer los adecuados apuntes o cambios. Incluso después de que sus libros ya había sido distribuídos ampliamente, continuaba corrigiéndolos. A veces corregía décadas después de que el libro fué escrito, en su búsqueda interminable de la verdad. En su carta al Rabí Ionatán ha- Cohen de Lunel, escribió: "¡Cuánto

he trabajado, días y noches, durante diez años consecutivos para armar éste libro!”

Cuando el Mishné-Torá fué publicado, eruditos y dayanim le preguntaban por las fuentes de sus reglamentos, después de que ellos habían pasado bastante tiempo buscándolas sin encontrarlas. Cierta vez un anciano juez fué su la casa, llevando consigo el volumen que contenía los Hiljot Rotzeaj (Leyes sobre los asesinos) en el Sefer Nezikim (Libro de los perjuicios) del Mishné-Torá. Le mostró a Maimónides un párrafo, y le dijo: - “¡Lea esto!”

Maimónides lo leyó y preguntó: - “¿Qué pregunta tiene sobre esto?”

- “Donde está la fuente para éste reglamento?”

- “En el segundo capítulo del Tratado Makot, o en Sanedrín, entre las leyes referentes a los asesinos.”

- “Ya he revisado todo eso y no lo he encontrado.”

- “¿Tal vez está en el Talmud Yerushalmi?”

- “Lo he buscado en el Talmud Yerushalmi y en el Toseftá, pero no lo he encontrado.”

Maimónides estaba asombrado. Después de pensar por un momento, dijo: - “Me parece recordar que está discutido en Guitín.”

Sacó el Tratado Guitín y buscó pero no lo encontró. Estaba atónito; ¿cómo podía haber escrito una decisión, sin haber tenido la fuente para deducirla? Había sido tan cuidadoso en cada detalle que escribía de los reglamentos, chequeando, y rechequeando con las fuentes. ¿Cómo podía haberse escapado de su memoria esto?

- “Por favor, déme un tiempo para trabajarle a eso. Le avisaré cuando encuentre la respuesta.”

El dayán salió de la casa de Maimónides dudando de que éste pudiera encontrar la fuente. Después de todo, él mismo había hecho una ardua búsqueda en las fuentes, y no había encontrado nada.

Inmediatamente después de que éste salió, Maimónides recordó que la fuente de la ley estaba en el Tratado Yebamot, donde incidentalmente se comentaba junto a otro tema; lo buscó allí y lo encontró. Estaba supercontento que no había cometido ningún error en su libro y se había basado realmente en una fuente evidente.

Envió a su criado a que saliera a llamar al dayán; lo encontró caminando por la calle, aún atónito y confuso por haber descubierto un enunciado que no tenía su fuente en el Talmud.

- "El rabino le pide que vaya a su casa, inmediatamente."

- "¿De qué se trata?"

- "Por lo visto, ha encontrado la fuente de la decisión que usted le preguntó"

El juez regresó y encontró a Maimónides radiante de alegría. - "He encontrado la fuente que me pidió, aquí en Yebamot," y le mostró. El juez estuvo de acuerdo de que ésta era realmente la fuente correcta para esa decisión.

Maimónides estaba profundamente trastornado por éste incidente. Recibió muchas otras preguntas como esa. Algunas veces él podía contestar inmediatamente, pero en otras no recordaba, y tenía que perder muchas horas buscando. Pensó para sus adentros que si él, el autor, no podía recordar las fuentes, ¿cómo podrían hacerlo los lectores?

Decidió que debía escribir otro libro, indicando las fuentes de todas las halajot. Se implantó un plan para éste libro: "Cualquier reglamento que explícitamente estaba enunciado en el lugar supuesto, no necesitaba estar en la lista. Pero, si por ejemplo una ley de Shabat no estaba enunciada en el Tratado de Shabat o en Eruvin, sino en Avoda Zara, Pesajim, o en algún otro lugar, entonces mencionaría donde estaba. Escribiré así: Parrágrafo X, del capítulo Y de mi libro, se deduce del capítulo Z, de tal y tal Tratado. Debe ser un libro aparte, y no debe unirse al bloque de la obra, porque no está escrito en forma de comentario."

En una carta a Rabí Pinjás el dayán de Alejandría, escribió: "Es particularmente necesario indicar la fuente donde el tema es discutido incidentalmente en el Talmud, dentro del campo de discusión de otro tema. Dicha ley no está en el lugar supuesto, y no se sabría cómo encontrarla." En la misma carta, escribió que no era verdad que él había escrito cosas que él mismo había pensado, sin tener pruebas. "Nunca he hecho eso. Escuche y sepa, que cualquier cosa de mi libro está claramente mencionado en el Talmud babilónico o en el yerushalmi; o en el Sifra o en el Sifri; o en la Mishná o en el Toseftá. Yo me he basado en ellos. Si algo proviene de una respuesta de los gaonim, digo explícitamente,

‘enseñanza de los gaonim’ o ‘éste es un decreto de las autoridades posteriores’, o algo así. Si proviene de mi propio razonamiento, digo explícitamente, ‘me parece que el asunto es así’ o ‘de aquí aprendemos que el asunto es así, y ésta es la prueba.’”

Sabía que le tomaría mucho trabajo escribir un libro dando todas sus fuentes, y que él no tenía tiempo para hacerlo. En su imaginación se figuró a unos eruditos estudiando su libro, absortos en discusiones acerca de donde estaba la fuente de alguna ley. Alguien sugeriría una respuesta, y otro discutiría si la decisión de Maimónides podía realmente derivarse de allí. Otro quizá, sugeriría otra fuente. Ellos revisaban el Talmud a lo largo y ancho, para entender su libro.

Toda pregunta que recibía Maimónides sobre su libro, la constataba; aunque su tiempo era precioso se sentía obligado con sus lectores a hacerlo. A veces, algunos a quienes les había contestado, le escribían por segunda vez; si veía que era porque insistían en sus opiniones y no aceptaban lo que les había dicho, no se molestaba en escribirles por segunda vez.

Todos los días recibía cartas con preguntas, algunas veces con largas listas, tanto de eruditos como de simples judíos. Tenía que seleccionarlas: ¿Se requería un comentario erudito, o una respuesta directa de la halajá práctica? ¿Eran sobre discusiones comunitarias? ¿Era escrita por alguien que había inventado la pregunta solamente para tener así una respuesta con su puño y letra y mostrarla a sus amigos? Su hijo Avraham le ayudaba a contestar la pila de cartas, organizando una respuesta que su padre luego corregía o aprobaba. También habían simplemente cartas expresando admiración por sus escritos, o bien pidiendo un consejo médico.

A veces habían pedidos sobre discusiones de temas filosóficos, de quienes tenían preguntas después de leer el Moré Nevujim. Estas no eran contestadas por falta de tiempo. También habían cartas de dayanim que estaban inseguros en cómo decidir un caso; o de los mismos litigantes quienes no estaban dispuestos a aceptar el juicio que se les había dado. Veían en Maimónides como a una corte de apelación de casos.

Yacía sobre su lecho exhausto y leía las cartas. A veces, él mismo escribía las respuestas; otras veces, un escriba a su lado, escribía por él.

Muchas fueron las preguntas que le hicieron sobre lo que escribió en sus libros. A veces le preguntaron sobre algunas contradicciones que encontraron entre el comentario sobre la Mishná y el Mishné-Torá. Después de revisar su material Maimónides podía encontrar una respuesta reconciliadora en ambos libros, o podía concluir que verdaderamente había un error. Maimónides aconsejó a sus alumnos que en tales circunstancias dieran más crédito a lo que estaba escrito en el Mishné-Torá, ya que éste fué un trabajo posterior y el que continuamente había corregido con el pasar de los años.

En cierta ocasión le presentaron la pregunta de si se puede enseñar Torá, sin antes pedir permiso al rabino de la localidad. En el transcurso de su responsum, se extendió ampliamente explicando a quién se le está permitido enseñar Torá. "Se debe averiguar el nivel de conocimiento del maestro y del dayán: si el primero se iguala al segundo en conocimiento de Torá y leyes, entonces no tiene que pedirle permiso; no obstante, no debe enseñar a nadie en presencia del dayán, ni en el lugar donde se sabe que éste enseña, pues sería una ofensa para él. Pero si el maestro está por debajo del dayán en conocimientos de Torá, no le está permitido enseñar ni siquiera en su propia casa, hasta no tener su permiso. Todo lo susodicho se aplica si el maestro está capacitado para enseñar, pero que simplemente no se iguala su nivel al del dayán. Si no está capacitado, sino que es un novato, no le está permitido en ningún caso enseñar halajá o explicar a fondo la Mishná; de ninguna manera y por ninguna razón. Sin embargo puede enseñar el texto de la Mishná si está capacitado para eso, así como puede también enseñar el texto de la Biblia; pero solo después de haber pedido permiso al dayán y éste habérselo concedido. Si enseña bajo cualquier otra circunstancia, aunque sea en su propia casa y aunque sea solamente el texto, merece ser excomulgado."

Y continuó: "En lo que compete a la difusión de la Torá: el propósito del estudio Torá es adquirir temor a D-s, así como El dijo, "temer el respetado Nombre...". Y nuestros sabios dijeron: "Teme al Señor, tu D-s" - lo cual incluye a los eruditos de Torá.' Y ellos dijeron también que Jerusalem fué destruída solamente porque se denigró a los eruditos de Torá... Ellos ya fijaron las leyes que permiten enseñar: cuando está permitido y a quien; y

cuando y a quien le está prohibido. Cualquiera que insiste en difundir la Torá como se imagina, cambiando los métodos y condiciones que nuestros Sabios enseñaron, está expuesto a la excomuni3n en p3blico. Y nos enseñaron que el 3nico que tiene permitido involucrarse en la ense1anza de la Halaj3, explicando lo prohibido y lo permitido, es solamente la persona completamente capacitada, y despu3s de haber obtenido el permiso. Y a 3ste, le est3 prohibido hablar frente a alguien superior a 3l en sabidur3a. Definitivamente no est3 permitido, a3n para quien cumple con todas 3stas condiciones, hacer algo que aminore a otro sabio, aunque 3l est3 en su mismo nivel.”

Capitulo Veinticuatro

La Carta A Los Rabinos De Lunel

Entre la masiva correspondencia que le llegó al Rambam estaban las cartas con interrogantes del Rabí Yonatán de Lunel y de un grupo de otros rabinos de Provenca. Rabí Yonatán le preguntó sobre temas escritos en la Mishná Torá y le solicitó copias de otros trabajos del Rambam. Los otros rabinos enviaron una lista de veinticuatro preguntas. Estas cartas se mantuvieron por años sin contestar, porque no tuvo el tiempo suficiente para dedicarse a ello. Sin embargo, los rabinos persistieron en su solicitud, dirigiéndose a Maimónides como “quien dice sus palabras a Jacob y sus leyes a Israel.” Al final el Rambam les envió un responsum con una lista de veinticuatro respuestas.

Maimónides se sintió contento con la carta de ellos. Por medio de ella entendió que su libro les había llegado, y que lo habían estudiado completamente. Su respuesta fué escrita solo parcialmente por su propio puño y letra, porque estaba demasiado viejo y enfermizo para escribirla toda por sí mismo.

En la carta describió el método con que había escrito el Mishná Torá. “Reuní temas que estaban dispersos y separados entre colinas y montañas. Llamé a una de una ciudad y a dos de una familia. ¿Quién reconocerá sus errores? El olvido es común, especialmente entre personas de edad avanzada. Por éstas razones, mis palabras deben ser investigadas y chequeadas. Quien lee mi libro no debería decir: ‘¿quién es el hombre que vendrá después del rey?’. Yo les doy permiso. ‘El rey dice,’ ‘Déjenlo pasar.’”

Ustedes me han hecho un gran favor, apreciados sabios. Y todo el que encuentra algo y me lo dice me está haciendo un favor, para que a no quede allí, ninguna piedra obstaculizante, D-s me libre. Porque escribiendo éste trabajo, solamente intenté esclarecer el camino y quitar los obstáculos a los estudiantes, para que no se agotaran con todas las discusiones, y no pasaran horas tratando de llegar a una decisión.”

En esa carta a los rabinos de Lunel, el Rambam les contó que estuvo escribiendo durante diez años la Mishná -Torá. "Hombres de altura como ustedes, saben lo que hice." También les escribió las razones por su dedicación a temas seculares. "A pesar de que fuí consagrado al estudio de la Torá antes de nacer, y ella es mi amor y la esposa de mi juventud, por cuyo amor he estado preocupado desde que era adolescente... otras mujeres extrañas se volvieron sus rivales...D-s sabe que las tomé originalmente solo para perfumar, cocinar y hornear para ella, para mostrarle a las naciones y a los príncipes su belleza...Sin embargo, el tiempo designado para ella, se me ha disminuído, porque mi corazón ha sido dividido en muchos pedazos con toda clase de estudios."

Pidió disculpas por haberse tardado tanto en dar respuesta a su carta; explicó que la edad avanzada y el estado frágil de salud le dificultaban escribir aun que fuera una corta carta.

Los rabinos de Lunel solicitaron a Maimónides que tradujera sus obras al hebreo. El explicó que no tenía ni la salud ni el tiempo para dicha labor. Aún la respuesta personal a su carta era solamente como resultado de un especial respeto por ellos. Les recomendó a su compatriota, el Rabí Shmuel Ibn Tibón, como persona altamente capacitada para el trabajo de traducción.

En su carta, el Rambam escribió una especie de testimonio ético a la judería de Provençia. En ella evaluó la situación espiritual de las comunidades de Israel, el proceso de adaptación de los centros de Torá del este y su crecimiento en Europa. "Y ustedes, mis maestros e íntimos, refuercen sus corazones. Les informo que en ésta difícil época allá, no queda nadie que levante la bandera de Moshé y estudie detalladamente las palabras de Ravina y Rav Ashi a excepción de ustedes y de las ciudades a su alrededor. Sé que ustedes son fieles al estudio y la enseñanza de la Torá, y son hombres de entendimiento y sabiduría. Pero en todos éstos lugares, la Torá ha estado perdida de sus hijos. La mayoría de las grandes ciudades están muertas, algunas de las cuales están en su lecho de la muerte y tres o cuatro lugares están enfermos. En la tierra de Israel y en Siria, o sea, Alepo, hay unos cuantos sabios que se ocupan de Torá, pero no se dedican a ella, única e intensamente. Por todo el exilio de Shinar (Babilonia), solamente hay dos o tres granos. En todas las ciudades del Yemen y las

ciudades árabes se estudia el Talmud, pero solo saben hacerlo de una manera abstracta, porque están en lugares muy alejados. Hombres ricos de entre ellos, D-s los bendiga, ya han donado dinero y me enviaron mensajeros para comprar tres copias del Mishná Torá. Han hecho copias para cada región hasta la India, lo cual ha esclarecido sus ojos y corregido sus actos. Pero los judíos de la India no conocen la Torá Escrita y no tienen ninguna religión, a excepción del hecho que no trabajan en Shabat y circuncidan a sus hijos el octavo día. En las ciudades de Argelia, que son ciudades musulmanas, leen la Torá Escrita con su simple significado. Con respecto a las ciudades occidentales ya sabemos lo que les ha sido decretado debido a nuestros pecados. La única ayuda que nos queda son ustedes, hermanos nuestros y redimidores. Fortalézcanse y seremos fortalecidos por amor a nuestro pueblo, y luchen por ser hombres de valor; porque la cuestión depende de ustedes. La obligación de casar a la viuda de sus hermanos recae sobre ustedes; bien sea casándola o dejándola libre. No se fíen de mi batalla. Actualmente no puedo ir y venir, porque ya estoy viejo y agotado, no por la edad avanzada, sino por la naturaleza de mi cuerpo, que está enfermizo. Que el bendito Creador los ayude y haga de ustedes un nombre y un objeto de alabanza, por toda la tierra, Amén.”

Les envió la tercera parte del “Moré Nevujim” en su original árabe, para que lo hicieran traducir. Les explicó que él no tenía tiempo para traducirlo. “Incluso los comentarios que he escrito, y los varios tratados que he hecho en lenguaje erudito, y que todavía están oscuros - no tengo tiempo para pulirlos y corregirlos antes de que sean publicados. Menos aún, puedo traducirlos.”

Entre las preguntas que le llegaron al Rambam, había una sobre un marido que estaba en conflicto con su esposa y la familia de ella. El le dijo a ella que si quería permanecer con él debía renunciar a parte de su ketubá (el dinero que ella recibe en caso de divorcio, de acuerdo con el contrato matrimonial); pero ella rehusó y la corte dictaminó en su favor. El hombre supo por alguien, que si declaraba que quería ir a vivir a Israel y ella rehusaba, él podía divorciarse, sin que ella recibiera nada de su ketubá. Este marido entonces, fué a la corte, y declaró que quería ir a la Tierra de Israel. La corte decidió que si no existía ningún

peligro en el viaje y la esposa se rehusaba a ir, sería divorciada sin recibir su ketubá. Los jefes de la comunidad estaban irritados por ésto y se dirigieron a Maimónides con éste tema. Dijeron que si eso era así, entonces todo esposo que quería divorciarse de su mujer, declararía que quería irse a vivir a Israel, y así él no tendría que pagarle su ketubá.

El Rambam estudió el veredicto, y no le pareció correcta la decisión. Les escribió así: “Nos es bien conocido que lo que vemos que hacen las cortes de occidente con ésta clase de caso. Declaran una excomuni3n al hombre que hace ésto, por el propósito de su querella y le ponen bajo juramento que su única intenci3n es recibir la bendici3n de la Tierra Santa. El marido tendrá que decir, ‘Amén’ a esa declaraci3n. Si él así lo desea, entonces se decretará que la esposa deberá ir con él a Israel. Si ella se niega, será divorciada y perderá su pago de ketubá. Esta me parece ser la manera correcta de decidir el caso. Todo el que entiende sabrá que ésto está incluído en la interpretaci3n de lo que D-s ha dicho en Su Torá: ‘la justicia, la justicia, deberás buscar’; y: ‘no pronuncies un falso testimonio’. Esto también incluye lo que nuestros sabios dijeron: ‘Un juez puede solamente decidir de acuerdo con lo que sus ojos ven’. Y así, cualquier mujer cuyo esposo le exige que suba con él a establecerse a la tierra de Israel, si ese marido es un hombre honesto y correcto, que busca el amor a la verdad, y no hay ninguna clase de querella entre ellos - entonces, ella está obligada a ir con él. Si ninguna de éstas dos condiciones existe, entonces no se debe obligarla a que vaya con él.”

Comentó también sobre la persona que le había aconsejado al marido en éste caso, de hacer la declaraci3n en contra de su esposa para privarla así del pago de su ketubá. “En cuanto al pequeño zorro que le enseñó ésto... él refuerza la mano de los pecadores, y apoya su mano a la de éste hombre malvado. Porque quien retiene el pago de una deuda, es culpable como quien retiene el pago de un empleado. Es un tirano y es como un ladr3n. En mi opini3n, no hay diferencia entre quien contrata a un empleado hasta terminar el día y luego busca estrategias declarando en contra del empleado, hasta que lo pone en tanto problema que pierde su salario, con alguien que le hace ésto a su

esposa, hasta que ella pierde su ketubá. Porque ésta, también es una deuda a la que se está obligado a pagar por completo.”

Añadió: “En el trabajo que he escrito, ya he discutido lo que la Torá nos enseña respecto al asunto de Judá y la prostituta, donde éste dice: ‘Observen, envío este cabrito...’. Este acto estaba aceptado entre ellos antes de que la Torá fuera dada. En aquellos días el pago a una prostituta tenía el mismo estatus que tiene en la actualidad el precio de compra de la novia como esposa. Sino, sería muy fácil para la mayoría de las personas angustiar a sus esposas y privarlas de su ketubá. Debemos alertarnos contra éste pecado y detener a aquellos que lo perpetúan. Quiebra el brazo del malvado y malo; y salva al oprimido de la mano de su opresor.”

Cuando éste responsum llegó al interrogador, fué aceptado como veredicto decisivo, que superó al veredicto original de la corte. Esto se convirtió en el tema del día.

El dayán Rabí Anatoly, le envió una pregunta sobre un caso de una mujer casada con un cierto hombre, y que después de varios años él muere, sin que tengan hijos. Entonces, ella se vuelve a casar, y unos años más tarde, el segundo esposo, también muere sin que hayan tenido hijos. Un tercer hombre castrado, entonces se casa con ella. ¿Debe el Beit Din obligarlo a divorciarse de ella? Esta pregunta venía de la comunidad de Siracusa en Sicilia. Rabí Anatoly le solicitó al Rambam que contestara con su propia letra y con su firma, ya que esa comunidad no era gente instruída y no entenderían el responsum; así que debería ser claro y autoritario.

El Rambam contestó, que la corte debe obligar al hombre en cuestión a divorciarse de ésta mujer, igualmente que como si alguien se casa con una mujer violando la ley. “No hay diferencia si ella está prohibida para él, por la Torá o por la ley rabínica; la corte debe obligarlo a divorciarse de ella; y están prohibidos hacer caso omiso del asunto, ni por un momento. Si la corte no tiene la fuerza para hacerlo debido a las leyes gentiles de ese país, se debe imponer la excomunió públicamente a la pareja, junto con temibles amenazas. Escuchamos incidentes como éste todos los días, y en todas partes. Que el Santo Bendito Sea, quite el corazón de piedra de nuestra carne, y los escollos de delante nuestro. Amén.”

Le añadió una nota personal a Rabí Anatoly: “D-s sabe que he escrito éstas líneas debido a mi gran afecto por usted. Estoy enfermo y recargado de trabajo día y noche, por eso no tengo tiempo. Pero me dije para mis adentros, que quizá fuera sospechado de arrogante, entonces me puse en el apuro de escribir. Que D-s tenga misericordia. Sea la paz con usted, mi honorable maestro y querido amigo. Que ésta se extienda y crezca como lo desea y como lo desea su fiel hermano, quien se regocija con sus éxitos y está contento por su alto nivel en Torá.”

En otra pregunta, fué descrito un caso relativo a un hombre que era el acogido “mohel” (persona que circuncida) en todos los pueblos circundantes a su ciudad. Una pelea se desencadenó entre él y otro hombre de su pueblo, un médico. Este médico fué a uno de los pueblos vecinos e hizo una circunción, por la cual fué pagado. Regresó luego a la ciudad, anunció que no necesitaba el dinero y lo distribuyó entre los pobres. ¿Este hombre había cometido un pecado? ¿Y a los pobres les está permitido aceptar su dinero?

El Rambam contestó así: “Aunque éste hombre piense que ha hecho una buena acción distribuyendo su dinero entre los pobres, ésta es una buena acción hecha por medio de un pecado. Porque ha impedido a un pobre hombre de Torá ganarse su establecido sustento; y ha violado la prohibición: ‘no te vengues ni guardes rencor’; además ha violado la prohibición rabínica de no engañar a la gente. Porque su principal intención era causar problemas a su oponente, y engañó a personas desconocidas a que pensarán que él intentaba hacer una buena acción. También había violado la prohibición de arrebatar los medios de sustento de otra persona. Esto es cierto aún, si sus servicios fueran necesitados. Si no eran necesitados, es crueldad y un acto de extrema venganza y rencor... Considero que éste acto está incluido en la prohibición de no eliminar las demarcaciones del vecino.”

Maimónides recibió también cartas con blasfemias e insultos personales de personas que discrepaban de lo que él había escrito en sus libros. Algunos pusieron en duda la sincera creencia del Rambam en uno de los principios básicos del judaísmo, la resurrección de los muertos. Otros dudaron de su autoridad para emitir decisiones sobre la halajá.

Un Sabio babilónico, Rabí Avraham ha-Cohen escribió al Rambam preguntándole si era permitido navegar en barco en un gran río en Shabat. La costumbre en Babilonia era prohibirlo. El Rambam le escribió de vuelta, que estrictamente hablando, eso era permitido. Respecto a la costumbre babilónica de prohibirlo, “toda costumbre debe mantenerse cuidadosamente. Pero, los que la guardan deben saber que la práctica es básicamente permitida, y que fué solamente prohibida por extremada precaución. Si se piensa que algo permitido está prohibido, no se debe dejar que se continúe pensando de ésta manera. Deben ser informados de su error; porque no es de ninguna manera apropiado sentar un error. No hay diferencia entre prohibir lo que está permitido y permitir lo que está prohibido.”

Rabí Shmuel ben Eli, el jefe de la Yeshivá de Babilonia, levantó una tormenta con ésta respuesta. Su yerno Rabí Zejaríá, a quien Rabí Shmuel designó como su sucesor, continuó después de él, la polémica.

Entre los que dudaron la autoridad del Rambam estaban aquellos que se veían como representantes de la autoridad; temieron que sus libros especialmente la Mishná Torá, les disminuyera su autoridad. Algunos declararon en sus cartas que lo que Maimónides había escrito se desviaba de las fuentes talmúdicas. Otros vieron en su “Moré Nevujim” distorsiones de las creencias básicas del Judaísmo y lo describieron como peligroso para la fé judía.

La familia de Maimónides quizo responder a éstas cartas especialmente las acusaciones personales. Pero él cedió a su honor y no expresó enojo contra nadie. No temió el odio de sus adversarios, ni se enorgulleció con la estimación de sus admiradores. Dijo: “Este es siempre mi estilo con toda persona: si veo que alguien insiste en su estupidez y no quiere cambiar su opinión, guardo silencio y lo dejo como él quiera.” En una carta a Iosef Ibn Aknin, quien se lamentó por los insultos de sus adversarios, Maimónides le escribió: “Enseña a la gente a entender lo que es bueno y beneficioso para ellos. Esto será más apreciado por mí que tu victoria sobre éstas personas. Este es siempre mi estilo.”

En una carta a una persona que le preguntó como relacionarse con éstos despreciadores le explicó su posición: “Si vemos

enfermos, no nos enfermemos por ellos, para igualarnos. Sino más bien, dediquemos nuestros esfuerzos a curarlos, y de ésta manera nos igualaremos.”

Cuando recibía una carta ofensiva la estudiaba y pensaba si sus palabras eran justificadas. Si encontraba que lo eran, no se avergonzaba en admirtir su error. Pero si le era claro que el autor solamente buscaba la discusión, pasaba por alto la carta.

Algunas ofensas le hirieron profundamente. La publicación del Mishná Tora provocó la oposición de los grandes rabinos de la época. La aparición del Moré provocó una tormenta; y condujo a la aparición de un grupo de admiradores del libro y de su autor y de un grupo de oponentes. Los primeros, lo vieron como piedra angular del judaismo. Los últimos lo vieron como una rotunda distorsión del sendero del judaismo. En las sinagogas de Provenia se pronunciaron rezos públicos por el bienestar del autor, como si fuera el jefe del pueblo. A la vez, sus oponentes impusieron la prohibición a sus libros. Otros expresaron la oposición a sus libros rechazándolos y menospreciando su valor. Decían que ellos no estudiarían sus libros para no tener que decir que éstos les habían beneficiado.

El aceptó los insultos personales en silencio, pero a veces soltaba una repentina burla contra los adversarios de estrechas miras, quienes pretendían haber entendido importantes y profundos temas. Los comparó con aquellas mujeres que relatan historias ficticias en casa de un doliente para consolarlo. “Aquellos tontos de la humanidad esposas. Sus caminos son senderos de disputa y destrucción.” No trataba de impedirles seguir éste camino, pero “Que D-s nos cierre éste camino a nosotros.”

Maimónides distinguió entre las discusiones sobre la práctica y las discusiones sobre temas de estudio e ideas. Con respecto al primer tipo, una vez que la ley ha sido claramente fijada, estaba prohibido desviarse de ella. No así, si el desacuerdo era sobre un tema de estudio que no tenía una conclusión práctica ni legal. Entonces, todo erudito podía decidir por su propio proceso de pensamiento y basarse en los eruditos antiguos, incluso en la opinión de un individuo. Añadió: “En conclusión: todas éstas ideas no son piedras angulares de la Torá y no se debe ser insistente en que la gente las crea.”

Largas charlas tuvo con su hijo Avraham sobre temas espirituales y sobre cómo responder a sus adversarios. Señaló, que la oposición que empezó cuando cada uno de sus libros apareció, disminuyó con el tiempo. Porque después de todo, "mis palabras no son un decreto, ni son una profecía de D-s." Educó a su hijo, para que aspirara la propia perfección. Le enseñó la ciencia médica y como ser jefe de la comunidad. Le designó su sucesor en el puesto de Naguid. Tenía confianza de que su hijo continuaría su trabajo espiritual.

Avraham al final, obtuvo su sustento como médico en el hospital del sultán al-Kamil, hermano de Saladín. Tenía una personalidad excepcional, era fiel a la Torá, y a los caminos y enseñanzas de su padre y le defendió de sus despreciadores.

La edad de la vejez le llegó a Maimónides. Estaba agotado por el duro trabajo de curar al enfermo, de ocuparse de asuntos espirituales y de trabajar arduamente por la comunidad. La enfermedad le venció; durante un año estuvo postrado en su lecho. La interminable corriente de cartas era una carga para él; le era difícil contestarlas todas; a veces le tomó hasta un año responder. Sus manos le temblaban por la enfermedad y la edad. Le pedía a sus visitantes que le copiaran lo que él les dictaba.

Después de la muerte de Saladín, Egipto pasó por un período caótico. Los príncipes se disputaban la sucesión, y Maimónides, como médico de la corte, se vió involucrado en los hechos. Varios ministros le pidieron su apoyo, tanto como médico del palacio, y como líder de la comunidad judía. Se desataron disputas entre los partidarios de los diferentes príncipes. Maimónides se enfrentó a un enredo de conflictos e intrigas y trató de no de ser atrapado por éste. Tuvo que ser muy prudente en el contacto con la gente del palacio. Cada uno trataba de ganarse tantos partidarios como podía. No le permitieron que se mantuviera al margen. Trató de actuar inteligentemente, conservando su honor y su posición como médico. El sabía cuál era el candidato que él prefería, pero temía que si otro ganara la contienda, fuera censurado por apoyar a uno de sus oponentes. Además sintió una grave responsabilidad como Naguid. Observó los sucesos que pasaban y se preocupó por la suerte de los judíos de Egipto.

Maimónides tenía relaciones muy estrechas con el hijo mayor del rey, el príncipe heredero al-Aftzael. En una conversación, Maimónides le insinuó que le veía a él como sucesor. Al-Aftzael entendió su sugerencia, y pensó que como médico, no debería involucrarse abiertamente. Después de que Maimónides escuchó sus comentarios sobre la contienda por la sucesión, le dijo: "Utiliza el poder de tu entendimiento y ganarás el trono."

"Gracias por su bendición, sabio médico. Ayúdame por favor, con su consejo siempre."

Al-Aftzael ganó la contienda, y ascendió al trono. La amistad que existía entre él y Maimónides desde la juventud, continuó por toda su edad adulta.

La lucha por la sucesión no se mitigó. La asención de al-Aftzael al trono dejó a muchos decepcionados. Los ministros que habían apoyado a sus oponentes, se sintieron alejados del nuevo rey y sintieron miedo de que pudiera perjudicarles. Los antiguos consejeros del rey estaban confusos; entendieron que una nueva época había comenzado; todos los consejos que habían dado durante el gobierno anterior y toda la sabiduría que habían ofrecido, no era aplicable a éste sucesor. De vez en cuando, traía al palacio nuevos consejeros que él conocía y valoraba; los consejeros veteranos no sabían qué hacer.

Maimónides seguía trabajando en el palacio como siempre. Los ministros y oficiales le trataban con reverencia y respeto. El nuevo rey le valoraba, y algunas veces le llamaba para asesorarse. Estas consultas no eran solamente sobre asuntos médicos, sino también sobre asuntos de estado. Su intuitivo consejo era escuchado con gran atención.

Cada día, al llegar a la corte real sentía la tensión. Los ministros y consejeros palidecían, temerosos por su suerte. Algunos de ellos secretamente apoyaron a los rivales del nuevo rey. Otros trataron de evadir la lucha interna y prometieron a todos los contendientes apoyarlos; éstos ministros se encontraban en un estado pesimista, esperando el día en que se les informara que habían sido reemplazados. Los que abiertamente apoyaron a los rivales del rey, abandonaron sus puestos; algunos se escondieron, temiendo que el nuevo rey los buscaría; otros huyeron al desierto y se escondieron en los todos de los nómadas, donde los oficiales del rey no llegarían.

Cuando Maimónides llegaba al palacio real, los portones se abrían ampliamente, y los guardas le reverenciaban, como lo hacían ante todo ministro o príncipe.

Comenzaba por entrar al palacio para preguntar si se necesitaba su consulta, o si el rey había reunido a todos sus ministros y su presencia se requería. Luego pasaba por los funcionarios del despacho para recibir de ellos cualquier información sobre lo acontecido en la política del palacio. De aquí, se dirigía al salón de recepción de sus pacientes donde le esperaban los familiares del rey, ministros y consejeros, que requerían su consulta médica. El ambiente en el palacio aún no se había calmado. Se oían murmuraciones por todas las oficinas de los funcionarios; los varios contendientes al trono habían huído del palacio, escondiéndose en otros lugares y esperando que la tormenta pasara; llevaron consigo a sus ayudantes y guardaespaldas; mientras tanto, quisieron esperar y ver cómo el nuevo rey al-Aftzael comenzaba su gobierno.

Mientras, Maimónides andaba por el palacio con el rostro pálido: la vejez le había llegado. Sus fuerzas no le eran suficientes para tratar a tanta gente que le esperaba. Necesitaba de vez en cuando descansar unos minutos e interrumpir su labor.

La rivalidad en la corte y la lucha por el poder perturbaron su habilidad de trabajo. Tenía miedo de cometer algún error en sus actos o palabras; en sus consultas médicas con los ministros hablaba lo menos posible; y en sus reuniones con los ministros sobre asuntos del gobierno, pensaba cuidadosamente antes de decir algo. Su debilidad corporal le agobiaba y a veces, mientras caminaba por el palacio, de pronto la debilidad le vencía y tenía que sostenerse contra la pared.

El nuevo rey al-Aftzael, de vez en cuando lo llamaba a su despacho para asesorarse tanto de asuntos médicos como del estado. Le escuchaba concentradamente, ordenándole a sus ayudantes que apuntaran lo que Maimónides decía, para transmitirlo a los ministros y consejeros. A veces cuando Maimónides acababa de decir sus reflexivas e intuitivas palabras, el-Aftzael le decía: "Yo realmente he aprendido mucho de usted, mi sabio confidente."

En sus contactos con los ministros del palacio, Maimónides tuvo a veces que pedirles que anularan algunos decretos contra los

judíos, ordenados por medio de funcionarios locales que odiaban y querían oprimir a los judíos. Recibió pedidos de todas partes del país. Tenía que obtener la anulación de órdenes y decretos de esos funcionarios locales, que llevaban a los judíos al aprisionamiento.

Algunas veces los guardas del palacio le informaban que un grupo de judíos le esperaba afuera, solicitando su audiencia. Dejaba a un lado sus otras ocupaciones para recibir a esa delegación. Le traían problemas de carácter material, penurias de pequeñas comunidades, cuyos gobernadores les vaciaban sus bolsillos por los altos impuestos que exigían, o que tramaban por medio de falsas acusaciones confiscarles sus propiedades. El investigaba el caso profundamente, antes de tener la libertad de apelar a los ministros y consejeros y pedirles que redujeran esos impuestos, o quitaran la opresión de los judíos. Era especialmente activo cuando sabía que unos niños judíos habían sido secuestrados y se temía que fueran forzados a abandonar su religión. Los tiranos gobernantes hacían con los judíos lo que querían, exigiéndoles dinero por el rescate.

Lo que escuchó de los judíos que se encontraban oprimidos, rompió su corazón. El yugo del exilio le pesaba. El mismo se dirigía a las oficinas de los ministros, para pedirles su intervención, y salvar la vida de los judíos. Algunos lo recibían con honores, pero otros se relacionaban con él con disgusto. La corrupción predominaba en todos los niveles del gobierno; el soborno era lo más común; aunque habían otros gobernantes que también querían las almas judías para satisfacción de sus líderes religiosos.

Algunas veces se encontró con funcionarios crueles, que no quisieron intervenir para salvar a las familias cuyo yugo del gobierno era muy pesado. Se sintió profundamente herido por ésta cruel actitud. Intentó dirigirse a los que estaban por encima de ellos, pero no siempre encontró a alguien que interviniera. Las relaciones entre ministros y funcionarios locales se complicaron más. Los subordinados gobernantes actuaban como reyes en sus puestos locales, sin que nadie se enterara debido a la pobre comunicación con éstas distantes localidades. Los judíos cayeron víctimas de ellos: les exhortaron su dinero y amenazaron sus vidas y bienes; a veces le quitaban al judío todo lo que había trabajado

en su vida. Nadie los detuvo, ni nadie levantó el grito.

Podría haber hablado con el rey mismo, pero éste no intervenía, sino que entregaba los asuntos en manos de sus ministros. Estos encontraban excusas para no actuar en favor del dolor y la opresión, o interpretaban mal los hechos de un caso.

Por muchos días anduvo perturbado en la corte real debido a la corrupción de ministros y funcionarios. Debía examinar a sus pacientes, pero sus pensamientos estaban por otro lado. A veces lograba ayudar a los judíos oprimidos, debido a sus buenas relaciones con los ministros y oficiales. Algunos se veían como pequeños reyes de sus regiones. Muchos soslayaban las ordenes del rey, tratando de enriquecerse a expensas del pobre y del oprimido. El rey no se enteraba de nada.

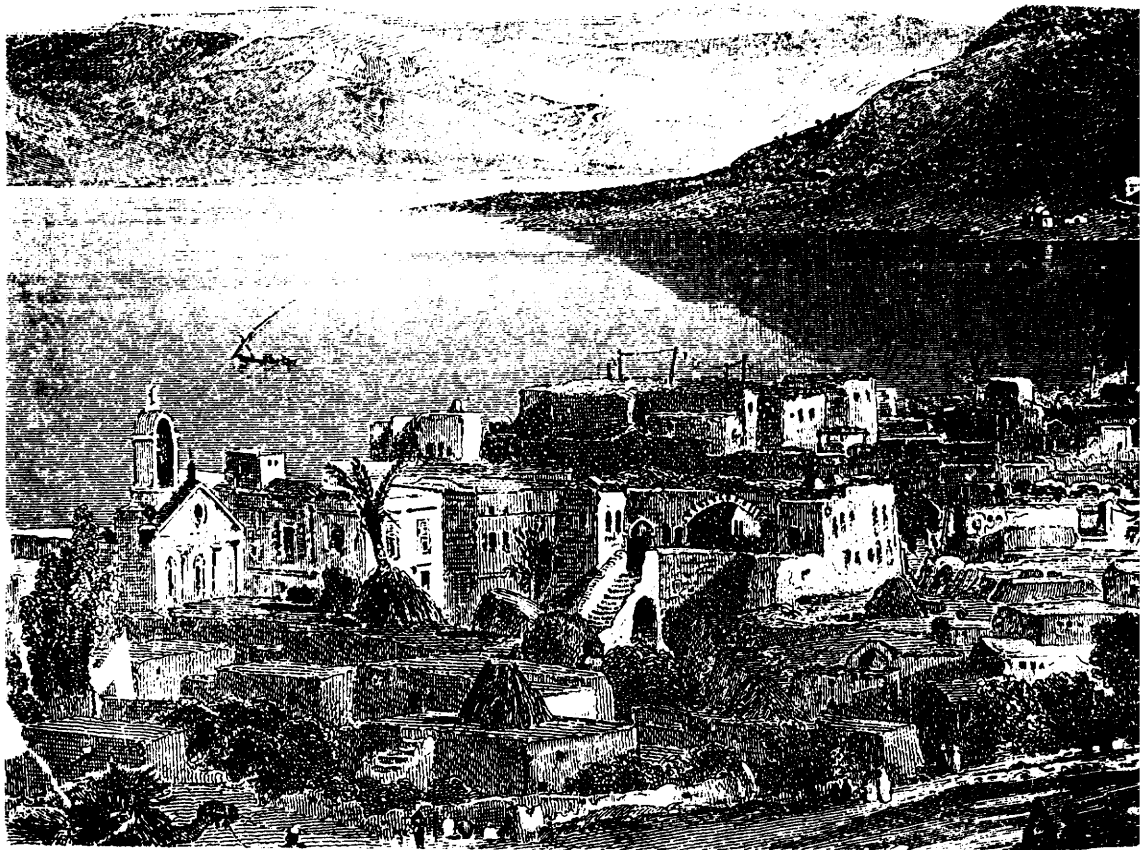
En su vejez, Maimónides estaba cada vez más débil y enfermizo. Ya no contestaba más las preguntas que le enviaban por carta, ni atendía a sus pacientes. La multitud de gente que se amontonaba afuera de su casa dejó de venir. Pero la gente seguía viniendo a su casa a pedir cartas de recomendación en su nombre, para ser presentadas al gobierno de Egipto o a los jefes de otras comunidades judías referentes a asuntos urgentes

Estaba profundamente apenado por las acusaciones que circundaban sus libros. Le recomendó a su familia no entremeterse en disputas. En su imaginación visualizó cómo sus libros eran quemados algún día debido a éstas controversias.

Su familia circulaba silenciosamente por su lado, temiendo molestar su descanso. Cualquier persona que venía a la casa con preguntas de halajá, era remitida a su hijo Avraham.

Al lado de su cama, yacía un tomo del Talmud. De vez en cuando levantaba su cabeza y lo investigaba brevemente hasta que la debilidad le vencía. Alguien tenía que quedarse al piede su cama, para vigilarle.

Tres veces al día, se reunía un minyán en su casa, para rezar por él. Los que venían también recitaban Salmos por su recuperación.



Tiberiades en la antigüedad.

Capítulo Veinticinco

Su Tumba En Tiberiades

El agotamiento que venció a Maimónides preocupó a su familia. El les dió instrucciones para que le prepararan ciertas medicinas. Su voz era débil; se mantenía con los ojos cerrados y le era difícil levantarse. Si necesitaba pararse de la cama tenía que ser ayudado por sus familiares. Los días de enfermedad siguieron uno a otro. De todas las ciudades de Egipto venía gente a su casa para averiguar por su salud. En Fusfat misma, los judíos estaban bloqueados por un gran temor. Continuó recibiendo cartas con preguntas de comunidades judías lejanas, pero no había nadie dispuesto a contestarlas.

Cada día se debilitaba más hasta que la enfermedad dominó su cuerpo. Su hijo Avraham iba y venía circulando su cama, con el rostro angustiado. A otras personas no les estaba permitido entrar al cuarto. Era obvio para el hijo que éstos eran los últimos días de vida de su padre. El testamento ético de su padre descansaba sobre la mesa del cuarto. De vez en cuando reflexionaba y leía partes de éste. Las palabras revolotearon y penetraron en su mente.

“Reconoce el beneficio de la luz por encima de la oscuridad. Aborrece la muerte y la maldad. Escoge la vida y la bondad, porque la elección te ha sido dada. Conducete virtuosamente, porque la naturaleza de la persona depende de su comportamiento pues ésta se reafirma como propia.”

Dejó de leer y volvió a observar a su padre; su rostro había palidecido. Supo que eran los últimos momentos de su padre. Lo había aprendido de su propio padre, quien enseñó al hijo los conocimientos de medicina. Tomó su mano y contempló su rostro. Estaba bloqueado por una gran emotividad. Al observar, vió una gran luz que salía ante sus ojos. Ya no le ayudaban ni las medicinas ni los rezos.

Regresó al testamento y leyó: “No presuman ni actúen orgullosamente frente a otros. No se avergüencen de preguntar lo

que no saben, pero a su debido tiempo y con las palabras apropiadas.” Y nuevamente, “Mantén la asistencia a la casa de los Sabios y de quienes se aprende. Que sean éstos los lugares donde pases tu tiempo.”

Nuevamente se volvió hacia su padre y contempló su rostro; nada había cambiado. Las palabras del testamento revoloteaban por sus ojos: “Escuchen hijos míos, que sean bendecidos por D-s, el Creador de los cielos y la tierra...sean fuertes y vuélvanse hombres; teman a D-s, al D- s de sus padres, al D-s de Abraham, Isaac y Jacob. Sírvanle sinceramente, por amor. Porque el temor lleva a la precaución del pecado - y el amor lleva a la activa realización de los preceptos.”

Iba y venía de una esquina de la habitación a la otra. Sabía que éste era el último día de su padre; su rostro se hundió, sus manos se inmovilizaron y su respiración era pesada.

De pronto, Rabí Avraham sintió que su padre ya no respiraba más. Revisó su pulso y se dió cuenta que ya no lo tenía. Sus ojos se cerraron. La tranquilidad se extendió sobre su rostro.

La vida del Rambam en la tierra se terminó cuando tenía 69 años de edad, un lunes en la noche 20 de Tevet del año 4965 (1205). Un gran dolor dominó a la comunidad judía de Fusfat. Los musulmanes también se unieron al duelo público que duró 3 días completos . Multitud de gente se agrupó junto a su casa, con la angustia y la conmoción en sus rostros.

Al octavo día después de su muerte llegó la noticia a Jerusalem. Los sabios de ésta ciudad fijaron días de ayuno y lamento. La comunidad se conglomeró en la sinagoga. Se pusieron ceniza sobre sus cabezas, y leyeron en la Torá la sección “la reprensión” (Deuteronomio 28). Luego leyeron el capítulo cuarto del libro Samuel 1, el cual relata la captura del Arca sagrada y la muerte de Elí el Cohen. Concluyeron con el versículo: “La gloria se ha exilado de Israel, porque el Arca de D-s ha sido capturada.”

En los últimos momentos, Maimónides vió ante sí, los últimos años de su vida: sus angustias, sus viajes, sus reflexiones sobre la Torá, los libros que escribió y los enfermos que curó. En su mente vió miles de volúmenes de sus obras sobre los estantes de las sinagogas. Visualizó a los jefes de las Yeshivot polemizando sutiles argumentos halájicos, basados en sus libros. Se lamentó

por no haber tenido el tiempo para escribir un libro sobre las fuentes del "Mishné Torá", para facilitar su estudio. Visualizó también a gente instruída buscando dichas fuentes y escribiendo nuevos libros con el fin de encontrarlas a la mano.

Sabía que había dado al pueblo judío un libro de leyes para todas las generaciones. Vió objeciones a sus libros, incluso polémicas, pero sabía que a causa de ésto el estudio del Talmud se incrementaría.

Vió frente a sí mismo montones y montones de halajot, libros que no había tenido tiempo de escribir, ideas que no había tenido tiempo de apuntar en su Moré. Recordó las cosas que le habían angustiado durante todos sus años, que le causaron el agotamiento físico y hechos en los cuales había estado involucrado.

Cuando sus ojos se cerraron por última vez, su familia se reunió al pie de su cama y leyeron los Salmos. Después irrumpieron en llanto y lamentación. Estos en el interior de su casa, y las multitudes que se aglomeraron afuera en la calle - todos estaban en duelo.

Su cuerpo fué llevado para purificarlo, a la mikve donde él acostumbraba a ir para la inmersión durante su vida, y que estaba al lado de la sinagoga.

El había dado instrucciones de que fuera llevado a enterrar a Tiberiades. Quería ésto, porque según la halajá que había determinado en su "Mishné Torá", éste sería el primer asiento del Sanedrín que sería reconstruído, después de la llegada del Mesías.

Su ataud fué enterrado temporariamente en el cementerio al lado de la sinagoga donde rezaba y en cuya plataforma había anunciado decretos que se habían difundido por todas las comunidades. Elogios se dijeron frente a la multitud que se había aglomerado al frente de la sinagoga:

"La lámpara que iluminó a las moradas cercanas y lejanas de Israel, se ha extinguido."

"La luz que brilló para la humanidad con todos los colores del arco iris, se ha ocultado."

"La voz que anunciaba las noticias del reinado de Israel en las oscuras noches del exilio, se ha silenciado."

"El corazón que estaba lleno de amor por cada judío y por cada criatura a imagen de D-s, se ha enmudecido."

“El hombre que dió a nuestra nación un libro de leyes, ha muerto.”

“El hombre que curó al enfermo y dió alivio, se ha ido.”

”El líder y Naguid de los judíos de Egipto, nos ha abandonado.“

Palabras como éstas fueron repetidas por toda la ciudad, en sinagogas, en lugares de reunión, en las calles y en las plazas.

La noticia de la muerte de Maimónides llegó a las comunidades judías de todas partes del mundo. Se hicieron los preparativos para llevar el ataud a Tiberíades.

Para llegar a la Tierra de Israel era necesario atravesar el desierto del Sinaí. Una caravana de camellos salió de Fufat. El hijo de Maimónides, Rabí Avraham, montaba sobre el camello que iba inmediatamente después del que cargaba el ataud.

La caravana estaba dirigida por hombres con experiencia en el viaje por el desierto. Llevaban suficiente comida y agua. Siempre que había la oportunidad, los viajeros de la caravana estudiaban Torá. Algunos decían de memoria Salmos mientras viajaban.

Por el desierto tropezaron con tormentas de arena engeguecedoras. A veces algunos miembros de la caravana perdieron el contacto con los otros, o perdieron el camino. Cuando llegaban a un oasis esperaban hasta que se reunieran de nuevo todos. Algunas veces temieron que alguno se hubiera perdido.

A su regreso a casa, una leyenda popular se divulgó en ése sentido: que el primer camello, el que llevaba el ataúd se había perdido entre la arena y había sido atacado por unos bandidos que trataron de desmontar el ataud, pero que era demasiado pesado para moverlo. El camello continuó errando hasta que llegó solo a Tiberíades. Allí donde el camello paró, se hizo la tumba. Así contaba la leyenda.

Cuando la caravana llegó a Tiberíades después de errar por el desierto, los judíos de ésta ciudad salieron a recibirla. Vieron que los viajeros estaban cubiertos de arena amarilla. A la cabecera de la procesión andaba el camello cargando el ataud. La caravana entró a unos bosques y se encaminó en dirección al cementerio judío. Los judíos de Tiberíades los siguieron, uniéndose a la procesión fúnebre.

Los jinetes de los camellos les dijeron: - "Hemos traído aquí, el ataúd del Rambam."

- "Lo estábamos esperando," contestaron. - "Sabíamos que su ataúd sería traído a Tiberíades."

Los guiaron a pie hasta el cementerio, donde desmontaron el ataúd del camello y prepararon la sepultura. Los judíos se amontonaron queriendo ayudar en el sagrado trabajo. Encontraron piedras mientras cavaban. El trabajo tomó horas. Por fin, les fué posible colocar el ataúd a descansar. Cayó la noche y terminaron de rezar.

En la primera lápida que fué puesta sobre la sepultura estaban escritas las palabras: "Aquí yace el Rambam, lo más distinguido de la humanidad."

Al día siguiente los judíos de Tiberíades regresaron para rezar en la tumba. Desde entonces, se convirtió en un lugar de rezo y reunión de fieles. Vinieron judíos de sitios distantes a rezar ahí. Se convirtió en un lugar de peregrinaje de judíos de todas partes del mundo, que venían a visitar la Tierra de Israel.

En todas las ciudades del mundo se reunieron para elogiar a Maimónides. Todos sabían que el gran sabio y líder del pueblo judío había muerto. Muchos viajaron a su tumba en Tiberíades. Los eruditos de todas partes estudiaron sus libros.

Durante la vida del Rambam, la oposición a sus libros había venido de los países del Medio Oriente. Después de su muerte cuando sus libros llegaron a Europa, la controversia que los circundaba se extendió hasta allá.

En Toledo, la capital de España, Rabí Meir ben Rabí Todros ha-Levy Abulafia, inició la lucha contra el "Mishné Torá", después de su aparición allá. Discutió las opiniones del Rambam ante los rabinos de Lunel, y especialmente ante Rabí Aharon ben Meshulam he-Hasid, quien era uno de los admiradores del Rambam. Otros importantes adversarios del Rambam eran Rabí Shmuel ben Elí, el Rosh Yeshivá de Bagdad; Daniel ha-Bavlí, quien había estudiado en la Yeshivá Bagdad, en Damasco; y Rabí Shimshon de Sens, que había venido de Francia a habitar en la Tierra de Israel, junto con 300 rabinos de Francia e Inglaterra.

Durante su vida, el Rambam había sido angustiado por la oposición y la controversia. Pero a pesar de todo, sus oponentes

mantuvieron una actitud de respeto hacia él. Ahora, después de su muerte, la controversia sobre sus libros se intensificó. La gente se dividió en dos grupos: sus partidarios y sus adversarios. Cada bando se volvió más extremista en sus actitudes: uno expresó una admiración ilimitada, casi hasta el punto de idolatrar a Maimónides; y el otro participó en una guerra en su contra, hasta el punto de declarar la excomunión a los primeros. Nadie pudo hacer las paces entre los dos bandos.

En el sur de Francia, los sabios de Provenca eran admiradores de Maimónides. Y en el norte de Francia, los rabinos prohibieron leer el "Moré Nevujim" y el "Sefer ha- Madá" (Libro del Conocimiento) del "Mishné Torá".

Sin embargo, fué de Provenca que surgió el líder de la oposición. Era Rabí Shlomo de Montpellier, quien era conocido como Rabí Shlomo Minhahar. Dos de sus estudiantes se le adhirieron: Rabí Yona ben Avraham de Gerona, y su colega Rabí David ben Shmuel.

Rabí Shlomo Minhahar declaró que el Moré era peligroso para la fé religiosa. El y sus seguidores tuvieron miedo de que la fé judía fuera opacada por la filosofía. Negaron el valor de la lógica, y enfatizaron el sentimiento religioso y la fé simple. Negaron el rol del intelecto en la vida religiosa. Los admiradores del Rambam enfatizaron el rol de intelecto y la lógica en el incremento de la fé.

La controversia se aumentó en intensidad cuando Rabí Shlomo Minhahar prohibió el Moré y excomulgó a todo aquel que lo leyera. Este acto avivó las llamas de la disputa. Así como ésta voz se divulgó por toda la judería, así mismo se extendió la controversia. Había prohibiciones y contraprohibiciones. Gente sencilla y líderes comunitarios se vieron enredados en la controversia.

En España en la ciudad de Gerona, vivía Rabí Moshé ben Najman, conocido también como Najmánides o el Ramban. La controversia le llegó también a él. Muchos se le dirigieron con preguntas. Escribió a los rabinos franceses expresando su objeción a la excomunión de éstos. Se impuso sobre sí la defensa de Maimónides: quien había "construido una torre de luz para el Talmud, una torre de fortaleza en nombre de D-s, y un santuario

para las masas de la ignorancia.” Escribió además: “Para todo éste exilio, desde España, del oeste al este, y la Tierra de Israel, él ha sido la gran fuente de salvación que recogió la fé dispersa.” Pidió a los rabinos franceses no expresar irrespeto al Rambam. El Rambam no había dirigido sus obras para los judíos de Francia, sino para los judíos de los países del sur, que estaban abrumados por la espada del conocimiento secular y la conversión forzosa. “No fué para ustedes, padres nuestros. Miren y vean, ¿hay otro dolor como el nuestro? Porque los hijos han sido exilados de la mesa de sus padres, y se han ensuciado con las palabras de las naciones y con el vino que beben. Se han asimilado a otros pueblos y han aprendido sus costumbres. Además, está la espada de la conversión forzada, que con nuestros muchos pecados, prevalece en el exilio de España. A los próximos al gobierno se les tenía permitido el estudio de la sabiduría griega, la ciencia médica, la lógica y otros estudios. El propósito de ésto era dar vida a sus almas en los palacios y castillos del rey.”

El Ramban propuso con la aceptación de las comunidades a las cuales se dirigió y con la cooperación de Rabí Avraham, (el hijo del Rambam), organizar un programa detallado, adecuado al tiempo y lugar, para el aprendizaje de las materias seculares, con la determinación de lo que estaba prohibido y lo que estaba permitido.

El Ramban se puso en medio de los partidarios y los adversarios del Rambam, y trató de crear un medio de paz entre ellos. Rabí Yoná Gerondi, un estudiante de Rabí Shlomo Minhahar, aceptó la misión de viajar a Francia para explicar la prohibición que se emitió contra el estudio de los escritos filosóficos. Había vacilado en aceptar ésta misión, pero la orden de su maestro predominó. Pidió a los sabios franceses que defendieran a Rabí Shlomo Minhahar en contra los que habían declarado su excomulgación. Llevó consigo una carta del Rab Shlomo.

Rabí Yoná viajó de una ciudad a otra con la carta. Algunos de los rabinos franceses estuvieron de acuerdo con él y se unieron a la declaración de excomulgación de todo el que estudiara los escritos filosóficos del Rambam. La controversia se expandió. La voz se divulgó de ciudad en ciudad, y de un Beit Midash a otro: el

estudio de éstas obras es un peligro para el estudio de Torá. Los líderes comunitarios se unieron a la disputa. Algunos agregaron sus firmas a la declaración de la excomuni3n que había sido impuesta sobre Rabí Shlomo Minhahar.

Algunos de los adversarios de Rabí Shlomo divulgaron rumores para dar un mal nombre a la familia de Rabí Yoná. Este Rab se dedicó a escribir libros de ense3anza 3tica: "Igueret ha-Teshuvá" (Carta sobre el arrepentimiento), "Sefer ha-Yirá" (El libro de reverencia), "Sharei ha-Teshuvá" (Las puertas del arrepentimiento). Sus libros despertaban al alma el temor a D-s. También escribió otros libros, como comentarios sobre libros de la Biblia, sobre la Mishná y sobre las ense3anzas de Rabí Yitzhal Alfasi; innovaciones sobre el Talmud y muchos libros sobre halajá.

אמה ד או קי לקימן מלחם אסת וארבעין מימיה פקט לאנסא גם את
 בדם בריח ד לאנס להא וחי אבריית לאכא עיה בלאמדאזה ערודה והיא מא
 ואינא בתקירה פי ערד מעות עשה
 שליט בעזרת שדי מעות עשה



ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א
טז	טז	טז	טז	טז	טז	טז	טז	טז
קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ
קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ
קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ
קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ
קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ
קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ	קכ

מצוות לא תעשה

אן אולימן מעות
 אי סדינא ען אנתקאר ארסבייה לגירה תע והוקו גלמן קאל לא יהיה
 לך אהים אחרים על פניו קר תבין מי אכר מכתאן הוא אנהו מונגלה
 שש מאות ושלש עשרה מעות והו קולהם הנאך שש מאות ושלש
 עשרה מעות טאמרו ח למשה בסיני עלי מא ביינאה פיא וול מעוה מן
 מעוות עשה ו אמצוה אלתאנה אנהו אדי נה יא ען עמר
 אאמכאס אתי תעבד ולא פק ביו אן יעמלהא בידה או יסתעמלהא וחי קו
 תע לא תעשה לך פסל וכל תמונה ומן תעבדא על יהיא אנהו לתמה עלי עמל
 ען או אסתעמלהא ועלי אנהו לם יעבדהא ו אמצוה אנהו אנהו
 נהינא ען עמל ען ורל לגיחא ליעבדהא ורל כאן אדי יסתעמלהא גוי וחי
 קו תע ונהי מסכה לא תעשו לכם וכך סמרא ונהי מסכה לא תעשו אפול

Los preceptos negativos, del manuscrito Kapa 66.

Capitulo Veintiseis

La Quema De Los Libros Del Rambam

El Ramban no tuvo éxito en su tentativa de actuar como intermediario en el conflicto entre los admiradores y los adversarios del Rambam. La tormenta aumentó en intensidad. El fanatismo de los adversarios no tenía límites. A la mañana del conflicto trajeron a los jefes de la Iglesia Católica, la cual estaba llena de odio por los judíos y el Judaismo.

Durante ésta época, había un conflicto entre la Iglesia y los Albigenses (quienes tomaron su nombre de la ciudad de Albi), y quienes se habían rebelado contra el catolicismo dogmático, demandando libertad de pensamiento y una religión basada en el sentido común y la lógica. El papa del Colegio de Cardenales consideró a los Albigenses heréticos y los persiguió. Se fundaron cortes de la Inquisición manejadas por los crueles novicios Dominicanos. Cualquier sospechoso de desviarse de los dogmas del Catolicismo, era quemado.

En Montpellier, donde Rabí Shlomo Minhahar vivía, la Inquisición ejercía con toda su fuerza. La ciudad estaba llena de cortes de justicia y de hogueras ejecutando a los heréticos cristianos.

Los adversarios del Rambam llevaron sus libros, (el "Moré" y el "Sefer ha-Madá"), ante éstas cortes y sostuvieron que contenían herejía y negación de D-s.

Los sacerdotes y monjes de Montpellier echaron un vistazo a los libros y decretaron que fueran quemados. Los pusieron en la misma categoría que los libros de los Albigenses; ambos eran herejías y negación de la fé. Anticiparon con regocijo la quema de los libros de los judíos, a quienes odiaban.

Los monjes jóvenes de Montpellier se reunieron en la plaza de la ciudad. Asaltaron las casas de los judíos, buscando los libros del Rambam. Se alborotaron y cogieron cualquier libro que encontraron. Golpearon a los judíos y exigieron los libros. Si

alguno declaraba que no tenía libros del Rambam, exigían otros libros para quemar.

En la plaza de la ciudad organizaron una hoguera, y arrojaron a ésta los libros del Rambam, y bailaron a su alrededor. Cantaban cada vez que arrojaban un nuevo libro a las llamas. Se sentían que estaban cumpliendo con la obligación de luchar contra la herejía.

Los judíos a distancia observaron ésto con dolor. Se sorprendieron de cuán lejos había ido el conflicto. ¿Quién calumnió los libros del Rambam a los monjes? ¿El fanatismo de los adversarios había realmente ido tan lejos?

Los católicos de Montpellier observaron con alegría. “ ¡Quemaron los libros de los judíos! ¡Deberían quemar a los mismos judíos! ¡Son unos herejes!”

Los judíos sintieron terror; temieron que esa hoguera fuera el comienzo de pogroms.

La noticia de que los libros del Rambam fueron quemados en Francia, llegó a Egipto y a Rabí Avraham. Quedó destrozado del dolor con la noticia. ¿El conflicto había ido tan lejos? se preguntó a sí mismo.

Visualizó la hoguera de Montpellier consumiendo los libros de su padre, y a los monjes danzando alrededor de ésta. Se estremeció con ésta espantosa visión. Andaba de un lado a otro lleno de furia y emotividad. Había recibido las copias de las cartas que excomulgaron los libros de su padre, y las contra-excomulgaciones a los que la habían emitido. Leyó esas cartas y se quedó pasmado. Habían agregado a la excomunión toda clase de acusaciones. El conflicto se complicó con peleas contra los representantes de la comunidad en el palacio, que habían tomado la autoridad rabínica y la iniciativa de excomulgar. Rabí Avraham también recibió las cartas del Ramban contra la excomunión. La ola del conflicto había rebosado sus límites.

La noticia de la quema de los libros del Rambam en Montpellier, le llegó también a Rabí Yoná Gerondi. Este era un hombre piadoso que vivía como ermitaño. No regresó a Montpellier después de su misión, sino que se quedó en Gerona. Había sido el emisario de los rabinos de Montpellier, guiados por Rabí Shlomo Minhahar, y había viajado donde los rabinos del norte de Francia, para pedirles que se unieran a la excomunión.

Unos eruditos de la ciudad de Gerona, donde ahora residía, le dijeron: “El gobierno ha dado órdenes de quemar los libros del Rambam y el Talmud, a causa de los delatores.”

Quedó conmocionado del asombro. Pensó para sus adentros, que posiblemente había sido un error haber levantado ese escándalo sobre los libros del Rambam. Hubiera sido tal vez mejor permanecer en silencio sin emitir la excomunión, aunque aquellos que la promulgaron pensaron que había sido justificada.

El piadoso Rabí Yoná se retiró en su ático y no salió por muchos días. Nadie sabía lo que estaba haciendo allí. No abría la puerta sino para recibir el pan y agua que le llevaban. Durante éstos momentos de soledad, hizo el voto de ir a la tumba del Rambam y pedirle perdón.

Invitó a sus estudiantes y seguidores a reunirse con él en la Sinagoga. Cuando todos habían llegado, subió a la plataforma y anunció, en voz alta: “He pecado contra el D-s de Israel, y contra nuestro maestro Rabí Moshé ben Maimón, por hablar en contra de sus libros. Me impongo viajar a la Tierra de Israel e ir a su tumba en compañía de diez hombres y pedirle perdón.”

Sus estudiantes se quedaron atónitos. Estas palabras se divulgaron de un lugar a otro, y dejaron conmocionados a los que habían declarado la excomunión contra el Rambam.

Rabí Yoná partió para el largo viaje. Viajaba de una comunidad a otra, y en todo lugar que iba, subía a la plataforma de la sinagoga y anunciaba: “Pido perdón a nuestro maestro Rabí Moshé ben Maimón, por haber atacado sus libros, a pesar de que mi intención fué para bien.” Partió por su camino errante, anónimo, para expiar su pecado y pedir perdón.

En Egipto, los rabinos estaban asombrados con la excomunión y la quema de los libros. Habían aceptado al Rambam, como el líder decisorio de las leyes judías, y al cual dirigían con sus preguntas. El “Moré” no había provocado ningún conflicto entre ellos. En Babilonia, donde incluso durante la vida del Rambam hubo oposición a sus libros, el conflicto nunca llegó a tales extremos. Incluso aquellos Roshei-Yeshivá que temían que el “Moré” fuera un peligro para la simple fé, se quedaron asombrados con la excomunión y las prohibiciones. Algunos dijeron, que el Rambam había escrito el Moré para los judíos de

España quienes habían absorbido la filosofía griega y se hubieran perdido del judaísmo si no hubiera sido por los libros del Rambam.

El fuego que había consumido los libros del Rambam en Montpellier, amenazaba con extenderse a otras comunidades. Mientras tanto, Rabí Yoná erraba de un lugar a otro, anunciando: “He pecado contra el D-s de Israel y contra nuestro maestro Rabí Moshé ben Maimón.”

Rabí Yoná escribió libros, alabando las virtudes del carácter: el “Shaarei Teshuvá” y el “Sefer ha-Yirá”, fueron como una clase de penitencia. Sus libros llegaron a ser famosos por todo el mundo judío.

Después de que los libros del Rambam fueron quemados por los monjes, fué llevada una apelación a los jueces Dominicanos. Aquellos que leyeron los libros se convencieron de que no contenían ninguna herejía. La apelación fué llevada ante la corte suprema, quien investigó repetidamente los libros y no encontró ninguna herejía. Entendieron, que aquellos que habían decretado que los libros fueran quemados, no los habían leído, sino que se habían confiado con lo que dijeron los delatores. Algunos no sabían ni hebreo ni árabe, sino que habían conseguido traducciones de los delatores. Los jueces Dominicanos llamaron a los delatores y los interrogaron. ¿Por-qué habían presentado sus acusaciones y falsificado las palabras del Rambam? Unos no supieron qué contestar. Otros culparon a los otros de la falsificación. Y otros, declararon que habían recibido incorrectas traducciones en las que se habían apoyado. Otros incluso trataron de inventar sus propias interpretaciones a lo que escribió el Rambam.

Los jueces tomaron asiento y escucharon el testimonio; la capota de sus vestimentas cubría sus cabezas. Sus ojos brillaban. Los acusados se sentaron tristemente; nunca les había sucedido que hubieran sido llevados a juicio por sus acciones. Se encontraban ahora angustiados. Se sentaron en el banco de los acusados con sus rostros cabisbajos. Se arrepintieron de haber delatado a los monjes y haber causado la quema de los libros. Y ahora, no había nadie que los salvara de los sacerdotes.

El juicio duró muchos días. Los testigos atestiguaron sobre la esencia de la calumnia. Los jueces discutieron entre ellos acerca

del testimonio. Los libros del Rambam fueron abiertos frente a todos, y fueron examinados después de cada testimonio. Los jueces discutieron entre ellos sobre lo que estaba escrito en los libros.

Diez de los acusados recibieron un fuerte veredicto. Sus lenguas fueron cortadas como castigo por sus calumnias.

Siete años más tarde, en el año 5000 (1242), un nuevo fuego se encendió contra los libros del Rambam, en las principales calles de París.

La guerra contra los libros del Rambam, motivó a los monjes católicos bajo la influencia del Cardenal, a recoger todos aquellos libros de las casas de los judíos, amontonarlos en una de las iglesias, y quemarlos en presencia de una gran multitud.

Tocaban las puertas de los judíos y les preguntaban si tenían libros del Rambam. No hacían diferencia entre los tomos del Moré y de la Mishné Torá. Por la fuerza y con amenazas tomaron todo y lo llevaron a la iglesia.

Los judíos escondían sus libros de los monjes. Anunciaron con amenazar y castigar a todo el que guardara esos libros. Iban a las casas de los judíos, a media noche, tocaban a la puerta y exigían: “¿Tiene algún libro de Maimónides?”. Los judíos se asustaban con la pregunta hecha por una brigada de hombres fornidos. Unos les entregaban sus libros; otros se desafiaban a esconderlos. Los monjes forzaron las sinagogas y robaron los libros de éstas. A veces aparecían cargando una gran cruz. Amenazaban con incendiar la sinagoga a menos de que les entregaran los libros.

Los delatores le contaron al Cardenal que habían encontrado herejías en los libros de Maimónides. El cardenal estaba muy contento únicamente por escuchar esta calumnia. Ordenó a los monjes jóvenes quemar los libros en una gran manifestación pública.

En la víspera del sábado, del día sexto de Tamuz, menos de cuarenta días después de que los libros del Rambam fueron quemados, los monjes abrieron de golpe las casas de los judíos y los Batei Midrash de todo París, y confiscaron 24 carruajes cargados con volúmenes del Talmud. Los quemaron en el mismo lugar que habían quemado los libros del Rambam.

El mundo judío quedó horrorificado. Los que habían creado la controversia sobre los libros del Rambam se quedaron pasmados;

se dieron cuenta que habían ido muy lejos. Algunos se arrepintieron y reconocieron su falla. Otros se mantuvieron en pie.

El día en que el Talmud fué quemado en París se declaró día de duelo y de ayuno público por todas las generaciones. Los líderes del pueblo, movidos por la introspección, trataron de entender porqué había merecido el pueblo judío ése castigo. Decidieron que la quema del Talmud fué un castigo por la quema de los libros del Rambam que había sido instigado por los mismos judíos.

Los poetas escribieron lamentaciones sobre ambas quemas. Los judíos andaban de luto, por las bulliciosas calles de París.

Por ésa época, Rabí Hilel de Verona lamentó las quemazones. Vió las llamas que habían consumido los libros, y meditó sobre el conflicto que había hundido a la comunidad y sus resultados. Pensó en la conección entre la quema de los libros del Rambam y los del Talmud. Como testigo de ésto, expresó sus pensamientos en una carta a un amigo.

“D-s ha visto desde los cielos y ha estado celoso por el honor de nuestro sagrado maestro y el honor de sus libros. Ha enviado Su furia contra las comunidades de Francia, y no ha mostrado favoritismo por Su Torá. No se sorprendan diciendo: ‘¿Cómo puede ser que D-s no haya mostrado favoritismo hacia los 1200 libros del Talmud y tradición rabínica (que fueron quemados), debido al “Moré” y el “Sefer ha-Madá”?’ Seguramente estará de acuerdo con que nuestro maestro Rabí Moshé, era casi igual en su generación a Moshé Rabeinu y la justicia de toda la generación dependía de él. Y así, mi hermano, no se sorprenda si D-s ha castigado la Torá de los judíos de Francia en honor a Moisés nuestro maestro y no mostró favoritismo hacia los libros del Talmud y los despreció en una columna de fuego y ceniza...

“Y si me preguntas: ¿Quién sabe si esos decretos aparecieron por el pecado de la quema del “Moré” y el “Sefer ha-Madá”? Te contestaré: La prueba es que ni siquiera hubo 40 días de intervalo entre la quemazón de los libros de nuestro maestro y la quema del Talmud. Y todos los libros que se encontraron en París fueron quemados exactamente en el mismo lugar. Las cenizas del Talmud se mezclaron con las cenizas del Moré y del Madá, que todavía yacían allí. Y éste, es un hecho conocido por todos, judíos y gentiles.”

La noticia de la quemazón le llegó a Rabí Avraham en Egipto. Estaba destrozado del dolor. Dicho conocimiento no le dejó descanso.

La voz de la quemazón del Talmud llegó a oídos de los rabinos de Montpellier, quienes comenzaron la disputa sobre los libros del Rambam. Se quedaron pasmados.

Alguien llegó donde Shlomo Minhahar y le contó con turbación lo de la quema. Rabí Shlomo estaba en la mitad de su rezo en ese momento, y no respondió. Pero las acusaciones cesaron. Los adversarios no se atrevieron a hacer más declaraciones públicas. Vieron hasta donde había conducido la disputa.

Rabí Yoná continuó con sus vagabundeos de ciudad en ciudad, y con sus públicas confesiones, camino a Tiberíades.

Y los judíos de París rondaban la hoguera, recogiendo las cenizas de los libros para enterrarlas en el cementario judío. El viento levantaba algunas cenizas y las arrojaba al río que circulaba por París.

En Egipto, la posición de Naguid que había ocupado Maimónides, fué asumida por su hijo, Rabí Avraham. Su segundo hijo, David, era también un erudito en Torá, y un hombre de sabiduría y entendimiento. Pero, Rabí Avraham era, como su padre lo había descrito, "humilde y sencillo, que junto con su buen carácter, tenía una mente sutil y naturaleza simpática." Cartas de todas partes del mundo le siguieron llegando, con preguntas sobre las leyes judías, problemas comunitarios, o sobre la adecuada comprensión de los libros de su padre. También críticas a los libros le siguieron llegando.

Como en la época de su padre, las multitudes continuaron aglomerándose en su puerta, en busca de consejo y ayuda. Dedicó gran esfuerzo para hacer anular severos decretos o disminuir abusivos impuestos, como había hecho su padre por los judíos del Yemen, y lo logró hasta cierto grado.

En la función de Naguid se encargó de los asuntos comunitarios. Este le dejaban poco tiempo para estudiar o para escribir respuestas. También cargaba el peso del manejo de las acusaciones contra su padre y sus libros, que fueron levantadas por judíos y gentiles.

Ciertos escritores árabes levantaron acusaciones, declarando que antes de que Maimónides llegara a Egipto, había sido forzado

por los Almohades a adoptar el Islamismo, en apariencia.

Rabí Avraham escuchó también acusaciones de otras partes; tenía que responderlas y desaprobarlas.

Por esa época los libros del Rambam comenzaron a ser distribuidos más ampliamente. Aparecieron muchos errores de copia. Algunos eruditos que no se dieron cuenta que eran errores, inventaron complicadas explicaciones para justificarlas. Otros encontraron contradicciones en los escritos de Maimónides. Aparecieron nuevas ediciones de libros con notas y correcciones. A Rabí Avraham le llegaron muchas cartas con preguntas sobre los libros, que tenía que contestarlas.

En el palacio, los ministros le honraban tanto por su propio carácter como por el respecto a su padre.

Los hijos del Rambam fueron meticulosos en su comportamiento, como su padre les había ordenado en su testamento.

En el aniversario de su muerte, los hijos viajaron através del desierto a su tumba en Tiberíades. Los judíos de Tiberíades se les unieron para rezar allí. Los gentiles irían también a rezar allí en momentos de angustia.

En su lápida están inscritas las palabras: Hombre pero no es hombre - aunque hayas estado con la humanidad - tu madre te concibió de los ángeles.- O se le dice a D-s: de la unión de un hombre y una mujer - has creado un ángel en éste bajo mundo.